

Revista Temas Número 1 enero-marzo 1995

¿Que se piensa en Cuba?

Jorge Ibarra. [Historiografía y Revolución](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Miguel Limia David. [¿Hacia dónde van los estudios sociales?](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Julio Carranza, Pedro Monreal, Luis Gutiérrez. [Cuba: reestructuración económica, socialismo y mercado](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Mayra Espina Prieto. [Tropiezos y oportunidades de la sociología cubana](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Consuelo Martín. [Al rescate de la subjetividad: los estudios sobre la emigración](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Jorge Ramírez Calzadilla. [Religión y cultura: las investigaciones sociorreligiosas](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Fernando González Rey. [La psicología en Cuba. Apuntes para su historia](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Mayda Álvarez Suárez. [Mujer cubana: problemas de estudio](#). No. 1 enero-marzo (1995).

María Isabel Domínguez. [Las investigaciones sobre la juventud](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Natalia Bolívar, Consuelo Martín, Graziella; Pogolotti, Pedro Pablo Rodríguez, Joaquín Santana; Enrique Ubieta, Rafael Hernández. [Nación e identidad](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Oscar Zanetti Lecuona. [La historiografía social en Cuba](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Joel James Figarola. [Urgencias y exigencias historiográficas](#). No. 1 enero-marzo (1995).

Historiografía y Revolución

Jorge Ibarra

Historiador. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

La historiografía revolucionaria cubana tiene orígenes y manifestaciones diversas. De remitimos a la primera mitad del siglo en busca de sus fuentes tendríamos que invocar una diversidad de obras que no tuvieron una proyección revolucionaria. Ahora bien, a los efectos de analizar la relación entre historiografía y proceso revolucionario es preciso tener en cuenta, ante todo, las obras que marcaron un hito con relación a la historiografía de orientación positivista o hegeliana. De hecho el carácter precursor e innovador del movimiento historiográfico revolucionario estará signado desde su origen por la obra de Manuel Moreno Fraginals, Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva y Raúl Cepero Bonilla. Los tres primeros iniciaron su formación como historiadores en centros de altos estudios; el último fue un autodidacto que revolucionó los estudios históricos. La influencia de la nueva historia de Febvre y Bloch en el Colegio de México, donde se formaron Moreno y Le Riverend, y en la Universidad de Grenoble, donde cursó estudios Pérez de la Riva, definiría en más de un sentido la vocación de estos maestros de la historiografía cubana.

La ruptura más radical con el positivismo y el idealismo historiográfico de la primera mitad del siglo se produjo, sin duda, con la obra de Raúl Cepero Bonilla *Azúcar y abolición* (1944). El cambio de perspectiva tuvo como fundamento: 1) la asunción del marxismo como método de valoración y ordenación del material histórico; y 2) la investigación de fuentes ignoradas por la historiografía tradicional, interesada sólo en justificar el papel de las clases hegemónicas en la sociedad colonial. La crítica de Cepero caló hasta lo más hondo en las motivaciones clasistas de los llamados «fundadores de la nacionalidad»: Arango, Saco, Del Monte, Alfonso y Montoro; o sea, reveló los propósitos hegemónicos de los ideólogos de la clase plantacionista criolla. De ese modo, subvirtió las bases del positivismo y de las historias de las ideas de corte hegeliano y cuestionó seriamente el eclecticismo propio del pensamiento criollo, desde principios del XIX, cuidadoso siempre en conciliar tesis radicalmente opuestas. Sin embargo, Cepero no pudo sustraerse a la tentación de hacer extensivos sus juicios sobre los ideólogos de la plantación occidental a los representantes de las haciendas ganaderas de las regiones

centro orientales de la Isla. De ahí que no pudiera percatare, en toda su hondura, de las dimensiones de la ruptura histórica de 1868, de la diferencia de grado sustancial entre Céspedes y Saco, Aguilera y Del Monte.

La primera gran síntesis, de acuerdo con las nuevas orientaciones, sería elaborada por Julio Le Riverend para la *Historia de la nación cubana*. Años más tarde escribiría un ejemplar estudio regional sobre la antigua provincia de La Habana. En la síntesis de *Historia económica* prevalecería el propósito de reconstruir en sus grandes líneas generales la evolución económica del país. Es por eso que el acento estará puesto en el trazado de conjunto, en la trayectoria del proceso, antes que en la exégesis de los puntos de inflexión. No faltan, sin embargo, interpretaciones de las causas que originan virajes decisivos en el devenir histórico. En los últimos capítulos, referidos a la República, a diferencia de los otros, en los cuales el autor realizó una investigación acuciosa de fuentes primarias, se resumen los resultados de otros estudios del período. No obstante, aquí se formulan las hipótesis centrales referidas a la crisis estructural del sistema neocolonial. En su biografía de la provincia de La Habana prevalece un enfoque integral, en el cual los aspectos sociales del proceso histórico constituyen el tejido en el cual se insertan hechos políticos, económicos y culturales. Un ejemplo de la virtualidad del método empleado por el autor lo constituye el hecho de que en ningún momento pretenda aplicar un esquema filosófico previo a la realidad histórica y, al mismo tiempo, se guíe por una serie de reglas enjundiosas en la explicación del proceso histórico.

El ingenio, de Manuel Moreno Fraginals, significó un corte en la historiografía cubana. Desde principios del siglo XVIII la plantación azucarera constituyó el núcleo en torno al cual se estructuraría la sociedad esclavista cubana. Moreno comprendió que en la medida en que la vinculación de la economía insular al mercado mundial dependía de la producción azucarera, las otras ramas de la economía tendían a subordinarse, de un modo u otro, a su expansión y desarrollo. De hecho, el sentido de los cambios históricos que tienen lugar en la sociedad colonial desde la aparición de la plantación azucarera se encuentran determinados, en última instancia, por su relación con el mercado mundial. Desde luego, sin la plantación no se puede explicar la sociedad colonial cubana, pero aquella no será capaz de revelar la dinámica propia de determinados sectores de la realidad sociocultural y económica. La elaboración de series estadísticas de producción, exportación y precios del azúcar; el análisis riguroso de la demografía esclavista; la periodización de las distintas etapas de la producción azucarera; la definición de la manufactura esclavista y de sus límites objetivos; el papel de las

instituciones esclavistas en la preservación del sistema, constituyen algunos de los resultados más importantes de este estudio que ha devenido un clásico de la historiografía cubana. No sin exageración ha podido aseverar Mario Sabattini que esta obra es «*El capital*» de los estudios históricos y sociales del Caribe. Ciertos juicios de Moreno, en los cuales coincidiría con Le Riverend, sobre la «crisis» del sistema esclavista de plantaciones han sido cuestionados por otros estudiosos de la esclavitud cubana como Rebecca Scott y Laird Bergard. Por otra parte, las conclusiones a las que han llegado de manera independiente Oscar Zanetti y Alejandro Carda sobre el papel del ferrocarril en el incremento de la rentabilidad de la plantación esclavista, y el estudio monográfico del autor de estas líneas sobre el movimiento hipotecario en la región de La Habana, tienden a confirmar el hecho de que en las décadas de 1860 y 1870 los plantadores esclavistas se libraron en gran medida de las deudas que los ataban al capital comercial. Desde luego, la rigurosa valoración de Moreno sobre los límites objetivos de orden tecnológico y agrícola que frenaban el desarrollo de la industria azucarera y los ingresos de los plantadores más allá de ciertos límites, siguen en pie. Lo que se le pudiera criticar a Moreno, entonces, sería que esas restricciones no habían desembocado en la segunda mitad del siglo XIX en una crisis general del sistema esclavista de plantaciones de Occidente. En todo caso, la crisis no tendría lugar en las regiones de esclavitud plantacionista, sino en las regiones en las que predominaba la hacienda señorial de ganado y la esclavitud patriarcal.

Fue Juan Pérez de la Riva quien impartió las principales lecciones de método a las nuevas generaciones de historiadores. Historiador, geógrafo y demógrafo, Pérez de la Riva cubrió vados del proceso histórico ante los cuales se habían detenido otros estudiosos. Su proyecto para una *Historia de la gente sin historia*, su brillante hipótesis sobre «las dos Cubas» (la Cuba A y la Cuba B), su estudio monográfico sobre las migraciones del Caribe hacia la Isla y, por último, su investigación inconclusa de largo aliento sobre la conquista del espacio insular, revelaron la sutileza, rigor y amplitud de la concepción que animaba a sus búsquedas en nuestro pasado. En el primero de estos proyectos contó con la colaboración de uno de los maestros de los estudios etnológicos e históricos cubanos, Pedro Deschamps Chapeaux. La reconstitución, realizada por Deschamps, de la trayectoria vital y de las condiciones de vida de destacadas personalidades de la comunidad de negros y mulatos libres de la sociedad colonial, contribuyó a sentar las bases de la síntesis de la historia social que proyectaban llevar a cabo.

La significación que tuvieron para la cultura plantacionista las volantas, el sistema de alumbrado de gas, los últimos avances de la moda europea, así como otros bienes de la civilización material, fue otra vía por la cual Pérez de la Riva accedió con frecuencia a la comprensión del pasado. La valoración con textual exacta de los precios y salarios, de las medidas y las pesas, en virtud de la crítica interna de la documentación, le permitía dibujar con precisión tendencias y hechos ocultos por lo general al historiador presentista. La reconstitución del paisaje geográfico y humano, el estudio de las regiones como espacios o totalidades demográficas, económicas, sociales, culturales y étnicas, le abrió las perspectivas a una nueva dimensión de la historia nacional. La pasión obsesiva con la cual se propuso reelaborar las estadísticas de la trata esclavista, le impidió formular con exactitud ciertos cálculos demográficos, que algún día han de ser esclarecidos por los continuadores de su obra. La última lección que legó a sus colegas y discípulos fue su amor por la historia, sentimiento sin el cual es imposible todo esfuerzo investigativo.

Muchas de las cuestiones no resueltas que habrían de enfrentar estos maestros de la historiografía cubana en su propósito de construir una historia marxista habían sido valoradas por Carlos Rafael Rodríguez en su ensayo *El marxismo y la historia de Cuba (1943)*. Las vicisitudes y obstáculos que debían sortear algunos de los historiadores marxistas más representativos en su intento de aplicar estas apreciaciones al proceso histórico nacional se ilustran a continuación.

Los ensayos marxistas de interpretación de Sergio Aguirre, *Seis actitudes de la burguesía cubana (1943)*, y de Oscar Pino Santos, *Historia de Cuba (1963)*, se basaron fundamentalmente en fuentes secundarias. Ante las críticas de que fue objeto su ensayo, Aguirre confesó no haber trabajado nunca en los archivos y bibliotecas con fuentes primarias, por considerar que era más importante valerse del enfoque marxista de la historia. Su primer ensayo de interpretación había tenido como punto de partida la aplicación del método marxista a la documentación que habían seleccionado previamente, e incorporado a sus síntesis, historiadores como Ramiro Guerra.

En *Seis actitudes...* Aguirre elaboró una primera síntesis histórica, en la cual se propuso definir las corrientes políticas e ideológicas que atravesaban el siglo XIX cubano y el momento en el que hacía su aparición la nacionalidad cubana. Este estudio, en la medida en que constituyó el primer análisis marxista del proceso de formación nacional, devino referencia obligada para los estudiosos de la nacionalidad. Las principales objeciones que se le han formulado a la síntesis de Aguirre han sido que: 1) intentó definir el surgimiento

de la nacionalidad tan sólo a partir de ciertos rasgos que supuso se habían precisado en la actitud de los ideólogos de los terratenientes con respecto a España a principios del siglo XIX, sin tener en cuenta que estas posiciones no habían cristalizado en la clase que definía como terrateniente o en la sociedad en su conjunto; 2) al estudiar las actitudes de los ideólogos las definió e identificó como las actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX, cuando de hecho esta clase no tomó cuerpo y forma hasta la década de 1880, con la abolición de la esclavitud. Por otra parte, se le critica no haber tenido en cuenta que las actitudes de los ideólogos no coincidían siempre con las de la clase que representaban, por lo que dicha interpretación resultaba reduccionista. Se le objeta también a este esquema haber definido como actitudes de la burguesía las tendencias reformistas o anexionistas que se correspondían en la primera mitad del siglo con las de la clase esclavista, o bien, con la posición independentista propia de la pequeña burguesía en la década de 1820. De hecho, la mayor parte de los estudios cubanos sobre la primera mitad del siglo XIX no definen a los plantadores azucareros o cafetaleros ni a los señoriales hateros del ganado como burgueses, sino como esclavistas o feudales.

Independientemente de las diferencias conceptuales que pueden haber tenido algunos historiadores con Aguirre, debe reconocerse que *Seis actitudes...* fue el primer ensayo marxista coherente que se opuso a la concepción apologética de la historiografía burguesa y sirvió de base a las consideraciones fundamentales que se formularon sus sucesores durante largo tiempo. En *Eco de caminos*, Aguirre rectificó algunos de sus criterios sobre la aparición de la nacionalidad, al situarla a partir de 1868. Otros trabajos suyos sobre la clase obrera cubana esclarecieron cuestiones que no habían sido tratadas con suficiente rigor por sus predecesores.

La *Historia de Cuba* de Oscar Pino Santos fue elaborada a partir de un ciclo de conferencias que impartió durante su estadía como diplomático en la República Popular China. A veinte años de la formulación de las primeras tesis de Aguirre, Pino Santos contó a su favor con la labor pionera de Cepero y Le Riverend, la cual desbrozó su camino para elaborar un nuevo esquema marxista de la historia de Cuba. Nuestro colega eludió el esquema de las actitudes políticas de la presunta clase burguesa para definir a la clase terrateniente como una clase esclavista. Por otra parte, sostuvo el criterio de que la contradicción principal de la primera mitad del siglo XIX era la contradicción entre los terratenientes esclavistas y sus esclavos, la cual sería desplazada a partir de la década de 1860 por la contradicción entre los citados terratenientes y la metrópoli española. Esta nueva

perspectiva hizo posible una ruptura abierta con el esquema positivista de Guerra.

La fecundidad del método marxista de interpretación de la historia cuando se aplica a fuentes soslayadas por la historiografía tradicional se patentizó de nuevo con la investigación que realizó Pino Santos sobre la penetración del capital financiero en la Isla, *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui* (1973). De la misma manera que Cepero revolucionó los estudios históricos coloniales, en virtud de un cambio de perspectiva y de fuentes, Pino Santos introdujo cambios decisivos en los estudios de la historia republicana.

El aporte de otros maestros de la historiografía cubana de la talla de José Luciano Franco, Luis Felipe Le Roy, Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo consistió en la develación y recapitulación de hechos y pasajes de la historia política. El culto a las personalidades relevantes de la cultura y la política nacional fue alentado por la obra de estos maestros. Franco destacó también las luchas de los esclavos y los negros y mulatos libres, mientras que Portuondo describió aspectos relacionados con la ideología política y social del patriciado del 68 y del 95. Desde su cátedra universitaria, Hortensia Pichardo fue la maestra de una generación de investigadores. Otros estudiosos de la misma generación continuaron su labor creadora o bien llevaron a cabo sus primeras investigaciones en el período revolucionario. Entre ellos se destacaron Violeta Serrano, Juan Jiménez Pastrana, Ladislao González Carvajal, Raúl Roa, Enrique de la Osa y Manuel Rivero de la Calle.

El clima de libertad creativa existente en la comunidad de historiadores y científicos sociales sufrió, a partir de 1970, los embates de una política orientada a implantar el modelo soviético de relaciones en el campo cultural y científico. Los efectos más deprimentes de la nueva orientación se hicieron sentir en una diversidad de instancias.

Desde muy temprano, se puso de manifiesto en la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana la orientación ideológica que caracterizaría al período 1970-1985. Es altamente significativo que, por una razón u otra, sólo uno de los maestros de la historiografía antes mencionados haya impartido clases en sus aulas. El espíritu que la caracterizó durante cierto tiempo fue el de una escuela de cuadros o cuando más el de una escuela de ideólogos, en la cual se impartía una visión monolítica de la historia. A pesar de la política de puertas cerradas que se practicó con relación a los historiadores durante el período en cuestión, algunos profesores noveles empezaron a interesarse en la investigación del pasado y se dedicaron a trabajar en silencio. Algunas de las obras fundamentales realizadas durante esos años fueron producto de su entrega a la

investigación, en una época en la que el esquema excluía toda búsqueda. Con el apoyo de la maestra de la enseñanza de la historia, Hortensia Pichardo, comenzaron a cambiar las orientaciones de la Escuela a principios de la década de 1980.

Un hecho revelador de la concepción que rigió con respecto a las ciencias históricas y sociales fue la desaparición de la Escuela de Sociología. Se consideró que la sociología era una ciencia burguesa que debía ser proscrita. Algunos pensaban que la sociología sólo podía subsistir como disciplina de encontrarse subordinada, en calidad de sierva, a la llamada filosofía marxista-leninista elaborada en el período stalinista. Las ciencias históricas se encontraban sometidas por los mismos vínculos de dependencia que la sociología a la Madre Filosofía. Se trataba de la vieja concepción, según la cual los estudios de la sociedad constituían tan sólo derivaciones del saber metafísico. En los planes de estudios se reflejaba esa dependencia de los estudios históricos a las orientaciones emanadas de los manuales de filosofía zhdanovianos-suslovianos.

De acuerdo con ciertas directivas expresadas en artículos y circulares, se vedó el tratamiento de determinados temas por los historiadores y científicos sociales.

En oposición directa a concepciones del comandante Ernesto Guevara, se crearon centros de investigación histórica que bien pronto se convirtieron en centros de «becarios» sin resultados científicos y sin publicaciones. En *El Socialismo y el hombre en Cuba*, Che planteaba con claridad meridiana: «No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial, ni “becarios” que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo».

Al cabo de 10, 15, 20, 30... años de formar parte de la plantilla de centros de investigación histórica, ostentando categorías de investigadores titulares y auxiliares, hubo decenas de «historiadores» que no publicaron un libro ni media docena de artículos durante el período referido.

En la década de los 60, el profesor universitario Sergio Benvenuto publicó un artículo en *Cuba Socialista* donde expresaba el criterio de que los investigadores noveles de los entonces recién creados centros de investigación histórica debían disponer de un plazo máximo de cinco años para publicar sus primeras obras.

Durante el período 1970-1985 se elaboraron listas de autores que no podían publicar. Se hicieron pulpa libros que se encontraban en la última fase de elaboración editorial. Hoy, estos libros, dado su contenido marxista, serían quemados, de ser presentados en una exposición

en Flagler Street, por los grupos políticos cavernarios de Miami.

Se dio el caso de que se enviara, en lugar de los historiadores que habían sido invitados a conferencias en el exterior, a funcionarios designados *ad hoc* para leer las ponencias de éstos. Se negó el derecho a que destacados profesores e historiadores participaran en eventos en países capitalistas. Este era un privilegio de círculos muy reducidos. También se les impidió a destacados historiadores el que hicieran sus candidaturas para el doctorado en ciencias históricas. Sin embargo, éste se le otorgó a su vez a personas que no tenían una obra historiográfica. Se dirá que estas medidas represivas no alcanzaban a más de una decena de estudiosos, pero tuvieron un efecto intimidatorio sobre la comunidad de historiadores e indujeron a la formación de un pensamiento uniforme.

A pesar de haberse creado una Unión de Historiadores, dejaron de celebrarse los congresos que se efectuaban anualmente bajo la dirección de Emilio Roig de Leuchsenring. Esta asociación no tuvo siquiera un local, y durante quince años de existencia sólo efectuó un escuálido congreso en La Habana. Durante estos años, no se creó una revista especializada en historia.

Se creó la categoría de «vaca sagrada», autoridad inapelable del conocimiento histórico. No se publicaron artículos en las distintas revistas culturales en los cuales se expresaran discrepancias con los maestros consagrados. Los directores de algunas de estas publicaciones preferían conservar sus cargos y evitar amonestaciones de sus superiores por el hecho de ofender a un historiador oficial.

Paralelamente, desapareció, en gran medida, la crítica historiográfica que se venía ejerciendo durante la década de 1960. Mientras Juan Marinello exhortaba, a fines de la década del 70, al ejercicio de la crítica artística y literaria, en el campo historiográfico no se alzó ninguna voz abogando porque se estimulara la crítica y la discusión. Desde luego, dadas las relaciones cautelares vigentes, de haberse propiciado el intercambio de ideas críticas, éste hubiera tenido el carácter de una censura unívoca a toda producción historiográfica que no se encontrara subordinada directamente a las exigencias de la coyuntura política.

Lo más característico de las relaciones tutelares impuestas al campo historiográfico fue el propósito de desnacionalizar progresivamente la historia de Cuba. En este orden de cosas, el intento de suplantar la asignatura Historia de Cuba por la de Historia del Movimiento Obrero en el nivel preuniversitario constituyó un peldaño dentro de un plan más amplio. En la mayor parte de las carreras universitarias se introdujo la asignatura Historia del Movimiento Obrero, como última etapa de los estudios de historia

de Cuba que se impartían desde el nivel primario. De hecho, en los textos sobre la clase obrera no se enseñaba propiamente la historia de los obreros, sino la de algunas organizaciones proletarias y sus luchas. De ese modo, la historia de la clase era sustituida, a su vez, por la historia de los activistas obreros.

Las condiciones ya descritas contribuyeron al aislamiento de los estudiosos con respecto a la historiografía marxista contemporánea y a los últimos avances de los métodos de investigación histórica. La obra del eminente historiador polaco Witold Kula era conocida por unos pocos en Cuba. Se ignoraban también las investigaciones del historiador marxista ruso Boris Porshenev. De Pierre Vilar, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson apenas se conocían uno o dos textos. Los aportes y las discusiones que suscitaron la cliometría estadounidense y el estructuralismo francés fueron del dominio de un círculo muy reducido.

Hoy día comienza a tomarse conciencia de que la historia no es una sierva de la política, sino su maestra más ilustre. La historia no ha pretendido nunca aportar soluciones a los hombres del presente, sino tan sólo ponerlos en condiciones de pensar sus problemas actuales revelándoles la dialéctica de los cambios en el tiempo. Esa era la concepción de Engels, según la cual, la concepción marxista de la historia, «no podía servir de excusa para no investigar la historia». Refiriéndose a los repetidores de enunciados marxistas que se desentendían de la realidad histórica, Engels decía, invocando las palabras del propio Marx: «todo lo que sé es que no soy marxista». Tanto para Marx como para Engels la vía principal para fundamentar y desarrollar científicamente el marxismo era el estudio de la historia y de las ciencias sociales. Por eso Engels le recriminaba a la joven intelectualidad que abrazaba el socialismo no investigar la historia de la economía y de las formaciones sociales. Fue precisamente de esos discípulos infieles, que rechazaban la investigación en nombre del esquema, los llamados socialistas de cátedra, de los que Marx dijo: «Sembramos dragones y sólo hemos recogido pulgas.»

Pudiera pensarse que el conjunto de interdicciones institucionales ya descritas era suficiente para impedir todo esfuerzo creativo en el área de los estudios históricos. Sin embargo, la realidad resultó ser mucho más compleja. Independientemente de las políticas dictadas por los funcionarios, el camino trazado por los maestros de la historiografía revolucionaria y por las instituciones creadas en la década de 1960, los intereses científicos y la actitud revolucionaria de los investigadores, así como los nuevos espacios creados con la fundación del Ministerio de Cultura, frustraron el propósito de convertir a los historiadores y científicos sociales en cuadros incondicionales a sus dictados.

Hemos destacado la orientación dogmática impuesta en determinados momentos en la enseñanza de la historia, pero debe tenerse en cuenta que con anterioridad al triunfo de la Revolución no había escuelas de historia en las universidades del país ni archivos históricos provinciales. Tampoco en ningún otro momento de nuestra historia el discurso de las dirigencias revolucionarias había exaltado tanto las tradiciones patrióticas y revolucionarias. El culto a las tradiciones revolucionarias del pasado llegó a convertirse en una mística popular. Este ambiente no podía menos que estimular los estudios históricos.

La existencia de criterios oficiales diversos sobre la historiografía se puso de manifiesto a fines de la década de 1970. En uno de los acuerdos de la Comisión de Ciencia y Cultura del Congreso del Partido Comunista de Cuba, se estableció que los historiadores debían formular sus hipótesis, independientemente de cuál pudiera ser el criterio oficial sobre un período determinado de la historia, por lo que debían basarse tan sólo en la documentación consultada en el curso de sus investigaciones.

La creación de nuevos espacios para las investigaciones históricas por el Ministerio de Cultura contribuyó a impartirle un nuevo sesgo a los estudios martianos. Es preciso hacer un recuento de la situación de este sector de la historiografía.

La destitución de Cintio Vitier como director de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional fue una de las primeras medidas tomadas a principios de la década de 1970 por la política sectaria. Para los nuevos custodios del legado martiano, se trataba de impedir que diversionistas y desviados ideológicos pudieran comunicar su percepción del Héroe Nacional. Al pensamiento martiano sólo podían tener acceso los elegidos, autodenominados marxistas-leninistas. Martí no era el venero, la fuente, en la cual podían beber todos los cubanos que habían identificado su destino con el de la patria frente al «Norte revuelto y brutal», sino el coto privado de un grupo selecto. Durante aquellos años, Cintio Vitier se vio obligado a publicar en México su estudio *Ese sol del mundo moral*, ante las objeciones de una comisión censora que se opuso a su edición en Cuba. En esas circunstancias, la fundación del Centro de Estudios Martianos en 1977 constituyó un primer contén a la ofensiva sectaria. A las publicaciones del Centro tuvieron acceso todos los estudiosos del pensamiento martiano. En sus marcos se debatieron distintas concepciones sobre la ideología y el papel de José Martí en la historia de Cuba. Le correspondió a Roberto Fernández Retamar instrumentar la nueva orientación. Se discutieron con limpieza tesis tan opuestas como las de Pedro Pablo Rodríguez y Ramón de Armas, por una parte, y la de

José Cantón Navarro por otra. Los primeros sostenían la imposibilidad de reducir el universo ideológico martiano a la conceptualización propuesta por este último. La definición de Martí como un demócrata-revolucionario, a juicio de los primeros, era aplicada a una variedad de pensadores heterogéneos y contrapuestos entre sí. La profundidad y amplitud de las proyecciones revolucionarias de Martí rebasaban el contenido implícito al concepto de demócrata-revolucionario. Cantón sostenía, por el contrario, el punto de vista según el cual había algo de común entre la mayoría de los pensadores anticoloniales, por lo cual Martí debía incluirse en este concepto. En el *Anuario Martiano*, Luis Toledo Sande polemizaba con Cintio Vitier y Jorge Ibarra. Si bien se podía discutir una variedad de temas, el celo excesivo con el que se defendía en ocasiones el punto de vista propio sobre Martí, frustraba una comunicación más libre y espontánea entre los estudiosos.

Los análisis de los investigadores martianos se limitaban, por lo general, a valorar las connotaciones de su discurso o de su accionar, sin profundizar en el contexto histórico o social en el que se movía el héroe cubano. En esa época hubo un solo intento de síntesis del período histórico comprendido entre 1878 y 1898: el valioso e inteligente acercamiento a la sociedad cubana de la segunda mitad del siglo XIX, realizado por Ramón de Armas con el título *La Revolución pospuesta*. El estudio acucioso de la organización del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en la Isla, efectuado por Ibrahim Hidalgo, nos reveló todo un universo político. Sin embargo, esta obra adolece de una falta de contextualización del devenir político en la sociedad de la época. Hidalgo incurrió también en cierto moralismo y cultolatría martiana cuando descalificó, política y moralmente, a los patriotas que discreparon en algún momento con el fundador del PRC.

Los estudios martianos contaron con los aportes de Juan Marinello, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Roberto Fernández Retamar, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo, Bias Roca, Luis Toledo Sande, Rafael Almanza, Josefina Toledo, Raúl Rodríguez de la O, Hebert Pérez, Mercedes Santos Moray, Salvador Morales, Ángel Augier, Julio Le Riverend, Eduardo Torres Cuevas, Mary Cruz, Adalberto Ronda, Graciela Chailloux, Diana Abad, Bernardo Callejas, Marcos Llanos, Salvador Bueno, Alga Marina Elizagaray y Luis A. Argüelles, entre otros.

Muchas de las síntesis y monografías realizadas durante el período han rebasado el nivel descriptivo para problematizar y explicar determinados hechos y tendencias. Los investigadores del Centro de Estudios Martianos han contribuido decisivamente con sus obras a la labor realizada por docenas de investigadores, que

por su propia cuenta propiciaron el movimiento historiográfico cubano. Recientemente, ha sido designado Cintio Vitier presidente de esta institución, como expresión de la voluntad de cambio y rectificación que anima a la Revolución Cubana. Se reivindicó también a estudiosos martianos tan relevantes como Iván Schulman y Manuel Pedro González.

En otras áreas de los estudios históricos cubanos, la labor de los fundadores de la historiografía revolucionaria fue continuada por la promoción surgida con la Revolución. De estos nuevos estudiosos sólo dos se dedicaron a tiempo completo a la investigación histórica, César García del Pino y Jorge Ibarra, mientras que el resto, en ocasionales incursiones por el pasado, elaboraron distintas síntesis y monografías. Así, las investigaciones de Joel y Ariel James, Carlos del Toro, José Tabares, Carlos Chaín, Jesús Chía, Francisco López Segre, Fernando Martínez, Enrique Sosa, Walterio Carbonell y Lionel Soto constituyeron valiosos aportes al acervo historiográfico común, aunque el quehacer nuestro se encontrara dominado en ocasiones por una visión presentista de la historia.

El mérito historiográfico principal de Walterio Carbonell radica en haber valorado el aporte del negro a la cultura y a la sociedad cubana como un fenómeno social total, de acuerdo con la perspectiva de Georges Gurvitch acerca de este tipo de procesos. Hasta entonces, la historiografía burguesa había obviado o subvalorado la participación del negro en el quehacer histórico nacional. Sólo Fernando Ortiz y Elías Entralgo, entre los estudiosos de primera línea, habían hecho justicia a los grupos étnicos preteridos. Se le ha criticado a Carbonell, quizás con excesiva acritud, haberse abroquelado en posiciones negristas, pero éste no hacía otra cosa que pagar con la misma moneda a los que por acción u omisión le habían concedido un papel marginal a la contribución del negro a la sociedad cubana. Como quiera que sea, todavía no se han realizado investigaciones de fondo que valoren equilibrada y ponderadamente los aportes de los grupos étnicos constitutivos del pueblo cubano al proceso de formación de la cultura nacional.

Lionel Soto y Arnaldo Silva son los autores de la primera gran síntesis histórica marxista de la coyuntura revolucionaria de los años 30. Se trata de un acucioso estudio de las condiciones de vida y del accionar de los grupos y clases que protagonizaron la revolución contra la dictadura de Gerardo Machado. Los autores criticaron, con razón, las distintas versiones historiográficas burguesas que le concedían un carácter decisivo a la gestión mediacionista de Welles en el derrocamiento de la dictadura machadista, al tiempo que soslayaban el papel clave desempeñado por la clase obrera. Ha sido, quizás, este propósito reivindicativo

del movimiento obrero el que llevó a los autores a no profundizar suficientemente en la significación del movimiento estudiantil, ni a detenerse en el estudio de las tendencias antimperialistas que animaban a los sectores medios de la sociedad. En las más de setecientas páginas de los tres volúmenes de la obra, la figura de Antonio Guiteras sólo se menciona en una ocasión. Aun cuando Gerardo Machado no es valorado como un simple títere, de acuerdo con las distintas versiones revolucionarias de la época, los autores no analizan detallada y rigurosamente las contradicciones entre la burguesía doméstica, representada por Machado, y el capital financiero estadounidense. El hecho de que la gestión de Machado en el poder se distinguiera por su represión a los obreros y estudiantes, y por todo tipo de zalamerías y genuflexiones públicas a la cancillería de Washington, no obsta que representase intereses nacionales de la burguesía enfrentados a los mecanismos de dominación neocolonial. Estos reparos y otros que pudieran formularse a la obra de Soto y Silva, tendrían como fundamento el hecho de que los autores se han valido, para el análisis histórico, tan sólo de las categorías sociológicas marxistas, sin tener en cuenta métodos de reconstrucción de los hechos propios de la disciplina histórica. De esa suerte, la obra ha oscilado desde la perspectiva de una síntesis marxista a la de una crónica o relato de los hechos realizado por protagonistas de la época, sin que se logre, en muchas ocasiones, un esfuerzo superior de síntesis. Defecto común, por otra parte, a los historiadores de nuestra generación.

La obra de Eduardo Torres Cuevas se ha caracterizado por el número de interrogantes que le ha formulado al discurso historiográfico cubano. Nuestro colega ha sabido plantear también diversas objeciones pertinentes a la labor de sus predecesores. Sus intereses investigativos se han proyectado hacia temas de la historia de la Iglesia Católica, de la masonería, del pensamiento cubano del siglo XIX y de la esclavitud colonial. Si bien sus estudios acerca de la esclavitud y de la masonería oriental en la década de 1860, de la composición social de la dirigencia autonomista y del pensamiento de Varela avalan en más de un sentido algunas propuestas de la historiografía cubana, su ensayo sobre Saco no esclareció ni aportó la solución, tal como él pensaba, a la polémica de cien años de duración sobre la figura más controvertida de la historia de Cuba. Se discute, y se seguirá discutiendo por mucho tiempo, en torno a la figura de José Antonio Saco. En ese sentido, su intento evidencia que no se ha trascendido la problemática tradicional en torno al reformismo criollo. En la medida en que sus incursiones en la órbita ideológica de los representantes de la corriente reformista se propusieron dar el tono y el sentido del devenir histórico colonial y de la clase esclavista en su

conjunto, ha incurrido en un error común a la historiografía cubana. De un modo u otro, todos hemos pretendido historiar el período colonial, o bien a sus clases hegemónicas, a partir de las evoluciones o involuciones ideológicas de sus pensadores, identificados con la corriente reformista-anexionista. Todo hace pensar, sin embargo, que el pensamiento dominante durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, el pensamiento más representativo de la clase plantacionista, en tanto respondía a sus motivaciones clasistas más inmediatas, se encontraba atrincherado en los cabildos coloniales, en las instituciones económicas de carácter corporativo, entre los funcionarios de la administración colonial. En ese sentido, un Claudio Martínez de Pinillos sería más representativo de las aspiraciones de la clase plantacionista en su momento histórico que un Saco o un Del Monte. Sólo en el largo o medio plazo histórico los ideólogos a lo Saco o Del Monte anticipaban las demandas futuras de su clase, mientras los voceros como Martínez de Pinillos representaban las demandas inmediatas del presente, de la coyuntura. Por ello, mientras no se estudien las instituciones esclavistas, no se podrá detectar los registros más sensibles del pensamiento de la clase esclavista de plantaciones.

El estudio monográfico de Joel James, *La República dividida contra sí misma*, tiene por objeto la descripción y explicación del universo político republicano en las dos primeras décadas de este siglo, a partir de las categorías propias de la superestructura social. El autor no interrelaciona los niveles políticos, sociales, culturales y económicos de la realidad histórica. Las referencias a vínculos de este género son escasas. La crítica dogmática condenó de manera inapelable este estudio de James, y lo tildó como un estudio de sociología política formal. Ahora bien, las posibilidades heurísticas del enfoque de nuestro colega se pondrían de manifiesto en virtud de la relativa autonomía del discurso y de la práctica política. En el curso de su exposición, el autor revelaría no sólo la existencia de un monopolio de las actividades y cargos políticos ejercidos por las dirigencias revolucionarias originales del 95, sino también una lógica implícita a los enfrentamientos políticos, que regía de manera implacable a nivel de la superestructura. Las causas eficientes de una variedad de determinaciones de la superficie política se encuentran con frecuencia ceñidas a nivel de la lucha por el poder. La descripción fenomenológica del acontecer político tiene su explicación inmediata, por consiguiente, en una distribución del poder y en una práctica consustancial de éste. Estudio de sociología política e histórica, con él James rompe, por consiguiente, con el empirismo característico del historicismo en boga hasta nuestros días.

Los diversos ensayos históricos realizados por Francisco López Segrera evidenciaron la imposibilidad de renovar los estudios históricos a partir de los esquemas generales de la teoría de la dependencia, aplicados a los resultados historiográficos alcanzados por otros estudiosos. Las limitaciones del método empleado se ponen de relieve aún más, en virtud del talento que el autor despliega en determinados momentos, al investigar por su cuenta procesos y tendencias históricas concretas a los cuales adecua las categorías gramscianas. En tanto las formulaciones marxistas de Gramsci constituyen por lo general categorías intermedias, no globales, López Segrera ha podido vincularlas con determinados hallazgos historiográficos para explicarlos de manera acabada e integral. Los aportes más importantes de López Segrera a la historiografía cubana se encuentran, ante todo, en sus investigaciones sobre la economía, la sociedad y la cultura cubana de las décadas de 1930 a 1960, y en sus observaciones sociológicas sobre la intelectualidad cubana en el mismo período. Su intento fallido de introducir en los estudios de la historia de Cuba los esquemas de Gunder Frank constituye una advertencia para las futuras generaciones de historiadores.

Los dos largos ensayos de interpretación histórica de Germán Sánchez Otero constituyen un abordaje original del proceso histórico cubano en el período 1933-1958. A partir de las categorías de lo nacional y lo popular, Sánchez analiza las proyecciones y tendencias de la ortodoxia y del Movimiento 26 de Julio. Los ribetes antiyanquis de las campañas populistas de Eduardo Chibás son destacados por el autor, interesado en subrayar el hilo de continuidad histórica ente la ortodoxia y la dirigencia ventisieteista. En su estudio sobre la ideología de los asaltantes al Cuartel Moncada, describe y explica la especificidad del marxismo de su dirigencia. La discusión de algunas de las hipótesis y problemas historiográficos implícitos al enfoque de Sánchez Otero deben constituir una premisa para los proyectos investigativos sobre el populismo cubano en el período antes citado.

Asistido de diversos métodos y técnicas, José A. Tabares intentó la labor de reconstrucción de los años 30 y de la vida de uno de sus principales dirigentes históricos, Antonio Guiteras. La labor investigativa de Tabares complementó, en cierto sentido, el estudio biográfico de la figura de Guiteras que Oiga Cabrera llevaba a cabo por su cuenta. En ese camino, Tabares realizó más de un centenar de entrevistas y agotó prácticamente las fuentes escritas del período (prensa, archivos...). Los estudios de Tabares permiten sustentar la tesis de que, independientemente del movimiento obrero, en amplios sectores populares y de la clase media existía una fuerte tendencia antimperialista. Las

investigaciones de Olga Cabrera, por su parte, revelan, inequívocamente, que en estos sectores populares, representados por Guiteras, se elaboró, en cierto sentido de forma autónoma, un programa hacia el socialismo. De ese modo, estos estudios develan la otra cara del movimiento antimachadista, insuficientemente tratada en la obra de Lionel Soto.

En su estudio sobre Guiteras, Tabares caracterizó acertadamente las dos tendencias fundamentales del movimiento revolucionario de los años 30 y del gobierno Grau-Guiteras, como nacional reformista y nacional-revolucionaria. De acuerdo con el autor, Ramón Grau San Martín debía ser ubicado en la tendencia reformista. Sin embargo, los enunciados de esta proposición no son suficientemente explicados. Algunos estudiosos plantean que una cosa era el Grau del año 33, y otra el de los años subsiguientes; que una cosa era su antimperialismo de entonces, y otra su oposición posterior a entrar en arreglos con los comunistas. Según aquéllos, Grau era, en fin de cuentas, quien firmaba los decretos que Guiteras llevaba a su despacho. Comoquiera que sea, la compleja figura de Grau y de algunos dirigentes del Directorio Revolucionario demandan un estudio más detallado que quizás en algún momento el propio Tabares pueda llevar a cabo.

En *Los dos últimos años de la Revolución del 30*, Tabares develó el sentido y la orientación reaccionaria fundamental que se agrupó en torno a Fulgencio Batista e impuso su programa de liquidación del movimiento revolucionario. Jesús Chía, por su parte, realizó una de las investigaciones monográficas más acabadas y profesionales de su generación. El estudio de los monopolios jaboneros puede considerarse un ejemplo de investigación de empresa.

El ensayo histórico sobre el proceso de formación nacional cubano de Carlos Chaín se atiene estrictamente a los requisitos de la teoría marxista de la nación, pero no logra la suficiente fluidez en la exposición del decursar histórico. Quizás lo más significativo de su obra es que coincidió de manera independiente con otros estudios realizados en la época sobre la cristalización de la nación en el curso de la Guerra Grande. Hoy día constituye una referencia obligada para los estudios del proceso de formación nacional.

Se publicaron también estudios biográficos de Frank País y José Antonio Echeverría, realizados por William Gálvez y Julio García Oliveras, respectivamente, caracterizados por una reconstitución minuciosa del accionar de los héroes revolucionarios y de su discurso político. Si bien no faltaron testimonios de época y sociedad en estos relatos, debe señalarse que adolecieron de la falta de un análisis del trasfondo ideológico, cultural y social, así como de mentalidades de la

generación revolucionaria del Centenario del nacimiento de José Martí. Desde el triunfo revolucionario se publicaron decenas de estudios biográficos de mártires del proceso revolucionario, cuya relación de autores no puede abarcarse en esta apretada síntesis, dado el breve espacio del que disponemos.

Las investigaciones históricas de las gestas independentistas realizadas por Abelardo Padrón, Rodolfo Sarracino, Francisco Pérez Guzmán, Gilberto Toste, José Abreu, Juan Losada, Nidia Sarabia, Mary Ruiz de Zárate, Adolfinia Cossío, Rolando Álvarez Estévez, Andrés Castillo, Oscar Loyola, Dolores Bessy Ojeda, Enrique Buznego, Gustavo Pedroso, Ángel García y Pedro Mironshuk,¹ aún cuando muchos de estos autores hayan tendido a destacar más la continuidad que las diferencias entre las distintas generaciones, sus obras han enriquecido la suma de conocimientos históricos factuales de la época. Al estudio del período 1868-1898 contribuyeron también con su obra estudiosos de las generaciones precedentes como Raúl Roa, Juan Jiménez Pastrana, Rafael Cepeda, Octaviano Portuondo, Raúl Aparicio y Andrés Cué. Un esfuerzo superior de síntesis deberá integrar los resultados de la historiografía cubana de la segunda mitad del siglo XIX.

Los estudios históricos regionales, alentados por la obra de Pérez de la Riva y de Le Riverend, abrieron una brecha con relación al campo trazado por las llamadas historias locales, interesadas tan sólo en describir hechos políticos de la superficie que tenían lugar en las municipalidades de la Isla. Otro poderoso estímulo al desarrollo de la historiografía regional constituyó la política propulsada por el Partido Comunista de Cuba y la Academia de Ciencias, desde los años 60, y con posterioridad por el Ministerio de Cultura desde los 70, de alentar la creación de archivos históricos y museos locales, así como grupos de investigación regional. Los estudios regionales han dado un paso de avance en la medida en que se han planteado definir las regiones geohistóricas como espacios que se distinguían por su estructura interna. En ese camino se han propuesto una diversidad de definiciones de la región. Aún no han aparecido conceptos alrededor de los cuales se integre la labor de equipos de investigación de las distintas regiones. Debe destacarse la obra pionera de Oiga Portuondo y Rafael Duharte en Santiago de Cuba, de José Abreu en Holguín, de Gustavo Sed Nieves en Camagüey, de Hernán Venegas y Carmen Guerra en Santa Clara, de José Aneiros en Sancti Spiritus, de Ángel Velázquez en Manzanillo, de Fe Iglesias en La Habana, para mencionar sólo algunos.

La tercera promoción generacional dio muestras de haber aprendido la lección de sus maestros. La obra de Oscar Zanetti y Alejandro García, sin duda la más

representativa del período, se caracterizó por la forma en que asimiló las enseñanzas de Pérez de la Riva, Moreno Fragnals y Julio Le Riverend. De hecho, sus estudios monográficos sobre la United Fruit Co. y los ferrocarriles cubanos se encuentran en el nivel intermedio entre la micro y la macro historia, en el cual se ubica *El ingenio* de Moreno. Desde este ángulo privilegiado, Zanetti y García pudieron acercarse y captar los hechos más particulares y generales relacionados con los estudios de las empresas. Tanto en el estudio de la United Fruit como en el de los ferrocarriles, los autores dedicaron un capítulo preliminar a las premisas geográficas que condicionaron las actividades productivas, agrícolas y de transportación en la Isla. Si bien en el estudio de la United Fruit apenas aparece relacionada la descripción del medio geográfico con las actividades productivas, en el estudio de los ferrocarriles la explicación geográfica aparece estrechamente vinculada a la infraestructura económica del país. La diversidad de métodos empleados con el objeto de explicar el funcionamiento del complejo económico y social de la plantación y del ferrocarril, dan cuenta de la concepción integral que presidió la obra. Zanetti y García, en su estudio de la United Fruit, elaboraron por primera vez en la historiografía cubana series estadísticas de salarios reales. Así mismo, hicieron estudios de costos de producción, de rendimientos agrícolas y de procesos de comercialización. En la medida en que, en su síntesis sobre los ferrocarriles cubanos, *Caminos para el azúcar*, prevaleció la intención de reconstituir en su conjunto un proceso, la exposición aparece estrechamente vinculada a las fuentes consultadas. Ahora bien, la descripción no está exenta de una calificación de actitudes y tendencias intrínsecas a las proyecciones de los intereses dominantes en las empresas ferrocarrileras. El propósito de los autores de abarcar un conjunto los llevó de la mano a valorar los vínculos de la infraestructura ferrocarrilera con las distintas regiones del país y su papel en la formación de un mercado interno. Además, sus análisis sobre rentabilidad no se limitaron a la de las empresas ferrocarrileras, sino también a la forma en que éstas la propiciaron en la industria azucarera.

Formular criterios sobre la labor historiográfica de la tercera promoción generacional de historiadores resulta prematuro en más de un sentido. En la medida en que se ha suprimido gran parte de las prohibiciones y obstáculos institucionales del período gris de la historiografía cubana, por llamarlo de algún modo, los jóvenes estudiosos se encuentran en condiciones de dar pasos de avance decisivos en la elaboración de una historia de Cuba. En este sentido debe destacarse la labor realizada hasta el presente por Enrique Collazo, Jorge Ibarra Guitart, María Antonia Márquez, Doria

González, Mercedes García, Imily Balboa y Ricardo Quiza.

La segunda y tercera promoción de historiadores han aplicado más o menos creativamente el marxismo a una nueva documentación, a la vez que han enunciado nuevas hipótesis y problemas historiográficos. Una de sus limitaciones más evidentes ha consistido en haberse conformado con poner en práctica técnicas tradicionales de valoración de los hechos históricos. En realidad, no ha tenido lugar una puesta al día con los últimos avances metodológicos de las ciencias históricas. No se trata, desde luego, de copiar o aplicar mecánicamente las últimas modas procedentes de las universidades europeas o estadounidenses. De hecho, no han faltado ensayos apresurados por adaptar la historia de Cuba a los esquemas de la nación de Stalin, a los patrones de dependencia descritos por Gunder Frank, o a las categorías del pensamiento de Adorno y Horkheimer, o sea, a las formulaciones de la Escuela de Frankfurt. Desde luego, estos intentos apriorísticos no han podido explicar los fundamentos de la sociedad cubana, aun cuando hayan iluminado ciertos aspectos de la realidad histórica o contribuido a ejercitar las facultades intelectivas de investigadores jóvenes. Como bien destacó Engels a propósito de las técnicas de investigación histórica: «...no se trata de sacar de las cabezas las concatenaciones de las cosas, sino describirlas en los mismos hechos.» En algunos historiadores, el afán por expresar opiniones propias y reforzar su personal visión del mundo o el interés en fundamentar historiográficamente la última teoría de la historia en boga, ha sido con frecuencia más evidente que el deseo desinteresado de averiguar lo que realmente sucedió en el pasado. Esta última actitud debe conducir al historiador a construir sus propias categorías en la medida en que broten de la realidad histórica, o adaptar aquellas categorías existentes que sean compatibles o se avengan con los hechos estudiados. La actitud desinteresada sugiere el empleo de métodos de investigación que contribuyan a esclarecer hechos y tendencias pertinentes o significativos, no simples curiosidades o trivialidades del devenir histórico.

Los estudios históricos cubanos han tendido a reseñar o explicar hechos o nociones económicas, o bien a reconstituir y definir acontecimientos y procesos políticos. Los esfuerzos por relacionar o integrar estos campos se han efectuado, por lo general, vinculando sin mediación alguna lo económico y lo político. No se ha considerado que lo social pudiera constituir un terreno intermedio, una argamasa en la cual se fundieran o integraran lo económico y lo político, o bien que pudiera articular un campo de determinaciones históricas propias. En muchos casos se le ha conceptualizado como una mera expresión o un débil

barniz de lo económico. Tal concepción ha estado presente en las historias políticas, económicas y sociales tradicionales, ya fueran de orientación positivista o marxista. Se ha obviado, también con demasiada frecuencia, el hecho de que lo social conforma un campo privilegiado donde toman forma las actitudes de clases y grupos, así como sus estados de ánimo.

El reduccionismo, por su parte, ha pretendido identificar a lo social con la estructura clasista. Este estrecho enfoque ha excluido el estudio de la estratificación etnocultural y etnosocial que se superpone a la estructura de clases. Si tratáramos de definir la historia social en su forma más suscita o embrionaria, podríamos parafrasear a Eugene Genovese, de acuerdo con el cual ésta sería el relato de quién domina a quién, cómo y por cuánto tiempo. Desde luego, las clases dominantes han ejercido el poder por la coerción militar, sin mediación alguna, muy raras veces en la historia. A los efectos de esclarecer las relaciones de poder fundamentales de una sociedad, las cuales no se expresan tan sólo en términos de un simple dominio, sino de una hegemonía cultural e ideológica, de un consenso, la historia social debe explicar la incidencia que tiene el número de los hombres, o sea, el movimiento y la composición de la población en la estabilidad de una sociedad a través del tiempo. Las investigaciones de familia, parentesco y género revelan, en su particularidad, desde los microcosmos de las relaciones privadas, hasta los grandes conflictos, crisis, mediaciones y avenencias que recorren a una sociedad en una época determinada.

En otro plano, la historia de las mentalidades debe iluminar, en más de un sentido, la historia del orden imperante, o sea, de las relaciones de poder. Las maneras de sentir y pensar que se expresan en las producciones culturales, en el léxico, en la conducta anómala de ciertos grupos y estratos, ponen de manifiesto el grado de tensión existente entre las clases hegemónicas y las subalternas. La evaluación de la densidad psicológica y cultural de las relaciones sociales le permiten al historiador social formarse una idea de la consistencia histórica de éstas. En este contexto, la afirmación de E.M. Forster en el sentido de que «la verdadera historia de la raza humana es la de los afectos humanos» no parece arbitraria del todo.

La historia social tendría también como objeto el estudio de la cultura en todas sus manifestaciones, particularmente el lenguaje, las creencias, costumbres y tradiciones populares, las pautas y el contenido de la educación transmitida por el sistema escolar, las actitudes de deferencia en las relaciones interclasistas, los patrones clasistas del espacio urbano, las prácticas religiosas, los mitos y rituales, las formas de sociabilidad, en tanto explican las relaciones sociales y de poder propias de una sociedad. La historia social, en última instancia, se propondría acceder por esas vías al conocimiento del pueblo, ese gran desconocido de los estudiosos, cuyos movimientos imperceptibles o manifiestos han inclinado por lo general la balanza del poder e impulsado los grandes cambios históricos. Hasta el presente, el discurso historio gráfico se ha limitado a enunciar su nombre de manera encomiástica o a encumbrar de manera exclusivista o reduccionista a sus clases constitutivas (obreros, campesinos, pequeños productores o distribuidores, intelectuales), sin estudiar los vínculos internos que los unen e integran en una entidad superior. De lo que se trataría entonces para nosotros, estudiosos del hombre en sociedad, sería contribuir al conocimiento de la gente sin historia, de manera que ésta se encuentre cada vez más en condiciones de participar y ser artífice de su propio destino.

Notas

1. El breve tiempo de que dispusimos para entregar este artículo a la nueva dirección de la revista *Temas* no nos permitió incluir todos los autores que coadyuvaron con su esfuerzo personal a la temática diversa de la historiografía cubana. Toda omisión es involuntaria. Confío ampliar este trabajo en un estudio historiográfico más integral, que abarque tanto a los autores nacionales como extranjeros, así como a destacados bibliógrafos que hicieron posible la labor de todos. En esta nueva síntesis valoraría también la labor de los historiadores cubanos que han estudiado procesos históricos latinoamericanos. En este reducido espacio tratamos de incluir en una sola temática a colegas que han trabajado más de una.

© TEMAS, 1995.

¿Hacia dónde van los estudios sociales?

Miguel Limia David

Filósofo. Instituto de Filosofía.

Hasta hace relativamente poco tiempo, personas que se consideraban bien informadas acerca de la vida espiritual de nuestra sociedad se creían con fundamento para afirmar -sin remordimientos de conciencia de ninguna índole-, que los estudios científico-sociales y su posible impacto en la vida de la comunidad dejaban mucho que desear, si no eran en rigor inexistentes. Estas opiniones, aun siendo prisioneras de una arraigada y sostenida subvaloración institucional y social del lugar y papel de estas ciencias en la vida de la sociedad, no estaban sin embargo, carentes de cierto fundamento.

Hoy la situación ha cambiado de manera significativa. Si alguien deseara no darse por enterado de lo que ha venido sucediendo en este terreno, difícilmente lo conseguiría, y mucho menos lograría convencer a los demás de que tiene razón.

En la etapa actual que vive nuestro país no resulta posible comprender el estado de las ciencias sobre la sociedad -incluida la filosofía- si no se presta atención a las profundas modificaciones a que éste ha resultado compelido desde la segunda mitad de la década de los años 80.

La necesidad esencial de estas transformaciones ha sido de naturaleza interna, pues se ha engendrado por el estado de los nexos más estables y profundos que caracterizan la vida de la sociedad, tanto en la esfera productivo-material, como socioclasista, gene racional, profesional, política e ideológico-espiritual.¹

Sin embargo, en el desenvolvimiento histórico del políticamente denominado proceso de rectificación de errores y tendencias negativas -el cual pretendió con un grado u otro de acierto darle una respuesta progresiva a la citada necesidad cambiaron radicalmente las condiciones de existencia externas del organismo social, y surgieron exigencias de una nueva naturaleza y complejidad. Las contradicciones del desarrollo interno tuvieron que enfrentarse dentro de una situación radicalmente nueva de las relaciones internacionales.

Ya entonces no se trataba sólo de perfeccionar el socialismo que se venía construyendo, sino de salvaguardar las conquistas fundamentales logradas en el terreno de la independencia nacional, la emancipación social y la dignificación humana. Es decir, el asunto consistía en garantizar el carácter irreversible de la obra positiva realizada en el sistema social. Se entró de lleno,

y de forma rápida, inesperada y traumática, en el *periodo especial*. Así hubieron de fundirse, en un mismo proceso, la reestructuración provocada por los factores externos y la condicionada por los internos; y todo ello con la exigencia de conservar la gobernabilidad del sistema por medios esencialmente populares, humanistas, como corresponde a la naturaleza del proyecto.

Frente al sujeto de la dirección social se han planteado múltiples tareas gnoseológicas, cuya solución con un grado u otro de acierto o desacierto, condicionará tanto el resultado a corto plazo como el impacto estratégico de las políticas implementadas.

Los estudios sociales en el contexto actual: crisis y revisión

Se ha hecho necesario determinar el contenido mismo de la reestructuración a enfrentar, en virtud de unas y otras condicionantes, en los distintos terrenos de la actividad social; aclarar las formas de articulación de las fórmulas de «sobrevivencia» con las del desarrollo ulterior, de acuerdo con las finalidades trascendentes del proyecto social; precisar el contenido, las etapas, modos, vías, etc., de ambas reestructuraciones, a fin de que su despliegue resulte lo menos espontáneo y contraproducente posible; definir una nueva estrategia de desarrollo basada en una noción reevaluada del tipo de socialidad a que se aspira (me refiero a asuntos tales como la propiedad, la relación plan-mercado, descentralización-centralización, pluralidad-uniformidad, individuo-estado, estado-sociedad civil, participación movilizativa ejecutiva-participación decisoria, ética heroica-ética de la cotidianidad, mayoría-minoría, individuo receptor de derechos-individuo promotor de derechos y portador de deberes, etc., así como del tipo de hombre a formar y sus relaciones recíprocas.

Esta nueva socialidad debe resolver un grupo de problemas controversiales, como la propiedad social-individual y la relación plan-mercado. La solución exitosa de estas cuestiones funge como premisa espiritual indispensable para la actividad práctico-transformadora, política en particular. A mi manera de ver, no resulta posible obtenerla a partir del paradigma habitualmente afirmado en el discurso político institucional tradicional, pues los actuales procesos sociales le han cuestionado sus fundamentos instrumentales y determinadas premisas sociológicas de importancia.

Se requiere de una búsqueda que trascienda los marcos gnoseológico-cosmovisivos del paradigma tradicional que ya ha entrado en paradoja con la realidad. Esto, que en etapas precedentes podía parecer simplemente una «posibilidad teórica», ahora es un

requerimiento práctico, una demanda sin cuya solución la política práctica, virtualmente sólo podrá moverse en el mismo lugar o retroceder.

Otro asunto diferente -que aquí no abordaremos es *cómo* se ha de construir la articulación de las nuevas proposiciones teóricas con los fundamentos ideológicos más profundos del proyecto. Una cuestión sí queda suficientemente clara: la continuidad es imprescindible, porque se trata del proceso de *autoconciencia* y de actividad práctico-transformadora de un mismo sujeto macrosociológico sobre las condiciones de existencia y de sí mismo.

En virtud de lo dicho, los estudios científico-sociales y filosóficos constituyen un momento cada vez más importante de la actividad vital de la sociedad, *en el sentido* de que, sin su participación activa, resulta imposible resolver -sobre la base del predominio del factor consciente y los ideales del humanismo y la democracia verdadera- los complejos problemas estratégicos que la época contemporánea plantea ante el pueblo cubano, particularmente ahora, cuando el endurecimiento de las condiciones externas de la actividad convierte en más imperiosa la necesidad de la reorganización interna para poder sobrevivir y hacer progresar al sistema social en su conjunto.

Las mencionadas investigaciones están sujetas, de manera directa, a la modificación de la relación teoría social-práctica política que se ha empezado a llevar a efecto -aunque no a los ritmos que pudiéramos desear-, como condición indispensable y urgente para la defensa y promoción ulterior de las conquistas del socialismo, la consolidación de la independencia nacional y el consecuente desempeño exitoso de las tareas internacionales de la Revolución cubana.

Para la mayoría de las investigaciones sociales -en particular para las socio filosóficas y sociológicas aplicadas-, este contexto cultural en que se insertan ha venido implicando, ante todo, un cambio radical de sus relaciones con la práctica social vista en sentido amplio, y con la actividad política en primer término. Ello ha influido de manera directa en su objeto de estudio y en la configuración e introducción a la vida de sus resultados investigativos.

A mi juicio, el rasgo decisivo de este proceso de modificación sustancial del lugar y significación sociales de las citadas disciplinas consiste en que han comenzado a rescatar su papel de fermento de la cultura, su vocación genuinamente práctico-revolucionaria. Esto ha venido coadyuvando a un profundo cambio en la naturaleza del propio objeto de investigación y de los principios reguladores de índole gnoseológica y valorativa que presiden su elaboración y proyección sobre la sociedad. Pero ese cambio ha de marchar de prisa, so pena de quedarnos irremediabilmente

retrasados en la canalización del aporte que son susceptibles de efectuar las ciencias sociales al perfeccionamiento y desarrollo de la sociedad y a su correspondiente impacto en la comunidad internacional, tanto en el plano funcional como en el estratégico.

Este fenómeno resulta muy complejo y contradictorio. En primer lugar, se lleva a término dentro del marco de la agudización creciente, perceptible por todos, de las contradicciones internas de nuestra sociedad -que poseen como es lógico una expresión particularmente aguda y multifacética en la vida espiritual- y en el contexto internacional caracterizado por acuciantes y dramáticos problemas globales que exigen de la humanidad tomada como un todo, y de cada Estado-nación en particular, una codificación cardinal del modo con que se ha asumido tradicionalmente la actitud hacia la naturaleza y el sistema de las relaciones internacionales. Este fenómeno se hecho más complejo aún con los procesos de restauración capitalista que tienen lugar en los países de la ex comunidad socialista europea. Estos últimos han contribuido a estructurar la marcha hacia un mundo políticamente unipolar que amenaza ser regido cada vez más por los designios de los países capitalistas desarrollados, ante todo por los Estados Unidos de Norteamérica.

A ello se ha sumado la conocida crisis de la variante dogmática, esclerótica, del marxismo-leninismo, que servía de base teórico-ideológica a estas experiencias socialistas en la etapa posleninista y que se nos refrendaba políticamente con la pretensión y dignidad de constituir un logro supremo de la «civilización socialista» como tal.

Esta variante del marxismo-leninismo -que, dicho sea de paso, no es la única que se observó en Europa Oriental y la URSS, aun cuando muchos ahora afirman lo contrario- influyó en la vida política y espiritual cubana desde los años de la república neocolonial. Su presencia se multiplicó con creces después de la Revolución en los círculos científicos y académicos a través de las distintas formas de colaboración que eran usuales entre los países de la otrora comunidad socialista. Aunque debe señalarse que no se introdujo en los predios intelectuales sin determinada resistencia, ni en concordancia con los principios esenciales inherentes a los fundamentos mismos de la cultura nacional cubana. Sin embargo, mírense como se miren las cosas -sin ánimo de absolutizar o de simplificar el panorama-, sus huellas se hicieron manifiestas en un grado u otro en una parte significativa de la producción científica social académica y en la actividad docente por varios años. Y, lo que es más importante aún, en la manera de hacer de un considerable número de especialistas.

Esta variante del marxismo entró en irrevocable crisis porque, a fuerza de determinados factores socio culturales sobre ella actuantes -y que no ha lugar analizar aquí-, fue condenada a hacer traición al paradigma cosmovisivo, gnoseológico y práctico-transformador fundada por los clásicos de la teoría.

Ella sustituyó el cuadro del mundo social plasmado en la obra de Marx, Engels y Lenin, por una representación en lo esencial materialista metafísica y vulgar de los fenómenos sociales, hasta el punto de romperse la unidad de la marcha del proceso histórico en el acceso al análisis de la construcción socialista y del desarrollo del capitalismo después de las primeras décadas de este siglo. Al período de tránsito del capitalismo al socialismo se le embellecía en el espíritu del evolucionismo vulgar. Los procesos relacionados con el llamado Tercer Mundo se aprehendían, como regla, desde una óptica eurocentrista. Al individuo se le disolvió en supuestos «mecanismos» objetivos existentes paralelamente y más allá de la actividad.

En virtud de ello, la sedicente ciencia social hecha en esos marcos, como regla, excluía del análisis los problemas de la cognición, valoración y conducta cotidianas; diluía al hombre en el *socium*; absolutizaba la actividad y la cognición científicas en detrimento de la actividad práctica y del vínculo práctico-transformador con la realidad; se abstraía de la especificidad de la cognición social; desatendía la necesaria elaboración ulterior de la teoría del desarrollo, social en particular; hacía caso omiso o rompía absolutamente con las diferentes variantes del pensamiento no marxista contemporáneo; desatendía el mundo de los valores realmente actuantes en la vida de los individuos concretos, etcétera.

La actividad científica social incorporó de cierta manera ideales gnoseológicos que, por su contenido e implicaciones, eran anteriores incluso a los del pensamiento temprano de la burguesía, aun cuando manifestaran una forma externa contemporánea. Se trata del dogmatismo, el escolasticismo y la especulación huera, criticados ya por Bacon en el siglo XVI.

Dicho de otro modo, el cuadro del mundo social inherente a este estilo de pensamiento en las ciencias sociales, se construía, en mucho, como *otra forma de existencia* del discurso político oficial; y los ideales gnoseológicos realmente actuantes obligaban a diferenciar no tanto lo verdadero de lo no verdadero, como lo oportuno de lo inoportuno, lo conveniente de lo inconveniente. Se entiende, entonces, que consciente o inconscientemente, la diferenciación se hiciera por medio de criterios también políticos cotidianos.

En consecuencia, la ciencia social académica, construida sobre estos presupuestos, no se encontraba

en condiciones para orientar de manera eficiente la actividad cognoscitiva a la búsqueda de la verdad, pues no contaba con un *criterio* científico independiente de ella. De lo cual se deriva que sustituyera, en mucho, su función eminentemente crítica-constructiva encaminada a la práctica, por una labor ante todo apologética de lo existente. Dicho sea de paso, la práctica que se llevaba a efecto no demandaba una teoría de otra naturaleza, sino todo lo contrario, estimulaba la generación y predominio de la que caracterizamos.

Las investigaciones sociales, en fin, se han visto en la necesidad de hacer frente a la mencionada crisis, no sólo por exigencias epistemológicas intrínsecas a ellas, sino además y ante todo, por una demanda de índole práctica surgida de la totalidad del organismo social y que encontró eco directo en la propia actividad política: contribuir a garantizar la consolidación de la independencia nacional y las conquistas de justicia social alcanzadas gracias al triunfo de la Revolución cubana, y que devenían en precario en la misma medida que se fortalecían las tendencias reaccionarias en la arena internacional.

Las transformaciones internas afrontadas por la sociedad cubana en los últimos tiempos han planteado, ante las ciencias sociales y la filosofía, tareas específicas de carácter social estratégico, y que no podían ser resueltas desde las posiciones del marxismo dogmático, el cual -como antes se dijo- con mucha dificultad pudo engarzarse en un grado u otro al pensamiento paradigmático de la Revolución cubana.

Para la asimilación de los nuevos objetos reales de investigación, los especialistas se han visto obligados y se verán más constreñidos aún en la medida que se profundice el reajuste de la sociedad como única alternativa posible de consolidación de la nación y las conquistas sociales de la Revolución, así como de contribución constructiva con las fuerzas progresistas contemporáneas- a ir modificando a fondo el viejo cuadro del mundo social interno y externo, la imagen del hombre que tenemos y que proyectamos formar, la representación elaborada acerca de los procedimientos y vías para alcanzar estos objetivos, los ideales gnoseológicos de conformación del saber puestos en práctica, así como el propio estilo y forma de producción del conocimiento científico, de su resultado.

Ha sido imprescindible, y continúa siéndolo, retornar al espíritu del programa de investigación y transformación de la realidad social fundado por los clásicos de la teoría marxista, y al modo en que éste se ha de desplegar en nuestra cultura nacional atendiendo a sus genuinos fundamentos históricos. Resulta necesario restablecer integralmente el vínculo en mucho perdido con el pensamiento científico de avanzada en el mundo,

en particular con el de América Latina, así como atender a las enseñanzas que aporta el desarrollo de la cultura nacional cubana en cuanto al lugar, naturaleza y función de la filosofía y las ciencias sociales, en el proceso de conquista de las aspiraciones siempre nuevas y más profundas de nuestro pueblo.

Dadas estas circunstancias, no resulta muy difícil comprender que no todos los estudiosos de la sociedad hayan reaccionado de la misma manera frente a la crisis del marxismo esclerótica y a las nuevas exigencias de la vida en el país; y ello no sólo y no tanto motivado por la heterogénea preparación o madurez de los especialistas y la dinámica específica de los distintos grupos de investigadores y docentes -que, desde luego, son factores que también han influido-, sino porque el proceso mismo ha sido demasiado complejo y las contradicciones impulsoras del desarrollo social muy diversas y agudas, tanto en el plano interno como en el externo.

Es conocido que, en épocas de profundos cambios sociales, los excesos cosmovisivos de uno u otro género son comunes. Pero tanto el nihilismo como el dogmatismo, al fin y a la postre, no hacen otra cosa más .que poner en evidencia que existen más problemas por resolver que respuestas ya elaboradas, por lo que se impone su búsqueda en unos marcos que aquéllos resultan incapaces de proporcionar. Toda crisis contiene en sí el germen de su superación; de lo que se trata entonces es de que seamos lo suficientemente capaces y oportunos como para seleccionar la alternativa que viabilice no simplemente el mantenimiento de la sociedad, sino el progreso en las circunstancias actuales.

Es por eso que, si bien de forma bastante masiva se observa una tendencia a responder positivamente ante el reto planteado por la sociedad y la lógica interna de las distintas especialidades -plasmada en el conjunto relevante de resultados científicos alcanzados en los últimos tiempos-, existen posiciones aisladas que cantan el réquiem al marxismo o tratan de asimilar la realidad social desde ángulos no situados en el rescate de este paradigma de investigación, sino acudiendo al indeterminismo y a ciertas variantes de idealismo subjetivo en la comprensión de la dinámica y las tensiones sociales.

Ello, por supuesto, no excluye a aquellos que, sencillamente, permanecen perplejos, como el famoso asno de Buridan. Ante la imposibilidad de atenerse a las viejas formas de hacer y de pensar, cada vez menos admitidas por la opinión pública -por no hablar ya de la propiamente especializada-, acompañada además de la carencia de una nueva y clara visión paradigmática que posea la sanción unívoca de la comunidad científica, practican una forma u otra de eclecticismo.

En definitiva, estas diferencias tendrán a la larga como piedra de toque a la propia práctica y no a la teoría en sí misma. La práctica será la decantadora y evaluadora por excelencia de las capacidades de los distintos intentos por contribuir a garantizar la sobrevivencia nacional y el ulterior florecimiento de la nacionalidad y de cada cubano, en un mundo que tiene por resolver, además, complejos problemas globales y que exigen ante todo más justicia social a escala planetaria.

En los momentos actuales, uno de los rasgos más importantes de la producción científica social en país es la remodelación organizativo-institucional que ha comenzado a sufrir su interrelación con la práctica, ante todo con la actividad práctica política.

Este proceso -orientado a la elevación del papel de las ciencias sociales en la vida de la sociedad, a la adecuada jerarquización de su participación en la toma de decisiones tanto en la determinación de los fines como de los medios de la actividad social- debe de alcanzar un nuevo nivel cualitativo con la organización de los polos científicos,² los cuales se encaminan a impulsar el diálogo directo entre la política y la actividad cognitivo-valorativa inherente a las ciencias sobre la sociedad, a partir de su real diferenciación como actividades sociales relativamente independientes.

Los polos en las ciencias sociales deben estar encaminados a constituir una forma nueva de interactuar tanto estas disciplinas entre sí como con la actividad política -aun cuando algunos en la ciencia y en la política, pongan el énfasis sólo en lo primero-, la cual ha de suponer y perseguir el planteamiento de problemas específicos en calidad de objetos de reflexión que constituyan prioridades sociales de primer orden en el país. Ello coadyuvará al enriquecimiento de ambas actividades y a la elevación de la eficiencia y legitimidad de sus impactos sociales respectivos.

Por la consecución definitiva de estos objetivos pasa el rescate -que viene configurándose-, no sólo de la función práctica humanista de las ciencias sociales en las dimensiones táctica y estratégica, sino también de su vocación revolucionaria emancipatoria, de cambio. Ello engendra, además de modificaciones positivas importantes en el papel social de estas disciplinas, transformaciones radicales en el ritmo, estilo y modo de su actividad, tanto en la definición de los objetos de investigación como en la configuración del propio resultado alcanzado. Esto exige transitar a formas nuevas de interacción e integración entre las disciplina científico-sociales.

Todo lo antes considerado entraña, ante el sujeto de dirección social, el requerimiento de canalizar el desarrollo ulterior de las ciencias sociales de modo que responda a las nuevas exigencias históricas, susceptible

de potenciar las capacidades creadoras de estas disciplinas en las condiciones actuales. Así mismo es necesario propiciar ajustes estructural-organizativos y de cultura y estilo de dirección, a fin de viabilizar el incremento de su impacto en el perfeccionamiento y marcha ulterior de nuestra sociedad y su significación en la arena internacional, tanto en lo que se refiere a las investigaciones aplicadas como a las de naturaleza fundamental.

Tendencias fundamentales de desarrollo en lo adelante. Algunos problemas

Tomando en consideración lo anteriormente dicho, es evidente que entre las tendencias centrales del desarrollo de la actividad científico-social en el país se deben encontrar las siguientes:

- La confluencia creciente de las distintas especialidades en torno a problemas cuya solución práctica resulte priorizada por la demanda social. Me estoy refiriendo a los hasta ahora conocidos como Programas Estatales y a otras formas de integración que han aparecido antes y alrededor de la experiencia de los polos científicos. Ello está condicionado por el carácter sistémico, integral, que poseen los asuntos actualmente acuciantes; por lo cual requieren respuestas del mismo corte, sólo susceptibles de ser dadas por el conjunto de las distintas ciencias sociales en interacción desde sus distintos ángulos de trabajo. Esto no supone indiferenciación de los perfiles, sino confluencia, sobre un mismo objeto problémico de distintos planos de investigación. Por supuesto, ello requiere resolver tareas gnoseológicas complementarias derivadas de la necesaria articulación de los objetos, métodos y resultados de investigación. De ello se deriva entonces una *creciente actividad científica en torno a problemas sociales medulares* para el desarrollo del país, y, además, un *incremento de la autorreflexión metodológica* de las distintas disciplinas y sus enlaces.
- Si tomamos en cuenta la lógica especial de nuestra sociedad actualmente, puede afirmarse que entre el conjunto de estos problemas cuya solución integral se promueve a primer plano, se deben de encontrar *ante todo* los relativos a la producción material. Me refiero, particularmente, a las cuestiones de la organización social y empresarial del trabajo, a las relaciones organizativo-tecnológicas y organizativas de dirección, y a las relaciones propiamente económicas en los distintos sectores o formas de producción del país -incluidas las empresas mixtas, el turismo, etcétera.

Desde mi punto de vista, *la definición de la suerte histórica y el lugar definitivo de los colectivos laborales resulta crucial* para el futuro mediano e inmediato del país, tanto en el marco de la propiedad estatal como en el de la mixta o la cooperativizada. Este asunto, hoy vislumbrado, por ejemplo, en la organización de las unidades básicas de producción cooperativa, es de trascendencia estratégica para el devenir de la sociedad y debe ser enfrentado por las ciencias sociales en toda su complejidad y hondura, tanto por su trascendencia económica como política e ideológico-cultural.

Por supuesto que esta tendencia incluye el estudio del sector económico de propiedad mixta, dadas de las implicaciones globales y de largo alcance que tiene para la vida del país; no sólo o fundamentalmente en el sentido tecnológico y productivo, sino en el ámbito social, en la dimensión integrativa de la vida de los grupos sociales objetivos que genera, y de otros que modifica, como resultado de las específicas relaciones sociales de producción, distribución, cambio y consumo, así como de carácter organizativo (relación dirigentes-dirigidos). Las ciencias sociales están llamadas a plantearse no sólo los problemas puramente locales u organizativos, sino, además, los de carácter estratégico a este respecto.

En los momentos actuales, la definición de la doctrina económica del país en lo ulterior es de importancia estratégica, por lo que las ciencias sociales han de desempeñar una función insustituible no sólo en el diagnóstico de la realidad económica y su refracción en las distintas comunidades e individuos, sino también en la delineación del modelo estratégico a desenvolver en esta esfera tan crucial de actividad.

Los problemas relativos a la organización, funcionamiento y desarrollo de la vida política del país, en relación con el conjunto del organismo social y sus condiciones externas e internas de desarrollo, también parecen atraer sobre sí el enfoque coincidente de las distintas ciencias sociales, pues se trata de aportar soluciones originales y eficientes que conduzcan a la reestructuración integral del sistema político-jurídico, que tiene como sujeto real al pueblo trabajador y como método de actividad la participación democrática.

La necesidad de trabajar a fondo asuntos claves para toda la evaluación cognoscitiva de la realidad social cubana, como es el cuadro del mundo social y el proyecto de hombre cubano a que se atienen, de forma más o menos consciente, los investigadores al producir conocimiento. Ello exige comprender más cabalmente a nuestra sociedad

como organismo contradictorio sujeto a desarrollo de un corte u otro, y aprender a evaluarlo por criterios humanistas genuinos a tono con el ideal nacional-liberador, emancipador social y dignificador humano inherente al pensamiento revolucionario cubano genuino.

El debate en torno a qué entendemos por progresivo y qué por regresivo en nuestra sociedad, qué fenómenos son negativos, cuáles son positivos, cuáles de estancamiento, está objetivamente condicionado. Las ciencias sociales no pueden rehuirlos, so pena de castrarse. Algunos investigadores no concientizan el carácter esencial de este problema, pero constantemente les aflora a la hora de tener que *valorar, evaluar*, las constataciones y correlaciones empíricas obtenidas en los distintos temas de investigación, según sus implicaciones globales o locales para la sociedad, la clase, la generación, la familia o el individuo concretos. Esto es hoy más importante aún porque, además de las profundas indefiniciones y conflictos ideológicos en que nos debatimos, estamos sometidos a la tremenda presión del liberalismo y necesitamos encontrar nuestro verdadero lugar a partir de las capacidades constructivas propias. Es imprescindible desarrollar la doctrina de nuestras pretensiones utópicas, de nuestro deber ser, corregido a tono con las experiencias del «socialismo real» derruido y la práctica revolucionaria de nuestro país.

De aquí se deriva la urgencia del papel incrementado que han de tener las investigaciones sociales en la elaboración de los *finés estratégicos* de la sociedad para garantizar la supervivencia y el progreso del organismo social, como un todo, y de los distintos individuos.

A la luz de lo dicho se comprende, entonces, que las investigaciones teóricas en el marco de las distintas disciplinas sociales, y no sólo de la filosofía, estén llamadas, en lo adelante, a ocupar un lugar, a mi juicio, crucial. Dicho de otra manera, se han de priorizar, sin mengua de las investigaciones aplicadas, o mejor dicho, en estrecho vínculo con ellas, pues se presuponen mutuamente. *Ellas no sólo responderán a exigencias irrecusables de la actividad científica en sí misma, sino de todo el sujeto social que está en franca reorientación de su paradigma de acción práctica, política en particular.*

La dinámica de nuestra sociedad advierte hoy contra la propensión a entender sólo en un sentido estrechamente utilitario a las ciencias sociales y, en consecuencia, a privilegiar únicamente las investigaciones aplicadas.

La sociedad cubana demanda no sólo conocimientos científicos para regular su funcionamiento de una manera óptima y mantener

la homeostasis a fin de hacerla gobernable en ciertos marcos, sino además, *saber, ideas científicas y humanist confiables*, susceptibles de garantizar su desarrollo progresivo, su salida de la precaria situación actual. Ello implica la crítica a fondo de los fundamentos mismos de la socialidad que hemos venido construyendo, de la cultura, y la elaboración de propuestas teóricas de largo alcance estratégico, que pasen a formar parte del paradigma revolucionario que fundamenta la actividad masiva. Satisfacer esta exigencia sólo es posible priorizando las investigaciones teóricas en las distintas ciencias.

De lo dicho se deriva que, de manera natural, sociedad parece exigir una renovación del nexo entre las ciencias sociales y la ideología revolucionaria, que se encuentra, hoy por hoy, sometida a una profunda renovación, pues conceptos, proposiciones y fórmulas de actividad, que se consideraban estables, confirmados por la práctica e inamovibles han mostrado su relatividad o inapelable insolvencia histórica.

En los momentos actuales esto es más imprescindible aún por el aporte que, necesariamente, estas disciplinas deben proporcionar a la redefinición los ideales sociales en su conjunto, del mundo de los valores, en primer lugar éticos.

El incremento del volumen y la calidad del conocimiento científico social en el país, de las tareas que ha de afrontar, así como de la calificación de especialistas, trae consigo, además, que se dibuje como una tendencia inevitable la priorización, del problema de los ideales gnoseológicos que rigen el proceso de investigación de la realidad social.

El examen de las investigaciones científicas sociales realizadas en los últimos tiempos arroja como resultado un insuficiente grado de autoconciencia metodológica entre los especialistas, un índice no elevado de concientización de los ideales que se emplean para *describir* empírica y teóricamente, para *explicar* lo conocido en un nivel u otro, para *construir* tanto el conocimiento empírico como el teórico y también para *demostrar* las diferentes proposiciones que se promueven. De ello se deriva la necesidad ineludible de elevar el nivel de exigencia en esta dirección, a fin de mejorar la calidad de los resultados que se obtengan y hacer más eficiente el vínculo con la actividad práctica mediante un empleo más productivo del instrumental empírico y teórico de la ciencia.

En esta misma dirección parece imponerse la necesidad de que las investigaciones sociales presten más atención a la forma en que construyen el vínculo de salida de su resultado cognoscitivo a la práctica social. A mi manera de ver, se transparenta la

necesidad de construir los resultados finales atendiendo, cada vez más, a las exigencias de la lógica ,especial de la *comunicación social, del trato social*, de las características gnoseológicas, valorativas, volitivas y conductuales del usuario de la información, a fin de elevar su eficiencia y grado de incorporación a la práctica social.

En mi opinión, sigue siendo una tendencia actual el análisis de las fuentes (contradicciones dialécticas) y tendencias de desarrollo esenciales de la sociedad cubana, tanto en el plano interno como en el externo. No únicamente con la intención de poner de manifiesto el estado de desarrollo alcanzado por el organismo social y el grado de algidez de sus disímiles problemas, sino también para develar sus contradicciones más profundas y las vías, modos, métodos y procedimientos para regularlas en el sentido del progreso. Dicho de otro modo, en la dirección del afianzamiento de la independencia nacional y del proceso de *desenajenación* de los distintos grupos sociales e individuos.

- Continuar el estudio de las características estructural-funcionales más importantes del organismo social, vistas desde una perspectiva histórica y con el objetivo de arribar a consideraciones que puedan contribuir a su optimización y perfeccionamiento organizacional. Esto incluye el análisis sistemático de las relaciones socio-clasistas, de las generacionales, del papel y lugar social de las distintas clases y grupos sociales, de la familia, etcétera.

- Seguir investigando la formación y el desarrollo de la personalidad como resultado del proceso de producción y reproducción social tomado en su integridad.

- El proceso de formación y desarrollo de la cultura, nación y nacionalidad cubanas, así como de sus tendencias actuales y el contexto económico, político e ideológico-espiritual internacional en el cual se inserta.

- Las peculiaridades del condicionamiento genético, el funcionamiento y desarrollo de la vida ideológica-espiritual del país; las complejidades que entrañan los distintos fenómenos morales, políticos, religiosos, psico-ideológicos, etc., que ocurren en la esfera de la conciencia social y su proyección hacia la realidad productiva, social y política del país.

- La dialéctica de la relación individuo-sociedad vista en sus múltiples dimensiones práctico-espirituales, contempla el análisis de la correlación derechos-deberes, libertad-responsabilidad, intereses personales-intereses colectivos particulares e intereses sociales generales. Este asunto, que, se percibe como una demanda clave de las investigaciones sociales en Cuba, obedece, en el plano más general, a las

profundas transformaciones que han ocurrido en los vínculos entre los individuos y las diferentes colectividades sociales, como resultado y en el transcurso de la Revolución cubana, lo que ha hecho caducar *al modo* con que se le asumía en los años 60 y 70, y ha levantado preguntas estratégicas imposibles de resolver en los marcos de esos códigos y lenguajes políticos-culturales.

Una de las tendencias que ha de imponerse para el desarrollo progresivo de nuestra sociedad es el crecimiento del papel de los colectivos de científicos en la vida de la comunidad, en sus distintos niveles de estructuración. Estoy refiriéndome a la forma de participación democrática de los colectivos laborales de científicos y de los investigadores individualmente tomados en la definición, instrumentación, promoción y control de las políticas en los niveles municipales, provinciales y nacional, a través de múltiples vías, como los grupos de expertos, los asesores o consultantes, los convenios interorganismos, las comisiones de trabajo. Ello, por supuesto, exige modificar cuestiones importantes de los actuales estilos de dirección y cultura política, así como las formas de trabajo de los investigadores.

En vista del incremento esperado de la introducción a la práctica de los resultados, así como de las diversas formas en que éstos han de producirse, se aprecia la necesidad de remodelar los mecanismos de legitimación y aprobación de los resultados científicos, es decir, la labor de los consejos científicos o grupos de expertos y colectividades laborales. Se impone la necesidad de agilizar el control de calidad de los resultados de investigación. Esta, sin duda, será una de las tendencias de desarrollo de las investigaciones sociales, si las vemos en un sentido amplio: la optimización de los mecanismos de control de la calidad y de definición de estrategias de investigación.

Es previsible también una renovación e intensificación del enlace entre las ciencias sociales y

el ciclo socializador, lo que incluye particularmente a la escuela y los medios de difusión masiva. Ello, ante todo, se refiere a la función cosmovisiva integral que deben desempeñar estas disciplinas en la formación del rostro moral-volitivo y conductual de nuestras nuevas generaciones.

Vistas así las cosas, resulta justificado afirmar que la participación de las ciencias sociales, a fin de contribuir a una salida progresista del actual período de reestructuración y reorientación integrales que ocurre en la sociedad cubana, alcanza significación estratégica. Por tanto, en estos momentos deviene más contraproducente e infundado que nunca la subvaloración o tratamiento prejuiciado de la significación y lugar que en el conjunto de la sociedad poseen sus portadores y los resultados que producen.

Notas

1. Miguel Limia David, Jesús Pastor Brigos, Carlos Delgado Díaz, *et al.*, *Las contradicciones esenciales del desarrollo de la sociedad cubana contemporánea*. Informe final de investigación, Instituto de Filosofía, La Habana, mayo de 1990. (Inédito.)

2. El Polo de Humanidades es una forma organizativa coordinada por la dirección del PCC, creada a inicios de los años 90, para propiciar la colaboración y el intercambio entre sí y con representantes de organismos e instituciones estatales, políticas, docentes, sociales-masivas, etc. Ha contribuido a delimitar objetos de investigación social altamente sensibles para el presente y futuro del país (colectivos laborales de nuevo tipo, implicaciones sociales globales del turismo, el Plan Montaña, etc.) y a estimular la aplicación en la práctica social de los resultados obtenidos por las investigaciones científicas.

© TEMAS, 1995

Cuba: reestructuración económica, socialismo y mercado

**Julio Carranza
Pedro Monreal
Luis Gutiérrez**

Economistas. Centro de Estudios sobre América, CEA.

Desde hace algún tiempo, Cuba ha estado inmersa en uno de los más intensos debates económicos de la historia más reciente del país. De hecho, éste se enmarca en una discusión más amplia acerca de la manera en que deben ser enfrentados los desafíos que se le imponen hoy a la Revolución cubana.

Claro, las implicaciones de la discusión sobre la cuestión de Cuba trascienden las fronteras del país. Quiérase o no, hay aquí también un momento del debate mayor sobre el socialismo y las alternativas actuales de las izquierdas.

De hecho, se trata de un debate rico, extenso y prolongado en el tiempo, afectado en cada época por las perspectivas que a la alternativa socialista ha ofrecido cada coyuntura histórica, desde el optimismo de la Revolución de Octubre, el fin de la Segunda Guerra Mundial y las revoluciones en el Tercer Mundo, hasta el pesimismo generado por el destino final de la Perestroika y la experiencia socialista de Europa Oriental.

Desde nuestro punto de vista, la reflexión que debería hacerse en Cuba pasa menos, aunque también, por el debate teórico sobre el socialismo y la experiencia

de los «socialismos reales» que por las condiciones concretas económicas, políticas, geoeconómicas y geopolíticas en las que se encuentra el país.

La fuerte integración económica de Cuba al bloque del CAME no fue sólo, ni fundamentalmente, el resultado de coincidencias ideológicas, sino la única alternativa a la política de bloqueo que los gobiernos de Estados Unidos impusieron desde los primeros años de la Revolución.

Progresivamente, esa integración, no sin tensiones y contradicciones, generó por casi tres décadas un tipo de relación económica que, en gran medida, permitió escapar de las difíciles condiciones que el mercado mundial impone a los países subdesarrollados. Precios preferenciales, créditos para el desarrollo, compensaciones a los desbalances comerciales, ayuda técnica y ayuda militar, sumaron a la economía nacional los recursos suficientes para sostener un alto nivel de inversiones y un gasto social en expansión.

Aunque con marcadas diferencias entre la década de los 60 y las de los 70-80, la economía cubana pudo organizarse bajo los principios de la dirección centralmente planificada y con un nivel muy restringido

en el funcionamiento de las relaciones monetario-mercantiles, probablemente más allá de lo objetivamente sustentable, aun en las condiciones que ofrecía aquella favorable inserción internacional.

A partir de 1990 se fracturan abruptamente las articulaciones internacionales de la economía cubana. El país queda expuesto al mercado mundial, se hace más efectivo el bloqueo norteamericano, ahora reforzado por la Ley Torricelli, y también se hacen más evidentes y costosos los problemas de eficiencia económica no resueltos hasta entonces.

Aquí está la causa inmediata de la crisis que afecta al país durante los últimos años. El debate sobre qué hacer y cómo hacerlo está signado por estas condiciones concretas.

No se trata de una discusión abstracta acerca de la viabilidad del socialismo, tampoco de un debate de fuerzas de izquierda que, desde la oposición, discuten acerca de cuál podría ser el proyecto para sus sociedades, si eventualmente llegan a ser gobierno. Mucho menos de la búsqueda, por parte de un país rico en recursos naturales y sin grandes conflictos internacionales, de las vías para rearticularse en los espacios económicos del mundo de hoy.

Se trata, esencialmente, de recuperar la viabilidad económica de un país pequeño, pobre y bloqueado. Pero no cualquier viabilidad económica, sino aquella que, junto a la recuperación del crecimiento, permita sostener la justicia social y la independencia nacional. Esto hay que hacerlo, además, aquí y ahora.

Así, desde nuestro punto de vista, la economía cubana necesita una profunda reestructuración que, en un sentido amplio, incluye la redefinición de las bases materiales de acumulación, su reinsertión en la economía internacional y una reforma del sistema económico. Pero no existe una única propuesta para producir la reestructuración. Se pueden presentar, y de hecho se presentan, diferentes vías para el cambio económico, cada una de ellas en gran parte determinadas por el tipo de sociedad a la que se desea llegar. Sin embargo, la viabilidad de esas propuestas estará determinada, en lo fundamental, por el reconocimiento que se haga en ellas de los límites económicos y políticos de la realidad que se intenta transformar.

En nuestra opinión, un aspecto esencial del debate debe ser la búsqueda de una alternativa socialista viable de reforma del sistema económico¹ en las actuales condiciones de Cuba. Expresado de otra manera, reestructuración y reforma económica son considerados como términos equivalentes en el contexto de este material.

Consideramos que la viabilidad del socialismo en Cuba impone la necesidad de una reestructuración económica *fundamental* que introduzca cambios

significativos en las estructuras básicas del sistema económico actual, sin enajenar su esencia socialista. En ese sentido, es conveniente apuntar unas breves notas sobre los conceptos de socialismo y reforma económica.

La desaparición del llamado «socialismo real» en la antigua Unión Soviética y Europa del Este ha representado un golpe contundente a esa forma específica de socialismo. Se hizo evidente que el «socialismo real» - también llamado socialismo clásico- no era viable en el largo plazo. Por esa razón, en el terreno teórico, la cuestión de la viabilidad del socialismo ha pasado a ser, en lo fundamental, un problema de redefinición sustancial de su concepto. No existe una definición única de socialismo; pero, al menos, hay suficiente consenso acerca de que la noción de socialismo entraña un concepto particular del derecho propiedad, es decir, un sistema de propiedad donde sociedad controla genuinamente los medios de producción fundamentales y se beneficia de su uso.

Por supuesto que una definición más completa de socialismo no puede estar confinada a la hegemonía de la propiedad social y a su inevitable corolario, la planificación, sino que también debe incluir la democracia. De la existencia de esos aspectos centrales se derivan otras características como la justicia social y la formación de una nueva conciencia solidaria. No obstante, lo que se ha deseado destacar hasta aquí es la hegemonía de la propiedad, social como elemento *sine qua non* de un proyecto socialista. Como dijera un conocido teórico, «sin la propiedad, social sobre los medios de producción, el término ‘socialismo’ pierde su significado original. Se transforma en una palabra genérica para referirse a una sociedad mejor, que puede ser interpretada de cualquier manera. Señalaría un alternativa pero no la identificaría».²

Las economías centralmente planificadas incorporaron, casi de manera permanente, una serie de modificaciones en diferentes aspectos del modelo económico. En ocasiones, muchos de esos cambios han sido identificados incorrectamente como reformas económicas. En realidad, se ha tratado de procesos de reorganización de los métodos de planificación y administración que no han representado una variación significativa del modelo económico.

En el contexto de una economía socialista, no debemos identificar como reforma económica a cualquier cambio en los métodos de planificación y administración, sino, una modificación de los principios de operación del sistema que implique el paso a nuevos mecanismos económicos.³

Aunque las reformas económicas socialistas han sido de signo e intensidades diversas, incluyendo giros hacia una mayor centralización y estatización, vistas en

perspectiva, las modificaciones más significativas de los principios de operación del sistema económico socialista ha consistido en una reducción del papel del plan como instrumento central de asignación de recursos y de coordinación económica.

La historia de las reformas económicas socialistas⁴ evidencia que han sido excepcionales los experimentos más radicales, como el llamado Nuevo Mecanismo Económico (NEM) aplicado en Hungría desde 1968 y, más recientemente, la reforma económica vietnamita.⁵ Por otra parte, la «profundización» de la reforma en países como Hungría y Polonia, a fines de los años 80, representó un reto importante a los principios de una economía centralmente planificada, pero la evolución política de esos países ubicó rápidamente dichas experiencias más en el camino de las llamadas transiciones «postcomunistas» que en el de las reformas socialistas. La mayoría de las veces, las reformas económicas socialistas fueron parciales, es decir, casos de modificación limitada o incompleta de los principios del mecanismo económico. Esas reformas parciales han sido de dos tipos: las diseñadas para sectores o áreas específicas y no para la totalidad de la economía, y las que se han implementado de manera incompleta.

Al primer grupo pertenecen, por ejemplo, las conocidas reformas iniciadas en la República Popular China a fines de los años 70 y principios de los 80 en la agricultura, el sector exportador, y más tarde en la industria.⁶ Para la mayoría de los especialistas, sin embargo, el éxito relativo que han podido mostrar las reformas económicas en ese país, a pesar de su carácter parcial y sus contradicciones, se explican fundamentalmente por características específicas difícilmente reproducibles en otros países socialistas.⁷

El otro tipo de reforma económica parcial se identifica por el carácter incompleto de su implementación, aun cuando en muchas ocasiones los propósitos iniciales hubieran sido mucho más abarcadores. Aunque en cada caso la parcialidad de esas reformas tiene una explicación concreta por la acción de factores de diversa índole, han existido intentos de interpretar teóricamente el problema a partir de un modelo general que algunos autores han denominado el «ciclo de la reforma», donde el factor político ha desempeñado un papel fundamental en la aparición de tendencias de contrarreforma.⁸ Otros autores consideran, sin embargo, que la mayoría de las reformas económicas socialistas intentadas, desde la conocida NEP soviética hasta las introducidas en la década del 80 en la antigua Unión Soviética y Europa del Este, fueron reformas parciales desde el inicio, proceso identificado como de «petrificación dinámica»,⁹ en el sentido de que se trataba de ajustes menores que

no modificaban de manera significativa los principios de operación del sistema económico.

También ha sido desarrollada una crítica teórica a las reformas económicas socialistas, la cual sostiene que el sistema socialista clásico es incapaz de renovarse, ya que sus modificaciones parciales resquebrajan su coherencia interna. Desde esa óptica, las reformas están condenadas al fracaso por la propia naturaleza del sistema, que no admite medidas de «perfeccionamiento» porque, de aplicarse éstas de manera sostenida y coherente, desatan contradicciones internas que pueden conducir a las llamadas «transiciones postcomunistas». Esta visión negativa de las reformas socialistas responde, en esencia, a una percepción de inviabilidad sistémica del llamado socialismo clásico.¹⁰

La crítica más importante que puede hacerse a esa perspectiva teórica es que solamente sería aplicable a los casos de reforma que trataran de mantener el mecanismo económico del socialismo clásico, articulado alrededor de la planificación centralizada tradicional. Sin embargo, es posible, al menos teóricamente, otro tipo de reformas económicas socialistas -que hemos denominado fundamentales-¹¹ consistentes en modificaciones sustantivas del mecanismo económico, en tal grado que representarían un cambio general y fundamental en el modelo socialista. Esquemáticamente, se trataría de reformas que permitirían el paso del modelo socialista clásico a otra forma de socialismo. En estas reformas, el cambio no se produciría dentro de un modelo de socialismo dado, sino que consistiría en el paso de un modelo de socialismo a otro, transformación que, en nuestra opinión, exigiría concederle al mercado¹² un lugar activo, si bien no exclusivo ni dominante, en la asignación de los recursos y en el funcionamiento general de la economía. El mercado tendría un papel considerablemente más importante que el que tradicionalmente tuvo en el modelo socialista clásico y en la mayoría de las reformas socialistas.

Un tema adicional a considerar, en el planteamiento de un modelo socialista alternativo, es la relación de éste con el proyecto de sociedad a más largo plazo. El socialismo clásico ha sido concebido en la tradición marxista como la primera etapa del comunismo. Esta cuestión ha tenido relevancia práctica para la construcción socialista en la medida en que se ha asumido -muchas veces de manera injustificada- que desde la «etapa socialista» debían estar presentes ciertas características y «tendencias» del futuro comunista, es decir atributos de un ideal. Por esa razón, fenómenos del socialismo -como el mercado son frecuentemente juzgados de manera negativa por considerárseles elementos «extraños», «concesiones», o «desviaciones» del ideal comunista, sin que medie un análisis suficientemente

serio sobre su consideración como procesos relevantes de la práctica concreta del socialismo. No intentamos aquí discurrir sobre este tema, sin duda muy polémico, sino solamente advertir que, confundir el modelo de construcción socialista con la prefiguración del futuro al que se pretende llegar en un muy largo plazo, es una limitación para la transformación del presente.

Si el socialismo ha de ser viable, tendrá que serio, como ha ocurrido con todos los modos de producción conocidos, en condiciones de relativa escasez, es decir en un contexto de conflictos en la asignación de recursos. El socialismo no elimina el «problema económico» de la sociedad, sino que ofrece una forma específica -distinta a la del capitalismo- de enfrentarlo. En ese sentido, debe tenerse en cuenta que la idealización de la economía socialista es negativa para su funcionamiento. El socialismo no debe ser asumido como un sistema con características «inmaculadas», los conflictos de intereses que se presenten deben ser entendidos como parte normal de su funcionamiento y no mecánicamente como un rezago del pasado, una imperfección, o una conspiración.¹³

El modelo socialista clásico trató de resolver el problema de la asignación de recursos mediante un mecanismo económico, donde el papel de la planificación centralizada era casi absoluto. Sin embargo, no sería exagerado afirmar que en la actualidad la preocupación central de la teoría económica del socialismo consiste en la determinación de los principios y proporciones adecuadas que deben existir entre plan y mercado.

El surgimiento de un nuevo paradigma económico socialista debe tener como punto de partida la insuficiencia del mercado, en condiciones de una economía capitalista, para asegurar una asignación eficiente y racional de recursos. No es objetivo de estas notas enumerar la extensa lista de lo que la literatura económica registra como «fracasos del mercado», ni discutir acerca de la disparidad existente entre el funcionamiento hipotético y real de los mercados capitalistas. La irrelevancia práctica de los supuestos abstractos que sostienen el concepto de competencia perfecta en las teorías de equilibrio económico general, convierte en inaceptable el criterio del mercado como único regulador eficiente de la economía.

De hecho, el capitalismo ha sido viable, a pesar de sus contradicciones, precisamente porque no ha funcionado a partir de la regulación exclusiva del mercado. La hegemonía del mercado ha sido indiscutible, pero la historia de la economía capitalista revela la existencia de un papel activo del Estado en los asuntos económicos para corregir y complementar la acción del mercado, incluyendo el terreno de la redistribución del ingreso.¹⁴

La existencia de «grados de reemplazo» entre la acción estatal y el mercado es una característica evidente y suficientemente documentada del funcionamiento de la economía capitalista. Existen igualmente numerosos estudios acerca de la manera en que se produjeron esos «grados de reemplazo» en la economía socialista clásica y sobre la divergencia que se registró entre el funcionamiento hipotético y real del principal mecanismo de intervención estatal de esas sociedades: la planificación.

La lista de «fracasos de la planificación socialista» es igualmente extensa y bien documentada. Existen numerosos estudios sobre los generalmente fallidos intentos de conciliar plan y mercado en las condiciones de la economía socialista clásica. Esta cuestión ha llevado a algunos autores a afirmar que «...la posibilidad de combinar de manera efectiva plan y fuerzas de mercado se mantiene como un acto de fe no justificado».¹⁵ Sin embargo, la experiencia, en general negativa, con la forma en que se produjeron los «grados de reemplazo» entre plan y mercado en las economías socialistas clásicas no debería ser tomada como criterio para establecer el fracaso *a priori* de la combinación de ambos en los marcos de otro modelo de economía socialista, donde lo relevante no sería solamente, las proporciones óptimas entre plan y mercado, sino el reconocimiento conceptual y práctico del papel activo de mercado, en el funcionamiento normal de una economía socialista. La construcción del socialismo no requiere de la eliminación del mercado, sino de la supresión de la hegemonía del capital, que es algo distinto.

Una economía subdesarrollada, con una masa limitada de recursos, requiere de la centralización de las decisiones económicas más importantes, claves en un programa de desarrollo deliberado. Sin embargo, igualmente necesita de la descentralización de otro grupo menos importante de decisiones, que permita respuestas ágiles a través de la iniciativa de los diversos sujetos económicos y de la población en general.¹⁶

Como se ha comprobado históricamente, es imposible, ampliar la esfera de las decisiones autónomas de las empresas sin reconocer automáticamente la importancia de mercado, del cual vienen en gran medida las premisas: los criterios de esas decisiones.¹⁷

La respuesta al problema «planificación-mercado» no admite respuestas extremas y concluyentes. La planificación centralizada a ultranza le quita flexibilidad y capacidad de operación a la economía. El mercado a ultranza; impide la visión a largo plazo y acentúa, inevitablemente la desigualdad.¹⁸

El mantenimiento y perfeccionamiento de la planificación es condición *sine qua non* para el desarrollo económico del país y la reproducción del sistema político. Pero la construcción de un mercado, regulado

por el Estado mediante instrumentos económicos y métodos administrativos, sería necesaria para aumentar la descentralización y la eficiencia de las decisiones y para conectar entre sí; los diversos sujetos económicos que coexisten y habrán de coexistir.

Es cierto que, desde la perspectiva de algunos teóricos pudieran existir otras alternativas posibles – distintas al mercado- para descentralizar un sistema económico socialista. De hecho, en ese contexto, mercado y descentralización no deben ser entendidos como términos intercambiables. La articulación de un modelo económico socialista descentralizado también encuentra aliento en las concepciones de la llamada «planificación socialista descentralizada»,¹⁹ las cuales no se refieren exclusivamente, como generalmente se piensa, a la búsqueda de un modelo socialista más participativo, sino sobre todo a la implantación de un mecanismo descentralizado de planificación. Este aspecto es crucial para comprender las diferencias que existen entre nuestras concepciones y otras alternativas posibles de descentralización.

La consideración de que la participación popular debe ser un componente esencial de la planificación socialista ha sido, en teoría, una premisa compartida por casi todas las corrientes de pensamiento defensoras de la planificación, aun cuando ese principio haya sido desvirtuado en la experiencia práctica conocida. Precisamente como reacción a ese fenómeno, desde hace tiempo ha tenido lugar la búsqueda de modelos de planificación socialista con un mayor componente participativo. Sin embargo, la participación ha sido solamente un aspecto en el diseño de los modelos alternativos. El carácter del mecanismo de coordinación (centralizado o descentralizado) ha sido el otro importante aspecto en discusión. Por eso, descentralización y mayor participación tampoco son términos intercambiables. De hecho, los más comunes entre los modelos económicos socialistas alternativos²⁰ son los del tipo de «planificación socialista centralizada y democrática», en los que se trata de combinar la participación de los trabajadores y consumidores con un mecanismo de coordinación centralizado. En general, en ellos el papel del mercado es muy limitado y las empresas operan con pocas restricciones financieras.²¹

El modelo de «planificación socialista descentralizada» también se presenta como un modelo participativo, pero en él la planificación se realizaría en ausencia de un sistema de coordinación centralizado. El mecanismo descentralizado se estructuraría a partir de las relaciones interempresariales y con la participación de «consejos de consumidores» y «consejos de trabajadores», los (males interactuarían a través de una

secuencia de iteraciones hasta arribar a las metas del plan.²²

La participación popular y la descentralización en los procesos económicos también han sido objetos de análisis y propuestas por parte de los científicos sociales cubanos, quienes, en general, han abordado esos temas desde una perspectiva amplia, relativa a la creación de un nuevo modelo socialista que integre todas las esferas de la vida social.²³

Aunque el énfasis de la mayoría de esos estudios ha sido colocado en lo que uno de esos especialistas cubanos ha denominado el problema de la «descentralización-socialización del poder»,²⁴ existen también numerosas referencias en sus trabajos a la cuestión de la descentralización en el contexto relativamente más limitado del sistema económico.

En nuestra opinión, el problema de la descentralización del sistema económico necesita de mayores precisiones conceptuales en el debate cubano sobre el tema, pues si bien parece existir acuerdo en algunos aspectos generales relativos a la pertinencia de un sistema económico más descentralizado, y también más participativo, no existe, sin embargo, la suficiente precisión respecto al modelo concreto de descentralización que se propone. Las carencias al respecto se ubican básicamente en dos áreas: la naturaleza precisa del mecanismo de coordinación económica y el papel del mercado en el mecanismo de coordinación.

En cuanto al primer punto, lo que debería discutirse no es tanto si el actual sistema económico de Cuba debe descentralizarse -punto sobre el que parece existir un consenso cada vez más amplio- sino el modelo de descentralización que se debe adoptar, pues no sería lo mismo la implantación de un modelo de *planificación centralizada* (que incluyera un proceso relativamente significativo de descentralización) que la adopción de un modelo de *planificación descentralizada*. Cada uno de esos modelos representa, conceptual y prácticamente, aproximaciones distintas respecto a un componente central del sistema económico: su mecanismo de coordinación.

Adicionalmente, el papel, la extensión, y la profundidad del mercado, también necesitan de mayores precisiones en el debate, ya que, a los efectos de la configuración del mecanismo de coordinación económica, resulta crucial la diferencia que pudiera existir entre una aceptación del mercado, limitada a su función como mecanismo emisor de señales (información), o la concepción del mercado como un componente más activo del mecanismo de coordinación que también actúe en otras áreas.

Consideramos que la participación popular debe ser una de las premisas socio-políticas fundamentales

del proceso de reestructuración de la economía cubana. En esa medida, compartimos un objetivo central de las formulaciones desarrolladas por autores cubanos y de otros países que han abordado los temas de la descentralización y la participación. Coincidimos con importantes aspectos contenidos en aquellos modelos, por ejemplo, el alto nivel de control de los trabajadores sobre los dirigentes administrativos, el control popular sobre la planificación y la gestión económica de las empresas, y el mayor papel de los consumidores.

Sin embargo, la precisión fundamental que, respecto a aquellos modelos, tratamos de introducir en el debate, se refiere al tipo de mecanismo de coordinación económica que proponemos para el proceso de planificación. Concebimos un sistema de *planificación centralizada* en lo esencial, con un alto nivel de involucramiento estatal, pero donde existiría un grado relativamente elevado de descentralización articulado alrededor de un mercado regulado de bienes de capital y de divisas. El mercado sería un componente descentralizador activo del mecanismo de coordinación económica del sistema.

Consideramos que, en las condiciones concretas de Cuba, esta es la vía más adecuada -si bien no la ideal- para rearticular un sistema económico que dé respuesta a las necesidades actuales del país y a las aspiraciones populares.

Un reconocimiento tácito de la necesidad de la descentralización económica en las condiciones actuales lo constituye la ampliación del trabajo por cuenta propia, la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) y el establecimiento del mercado agropecuario y del mercado de productos industriales y artesanales.

En la experiencia reciente de Cuba, el experimento más avanzado de organización intraempresarial ha sido el realizado en las empresas militares de las FAR, conocido como «perfeccionamiento empresarial». Con éste se ha logrado articular un sistema más eficiente de gestión. Su pilar fundamental ha sido la descentralización de la administración. Sin embargo, en la evolución de esa experiencia se hizo evidente la necesidad del establecimiento de un mercado que permitiera realizar muchas de las decisiones tomadas por la empresa.

Bajo estas consideraciones, la aceptación de una mayor presencia del mercado parece ser una necesidad de la economía cubana, acentuada, además, por las condiciones actuales y futuras en las que esta habrá de desarrollarse:

a) La implantación en el país de la inversión extranjera y, por tanto, la relación con sujetos económicos foráneos, que funcionan bajo los principios del mercado.

- b) La ampliación de formas de producción no estatales, como los trabajadores por cuenta propia y las cooperativas.
- c) La necesidad de buscar en las entidades estatales una mayor eficiencia productiva por la vía de la descentralización, y lograr una asignación de recursos más eficiente en la economía global.²⁵

El gradualismo en la construcción de ese mercado es una premisa para la articulación de un modelo de economía socialista con un mayor grado de descentralización. Su construcción de una forma abrupta, del llamado tipo *«big bang»*, acarrearía costos económicos, sociales y políticos que harían inviable esta alternativa, aun en presencia de una propiedad estatal dominante.

En el plano económico, una construcción abrupta del mercado que soslaye las condiciones de partida reales, en ausencia de instituciones desarrolladas, sin una previsión de las posibles imperfecciones en la competencia, y sin un empresariado capacitado, podría conducir a la quiebra masiva de empresas y a una «selección adversa», en la cual las entidades más eficientes no serían siempre ganadoras. Esto afectaría la pretendida mayor eficiencia asignativa que debería garantizar el mercado. Pero aún más, los múltiples problemas que debería atender el Estado debido a la construcción súbita del mercado, obstaculizaría la focalización de la acción estatal sobre los sectores que podrían generar un mayor dinamismo económico. En resumen, en el contexto de un *«big bang»*, se reduciría la capacidad interventora del Estado, que es muy necesaria para compensar las insuficiencias de un mercado inmaduro. Desde una óptica política se generarían niveles de desempleo y de inflación que eliminarían cualquier consenso alrededor del proyecto.

Se trata, entonces, de llevar a cabo un proceso de crecimiento del mercado, donde éste jugaría un mayor papel en la asignación de recursos productivos, pero sin sustituir el papel central que la planificación estatal debe desempeñar en la conducción de todo el sistema económico. Esto sólo es posible con una modificación de fondo en los mecanismos tradicionales de la planificación económica, que, además de lo antes expuesto, exigiría una mayor relevancia de la planificación regional, elemento imprescindible en la gestión estatal en el contexto de un sistema de coordinación económico descentralizado y participativo.

La acción planificadora del Estado se daría en tres planos fundamentales:

1. Planificación estratégica: Es la prefiguración del desarrollo del país a largo plazo, tomando en cuenta los diferentes escenarios posibles. Se identifican las

principales variables sobre las que hay que actuar para conducir el proceso por la vía que lleve a la realización del proyecto nacional.

2. Planificación directiva:

- *en áreas centralizadas*: Se ejercería sobre las empresas estatales centralizadas, las unidades presupuestadas.²⁶ y la inversión en infraestructura física y social, así como sobre la inversión directamente productiva en áreas de máxima prioridad. Se presentarían cifras directivas sobre determinados indicadores.

- *en áreas descentralizadas*: Se ejercería sobre las empresas estatales descentralizadas, cooperativas, y empresas privadas. Se realizaría a través de pedidos estatales (bajo contrato) que serían de obligatorio cumplimiento. En principio, estos estarán referidos a cantidades mínimas de la producción o servicios generados por las diferentes entidades económicas.

3. Planificación indirecta:

- *macroeconómica*: Se ejercería sobre la economía nacional a través del manejo de la política económica externa (tasa de cambio, aranceles, subsidios, etc.), las políticas monetaria y fiscal, y los controles de precios y salarios, en función de la estabilización macroeconómica.

- *microeconómica*: Se ejercería sobre todas las entidades económicas a través de la política monetaria, fiscal, de precios, laboral, normativa, comercial, y ambiental, aplicadas de forma diferenciada en determinadas ramas, empresas y territorios.

Una visión socialista de la economía siempre tendrá reservas en relación con el mercado, pero no se le debe subestimar ni conceder un papel menor que el que se derive de las condiciones concretas, del sentido común, y de una teoría socialista despojada de «fundamentalismos». Con frecuencia se ha considerado al socialismo como la primera de las sociedades no mercantiles, cuando en realidad es, en el mejor de los casos, la última de las sociedades mercantiles.

Notas

1. La definición operacional de sistema económico utilizada en este trabajo hace énfasis en la condición de éste como una configuración de instituciones que definen al menos cuatro aspectos fundamentales: a) el mecanismo de coordinación (incluyendo las fuentes de las decisiones, la generación y trasmisión de información, y la motivación de los agentes económicos); b) la propiedad; c) el mecanismo de retroalimentación de las decisiones; y d) la forma de la organización y control de las relaciones intra-firmas.

2. Adam Przeworski, «Class, Production and Politics: A Reply to Burawoy», *Socialist Review*, No. 2, 1989.

3. Se ha entendido por mecanismo económico de una economía socialista clásica los métodos de planificación y administración, así como las relaciones entre los agentes económicos.

4. Aquí identificamos como reformas socialistas los cambios económicos desarrollados en varios países socialistas en diferentes momentos de la historia, que tenían como propósito «perfeccionar» el socialismo, no reemplazarlo por una economía abiertamente capitalista como ocurre en Europa del Este, a partir de 1989.

5. La radicalidad de algunos de estos experimentos no condujo necesariamente a su éxito. Ese fue el caso, por ejemplo, del NEM en Hungría.

6. El carácter parcial de las reformas económicas iniciadas en China a fines de 1978 se refiere básicamente a las limitaciones en su amplitud. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que han representado cambios significativos en los principios de funcionamiento de los sectores de la economía en que se aplicó la reforma.

7. Peter Harrold, *China's Reform Experience to Date*, Discussion Paper No. 180, World Bank, Washington, 1992; Kang Chen, Gary H. Jefferson y Inderjit Singh, «Lessons from China's Economic Reform», *Journal of Comparative Economics*, 16:2 (junio de 1992); Gene Tidrick y Chen Jiyuan (comp.), *China's Industrial Reform*, New York, Oxford University Press for the World Bank, 1987; James V. Feinerman, «Economic and Legal Reform in China», *Problems of Communism*, September- October 1991.

8. Wlodzimierz Brus, «Socialism-Feasible and Viable?», *New Left Review*, No. 153, Septiembre-Octubre 1985.

9. El término fue acuñado por Wladyslaw Bienkowski en su libro *Theory and Reality*, citado por Alec Nove en *The Economics of Feasible Socialism*, Allen & Unwin, Londres, 1983.

10. Janos Kornai, *The Socialist System: The Political Economy of Communism*, Princeton University Press, 1992; *The Road to a Free Economy. Shifting from a Socialist System: The Case of Hungary*, Norton, New York, 1990; *Contradictions and Dilemmas: Studies on the Socialist Economy and Society*, Cambridge, MIT Press, 1987; *Economics of Shortage*, Londres, 1980.

11. Este tipo de reforma aparece frecuentemente en la literatura especializada bajo el término de «reforma radical». La reforma vietnamita es un caso actual de reforma económica fundamental.

12. A este nivel de análisis de la economía concreta entendemos como mercado el proceso económico en el cual los oferentes y demandantes se interrelacionan para la determinación de los precios y las cantidades de los bienes y servicios.

13. Revisar: Wlodzimierz Brus, «Socialism- Feasible and Viable?», *New Left Review*, No. 153, Septiembre- Octubre de 1985.

14. Ernest Erber, «Virtues and Vices of the Market», *Dissent*, Summer 1990.

15. Pat Devine, «Market Mania of the Left», *Marxism Today*, June 1988.

16. Se asume como *centralización* una modalidad específica de funcionamiento del sistema económico donde desempeña un papel fundamental el «nivel central» dentro de la escala jerárquica de los agentes económicos, particularmente del estatal. En el contexto de un sistema económico centralizado, asumimos el término *descentralización* como un concepto secundario respecto al de *centralización*. Así, mientras que la centralización define esencialmente el carácter del mecanismo de coordinación económica de un tipo específico de sistema económico (centralizado), la *descentralización* identifica el grado de flexibilidad relativa existente en ese tipo de sistema, a partir de la acción de otros niveles (no centrales) en la jerarquía de los agentes económicos. El grado de centralización expresa, en lo fundamental, la estructuración del mecanismo de

coordinación del sistema económico, aunque también tiene relación con las formas de propiedad y con las formas de organización y control intra-empresarial. El alto nivel de concentración de la producción no conduce necesariamente a sistemas económicos centralizados.

17. Cfr. Włodzimierz Brus. *El funcionamiento de la economía socialista*. 83, Editorial Oikos-Tau. S.A., Barcelona, España, 1969.

18. Este hecho ha sido reconocido y probado por lo más avanzado del pensamiento teórico marxista y no marxista. Desde Carlos Marx hasta Max Weber. Al respecto, Weber planteaba: «Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad y de piedad». *Economía y sociedad*, pag 494, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

19. Michael Albert y Robin Hahnel, *Socialism Today and Tomorrow*, South End Press, Boston, 1981; «Participatory planning», en *Socialist Visions*, de Steve Roskamm Shalom (comp.), South End Press, Boston, 1983; *Quiet Revolution in Welfare Economics*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1990; *Participatory Economics*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1990; y «Cuba Sí?», *Z Magazine*, junio de 1990.

20. Estos modelos se desarrollaron como alternativas al llamado modelo de «planificación burocrática descentralizada», que en sus diferentes variantes resultó de la mayoría de las reformas económicas socialistas, incluida la Perestroika. Ese modelo introdujo dos medidas «descentralizadoras»: primero, la reducción del número de indicadores de la planificación, y segundo reducir el número de eslabones en la cadena de la planificación.

21. Algunas propuestas recientes de esos modelos pueden encontrarse en Ernest Mandel, «In Defense of Socialist Planning», *New Left Review*, no. 159 (1986); Alec Nove, «Markets and Socialism», *New Left Review*, no. 161 (1987); y Ernest Mandel, «The Myth of Market Socialism», *New Left Review*, no. 169 (1988).

22. Ver Michael Albert y Robin Hahnel, op.cit.

23. Algunos de los trabajos recientes más significativos sobre el tema son: Haroldo Dilla, «Cuba: la crisis y la rearticulación del

consenso político (notas para un debate socialista), *Cuadernos de Nuestra América*, vol. 20, no. 20, julio- diciembre de 1993, CEA, La Habana; y «Socialismo, empresas y participación obrera: notas para un debate cubano» (mimeografiado) La Habana, 1992; Luis Suárez Salazar, «Crisis, reestructuración y democracia en Cuba: apuntes para un debate», *Cuadernos de Nuestra América*, vol. 20, no. 20, julio- diciembre de 1993, CEA, La Habana; Fernando Martínez, «Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba», *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. 19, no. 19, julio-diciembre de 1993, CEA, La Habana; Aurelio Alonso, «La economía cubana: los desafíos de un ajuste sin desocialización», *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. IX no. 19, julio-diciembre de 1993, CEA, La Habana; Gerardo González, «Cuba y el mercado mundial: notas para una reflexión», *Revista Interamericana*, vol. 22, no.3-4, otoño-Invierno 1992, San Juan, Puerto Rico; Patricia Arenas, «Para un enfoque psicosocial de la participación en Cuba», (mimeografiado), Fondo CIPS, La Habana, 1994; José Luis Martín, «La participación de los trabajadores en las empresas», (mimeografiado), Fondo CIPS, La Habana, 1993; y Miguel Limia, «La representación laboral en los municipios», (mimeografiado), Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana, 1992.

24. Haroldo Dilla, «Cuba: la crisis y la rearticulación del consenso político (notas para un debate socialista)», *Cuadernos de Nuestra América*, vol. 10, no. 20, julio-diciembre de 1993, CEA, La Habana.

25. Existe una extensa literatura que argumenta la necesidad de la utilización de mecanismos de mercado en una economía planificada. Entre otros, consúltese W. Brus, obra citada, pp. 106199.

26. Son las entidades estatales que producen bienes y servicios, pero cuyo objetivo principal no es la generación de ingresos ni de ganancias. En general incluye las escuelas, hospitales, centros de investigación, etc.

Tropiezos y oportunidades de la sociología cubana

Mayra Espina Prieto

Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS.

No espere nadie al acercarse a este texto encontrar un enjundioso panorama de la sociología cubana, condimentado con tipologías, clasificaciones, periodizaciones y taxonomías, tan del gusto sociológico, ni aderezado con conclusiones extraídas de una rigurosa prueba estadística de hipótesis.

Cuando acepté escribir este artículo lo hice aclarando que sólo podría ofrecer las angustias y desgarramientos que me han acompañado durante mis años como socióloga, los problemas que he tenido que sortear y las reflexiones dimanadas de una actitud crítica ante mi disciplina, pero, principalmente, ante mi propio quehacer.

De modo que nadie se ofenda por omisiones, valoraciones duras o superficiales. No escuchan la voz de alguien que dice: «He comprobado científicamente...», sino más bien: «He sentido durante todos estos años...» ¿Qué me autoriza a escribir semejante texto, tan inusual entre nosotros? El haber vivido desde dentro, y profundamente involucrada, el proceso de la producción sociológica cubana, como uno de sus propios actores, durante los últimos 15 años; y la ilusión de que socializar esta visión personal pueda

provocar el debate y estimular la polémica sobre cuestiones que, increíblemente, apenas discutimos, a pesar de ser esenciales para definir nuestro propio rol en la sociedad.

Entraré en el tema con la libertad y el desenfado de quien no está obligado a demostrar nada, ni a argumentar cada una de sus propuestas, y sólo busca compartir preocupaciones y sugerencias cuya validez está aún por comprobar.

Por padecer de un incontrolable «síndrome sociológico», he tratado de organizar mis caóticos pensamientos alrededor de cuatro interrogantes básicas que tienen la virtud de producir la ilusión de cierto orden en lo que van a leer:

1. ¿En qué contexto epistemológico se ha insertado la producción sociológica cubana en los últimos años?
2. ¿Puede hablarse de la existencia de una sociología cubana?
3. ¿Ella participa de la reconocida crisis de la sociología mundial?
4. ¿Qué escollos debe superar y cuáles son sus alternativas para consolidarse como disciplina científica en el país?

Por razones obvias, los análisis no se circunscriben al *hoy* estricto, como podría hacer creer el título. Ningún presente es inteligible sin el pasado del cual salió. Como narro mi propia experiencia, me veo limitada a poner sólo unas gotas de pasado. Una investigación rigurosa sobre el tema deberá rastrear los antecedentes en su justa medida.

El contexto epistemológico

El tono personal y casi confidencial de estas confesiones sociológicas no me dispensa de tratar temas tan peliagudos como los del objeto, estructura, funciones y cientificidad de la sociología; porque ellos resultan imprescindibles para hacerme entender, desde el propio planteo de las interrogantes anteriores hasta las respuestas que a ellas propongo. Y porque, colocados de manera explícita o latente, constituyen el telón de fondo, el escenario epistemológico donde ha tenido que desenvolverse la producción del conocimiento sociológico en el país.

Intentaré situar las coordenadas acerca de la herencia sociológica a que nos adscribimos, la cultura del pensamiento social en que nos reconocemos, o nos vimos inexorablemente inmersos, y cómo ello ha influido en nuestro quehacer.

Lo primero es lo primero. Comencemos examinando el objeto.

Para fundamentar la pertinencia de un objeto sociológico y la legitimidad de su presencia en el concierto de las ciencias, los estudiosos del tema se han nucleado alrededor de dos posiciones básicas. La primera trata de demostrar la presencia del análisis sociológico desde los albores del pensamiento científico, especialmente en la cultura greco-latina, y basa su legitimidad en una tradición histórica de problematización de lo social.

La segunda asocia el surgimiento de la sociología como disciplina independiente a las posibilidades de aparición del «modo de pensar sociológico». Me parece que por este «modo» entienden, más o menos, la interpretación del comportamiento humano en vínculo con su contexto institucional directo, la intención preconcebida de intervenir en la marcha de la sociedad, la distinción de un todo y de partes constitutivas interconexas del organismo social, el reconocimiento de la existencia de una instancia social propiamente dicha y de la necesidad de comprenderla, dada su enorme complejidad y su carácter multideterminado, integrando factores de la más variada naturaleza (históricos, económicos, culturales, psicológicos, etc.) en una síntesis creadora.¹

Nótese que a pesar de la variedad de escuelas, paradigmas y enfoques presentes en el pensamiento

sociológico, estos rasgos pueden ser apreciados en cualquiera de ellos.

Para que surgiera tal manera de pensar en lo social, tuvieron que conjugarse varias condiciones entre las que sobresalen la existencia autónoma de la sociedad en su realidad y como categoría del pensamiento; la especificidad y novedad de los problemas sociales que exigen una forma nueva para su interpretación -como por ejemplo, el dinamismo de la industrialización, la nitidez en la configuración de los actores sociales y de sus diferencias, la creciente posibilidad de intervención del hombre en el devenir social- o lo que algunos llaman «la sustantividad de la sociedad civil», la tangibilidad del cambio y el progreso social. En rigor, a esta lista habría que agregar la noción de la razón humana como comprensiva e innovadora, la concepción de la historia como proceso determinado por causas susceptibles de ser descubiertas por esa razón y el impetuoso avance de los métodos de investigación cuantitativa impulsados por los requerimientos de la medición y el control de los procesos económicos y políticos.

Estas condiciones fueron gestándose durante los siglos XVII y XVIII y maduraron hacia mediados del XIX. Para bien o para mal, la sociología es otra de las consecuencias del dinamismo y la solidez que el capitalismo imprimió al desarrollo social, con la secuela de sus contradicciones, y debe su legitimidad, entonces, no a razones de tradición histórica, sino a la emergencia de un objeto nuevo que nunca antes había estado presente, al menos con la fortaleza y transparencia con que se hizo sentir en esos tiempos.

Aunque Igor Kon no acepta que hubiera surgido un nuevo objeto, sino que aparecieron problemas en otras ciencias sociales que no podían ser resueltos con el arsenal de métodos en existencia, sí coincide al situar el período de surgimiento de lo que él bellamente llama «la visión sociológica del mundo o el estilo sociológico del pensamiento» y nos dice que ello presupone: la concepción de la sociedad como un todo único sistémico que funcione y se desarrolle según sus propias leyes; la orientación consciente hacia el análisis de las relaciones sociales existentes en la realidad, a diferencia de la construcción utópica de un régimen social ideal; el apoyo en los métodos empíricos de indagación, en oposición a las teorías filosóficas especulativas.²

Conuerdo casi absolutamente. Sólo que creo que la construcción utópica es también típica del «estilo sociológico de pensamiento».

¿A quién reconocer entonces como los fundadores? No sé ustedes, pero yo, que humildemente me cobijo bajo la segunda posición, doy sin temor ese título por igual a Saint-Simon, Montesquieu, Marx, Engels, Adam Smith, Tocqueville y Comte. Ellos, junto a Spencer, Durkheim, Weber, Mosca, Pareto y Tarde, constituyen

la propuesta primigenia clásica de la sociología. No digo que sean todos y sólo éstos, simplemente considero que esta lista incompleta contiene buena parte de lo esencial.

Aquí tomo partido por una variante que, aunque hoy es la más aceptada, no coincide con las posiciones que por mucho tiempo monopolizaron la cuestión.

Una de ellas identifica a Comte como el único fundador y a los sucesivos seguidores del positivismo y sus variantes como los genuinos depositarios de la sabiduría sociológica, beneméritos guardianes de la riqueza de lo empírico.

La otra, que nosotros aceptamos acríticamente, sin paramos a medir las consecuencias, otorga ese lugar preferencial a Marx, en exclusiva, argumentando que él sentó las bases de la única sociología científica posible. Así quedó levantado el muro.

Me detengo unos instantes en este quemante recodo del camino.

Ciertamente, la formulación por Marx del concepto *formación económico social*, como conjunto de determinadas relaciones de producción, y su interpretación de la historia como proceso histórico natural, constituyen las propuestas más sólidas para la configuración de la sociología como ciencia,³ porque permitieron distinguir una jerarquía en el tupido entramado social, separar causas y efectos y establecer tendencias en el movimiento de los fenómenos sociales.

Pero me parece un extremo exagerado desautorizar toda otra propuesta y desestimar el aporte hecho desde otras escuelas de pensamiento.

No se trata de ignorar el carácter clasista del conocimiento sociológico. Todo conocimiento científico lleva implícito como algo consustancial a su naturaleza una determinada posición de clase, si no por su contenido (puesto que los objetos no sociales no tienen «calidad clasista» por sí mismos) al menos por sus fines, por quiénes controlan los propósitos y extensión de su aplicación y por las posibilidades de acceso a sus beneficios para diferentes estratos sociales.

¿Qué decir de las ciencias sociales? Creo incluso, como posición epistemológica, que mucho más que una pretendida objetividad a ultranza, el sociólogo debe hacer explícita, para él y para los demás, su posición ideológica, el punto de mira desde el cual se sitúa al producir imágenes de lo social. Los desarrollos actuales de la sociología crítica y de alguna sociología cualitativa (precisamente de su línea más crítica) han aportado mucho a esta visión de la realidad.⁴

Pero este principio epistemológico que comparto no quiere decir descalificar *a priori* todas las propuestas que se hagan desde otras posiciones, ni autoriza a poner la etiqueta de «burguesa» a toda sociología diferente. Obliga, eso sí, a un riguroso examen de hipótesis y conceptos, de *dondequiera* que ellos provengan, a valorar qué nos dicen en contextos económicos y políticos diferentes, qué hechos sociales alumbran u oscurecen, qué potencia explicativa y

comunicativa tienen, qué línea de movimiento hacia el futuro permiten augurar.

Podría citarse un sinnúmero de ejemplos, lindantes con la caricatura, de los excesos ideológicos de la sociología marxista, o mejor decir de la sociología que se hizo en los países ex-socialistas (y que nosotros en mucho seguimos). Al menos, creo que estas actitudes extremas tuvieron como consecuencia el que nos abstuviéramos de usar un conjunto de conceptos provenientes del funcionalismo, del neopositivismo y de otras corrientes de pensamiento, sin detenemos a evaluar su utilidad para descubrir determinados procesos sociales y obstaculizaron el diálogo y la cooperación entre diferentes paradigmas.

Quizás entre los «baches» más notables se encuentra la ausencia de reflexiones serias alrededor de aspectos tales como *sociedad civil*, *relaciones de poder*, *integración y conflicto social* y *movimientos sociales* en sociedades socialistas.

Recuerdo como Mijail Rutkevich y Fidirich Rafoelovich Filippov se vieron obligados a hacer mala bares para estudiar la movilidad social, a la que denominaron «desplazamientos sociales», porque el primer término era un representante genuino de la sociología burguesa. El meollo del asunto residía en que los estudios de movilidad social, especialmente los realizados en los Estados Unidos, caracterizaban a la sociedad capitalista, norteamericana, como un sistema abierto, sin barreras interestratos y donde los movimientos ascendentes eran relativamente frecuentes. ¿No había movilidad social en las sociedades socialistas? ¿Llamar a esa dinámica «desplazamientos sociales» cambiaba sustancialmente el asunto? ¿Era realmente «ideológicamente nocivo» usar el concepto *movilidad social* para estudiar el dinamismo socioclasista en nuestras sociedades?⁵

Finalmente, la sociología soviética y la de otros países de la comunidad Europa del Este asumieron ambos términos como sinónimos y los propios Rutkevich y Filippov trabajaron utilizando el concepto de movilidad social.

El primer artículo publicado en Cuba sobre el tema, antes de exponer los resultados obtenidos en investigaciones concretas, argumentó largamente, con citas de Marx, Engels y Lenin, la pertinencia de estudiar la movilidad social en la transición socialista y de llamarla así, simplemente.⁶

Fidirich Rafaelovich, que llegó a ser un gran amigo nuestro, me confesó años después que estaba convencido de haber asumido una posición errónea en la comprensión del dinamismo socio estructural, pero sobre todo al enunciar la ausencia de corrientes de movilidad descendente en el socialismo. Estaré eternamente agradecida a su luminosa sinceridad del año 1986. Sirva esta anécdota de botón de muestra.

Desde mi punto de vista, el monopolio en las relaciones académicas internacionales y el exclusivismo paradigmático

que practicamos (estoy hablando de finales de los 70 y los 80), nos privó a los sociólogos cubanos (ya sé que no a todos) de compartir el acervo y las búsquedas del pensamiento latinoamericano, o al menos de comprenderlo y evaluarlo en sus cercanías o diferencias con nuestra realidad y nuestra historia y nutrirnos de su exquisita (a mí me parece exquisita) sensibilidad y originalidad, brecha que afortunadamente hoy tratamos de cubrir a toda vela.

En honor a la verdad, en nuestro país la vertiente de la sociología política aplicada al análisis de la región no sufrió este mal y esa ha sido una de sus ventajas comparativas (y competitivas) en relación con el resto de las sociologías.

Hoy día es más sensato reconocer el carácter pluriparadigmático de la sociología y la necesidad de identificar los puntos de contacto y confluencia de los diferentes paradigmas. La heterogeneidad socioclasista y socioestructural en general de la sociedad y la prevalencia de las contradicciones clasistas justifica este carácter.

Esta digresión sobre orígenes y paradigmas que puede parecer, e incluso ser, innecesaria, quizás se justifique ante el juicio de los lectores cuando les recuerde que la cuestión del objeto fue terreno fértil para la separación de las sociologías.

Los manuales de la disciplina producidos en los países socialistas europeos dejaban bien claro que se trataba del objeto de la sociología marxista-leninista, que era la única verdaderamente científica, y que no podía haber un objeto común, un campo compartido para ese «modo de pensar sociológico» fraguado en el siglo XIX.

Sin embargo, si rastreamos un poco las definiciones de objeto propuestas desde distintas ópticas, podemos comprobar que las similitudes son más que las diferencias, que sí existe esa materia común, aunque cada enfoque enfatice un aspecto en especial o introduzca en la definición conceptos propios de su visión de la realidad social.

La mayoría de las definiciones de objeto contienen, directa o indirectamente, como elementos básicos, lo que Mills enuncia como «los problemas del orden y del cambio, es decir, de la estructura social y de la historia».⁷

En síntesis, puede extraerse de esas propuestas (y aquí deslizo mi propio punto de vista sobre el particular) que la sociología tiene como objeto el estudio del desenvolvimiento de la sociedad, entendida como organismo social complejo, estructurado y sistémico; de las leyes del surgimiento, funcionamiento y cambio de sus tipos históricamente determinados; de las formas concretas de manifestarse esas leyes en el comportamiento de los individuos y grupos sociales y en diferentes esferas de la realidad social; de las alternativas de futuro y de los métodos de comprensión de los procesos sociales.

Lo peculiar del enfoque sociológico en relación con otras ciencias que poseen el mismo objeto general (la sociedad) y objetos específicos cercanos, como la psicología, la economía, la demografía, las ciencias jurídicas,

la etnología, etc., estriba en su intención de examinar la sociedad en su integralidad, como síntesis de la interacción de los más disímiles fenómenos particulares, y de jerarquizar, en condiciones históricas concretas, el conjunto de circunstancias y el tipo de sus nexos combinados que ejercen la influencia determinante en el comportamiento de diferentes procesos.

Integración multicausal, combinación de efectos, descubrimiento de vínculos sistémicos entre fragmentos y niveles de la realidad social y de los fragmentos con el todo, entrelazamiento y condicionamiento recíproco: he ahí lo distintivo de la monumental y sinfónica sociología. Que lo haya logrado o no es harina de otro costal y cuánto nos hemos acercado nosotros a ese propósito es otro punto a dilucidar.

Las funciones que dimanaban de este objeto también evidencian las peculiaridades del conocimiento sociológico.

Los textos de sociología marxista leninista sitúan cuatro funciones principales de esta disciplina: teórica, ideológica, crítica e instrumental.⁸

Sólo unos comentarios: la hipertrofia de la función ideológica (que en rigor sólo significa que el punto de partida y el propósito fundamental de esta concepción sociológica es la transformación de la sociedad atendiendo en primer lugar a los intereses de la clase obrera y las masas trabajadoras) es una de las fuentes básicas de descalificación de las aportaciones de otras escuelas de pensamiento y de un reduccionismo en la identificación de los actores sociales y sujetos históricos no clasistas.

Por su parte, la función crítica tuvo muy poco espacio para su ejercicio «hacia adentro» y enfiló sus cañones hacia la sociedad capitalista y hacia otras escuelas de pensamiento, con lo cual prestó un flaco servicio al nacimiento de una sociedad verdaderamente nueva y diferente. Algunos textos ni siquiera mencionan esta función, mientras que enfatizan la confrontación con la sociología burguesa.⁹

Pero la gran ausente es la referencia a la auto crítica de la disciplina, a la necesaria reflexión sistemática sobre el por qué, para qué y cómo se conoce lo social.

Propongo examinar esta otra forma de enunciar las funciones que me parece un poco más explicativa. Identifico las seis funciones siguientes:

1. Elaboración de modelos conceptuales que desempeñan la función de paradigmas interpretativos y que ofrecen un conjunto de hipótesis más o menos compartidas por la comunidad científica o por grupos dentro de ella.
2. Construcción de imágenes teóricas de lo social en general y/o de algunas de sus partes constitutivas, fundamentadas en la captación, articulación y generalización de evidencias empíricas.
3. Evaluación y crítica de las tendencias reales del movimiento social, identificación de las alternativas de

futuro que ellas contienen y construcción de una utopía de progreso, sistemáticamente renovada.

4. Configuración de perspectivas metodológicas para la identificación de las evidencias empíricas y para su interrelación e interpretación, en virtud de los fundamentos teóricos.

5. Producción de propuestas de intervención en el cambio social, con suficiente capacidad de transformación de la realidad atendiendo a fines que dimanen de la utopía.

6. Evaluación y crítica de su propia eficiencia cognoscitiva y transformadora.

Por supuesto que todas estas funciones están íntimamente conectadas, representan espacios inseparables del conocimiento sociológico, pero a la vez se reproducen con cierta autonomía y en la práctica tradicional han representado incluso especialidades concretas dentro de la profesión.

El objeto y las funciones nos llevan de la mano a la estructura, y aquí no queda más remedio que volver a mencionar el diferendo que nos envuelve.

La sociología marxista apeló a una estructura piramidal de esta ciencia, cuya cúspide corresponde al materialismo histórico, como teoría sociológica general, la porción central a las teorías sociológicas especiales, y la amplia base a las investigaciones sociológicas concretas o empíricas. Estos tres niveles expresan un orden, donde la máxima jerarquía corresponde a la teoría general, y están íntimamente conectados entre sí. No se conciben separados unos de otros, pero tienen cierta autonomía.

Llamo la atención sobre lo que eso significa: el nivel más alto de generalización es filosofía social; la sociología no existe como ciencia independiente (en realidad no existiría un «estilo sociológico de pensamiento» para lo más general); el centro es una especie de teoría «trunca» o «inconclusa» sobre esferas particulares; la empiria tiene valor independiente.

Por su parte, desde la otra orilla ha prevalecido también la aceptación de tres niveles: teoría general, teorías de rango medio, investigaciones empíricas. En esencia, esta es la idea de Merton del procedimiento de movimiento por etapas de generalización.¹⁰ Esta propuesta del funcionalismo nace del esfuerzo por oponerse al desenfrenado empirismo que aceleradamente se extendía en los Estados Unidos, especialmente durante los años 50, pero tiene como talón de Aquiles la no existencia de una verdadera teoría general única coherente, que justificara un escalón intermedio como conexión con lo empírico, y que en realidad ha funcionado como fundamento y justificación de la fragmentación sistemática del conocimiento sociológico.

Aunque la propuesta marxista trató de desmarcarse de las sociologías intermedias, y la presencia del materialismo histórico le aseguraba una verdadera calidad de niveles de generalización a su estructura, en la práctica

el paso de un nivel a otro resultaba un salto demasiado brusco, especialmente del centro a la cúspide, lo que también dio como resultado la fragmentación y desconexión entre las teorías sociológicas especiales y la teoría general.

Por un lado, la gran complejidad de aprehender lo social en su integralidad; por otro, la identificación de la legitimidad científica con un modelo cercano al de las ciencias naturales, que coloca en su centro el objetivismo, el empirismo, la medición cuantitativa, la experimentación y la posibilidad de amplio dominio técnico de los procesos, son elementos que han estado en la base de la sistemática fragmentación sufrida por la sociología.

En esta lógica de obtención del conocimiento científico social, mientras más focalizado, particularizado, independizado y delimitado esté el objeto de estudio, mayores son las posibilidades para la identificación de su estructura, direcciones de sus movimientos y cuantificación de sus proporciones.

Encontramos aquí la fuente de la aparición indiscriminada de teorías sociológicas intermedias o especiales que, si bien han hecho innegablemente una significativa contribución al conocimiento de áreas particulares de la realidad social (y esto forma parte esencial del «estilo de pensamiento sociológico»), han llevado como lastre una especialización en campos que descuida la comprensión de los nexos entre lo general y lo particular, entre el todo y las partes y entre las propias partes, lo que ha obstaculizado considerablemente el desarrollo de la teoría sociológica y su finalidad primigenia de síntesis e integración.

Estudios recientes señalan que es posible encontrar hoy día entre 35 y 40 sociologías sectoriales que abarcan los más disímiles campos, y es la sociología norteamericana uno de los más notables exponentes de esta especialización.¹¹

Por su parte, Assman y Stolberg nos hablan de 15 especialidades o disciplinas sociológicas como las más desarrolladas en los países socialistas (sociología médica, del trabajo, industrial, agraria, de la empresa, de la comunidad, de la cultura, del tiempo libre, de la familia, de la juventud, de la defensa, criminal y de la lingüística).¹²

Me atrevo a aventurar una visión muy personal del asunto a la que vengo dando vueltas desde hace tiempo. Me parece más adecuado imaginar la estructura del conocimiento sociológico en otros tres eslabones: teoría sociológica, metodología y sociología aplicada.

Esto quiere decir que la filosofía es definitivamente filosofía; y que, aunque obviamente sus fronteras con la sociología no son rígidas ni estáticas y tienen gran afinidad, no se disuelven en ningún nivel de generalidad.

No se trata de separar radicalmente sociología y filosofía. Toda sociología contiene una opción filosófica, conscientemente asumida o no. Esta alternativa implica

aceptar que ese estilo sociológico de ver la realidad incluye un modo de hacer teoría que le es propio, un peldaño de generalización consustancial, que se relaciona con la filosofía de manera similar a como lo hacen otras ciencias sociales particulares.

Las teorías sociológicas especiales no son intermedias, sino que se refieren a esferas particulares de eso que se llama teoría sociológica. Y esta teoría general, ¿qué es? Pues es el conjunto de las teorías especiales y las categorías, leyes, regularidades y modelos de análisis de lo social en su integralidad.

El ámbito metodológico resuelve la cuestión de cómo conocer la realidad social, cómo captar las evidencias y relacionarlas, mientras que el terreno de lo aplicado se refiere a la intervención en el cambio social, a la corrección de tendencias atendiendo a un modelo normativo o propósito preconcebido.

Esta estructura implica que teoría y empiria son inseparables en los tres niveles, aunque los extremos subrayen una de ellas y la metodología represente el máximo equilibrio en su relación.

En la literatura sociológica soviética y alemana de la segunda mitad de la década de 1950, y toda la de 1960, se encuentran los testimonios de una larga, aunque no muy encarnizada, polémica acerca del objeto y la estructura de la sociología marxista-leninista. Zdravomislov, a cuyo libro de metodología llamábamos «la biblia» los graduados del 78, nos ofrece una relación de los autores y textos más representativos que ilustran esta discusión y nos explica que el centro de la polémica radica en la relación entre el conocimiento filosófico y el sociológico: una posición incluye todo el conocimiento sociológico en la filosofía; la otra considera al materialismo histórico sólo como teoría sociológica general y reconoce otros ámbitos específicos, no filosóficos, para la disciplina.¹³

Aunque, como antes señalé, la segunda posición llegó a ser la más extendida y aceptada, hago referencia a esta discusión para señalar que al menos alguna vez hubo cierto forcejeo, cierta lucha de ideas, en este terreno en otros países. Mientras que nosotros aceptamos o no la estructura de los tres niveles y el cordón umbilical del materialismo histórico, sin dejar huellas claras de nuestros argumentos.

Rastreando viejos programas de eventos y congresos y nuestras revistas de ciencias sociales, encuentro muy pocos trabajos en esta cuerda y ninguno de ellos intenta polemizar.¹⁴

Creo que pensamos poco en el asunto y nos refugiamos en el pretexto de dominar esferas particulares de la realidad social con la pericia de expertos, tarea para la cual aparentemente no tienen gran relevancia los problemas del contenido general de la ciencia.

Tener un objeto, estructura y funciones definidas no basta para ser ciencia. Estos atributos se completan con el método.

El método debe asegurar la obtención de un conocimiento verdaderamente científico, debe ser adecuado al objeto de estudio y a los subobjetos determinados y, por lo tanto, es también un distintivo de cada disciplina, pues aunque existen métodos comunes a disciplinas afines, ellos se insertan dentro de la lógica específica de cada una de ellas.

La sociología ha depositado buena parte de su legitimidad científica en la eficacia metodológica.

Claro que los métodos no están desvinculados de la opción teórica asumida y del contexto cultural en que fueron diseñados, pero en esto ocurrió una cosa muy curiosa.

Sabido es que desde sus albores la sociología se ha visto marcada por las tensiones entre dos perspectivas metodológicas que, durante mucho tiempo, se identificaron como contrapuestas, la cuantitativa y la cualitativa. Esto tiene su fundamento en un problema de base filosófica acerca del carácter de las ciencias sociales: su objeto, ¿se acerca más a los objetos naturales o a los culturales?

El modelo de ciencia dura, y con éste el cuantitativismo, monopolizó la práctica sociológica durante muchos años. Su dominio se extiende hasta hoy, aunque debilitado por el renacimiento (hacia los años 60) del punto de vista humanista y el progresivo avance de los métodos cualitativos.

Cada una de estas direcciones metodológicas ha elaborado un variado conjunto de críticas mutuas. Al punto de partida cuantitativo se le acusa de reduccionista, búsqueda de uniformidades y medidas estándares que no existen en la realidad, empirista, desconocedor del sujeto en su verdadera naturaleza transformadora y de falsa neutralidad valorativa, entre otras lindezas. Al cualitativismo, sus opositores lo caracterizan como una hipertrofia del papel de lo subjetivo y lo simbólico, desconectados de los contextos macrosociales, de excesiva individualización de los actores sociales y de sobredimensionamiento de las diferencias.

¿Dónde está la verdad? ¿Son realmente opuestas estas ópticas metodológicas? Actualmente muchos especialistas consideran que esta oposición es irreal, que ambas perspectivas son complementarias, pues se refieren a dos elementos indisolublemente unidos de la realidad social y que, en dependencia del contenido esencial del problema particular de estudio del que se trate, se enfatizará en uno u otro enfoque o se requerirá un balance equilibrado de ambos.¹⁵

La sociología marxista estaba teóricamente preparada para sintetizar creadoramente las dos perspectivas y tal síntesis debería reflejarse en la elaboración de nuevos métodos que captaran con mayor nitidez las caras de lo social.

Pero en la práctica no ocurrió así. Al menos en la sociología producida en los países ex-socialistas

predominó el enfoque metodológico cuantitativo, y los métodos y técnicas utilizados en la recogida y procesamiento de los datos no se diferenciaron en mucho de las elaboraciones de la llamada «sociología burguesa».

Más que captar la dialéctica de las contradicciones sociales, se mantuvieron en la mesa servida por el empirismo y el funcionalismo: elementos aislados, relaciones simples, separación de las partes y el todo, débil visión de las contradicciones.

Reproduzco, por ilustrativa, esta cita de un libro de Shubkin, publicado en nuestro país:

[...] su verdadero éxito [el de la sociología] depende en gran medida de los métodos que aplique, y sobre todo, de la utilización de la estadística, la matemática y las computadoras electrónicas. [...] características tan sutiles como las opiniones de unas personas sobre otras, o el nivel de las cualidades intelectuales, morales, eficientes o valorativas, pueden en realidad ser expresados cuantitativamente, [...] no sólo los hechos objetivos, sino también los subjetivos pueden ser cuantificados, lo cual permite utilizar métodos estadísticos y matemáticos para su análisis. [...] [el] proceso natural de profundización de los conocimientos en todas las ramas de la ciencia eleva a un primer plano, dentro de la sociología, el problema de la cuantificación, o sea, de la medición cuantitativa de los rasgos cualitativos.¹⁶

La cuestión del estudio de los rasgos subjetivos de lo social y el entrelazamiento objetivo-subjetivo quedó así planteada como problema de cuantificación y no como búsqueda de métodos y líneas interpretativas adecuadas a la naturaleza de estos rasgos.

Es palpable que en el terreno de los métodos y técnicas de recogida e interrelaciones de las evidencias empíricas, la sociología marxista no logró una propuesta diferente, coherente con sus fortalezas teóricas, que pudiera captar la interconectada multiplicidad de lo social y la dialéctica de sus contradicciones.

Si comparamos textos de metodología de la investigación escritos en países capitalistas y socialistas como los de Zdravomislav,¹⁷ Jetzschmann y Berger,¹⁸ Assman y Stolberg,¹⁹ Friedrich,²⁰ Seltiz y otros,²¹ encontraremos una diferencia sustantiva en lo tocante al papel de la teoría en la investigación y en la generalización de las conclusiones: los primeros apenas abordan el problema, los segundos declaran que ello tiene la máxima jerarquía. Creo que en esto reside uno de nuestros mejores legados.

Sin embargo, esta magnífica declaración no logra hacerse sentir en el plano técnico, terreno en el que, finalmente, ambos puntos de partida convergen apostando a la cuantificación y matematización como única vía de desarrollo de la ciencia sociológica.

No estoy en desacuerdo con que ésta es una de las líneas posibles y necesarias para el avance, pero lo que ocurrió en la práctica fue que, en el fondo, incluso la sociología marxista recorrió ese sendero cabalgando montada en el concepto de función, fácil de

operacionalizar, dúctil y tangible y a la vez parcial (sólo nos muestra una arista de la realidad: el papel de los organismos sociales y el entrelazamiento de sus componentes para cumplirlo) y muy limitado para desentrañar causas y contradicciones, mucho más cercano al ideal de control y mantenimiento de los sistemas sociales (tan caro al capitalismo) que al de cambio progresivo sistemático, el cual debía haber inspirado al socialismo.

Aquí sólo quiero dejar apuntado un problema que marca toda la historia de la sociología, que no ha sido suficientemente estudiado y que a mí me parece esencial: la relación sociología-poder. Les llamo la atención sobre el hecho de que la definición de la función de los sistemas sociales y la identificación de procesos funcionales y disfuncionales parte de un modelo normativo para circunstancias históricas concretas, modelo que por lo general se establece a partir del proyecto del poder. Además, este enfoque metodológico limita la comprensión de los nexos en los procesos macrosociales y las historias personales y del rol de la subjetividad en la configuración de lo social.

Si tuviera que resumir muy concentradamente los rasgos del contexto epistemológico en el cual se injertó la producción sociológica cubana de los años 80, no dejaría de apuntar entre sus características fundamentales las siguientes:

- Asociación a una matriz teórica (el marxismo) que permite establecer jerarquías de estructuras y de causalidad, distinguir las conexiones entre lo lógico y lo histórico en el devenir social y descubrir la dialéctica de los conflictos y el cambio.
- Carácter subordinado de la sociología a la filosofía e identificación del materialismo histórico como nivel teórico sociológico general, con lo cual la disciplina carece de un ámbito de teorización autónoma y se concentra en el examen de parcelas particulares de la sociedad, desgajadas de la integralidad social, y en el manejo empírico de los fenómenos.
- Exclusivismo conceptual y descalificación ideológica de los aportes provenientes de otras escuelas de pensamiento.
- Predominio casi absoluto de la perspectiva metodológica cuantitativa y de la matematización como modelo de la validez científica.
- Bajo despliegue de la capacidad crítica y transformativa de la realidad.

Estos rasgos nos nutrieron y creo que a ellos están asociadas, en buena medida, las luces y las sombras de las propuestas sociológicas cubanas de los últimos 10 o 15 años.

La producción sociológica actual en Cuba.

Temas y perspectivas

Para responder a la cuestión de si existe o no algo que pudiéramos llamar «sociología cubana» debo explicar qué entiendo por tal.

Desde mi apreciación, esto es la presencia de un análisis sociológico sistemático que, teniendo a la sociedad cubana y sus elementos constitutivos como objeto central, pueda definir y atender problemas reales, legítimos y propios del desarrollo de esa sociedad, construya imágenes teóricas originales sobre ella y una utopía, y tenga capacidad de diseñar acciones prácticas para conducir el cambio social hacia metas deseadas predefinidas.

Permítanme unas observaciones aclaratorias. Por utopía entiendo aquí, un conjunto de alternativas de progreso futuro hacia las cuales la nación debe orientarse para, colocando en primer plano los intereses de las mayorías trabajadoras, hacerse viable como tal y conservarse como cultura soberana y proyecto de justicia social, en concordancia con sus recursos, su entorno, su historia y sus tradiciones, y atendiendo a los obstáculos y oportunidades que dimanen del contexto regional y mundial en que ella se inserta.

En cuanto a la capacidad de intervención en el cambio, no quiero decir que la sociología, para ser tal, tenga que participar efectivamente en la actividad transformadora, pues esto no depende solamente de factores internos a la disciplina, sino que elementos externos ejercen una influencia decisiva. De lo que se trata es de que la sociología debe, por su propia esencia, llegar, al menos, a mostrar que puede definir líneas de cambio, trazar metas y vías para alcanzarlas. Pero, obviamente, ella no debe pretender erigirse en fórmula única para encontrar caminos y medios para transitarlos: es una fuente de conocimiento, que acompaña y dialoga con los más disímiles actores del cambio social.

Estas ideas se complementan con la de institucionalización. La presencia de una sociología nacional se asocia a la fuerza y extensión de su organización institucional. Ella puede ilustrarse con indicadores como reconocimiento formal de la profesión, espacios para su formación de pregrado y posgrado en la educación superior, publicaciones y eventos propios, participación de los sociólogos en comisiones de expertos para el trazado de políticas en organismos gubernamentales, intervención en eventos internacionales, relaciones con la comunidad científica internacional, existencia de asociaciones profesionales nacionales y de instituciones especializadas en la realización de investigaciones sociológicas y/o de servicios de sociología aplicada.

Como antes aclaré, lamentablemente no puedo describir el desenvolvimiento del pensamiento sociológico en el país atendiendo a todo este conjunto de indicadores que propongo. Ellos quedan como sugerencia para una

investigación futura y como guía para vertebrar mis apreciaciones personales.

Auxiliándome de los datos oficiales²² y de mi propio conocimiento del medio, calculo que existen en el país alrededor de 80 centros vinculados a las investigaciones de ciencias sociales y, de ellos, cerca de 43 incluyen perfiles sociológicos.

Para establecer esta clasificación me apoyo en la definición de la sociología, sus funciones y estructura que adelanté en el epígrafe anterior. Pero no debe escapar a nuestra reflexión que, precisamente por su carácter abarcador, sintético e integrador, es difícil encasillada en límites rígidos y separada nítidamente de otras disciplinas afines.

Como creo, además, que la misma práctica sociológica incluye la apropiación de conclusiones provenientes de otras áreas investigativas y la realización de estudios interdisciplinarios, no estoy demasiado preocupada por las fronteras. Hago mi lista de instituciones, temas y resultados «sociológicos», atendiendo a su cercanía con mi visión del contenido esencial de esta ciencia.

Esta red de instituciones, si bien se concentra mayoritariamente en Ciudad de La Habana, se extiende por todos los territorios del país e incluye institutos, centros, departamentos y grupos adscritos a organismos centrales del Estado (Ministerio del Trabajo, el antiguo Comité Estatal de Estadísticas, Ministerio de Turismo, Academia de Ciencias, hoy convertida en el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, Ministerio de Salud Pública, Ministerio de Educación, entre otros) o de la docencia universitaria. En este último caso, buena parte de los departamentos de marxismo, creados en todos los centros de enseñanza superior y diseminados por todo el país, han estado estrechamente vinculados a estudios con propósitos sociológicos.

La red de instituciones se inserta además en un plan de ciencia y técnica nacional, donde las investigaciones sociológicas tienen un espacio y un reconocimiento oficial.

En cuanto a la formación de sociólogos, honduras en las que decididamente rehúso hurgar, porque merecerían todo un capítulo de un libro, sólo quiero decir que, luego de muchos avatares, ahora en el país existen dos universidades donde se imparte la Licenciatura en Sociología (La Habana y Oriente). La docencia de posgrado es aún exigua: aislados, insuficientes y poco actualizados cursos de metodología y poquísimos en materia de teorías sociológicas especiales. Los doctores en sociología no rebasan la cifra de cinco o seis. Algunos sociólogos han alcanzado este grado en ciencias colindantes (historia, economía, psicología), supongo que por sentirse más cercanos al método y al enfoque conceptual de éstas que a las exigencias del doctorado en filosofía que hasta hace poco nos veíamos obligados a hacer. Los estudios posdoctorales son aún inexistentes en nuestro medio.

Quiero hacer notar una evidente relación entre el contexto epistemológico dominante y el tema de la formación. En el año 1980, después de la reestructuración de la Universidad de La Habana y de la creación de la Facultad de Filosofía e Historia, se graduaron los últimos licenciados en sociología. A partir de ese momento, y hasta 1991, dejó de existir esa carrera y quedó subsumida como especialización de la Licenciatura en Filosofía Marxista-Leninista. Igual suerte corrieron los doctorados.

Aunque no he podido encontrar los datos precisos, es conocido que los graduados en filosofía y comunismo científico, tanto en universidades cubanas como en las de la ex-comunidad socialista (especialmente la URSS) sobrepasan, por amplísimo margen, a los que poseen formación sociológica.

Me parece apreciar aquí un importante rasgo de la institucionalización de las investigaciones sociológicas en el país. Es el hecho de que, ante una realidad con problemas concretos que demandaban ser estudiados sociológicamente, especialistas de otras disciplinas, filósofos por excelencia, se vieron compelidos a abordar (me gustaría decir invadir) este campo, imprimiéndole el sello conceptual y metodológico de las generalizaciones filosóficas a muchas investigaciones. Agréguese a ello que la formación en otros países y las estrechísimas (y casi únicas) relaciones con la comunidad académica socialista «europeizó» (hacia el Este) la distinción de problemas y su interpretación.

Percibo claras huellas de estas circunstancias en la abundancia de temas orientados a encontrar regularidades generales de la transición socialista cubana y la escasez de los que buscaban nuestras peculiaridades y nuestras conexiones con el mundo caribeño, latinoamericano y tercermundista. Esta «sociología de las regularidades» (soviéticas para más señas) que practicamos y padecemos hasta casi ahora mismo, buscaba en la sociedad real, a toda costa, las evidencias de que el modelo ideal trazado por el discurso político se materializaba, y se desentendía de sacar a la luz los problemas más profundos y las tendencias contradictorias.

Paradójicamente, ésta es también una de las fuentes de entrada en el país (aunque no la única) del empirismo en la sociología. La ausencia de una adecuada preparación metodológica por una parte, y el papel determinante de la filosofía en la selección de los problemas y del aparato conceptual por otro, impidieron distinguir los niveles de mediatización entre lo general, lo particular y lo específico de los sistemas sociales e hicieron concebir la sociología como el elemento técnico para la recogida, organización y generalización primaria de los datos.

Seguramente debo decir que esto-no es absoluto. Por fortuna fue gestándose también, tímidamente y mezclada

con el «regularismo», una sociología problematizadora y crítica que, a mi juicio, es un buen antecedente para lo que hoy tenemos que hacer.

En términos de eventos científicos, en los últimos tiempos se ha ganado un mayor espacio y sistematicidad, y, lo que es mejor, se ha, ido pasando de un ritual expositivo parsimonioso y plano, a un tono de mayor debate y polémica y a un clima un poco más abierto a la crítica y al intercambio entre especialistas de diferentes instituciones.

Merece una mención especial el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología celebrado en La Habana en 1991. Este Congreso, viejo anhelo de sucesivas generaciones de sociólogos, estimuló el estudio previo del pensamiento latinoamericano, como preparación para el diálogo con nuestros visitantes, y exigió dar lustre a nuestros mejores resultados. Fue un intento por no quedar a la zaga de una producción en la que, junto a una sociología que ha copiado fielmente modos y matices de la sociología norteamericana, ha existido un pensamiento original, humanista y renovador. Fue un ejercicio formidable para juzgar nuestra propia creación a la luz de otras maneras de hacer y un entrenamiento para próximos cometidos, pues junto a la quiebra de nuestras relaciones académicas internacionales tradicionales y de la ortodoxia marxista manualista, por un lado, y a las complejas búsquedas e interrogantes que enfrenta la sociedad cubana, por otro, ha crecido nuestro interés por la producción científica foránea y desde el exterior hacia nosotros, lo que ha ampliado las posibilidades de participación en eventos internacionales, por el apoyo financiero de instituciones nacionales o extranjeras.

No digo que aquí todo esté bien. Faltan aún ámbitos para la discusión incisiva y la colaboración. Es insuficiente el enfoque problematizador y polémico de las intervenciones en los eventos.

El tópico de las publicaciones se me presenta como especialmente funesto. En cuanto a las publicaciones periódicas, teóricamente tenemos un espacio (compartido, porque no existe en el país una revista solo para la sociología), para colocar la producción sociológica. Pero si revisamos la colección de materiales como la *Revista de Ciencias Sociales, Universidad de La Habana, Islas y Cuba Socialista*, entre otros, encontraremos muy pocos artículos sociológicos y casi ninguna reseña de libros y eventos de esta materia. Tampoco contienen usualmente polémicas que tengan una continuidad en el tiempo y muestren las diferentes posiciones existentes en torno a determinada cuestión.

Los libros nuestros casi siempre se publican con retraso, cuando los procesos que analizan se han puesto un poco viejos. Algunos parecen más bien libros de historia contada en presente que de sociología.

Al margen de escaseces, lentitudes burocráticas y censuras, considero que la causa fundamental de esta carencia editorial está en nosotros mismos, en nuestra poca agresividad para elaborar y colocar textos que recojan de forma clara y amena los resultados de los estudios, libres de los tecnicismos y continuas referencias a los datos primarios y sus distribuciones estadísticas de que están llenos los informes de investigación, y que sitúen hipótesis, conceptos y perspectivas metodológicas que trasciendan las estrechas fronteras del análisis del fenómeno particular.

Si tomamos el conjunto de programas y problemas de investigación incluidos en los planes periódicos de ciencia y técnica de la rama de ciencias sociales del país durante los últimos diez años, las ponencias presentadas por investigadores cubanos en importantes eventos nacionales e internacionales²³ y los artículos publicados en las diferentes revistas científicas antes mencionadas, podríamos obtener un cuadro aproximado de las temáticas preferentemente abordadas por el análisis sociológico en Cuba en tiempos recientes: política científica y tecnológica como factor de desarrollo económico y social; integración social de la mujer y funciones familiares; eficiencia del sistema educacional y características sociopsicológicas de los estudiantes; juventud y relaciones intergeneracionales; componentes socioclasistas de la sociedad cubana; componentes fundamentales y bases estructurales de la movilidad y tendencias reproductivas; relaciones de trabajo, recursos humanos y dirección; características del consumo y la demanda interna; política social; factores sociales asociados a la salud; trabajo cultural comunitario; religiosidad en la sociedad cubana; transformación agropecuaria y estructura social rural; América Latina, crisis económica y transición democrática; sistema político y participación popular a nivel laboral y comunitario.

Esta lista recoge un grupo fundamental de las constantes del pensamiento sociológico cubano de los años 80, en su mayoría presentes en las investigaciones actuales.

Aprecio que en tiempos recientes se han agregado a estas temáticas «clásicas» problemas tales como alternativas y escenarios socioeconómicos para Cuba en los 90; desarrollo del turismo internacional y valoración de sus efectos sociales; cultura política y sociedad civil; relaciones intelectualidad-proyecto socialista; cultura, sociedad e identidad nacional; impactos sociales de las nuevas tecnologías; SIDA y juventud.

¿Qué podemos inferir de este cuadro? Pues que la reflexión sociológica en Cuba ha recorrido una amplia gama de temas y problemas y ha tocado fragmentos muy sensibles y esenciales de la vida social del país. También nos dice que ha habido ausencias imponderables, entre las que situaría las investigaciones

sobre teoría y epistemología y una visión crítica de la propia producción sociológica en el país;²⁴ las razas y las fuentes de los prejuicios raciales, los nexos raza-desigualdad social; la informalización y estructura social sumergida; la integración y conflictividad social; las alternativas del progreso social para países subdesarrollados; el acceso real al poder para diferentes actores sociales, por solo citar unos pocos que a mi me parecen esenciales.

Desde mi punto de vista los mayores aciertos se sitúan en el intento por romper las fuertes ataduras iniciales a la sociología marxista europea como fuente de identificación de los problemas a estudiar, en la orientación hacia la intervención en la práctica social, en la extensa gama de temáticas abordadas y resultados producidos.

Intentando una valoración de las debilidades más frecuentes de esta producción, diría que, además de los problemas dimanados del contexto epistemológico hegemónico (o más bien asociados a ellos), habría que señalar la debilidad de la función crítica; la poca intervención en el diseño de una utopía nacional propia; la escasa consideración del escenario exterior y de las imbricaciones de lo económico y lo social; el débil manejo de hipótesis teóricas e integradoras; la fragmentación e insuficiente análisis de las relaciones sistémicas todo-parte; la tendencia al empirismo y sobredimensionamiento implícito de la arista funcional de los procesos sociales; el insuficiente dominio del método y las técnicas; la «encuestonomía» y tratamiento cuantitativista a fenómenos de orden preferentemente cualitativo, y los pobres vínculos interdisciplinarios.

Atendiendo a que estos problemas no se expresaron con igual intensidad en todas las áreas y a la calidad de algunos resultados obtenidos, considero que puede hablarse de serios adelantos en el campo de las sociologías especiales, en cuanto a sociología rural, del trabajo, la juventud, la religión, la familia, política y de la estructura social. El punto débil, que impide que cuajen completamente como tales sociologías, está en el terreno de la teorización y la medición de los vínculos entre el fragmento y la totalidad social que lo contiene.

El balance entre aportes y limitaciones del análisis sociológico en Cuba en los años recientes y su evaluación desde la óptica de las funciones de esta ciencia, me hace aventurar la conclusión preliminar de que sólo podemos identificar un proceso bastante avanzado de gestación de una sociología nacional que no ha llegado aún a consolidarse como tal.

La crisis en la sociedad

Me falta tocar el tema de la crisis, lo que en cierto modo me veo obligada a hacer dado el peso que tal

tema alcanza en los debates actuales de la comunidad sociológica internacional y que aparece también en nuestros predios, aunque todavía tímidamente.

En relación con la noción de crisis de la sociología, habría que decir que esta ciencia ha tenido que enfrentarse sistemáticamente al problema de legitimar su razón de ser como disciplina autónoma, demostrando que tiene un objeto propio, que puede ser distinguido entre un conjunto de objetos afines o cercanos, y que puede producir un conocimiento genuinamente científico.

Una y otra vez afloran estos problemas. Los sociólogos que estamos fuera de la olla infernal de esta sabrosa polémica la encontramos aburrida, insípida e inútil y clamamos porque los «grandes cabezones» se pongan de acuerdo de una vez por todas sobre qué es la sociología y nos dejen trabajar en paz en nuestras pequeñas parcelas paradisíacas, lejos de ese rollo perturbador que nos hace aparecer ante los ojos de los demás siempre en crisis y, por tanto, técnicamente desautorizados y poco confiables como especialistas de lo social.

En Cuba, la inmensa mayoría de la minoría sociológica nos la hemos pasado muy bien durante largos años (demasiado largos), protegidos bajo la urna de cristal del paradigma marxista, donde todo lo general estaba dicho ya y no teníamos que preocuparnos por discusiones banales.

¡Ingenuas ilusiones! Mirando en ese río revuelto que es la historia de la sociología he sacado algo en claro: el problema del objeto, los límites, etc., necesariamente debe ser planteado una y otra vez por la propia sociología, como condición de su propio desarrollo y de su adecuación a los cambios del organismo social. No tiene solución definitiva ni respuesta acabada. No es una expresión de crisis perpetua, sino de reiterada renovación, que atiende al cambiante movimiento de su objeto y a la necesidad de perfeccionar los métodos con que lo abarca.

Aún más. No es cuestión de teóricos. No se puede avanzar en la solución si no se involucran todos los elementos del conocimiento sociológico y creo, también, que el manejo empírico de las interrogantes sociales se estanca si no se nutre y participa de esos planteamientos.

Ruego que no interpreten mi posición como una trampa para mantener a mi amada disciplina fuera de la posibilidad de padecer crisis. De ninguna manera. Sólo quiero decir que este padecimiento no es crónico en ella y no puede ser inferida su presencia por el síntoma «replanteo continuo de su objeto, científicidad y paradigma interpretativo».

Para identificar la crisis, me inclino más hacia un análisis de la producción sociológica desde la óptica del cumplimiento de las funciones de la disciplina.

La imposibilidad de responder adecuadamente a las exigencias de las seis funciones en su conjunto

representaría una crisis general de la disciplina. En particular, la incapacidad de construir modelos conceptuales interpretativos señalaría una crisis epistemológica («de fundamentos»²⁵); la ausencia de elaboraciones generalizables nos hablaría de una crisis teórica;²⁶ la inhibición en la configuración del ideal futuro, de una crisis de utopía; y las limitaciones en las restantes funciones nos hablarían de crisis metodológica e instrumental.

Bueno, no se lo tomen demasiado en serio, pero puede servir para algo.

Obviamente, la sociología atraviesa por una etapa de crisis un tanto prolongada, que se expresa en una pérdida de fortaleza de los paradigmas clásicos, para explicar los procesos sociales actuales y dilucidar tendencias futuras, en una intensificación del repliegue hacia el estudio de áreas particulares y hacia la función instrumental en pequeña escala, y en la imposibilidad de producir nuevos modelos paradigmáticos para pensar la sociedad como un todo.

Claro que las fuentes esenciales de esta crisis no residen en el interior de la sociología, sino que están en la propia crisis de lo social, en las agudas paradojas que caracterizan la vida hoy en el planeta, que han situado el desenvolvimiento de lo social en el nivel de máxima complejidad, y en una encrucijada de cambio que el discurso sociológico no puede todavía reflejar en toda su multiplicidad.

Percibo que uno de los asuntos medulares a desentrañar se centra en la paradoja globalización/universalización/homogeneización e interdependencia progresiva de los procesos productivos, económicos, sociales y culturales, que rompen las fronteras nacionales, por un lado, junto a la reproducción de una gran diversidad estructural a escala regional, y la permanencia de la pluralidad cultural y los particularismos étnicos.

Dar cuenta del entrelazamiento de los procesos de «sociohomogeneidad» y «sociodiversidad», de las relaciones de poder en que se insertan y de la naturaleza de los actores sociales que aparecen en esta contraposición, de las alternativas de futuro que ellos contienen y cuáles representan verdaderas opciones para las grandes mayorías, es uno de los problemas fundamentales que habría que resolver para recuperar lo que podríamos llamar un «paradigma sociológico de emancipación»,²⁷ lo cual, a mi modo de ver, no significa de manera alguna un rompimiento con el marxismo, sino una renovación de sus postulados básicos y el diálogo creativo con otras teorías (especialmente con las propuestas weberianas).

Situaría en el centro del reexamen del marxismo el papel de los sujetos históricos extraclásicos y de los movimientos sociales en el cambio social, así como la

dialéctica entre los intereses individuales y sociales y de los factores subjetivos y objetivos.

Si la sociología vive una crisis, ¿también la sociología cubana atraviesa igual trance? Considero un exceso responder afirmativamente esta pregunta. No puede estar en crisis algo que no se ha formado como tal, que se está configurando y que no ha logrado completar sus funciones básicas; pero indudablemente no estamos ajenos a la crisis. Identificar sociologías nacionales o regionales no significa que éstas existan o se gesten al margen de la ciencia sociológica en su conjunto. Eso sería una barbaridad.

La crisis nos llega en primer lugar por los cambios de escenario en el contexto epistemológico. Nuestra matriz teórica se ve cuestionada en su capacidad explicativa, y no por la mala voluntad del otro bando ideológico, a la cual ya estamos acostumbrados, sino porque la propia realidad señaló debilidades y dogmatismos estériles.

Desde Cuba es muy fácil entender hoy que los desarrollos contemporáneos de la sociología marxista se basaron en las regularidades del «socialismo real» soviético. Estas se impusieron como modelo de interpretación y evaluación de otros socialismos -trampa en la que nos dejamos caer cordialmente-, y que dejaron totalmente fuera las peculiaridades de la transición desde el subdesarrollo y los más variados tercermundismos (donde los nexos entre modos de producción, tipos económicos, clases y otros componentes sociales siguen derroteros diferentes) y nos hicieron apartarnos de la tradición humanista del pensamiento social cubano y latinoamericano.

La crisis nos llega también desde nuestra propia sociedad, en crisis económica y en tránsito hacia otras fórmulas para la conservación de la independencia nacional y del proyecto de justicia social.

Así que a nosotros también se nos mueve el piso, pero creo que ésta es una movida beneficiosa, porque nos da la oportunidad de ver más claro, de romper con mitos y leyendas y mirar con nuevos ojos nuestra realidad. ¿Estaremos preparados para ello? Confieso que me preocupa nuestra falta de entrenamiento para la polémica y la crítica teórica, que a menudo nos hace deslumbramos con las ofertas más desmovilizadoras, y nuestro apego a las prácticas empiricistas.

En conclusión, considero que a pesar de no haber madurado aún y de estar signada por la crisis teórica de la disciplina y por la complejidad de los procesos sociales de su entorno inmediato, a cuyas exigencias debe responder, la sociología cubana tiene ahora la oportunidad de dar el salto sobre sus propios pies, desplegando todas sus potencialidades creadoras autónomas.

Ya que he tenido la osadía de llegar hasta aquí, me atreveré a una temeridad final: ofrecer mis puntos de

vista sobre algunos de los temas que debería abordar la reflexión sociológica en el país si no quiere perder el tren. Estos serían más o menos así:

En el campo de la reflexión epistemológica:

- Causalidad social. Dialéctica y teoría del caos. Nueva visión del orden y del caos. Relaciones causalidad-casualidad, estabilidad y cambio. Posibilidad de la predicción social.
- Actores sociales y fuentes de cambio social. Componentes estructurales clasistas, intraclasistas y extraclasistas. Dialéctica de sus nexos. Sujetos históricos.
- Desarrollo social. Universalismos y particularismos en el progreso histórico. Armonía entre homogeneidad y diferenciación social. Pluralidad de caminos para la viabilidad económica y social de pueblos diferentes.
- Relaciones naturaleza-sociedad. Conservación de la biodiversidad, protección ecológica y satisfacción de las necesidades fundamentales de los seres humanos.
- Diferencias socioeconómicas y desigualdades sociales. Fuentes, límites, papel en el progreso histórico.
- Papel de la sociología. Relaciones con el poder y con los saberes populares y otras fuentes del conocimiento de lo social. Explicación, comprensión, reflexibilidad.
- Teoría y perspectivas metodológicas. La armonía del par cantidad-cualidad en la comprensión de los fenómenos sociales.
- Subjetividad social e individual. Procesos intersubjetivos.

En la investigación de problemas particulares:

- Posibilidades de una alternativa socialista desde las condiciones del Tercer Mundo en el contexto del sistema sociopolítico y económico internacional.
- Reestructuración de las relaciones de propiedad. Nuevos y viejos actores sociales vinculados a ellas y a otras fuentes de diferenciación social. Procesos de integración y exclusión social.
- El sistema de las instituciones sociales y su ajuste a los cambios económicos y sociales. Relaciones de poder. Estado y sociedad civil. Sus componentes.
- Cultura política. Democracia y participación.
- El papel de la subjetividad individual y de los procesos intersubjetivos en la configuración de lo social, percepciones y representaciones sociales. El discurso socio político de los diferentes sectores y grupos.
- Entrelazamiento de los procesos macrosociales y la vida cotidiana.

Comprendo y acepto que mis apreciaciones no son de manera alguna una verdad confirmada y seguramente

generarán los más variopintos desacuerdos y perplejidades. Me sentiría satisfecha si, al menos, logro que nos situemos críticamente ante nuestra práctica investigativa e intentemos respuestas propias a interrogantes que deciden los derroteros y la relevancia futura de nuestra ciencia en el país.

Notas

1. L. Rodríguez Zúñiga, «El desarrollo de la teoría sociológica». En: S. del Campo, *Tratado de sociología*, vol.1, Ed. Taurus, Madrid, 1988.
2. Igor Kon, «De la filosofía social a la sociología». En: *Historia de la sociología del siglo XIX - comienzos del XX*, Ed. Progreso, Moscú.
3. Vladimir I. Lenin, *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*. En: *Obras completas*, t.I, Ed. Progreso, Moscú, 1984.
4. Jesús Ibáñez, *El papel del sujeto en la teoría. Hacia una teoría reflexiva*, Madrid, 1992.
5. M. Rutkevich, y Fridrich R. Filippov, *Desplazamientos sociales*, Ed. Misl, Moscú, 1970. (En ruso.)
6. Mayra Espina, y L. Núñez, «Acerca del concepto movilidad social y su utilización en la sociología marxista». En: *Estudio de la sociología cubana contemporánea, Anuario*, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1988.
7. C. Wright Milis, *La imaginación sociológica*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
8. A. G. Zdravomislov, *Metodología y procedimiento de las investigaciones sociológicas*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
9. G. Assman, y R. Stollberg, *Principios de sociología marxista-leninista*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
10. R. Merton, «Funciones manifiestas y latentes». En: Ileana Rojas (comp.), *El funcionalismo en la sociología norteamericana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
11. M. Dogan, «Disgregación de las ciencias sociales y recomposición de las especialidades», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, no. 139, 1994.
12. Idem nota 9.
13. Idem nota 8.
14. J. Hernández, «Materialismo histórico y conocimiento científico de la sociedad», *Revista Universidad de La Habana*, no. 215, 1981, Y. R. Vieta, «El objeto de la sociología marxista», *Revista Universidad de La Habana*, no. 215, 1981.
15. F. Alvira Martín, «La investigación sociológica». En: S. del Campo (ed.), *Tratado de sociología*, t.I, Ed. Taurus, Madrid, 1988.
16. V. N. Shubkin, *Cuestiones metodológicas de sociología aplicada*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
17. Idem nota 8.
18. H. Jetzschmann, y H. Berger, *El proceso de la investigación sociológica*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
19. Idem nota 9.
20. W. Friedrich, *Método de la investigación social marxista-leninista*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
21. C. Selltiz, M. Jahoda, *Métodos de investigación en las relaciones sociales*, Ed. Rialp, Madrid, 1971.
22. Me refiero a los siguientes documentos elaborados por la Dirección Ramal de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba: «Directorios de centros vinculados a la investigación de ciencias sociales» (que incluye una breve descripción de las temáticas de estudio); a la lista de «Programas Científico-Técnicos, Problemas de ciencias sociales», Obras científicas y Problemas ramales, y al de Resultados de ciencias sociales que recibieron premios anuales entre 1989 y 1994.
23. Por ejemplo, los tres últimos congresos de ALAS y LASA; eventos del CIPS, el CEHOC, la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana, el Ministerio de Cultura, entre otros.
24. Aunque hay algunos textos sobre el tema, me refiero a que no ha existido una línea de investigación estable y sistemática en este campo. Pueden revisarse los materiales de Velia Cecilia Bobes, «Apuntes para un estudio de la sociología en Cuba. 1900-1959», ponencia al XVIII Congreso de ALAS, La Habana, 1991; J. Antonio Toledo y Jorge Núñez, «Las ciencias sociales en el proceso de construcción del socialismo: introducción a su análisis», *Cuba Socialista*, no. 40, 1990, y Darío Machado, «Algunas consideraciones en torno a las investigaciones y los pronósticos sociales», *Cuba Socialista*, no. 29, 1987.
25. R. Lanz, *El pensamiento social hoy, crítica de la razón académica*, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1992.
26. J. Vergara, y E. Gomáriz, «Teoría, epistemología y poder en la sociología latinoamericana», *Revista Fermentum*, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1993.
27. Idem nota 25.

Al rescate de la subjetividad: los estudios sobre la emigración

Consuelo Martín

Psicóloga. Centro de Estudios de Alternativas Políticas, CEAP.

El tema migratorio puede ser abordado desde el punto de vista de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y enfocado desde diversas aristas. Este abordaje responde a que se trata de un fenómeno complejo, dinámico y dialéctico, que puede y debe ser analizado en sus partes y en su integridad total.

Los estudios sobre la emigración cubana posterior a 1959 han sido realizados dentro y fuera de la Isla, mayoritariamente, por autores cubanos.¹

En Cuba, se han producido numerosos trabajos sobre la emigración, aunque éstos no siempre se han basado en estudios particulares. Sus enfoques suelen ser de corte sociológico, demográfico, económico, histórico, socio psicológico, y siempre ubicados en el referente ideopolítico que imponen las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Otra constante que se observa en ellos es que, para los estudiosos del tema, con muy pocas excepciones, el fenómeno migratorio se circunscribe a la emigración hacia los Estados Unidos. El resto de los países donde hay asentamientos de cubanos quedaron en un «olvido», tal vez involuntario, que sólo recientemente ha comenzado a resarcirse.²

Una relectura de varios estudios sobre las características socioeconómicas y sociopsicológicas de los cubanos residentes en diferentes espacios geográficos, conduce a nuevas reflexiones. Estos asentamientos de cubanos en el exterior no conforman comunidades sociopsicológicas establecidas, como sí ocurre con la que existe, por excepción, en la ciudad de Miami, pues no lo han alcanzado otros asentamientos de cubanos en otras regiones de los Estados Unidos.

La ausencia de comunidades socio psicológicas entraña una tendencia más evidente hacia su asimilación cultural al medio en que habitan, especialmente en países de habla hispana como Venezuela, México y los de Centroamérica. En los países de habla no hispana, incluidos los Estados Unidos, excepto en Miami, tienden a sustituir la ausencia cotidiana del referente nacional por el de otros grupos nacionales allí radicados que se perciben como cercanos al cubano.

Psicológicamente, en las autopercepciones y en la percepción del país de origen, se reconoce el carácter regulador del asentamiento cubano en Miami, el cual se ofrece como modelo de identidad del cubano

emigrado al resto de los espacios geográficos. No obstante, la estructuración ideológica de cada asentamiento varía con mucha frecuencia en virtud de la opción personal con que el emigrado se autopercibe - emigrado político, económico, o por motivos familiares- y de los niveles de beligerancia en las relaciones entre los países receptores y Cuba. Pero siempre, y en todos los espacios geográficos, es posible apreciar la mediatización ideológica del conflicto Cuba-Estados Unidos, como si fuera un contenido propio de la identidad del emigrado al momento de llegar a otro país.

Al estudiar a la emigración cubana radicada en los Estados Unidos, las referencias teóricas no marcan diferencias conceptuales entre exilio y emigración. Frecuente y cotidianamente se utilizan sin distinción ambos conceptos y, peor aún, no se diferencian sus significados. Al emplearlos indistintamente, se produce un solapamiento meto do lógico que limita la elaboración teórico-científica, y condiciona la ideologización del problema. Detenerse en la diferenciación entre exiliado y emigrado posibilita distinguir cómo el discurso del exiliado ha sido utilizado por el que emigra como una carta de presentación, en un afán por conseguir su reconocimiento y aceptación por parte de la comunidad inicial, en gran medida realmente exiliada.

El proceso migratorio provoca un impacto sociocultural de importancia sobre la sociedad receptora, el grupo migrante y el país de origen. Con tal afirmación puede estarse de acuerdo a priori; sin embargo, lo adecuado sería la integración de esta tríada en la investigación. Y esto no sucede.

En general, cuando se revisan los estudios realizados sobre la comunidad de cubanos radicados en los Estados Unidos, se observan intentos de dar una visión de cada asentamiento más o menos cercana al individuo migrante, con uno u otro enfoque de las ciencias sociales. Si bien estos materiales proveen de importantes elementos, sus análisis siempre parten del momento y lugar a donde llega quien se traslada o ausenta del país de origen. Entonces, cómo entender la máxima del emigrante que versa acerca de las razones de ese traslado: «Me muevo más por lo mal que me va aquí que por lo bien que me puede ir allá.»

El hecho de partir del lugar de asentamiento para estudiar la toma de decisión de emigrar, las motivaciones para hacerla y otras características sociopsicológicas, e incluso lo relativo a la identidad del emigrado, puede ser una razón explicativa de por qué los numerosos estudios sobre emigrados dedican tanto espacio al análisis de la conducta, entendida ésta como aquello que permite o condiciona las nuevas inserciones o adaptaciones a la sociedad receptora y es claramente visible y constatable.

La validez de tales trabajos radica, fundamentalmente, en que brindan la posibilidad de

un acercamiento paulatino al fenómeno en su conjunto. Pero si bien aportan una descripción general de éste, lo hacen sin enlazar lo visible -las conductas- con su desarrollo total. Esa limitación puede llevar a posiciones descontextualizadas en cuanto al tiempo histórico y la continuidad de su desarrollo. Si en los estudios sobre asimilación, aculturación y/o transculturación -en el caso cubano- no se parte de una base teórica que posibilite el análisis de las manifestaciones más plurales del proceso migratorio, no se podrá explicar, al menos psicológicamente, el porqué y el cómo del fenómeno en sí mismo. Es decir, los resultados quedan circunscritos a la esfera investigada sin alcanzar el sentido global abarcador del proceso.

El procedimiento de acumular datos, de modo que su repetición permita elaborar una regularidad, ha sido utilizado como un criterio válido para corroborar de manera cabal la evidencia de un fenómeno dada su visualización. En realidad, el reconocer en la expresión visible de la conducta las contradicciones es lo que permitiría revelar los mecanismos psicológicos del emigrado o de la comunidad de emigrados. Se ha desconocido el carácter positivo que subyace en la dinámica de la contradicción, en cuanto factor de desarrollo del grupo social que integra esa comunidad, cuando el desentrañar los mecanismos conflictuales es lo que permite entender y explicar la conformación de dicho grupo social. En otras palabras, se trata de reconocer su heterogeneidad y no intentar «entenderlo» o presentarlo en su homogeneidad, como tantas veces ha ocurrido al enmarcarlo exclusivamente en el plano político-ideológico.

Presentar al grupo social de emigrados como un todo homogéneo y excluido de la nación, fue un error asumido por mucho tiempo. Por la influencia de lo ideológico, la representación social existente en Cuba acerca del grupo migrante no contemplaba su heterogeneidad, a pesar de que aislados estudiosos la habían planteado. Se precisa desarrollar un marco teórico-metodológico que permita explicar y sistematizar la concatenación de los hechos acaecidos y posibilite pronosticar la evolución del fenómeno migratorio, para ilustrar científicamente cómo elaborar la historia mutua que permita instrumentar decisiones políticas contextualizables para un aquí y un ahora diferentes. Sin embargo, no debe absolutizarse el impacto del aquí y el ahora para emigrar; es necesario considerar la historia personal del sujeto.

En la actualidad, el período de crisis es generador de toda una sintomatología de la vida cotidiana. La cuestión de por qué la cotidianidad impacta más o menos en las subjetividades individuales no pasa sólo

por lo político-ideológico. Si bien el enfoque político es uno de los contenidos de las representaciones sociales, éste no es absoluto ni el más importante.

Si el sujeto social instituye lo político como parte de su esencialidad, ello no implica su automática asimilación por el sujeto individual, al menos no del modo mecánico con que suele plantearse y asumirse desde las estructuras discursivas de la sociedad, a través de sus medios promotores de opinión.

Al instrumentar el mecanismo del discurso social, se le otorga, de modo automático, un valor irracional a la decisión de emigrar. Pero, aunque no negamos la existencia de lo irracional en la estructura de la decisión de emigrar, la decisión en sí misma no es irracional. Si el emigrado decide su acción, desde una posición que no necesariamente implica presión directa, esto supone un proceso paulatino y hasta cierto punto planificado de sus acciones.

Cuando los investigadores se acercan a las causales del acto de emigrar, suelen identificar el acto visible, la acción en su término, como un indicador que diagnostica irracionalidad en las decisiones del emigrado. El análisis basa la irracionalidad del acto de emigrar por comparación ideológica valorativa y/o por el medio utilizado. En cuanto a la emigración ilegal, por ejemplo, se considera de uno u otro modo que el emigrado «toma sorpresiva e impensadamente» la decisión, por lo que se obvia un proceso gradual que incluye diversos análisis -más o menos cercanos- de la realidad. En ambos casos no se tiene en cuenta la configuración de la subjetividad de quien emigra, la cual se activa hacia una u otras acciones, en relación directa con la historia personal del sujeto.

Los investigadores abordan el estudio de la emigración y buscan respuestas a partir de la pregunta «¿por qué se emigra?». Entienden el «¿por qué?» como el «¿para qué?», lo cual permite concluir directamente el carácter económico de la emigración. El «¿por qué?» les trae las referencias que el sujeto asume a lo largo del proceso de la toma de decisión de emigrar. Y, entonces, se concluye que las referencias de quien emigra no tienen bases objetivas acerca de la realidad que encontrará.

Con frecuencia se hace referencia al equívoco de que tales bases están ausentes en quien emigra sólo porque no conoce directamente la realidad hacia la cual se dirige. Sin embargo, la cuestión principal estriba en que el hombre sustituye o simboliza un conjunto de realidades aunque no le sean tangibles. Y desde su subjetividad, las convierte en su realidad.

La condición migratoria evidencia la posición del sujeto ante dos realidades, una en la cual está insertado desde sus relaciones sociales, otra en la cual está insertado desde su subjetividad. Por más que seamos capaces de apreciar y hallar puntos de contacto y de

condicionamiento entre ambas realidades, ellas en sí mismas son percibidas como diferentes por el sujeto.

Sujetos que, aparentemente, no tienen necesidad económica deciden emigrar, y por el contrario, sujetos que sí la tienen pueden no hacerlo. Por tanto, la decisión de emigrar no es un absoluto económico, social o político, sino que su verdadero espacio es el sujeto con sus representaciones simbólicas, determinadas por modelos con los cuales se ha identificado, consciente o inconscientemente, a lo largo de su vida.

Otro aspecto abordado en los estudios sobre la emigración es el referido a la adaptación. En algunos trabajos se señala que los miembros de la primera oleada migratoria -el llamado exilio- tenían antes de la partida un conjunto de variables estructurales, de tipo socioeconómico y demográfico, que les permitió una rápida y eficiente adaptación. Estos estudios hacen coincidir los niveles estructurales preparatorios con el éxito adaptativo. Estas investigaciones reproducen un modelo de corte positivista: a tales variables y tales estímulos, tales conductas. Sin embargo, los éxitos adaptativos del exilio, si bien están relacionados, no deben ser atribuidos a los sistemas de soporte y apoyo estructural que generó la sociedad emisora o que les facilitó la receptora. El sujeto no es una función mecánica de lo social, es una función dialéctica. De otra manera, la comprensión del sujeto se pierde y la subjetividad se anula totalmente.

Complementa lo antes expuesto la afirmación acerca de que el exilio portaba en su subjetividad partes esenciales de los contenidos de los modelos propios de la identidad norteamericana. En esa época histórica, Cuba y sus clases sociales ostentaban como paradigmas de eficiencia, modelos de desarrollo y aspiraciones generales los referentes a la sociedad de Estados Unidos. Cabría preguntarse si ahora los nuevos emigrantes son también portadores de los modelos de identificación norteamericanos en su subjetividad. Esta interrogante amerita un estudio que rescate la comprensión integral del sujeto.

Históricamente motivados por el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos, los investigadores han utilizado como una constante en el estudio de la imagen del norteamericano en contraposición a la auto imagen del cubano. Hasta ahora, los resultados han mostrado una sobrevaloración del cubano sobre la imagen del norteamericano, lo cual no se considera una expresión de etnocentrismo en la identidad nacional, sino como un reflejo del contenido ideológico de dicho conflicto. En las condiciones actuales se precisa de nuevos estudios que profundicen los determinantes y cambios en las percepciones de tal realidad.

En las ciencias sociales suele suceder que se identifica el objeto empírico-práctico del conocimiento con el

objeto de estudio en cuestión, de modo que se asume un análisis del objeto empírico, de sus expresiones, como lo primario, y más tarde se elaboran los modelos teóricos e incluso las hipótesis con las que se ha trabajado, al menos implícitamente. Este es un modo de acercarse al conocimiento.

Durante mucho tiempo, los estudios en Cuba han transitado indiscriminadamente por los niveles sociológico, demográfico o de otras ciencias sociales, ausentes de interacciones teórico-metodológicas de las disciplinas que los portan y atravesados por percepciones pertinentes desde el punto de vista ideológico. La suposición teórico-ideológica de que la existencia de los procesos sociales anula la acción de los procesos psicológicos individuales, implica la ausencia de una noción teórica dirigida a develar la comprensión de lo psicológico y su adecuada inserción en las concepciones del materialismo histórico.

Desde el punto de vista de la psicología, ante los investigadores se ha presentado una acumulación de obstáculos epistemológicos, por lo cual han acudido sistemáticamente a lo ideológico para intentar comprender el tema migratorio. Tal acumulación de datos demanda un mayor desarrollo teórico-metodológico.

Se ha logrado reconocer aspectos del fenómeno migratorio. Ahora hay que buscar respuestas más profundas a nivel del sujeto que emigra, puesto que es él, precisamente, el protagonista del fenómeno migratorio que se quiere comprender. Se trata de penetrar el mundo práctico-ideológico de los datos estadísticos para explicar cada objeto de estudio, y de esta forma introducirse en el proceso a que han estado sometidas las estructuras familiares, culturales, económicas y políticas en la emigración.

Igualmente, hay cuestiones que no aparecen reflejadas con claridad en las investigaciones sobre la emigración cubana. Por ejemplo, el hecho de ubicar el origen del proceso migratorio en raíces históricas comunes y diferentes expresiones psicológicas de la identidad. Considerar el grupo emigrado como un grupo particular que se desprende y/o autoexcluye de otro más general, significa reconocer el desarrollo de procesos psicológicos notablemente diferenciadores. Pero, a su vez, en el interior de ambos grupos existen singulares mecanismos psicológicos que indican cierta homogeneidad en los contenidos de las representaciones sociales: ideas, estereotipos, prejuicios, actitudes, valoraciones, etc., que con direccionalidad ideológica diferente se estructuran sobre paradigmas semejantes y conforman un imaginario social limitado, cuando no equívoco, por la historia común.

En lenguaje coloquial, se podría expresar con la ingenuidad, sencillez y honestidad de un niño emigrado

que viajó de visita a Cuba, y que con asombro decía: «¡Mi abuela de La Habana habla de los que se fueron, como mi abuela de Miami habla de la gente en Cuba! ¿Y por qué?».

Pero claro está que esto no es tan simple. Para los investigadores, la respuesta exige partir de presupuestos teórico-metodológicos y emprender un análisis del tema que incluya no sólo lo descriptivo de lo visible grupal, sino lo explicativo que aportan las dinámicas y los contenidos propios para cada grupo, e ir más allá de la tan manida respuesta ideologizada que poco se acerca a la académica.

Por otra parte, aceptar que la identidad del individuo que emigró o de la comunidad como grupo emigrado es igual a la identidad de la nación como grupo social, sería desconocer el carácter de desarrollo permanente, continuidad e historicidad de la identidad nacional. Al mismo tiempo, esto no niega una existencia común en la génesis de la identidad, definida por la historia de la nación, de la cual ha sido y es parte el emigrado, una vez desde dentro y ahora desde afuera.

Lo que cambia en el emigrado son los referentes de los nuevos modelos por la incorporación de los contenidos propios del proceso de socialización que experimenta en la sociedad receptora. Así aparecen nuevos valores y reguladores conductuales respecto a la identidad nacional. Su elaboración es cercana, psicológicamente, a la identidad nacional, por su origen común. Al mismo tiempo, es contradictoria en su forma de expresión, dada por la detención histórica de la identidad del emigrado respecto al devenir histórico cotidiano de la nación.

De modo que, a la pregunta «¿son cubanos los emigrados?», los niveles de respuesta son variables en grado y profundidad. Los emigrados son esencialmente portadores de un modelo de identidad con raíces comunes a nivel cultural. A nivel psicológico, su expresión varía notablemente y se explica a través del análisis de tres posibles variantes que se reflejan en la relación del emigrado con la nación.

Es necesario, ante todo, precisar que los procesos psicológicos o modelos de identificación personal son los modos funcionales de expresión de la identidad nacional. La nación aporta el proceso histórico primario, pero su desarrollo y expresiones funcionales en el sujeto van mucho más allá de lo social cultural. En estos mecanismos predominan los modelos con los cuales se identifica el sujeto.

En la primera variante, la psicología del emigrado expresa, pesados y negativamente, el hecho de tratarse de una emigración sin retorno. Se detienen sus procesos de identificación con respecto a la evolución de la identidad nacional. Por regla general, la forma de elaboración psicológica de su realidad discurre en el

plano de lo afectivo, pero no necesariamente en el plano de la conciencia. La relación con Cuba se torna más afectiva que racional, lo cual, a su vez, pauta la forma limitada de su inserción en los procesos de socialización de la sociedad norteamericana.

La segunda variante es aquella donde el emigrado logra dar continuidad histórica a sus procesos personales de identificación. No se detiene en sus expresiones psicológicas ni en sus nuevos espacios geográficos de crecimiento cotidiano, porque la necesidad de dar continuidad a sus modelos de identidad de origen no se vivencia a través de la necesidad de su inmersión cotidiana en Cuba. Quien se inserta positivamente en los nuevos procesos de la socialización, también da continuidad al resto de sus modelos personales, los cuales, en definitiva, fueron los que sirvieron de soporte y regulación a la decisión de emigrar. La forma de relación con Cuba aparece mediatizada por la racionalidad de su inserción en la sociedad donde vive.

En la tercera variante, se incluye el emigrado que decide romper con todo, incluso con la noción de identidad nacional. Rompe con su fundamento primario, de modo que ni sus modelos posteriores se nutren de los modelos iniciales, ni sus referentes se enmarcan dentro de lo histórico-cultural. Por tanto, este emigrado ha dejado de serlo al asumir tal opción psicológica. En su relación con Cuba no necesariamente vivencia sentimientos negativos en el orden de lo afectivo ni de lo racional. Asume conscientemente su inserción en la sociedad norteamericana.

El que emigra no lo hace para dejar o no dejar de ser cubano. Emigra porque en las circunstancias de la cotidianidad de la vida de su país no pudo dar curso adecuado al desarrollo de sus modelos personales, aquellos que son esenciales en la regulación de la vida cotidiana del sujeto, los que resumen su esencialidad psicológica y las aspiraciones que lo movilizan. Cuando el sujeto emigra, su conducta se regula en función de los modelos psicológicos con los cuales se identifica personalmente, más allá de la ideología dominante.

El acto de emigrar desprovisto de un marcado contenido ideológico posibilita que el emigrado desarrolle un mecanismo psicológico para la regulación conductual de sus vínculos con la nación. Así, el contenido ideológico de la identidad no prefigura negativamente la autopercepción del emigrado ni su percepción acerca de Cuba. La magnitud física de la nación se expande, lo que para el emigrado significa ser cubano donde quiera que viva.

Resulta esencial entender que identidad no es sólo etnicidad, cultura, patrones socializados de conducta. El concepto de identidad nacional sintetiza la historia diferenciadora y generalizadora de la vida de ese sujeto social que es la sociedad cubana y con ello, la de todos sus miembros. Equivale a decir que es un proceso complejo que comprende esencialmente la síntesis de lo social y lo psicológico individual. Por este camino transita la solución antagónica de la contradicción nación-emigración. Desde la psicología del emigrado no podrá venir una comprensión a ultranza de su identificación como nacional. Tampoco desde la nación será sostenible la noción de exclusión del emigrado.

Los diálogos y conversaciones entre la Nación y la Emigración han dependido de la conflictiva relación existente entre Cuba y los Estados Unidos. Han transitado por caminos más o menos tortuosos, han fluido a veces lentamente y a veces se han detenido. Pero el proceso continúa. Su importancia histórica radica en que la implementación de los resultados y la posibilidad de su mantenimiento progresivo no producirán necesariamente un retorno físico de la emigración al país, sino su reinserción simbólica en la historia actual de Cuba, junto a todos los actores sociales que la componen, la dinamizan y la determinan desde el suelo patrio.

Notas

1. Al pensar en los estudios realizados en Cuba sobre la emigración, retorno un conjunto de ideas que ya desarrollé ampliamente en el libro *Psicología política: identidad y emigración*, escrito junto con Rolando Arbesú Rodríguez y en proceso de publicación en Argentina.

2. Los cubanos han emigrado hacia los más disímiles espacios geográficos. Según estimados basados en fuentes censales y datos oficiales, las áreas geográficas con mayor concentración de cubanos son los Estados Unidos, 1 043 932; Puerto Rico, 20 000; España 12 000 a 15 000; Venezuela, 13 000 a 15 000; y México, 10 000 a 15 000. Además, existe constancia de cubanos residentes en Centro y Sudamérica. Por ejemplo, en Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Perú y Argentina. Así como también en otras latitudes: Canadá, Australia, Rusia, Alemania, Angola, Medio Oriente y Europa Oriental. Una prueba de ello es que a la Conferencia «La Nación y la Emigración», celebrada en La Habana del 22 al 24 de abril de 1994, asistieron cubanos procedentes de más de 30 países.

Religión y cultura: las investigaciones sociorreligiosas

Jorge Ramírez Calzadilla

Filósofo. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS.

La religión es un hecho cultural y como tal coinciden en abordada tanto los científicos sociales como los textos eclesiales.¹ Ello significa que en cuanto forma de la conciencia y como fenómeno social, la religión participa de la producción humana, material y espiritual, o más bien en una unidad material-espiritual. De esta manera, interviene en los procesos socio-históricos, políticos, ideológicos, así como regula las relaciones a nivel social, grupal y la conducta de los individuos que la profesan, en cuya vida psíquica y cotidianidad puede tener incidencia. Por la multiplicidad de interrelaciones con otros factores y por su propia peculiaridad al reflejar la realidad y exteriorizada, la religión adquiere diversos grados de significación social e individual, los que la tornan heterogénea y contradictoria, como ocurre generalmente en la cultura humana en general.

En todos los sistemas socioeconómicos conocidos por la humanidad, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, desde sus formas tempranas hasta los complejos sistemas teóricos, doctrinales, litúrgicos y organizativos, la religión ha existido y ocupado un lugar. Dada su variable importancia en el decursar de la sociedad, ella ha sido objeto de análisis,

interpretaciones y estudios, según los ángulos y enfoques de las diferentes ciencias sociales; también, como es obvio, en las concepciones teológicas y argumentaciones religiosas, de acuerdo con las distintas tendencias o corrientes del pensamiento, e incluso a partir de intereses cognitivos o de otros tipos. La literatura al respecto lo mismo las obras especializadas que las que la refieren de forma tangencial- es notablemente profusa.

En esta variedad se presentan concepciones y valoraciones no sólo diferentes, sino hasta opuestas entre sí. La gama recorre los extremos de una sobrevaloración que centra en la religión la vida espiritual del hombre y hasta el curso mismo de la sociedad y, por el contrario, de una subestimación que no le reconoce aportes al progreso ni utilidad en la convivencia social, o los estima como negativos. Por su interrelación con otras formas de la conciencia, es frecuente que sea examinada en asociación con enfoques filosóficos, éticos y políticos, y más recientemente ecológicos. Debido al contenido sociopolítico de los cuerpos doctrinales religiosos y a la participación de las organizaciones religiosas en actividades de ese tipo (tanto en un sentido de legitimación de determinados sistemas

o regímenes como de oposición, pero también por manipulaciones según intereses de grupos) y, además, por el nivel de importancia que la conciencia política ha alcanzado en la contemporaneidad, se le ha otorgado un tratamiento político preferencial a la religión, lo que ha propiciado la proliferación de una literatura que se caracteriza por presentar el fenómeno unilateralmente. Por otra parte, abunda más un abordaje de la dimensión social, que contribuye al desarrollo de la sociología de la religión, que de la individual, por lo que es menos rico el análisis psicológico, hecho contradictorio con la naturaleza de un fenómeno que tiene raíces cognitivas y en los procesos emocionales y relativos a la personalidad en general, y que tanto tiene que ver con las convicciones de los sujetos.

En Cuba el interés por la religión tiene raíces históricas; y se distingue por la forma en que ha influido en la vida social y de los individuos y, además, desde otro ángulo, por no haber incidido en acontecimientos nacionales. A lo largo de la evolución social cubana se han ido conformando las peculiaridades del fenómeno religioso en general, así como un modo de interpretarlo y valorarlo.

La temática religiosa no ha sido siempre suficiente o debidamente tratada en la literatura. En unos casos se supone un tipo de religiosidad como prevaeciente o exclusivo; en otros se le aborda desde un solo ángulo, político, folklórico, o según intereses confesionales. Por veces, su carácter contradictorio y hasta polémico, como el de cualquier fenómeno social, es silenciado o tendenciosamente subrayado. Sólo un conocimiento más profundo, lo que actualmente no se produce en la medida adecuada, podría permitir una valoración objetiva y evitar prejuicios que han existido y se mantienen en un sentido y otro, tanto acerca de las creencias y los creyentes por parte de los no creyentes, como de las no creencias y la moral laica por los creyentes, o de unas creencias y prácticas religiosas respecto a otras. Las investigaciones pueden y deben prestar una contribución práctica en tal sentido, de modo que aporten elementos para una comprensión y convivencia incluso más allá que la sola tolerancia.

Las investigaciones y el estado en que éstas se encuentran -los problemas que se plantean y el modo de resolverlos- ofrecen, lógicamente, la posibilidad de acceder al conocimiento de la parte de la realidad social objeto de estudio, pero a la vez de alcanzar una noción del todo social. Para el interesado en la sociedad cubana, el contenido de las investigaciones sociorreligiosas (qué se investiga y sus resultados) y la forma de éstas (cómo se investiga, es decir, según cuáles principios teóricos y con qué métodos), le permiten acercarse a la realidad social cubana y a los movimientos en su interior. Como es de suponer, recoger todo lo que en este campo se

ha producido sobrepasa con creces los marcos de un artículo; aquí sólo se pretende presentar las problemáticas principales que giran en torno a la religión, su abordaje científico y algunos resultados de la investigación. Para ampliar y profundizar nos remitimos a las referencias que se incluyen.

Los problemas de la investigación sociorreligiosa

Las investigaciones acerca de la religión en la sociedad cubana han atravesado por diferentes momentos. La cuestión religiosa aparece referida -aunque no centralmente examinada- en los relatos de los cronistas de la conquista y colonización de la Isla, y posteriormente en diferentes géneros literarios como la poesía, la novela costumbrista y en ensayos sobre diversos asuntos, así como en comentarios de observadores en distintas épocas.²

Fernando Ortiz, en su valiosísima obra dedicada a establecer la influencia africana en la cultura cubana, aporta elementos que son de obligada consulta para cualquier estudioso de nuestra realidad y de la religión en específico, no sólo de las expresiones africanas, como es común que se piense, sino también en otras vertientes.³ En la etapa republicana hubo además otros intentos con una concepción más bien sociográfica, como una encuesta efectuada por la Agrupación Católica Universitaria en 1954.⁴ En realidad, las estadísticas en este campo, como en general sucede con los datos de la sociedad cubana, eran deficientes en la época y no permiten rigurosas comparaciones con la actualidad. Algunas instituciones cristianas han trabajado en la elaboración de su propia historia eclesiástica, pero hasta ahora insuficientemente.⁵

Las investigaciones organizadas comienzan a ser estimuladas en especial en la etapa revolucionaria. Una parte importante la constituyen los estudios de corte etnológico y cultural sobre expresiones de origen africano y formas populares asociadas a fiestas y tradiciones. En las universidades y en otros centros de enseñanza superior se han realizado estudios concretos, al igual que lo han hecho otras instituciones e individuos.⁶ Esta actividad alcanzó un mayor nivel de sistematización e integralidad desde principios de la década del 80, como parte del impulso entonces dado al curso de las investigaciones sociales.⁷

En las condiciones concretas de la sociedad cubana, los problemas que se le plantean a los investigadores dedicados al estudio sociorreligioso son múltiples y necesariamente deben resolverse por etapas. Como es lógico, tener como centro principal de atención las manifestaciones cubanas no excluye, sino exige, considerar el fenómeno en su dimensión universal y en

particular dentro del contexto sociohistórico, cultural y geográfico más próxima, América Latina y el Caribe, con *cuyos* pueblos el cubano mantiene relaciones de identidad, pese a presumibles y reales diferencias por particularidades locales surgidas en la historia y en la contemporánea. En este sentido es importante determinar cuáles son esas semejanzas y diferencias en el campo religioso, pero lo es más aún encontrar a qué ello responde.

Entre los problemas principales de estudio se incluyen cuáles han sido y son las formas religiosas existentes en Cuba y la evolución histórica desde su establecimiento o conformación en el país; cuáles de ellas pueden considerarse populares y a qué denominar religiosidad popular; cuál sería la definición más completa de religión y cómo operar con el concepto para su constatación y medición empírica. Ante la creencia en la sobrenatural, ¿es el cubano indiferente, ateo o creyente y de qué tipo en especial? O sea, ¿es eminentemente católico, santero, espiritista o practica cualquier otro tipo de creencia? ¿Cuál es la religiosidad típica? ¿Cómo se distribuye en la población por sectores y cómo se relaciona con la actividad sociopolítica? ¿Qué culturas han intervenido en una relación específica con la religión? ¿Ha hecho ésta aportes a la cultura y al modo de ser del cubano?

Otros problemas más específicos incluyen la incidencia de la religión en aspectos globales o de mayor alcance, referidos, por ejemplo, a su incidencia en la identidad cultural cubana dentro del país y en la emigración; al papel de las organizaciones religiosas en la sociedad civil; al nexo del pensamiento y la actividad religiosa y de los grupos religiosos con modelos culturales; a la significación social de la religión, el nivel alcanzado por ésta en la sociedad cubana y por qué; a los vínculos de dependencia entre crisis social y reavivamiento religioso; al conjunto de factores que permitan desarrollar con relativa autonomía una concepción psicológica de la religión que delimite sus funciones y significación y su capacidad específica concreta de regulación en el creyente individual; sus relaciones con la personalidad y desarrollo de ésta. Asimismo, se deben crear las bases para explicar científicamente procesos como el trance y, en general, los llamados efectos paranormales, que ahora se quieren inscribir en la parapsicología.

El problema de la concepción teórica general sobre la religión. El análisis marxista, pero, ¿cual?

Desde nuestro punta de vista, la investigación sociorreligiosa, así como el abordaje analítico de la religión con cualquier finalidad, tiene que, como premisa,

partir de la realidad práctica concreta, y de cómo se manifiesta el fenómeno en condiciones específicas, y no de presupuestos abstractos que tienden, cuando más alejados están de la realidad práctica, a constituir prejuicios. Pero esta representación ideal, que tiene un momento valorativo, no se puede producir espontáneamente ni de cualquier modo, construyendo a cada paso definiciones conceptuales, sino bajo determinados principios teóricos y metodológicos enmarcados en una teoría general que abarque y explique el fenómeno en su conjunto, para lo que siempre es recomendable que sea lo más integral posible. Esta construcción teórica debe surgir de lo que se constata en la experiencia empírica; pero esta comprobación a su vez debe guiarse por una concepción teórica general, en un invariante proceso de enriquecimiento mutuo por el que se expresa la dialéctica entre teoría y práctica.

La sociología de la religión elabora sobre su objeto de estudio particular una teoría también particular, o más bien diferentes teorías según los autores. Ello define, explica, valora la religión y sobre esa base la relaciona con otros fenómenos en las investigaciones concretas sobre la práctica en la que ella se puede comprobar. Esa teoría sociológica se deslinda metodológicamente de las concepciones filosóficas, politológicas, éticas; o al menos lo pretende. Lo cierto es que en la conciencia social esta delimitación no se produce tan claramente; como tampoco en la conciencia individual es posible imaginar al sujeto estableciendo razonamientos separados, por momentos, filosóficos y, en otros, religiosos o políticos. Por otra parte, si bien coincidimos con Francois Houtart en que se debe diferenciar las orillas de cada una de las ciencias sociales antes de levantar el puente que las une,⁸ hay que considerar que, no obstante, las fronteras entre ellas son imprecisas y que una comprensión de cualquier parte de la realidad es más completa cuando se le aplica un enfoque multidisciplinario.

En la actualidad, sobre la religión se dispone de un extenso conjunto de teorías dentro de, o próximas a, concepciones positivistas, marxistas, estructuralistas, funcionalistas y, por veces, entremezcladas, así como de vertientes teológicas que en versiones contemporáneas recurren al instrumental metodológico de las ciencias sociales, incluyendo al marxismo, lo cual pocas décadas atrás parecía imposible.

Por supuesto que el investigador debe situarse en una perspectiva objetiva, científica, lo que implica comprobar el hecho religioso sin introducir análisis y valoraciones que corresponden al campo teológico, ni permitir que intereses confesionales, ideológicos, políticos o de otro tipo entorpezcan la interpretación teórica de lo que en la realidad se produce. Obviamente,

no se trata de que el científico renuncie a sus convicciones políticas, religiosas u otras, la cual por demás es imposible -e innecesario- al ser él mismo un sujeto histórico ubicado en un complejo de intereses que hereda y del que participa; sino de no orientar premeditadamente sus propias investigaciones a la defensa de una determinada confesión o de intereses de grupo o de criterios predominantes -incluso debe asumir críticamente sus propias hipótesis- que pudieran alterar, y hasta falsear, el comportamiento del fenómeno objeto de estudio.

El problema que se plantea entonces el investigador o el equipo de investigadores consiste en la opción de alguna de las alternativas teóricas que se le proponen, varias de ellas, o crear la suya -lo que, con toda lógica, significa la influencia de las anteriores- para construir una teoría general de análisis de la religión. Al respecto, es innegable la ascendencia que el marxismo ha alcanzado sobre corrientes posteriores, incluyendo las que se distancian de él o se le oponen. Su tendencia a partir de la práctica para transformada, su vocación por el enfoque global, por ver la totalidad en la relación de sus partes entre sí y con otras, el carácter fundamental de la dialéctica, la búsqueda de las estructuras básicas de los fenómenos y de lo esencial tras lo fenoménico y aparente, resultan atractivos. Esto le ha permitido ejercer influencias, por veces no admitidas, por ejemplo, en concepciones como el estructuralismo, reconocido por Levi Strauss, uno de sus principales exponentes,⁹ en el psicoanálisis¹⁰ y en otras vertientes del pensamiento teórico, sin excluir, como ya se dijo, la teología.

Con posterioridad a los clásicos -probablemente debido a la acción de coyunturas sociopolíticas de extrema conflictividad, entre otras razones-, se desarrolló una tendencia considerada marxista que se apartó significativamente de las concepciones originales, negándolas incluso en aspectos esenciales, la cual, además de resultar dogmática, estrecha y hasta antidialéctica, pretendió erigirse en juez para determinar lo que se consideraba marxismo o una revisión o alejamiento. Al constituirse en ideología oficial, esta tendencia contribuyó al descalabro del campo socialista, con las actuales consecuencias en el terreno económico, político y de las ideas. Sobre esta versión posclásica erigió el ateísmo científico en calidad de pretendida ciencia.¹¹ Su análisis detallado revela inconsecuencia, errores y alejamiento de las tesis fundamentales de los creadores de la teoría en cuestiones como las siguientes: al unilateralizarse el carácter determinante de los factores objetivos sobre los subjetivos, la conciencia religiosa de hecho quedaba concebida de un modo pasivo, sin su real capacidad de intervenir en sus condiciones y modificadas, y se reducía el papel de la vida espiritual y la importancia de la religión; al negar la dialéctica y el

carácter contradictorio de los fenómenos, se valoró a la religión como invariante en una función política de oposición al progreso social, generadora siempre de posturas enajenadas y contraria por naturaleza al proyecto socialista; se subrayó negativamente la fantasía en el reflejo religioso, asumido únicamente como tergiversador de la realidad, sin advertir que la fantasía es propiedad universal de la conciencia y no exclusiva de la religión; las raíces clasistas se sobredimensionaron, con lo que se estimó a la religión en el socialismo como un rezago, un producto natural de las sociedades precedentes e impropia de este sistema, por lo que tendría una rápida extinción; se llegó a concebir la sociedad del ateísmo masivo y se propuso la ateización como política del Estado, lo que favoreció prejuicios y discriminaciones y la necesidad de «enfrentar» la religión por vías administrativas; las raíces y las funciones sociales de la religión se presentaron esquemáticamente, desatendiendo sus funciones en el individuo y desconociendo valores éticos fundados en ideas religiosas, así como la posibilidad de un espacio social constructivo en las agrupaciones religiosas. Sobre esas bases parecía lógico que la ateización era una condición del socialismo y hacia ello se orientaron las instituciones políticas y estatales del Este europeo. No obstante, es justo reconocer que pese a tales deficiencias, la producción teórica marxista posterior a los clásicos hizo aportes interesantes al análisis de la religión, en algunos autores, por más repetición mecánica que hubiera en el común de la literatura.

Marx y Engels realmente no sistematizaron en una obra sus concepciones acerca de la religión. Estas aparecen expuestas subordinadamente, en textos con temas centrales de contenido económico, filosófico, social, político o histórico. Aun cuando reaccionaron contra el carácter religioso del pensamiento filosófico alemán de su época, por posiciones políticamente reaccionarias y abstraídas -hasta en sus tendencias materialistas- de la realidad,¹² y se expresaron en un tono desfavorable sobre la religión, sus análisis acerca de ésta se inscriben consecuentemente en su método general dialéctico, advirtiendo el carácter revolucionario de manifestaciones religiosas que en distintas circunstancias participaron en procesos de profundas transformaciones, o se declararon a favor de ellas, dentro de concepciones teóricas y acciones sobre un basamento religioso.¹³ La frase de Marx «la religión es el opio del pueblo», tan manejada, extraída de su contexto, sigue a una afirmación sobre la protesta religiosa.¹⁴ La religión, para los clásicos del marxismo, al igual que lo demuestran la práctica y la experiencia investigativa,¹⁵ es un fenómeno contradictorio en sí mismo y sus funciones también lo son. Para ellos, el reflejo religioso, como toda forma de conciencia, es

activo. Subrayaron que la determinación de los factores objetivos se produce en última instancia,¹⁶ por cuanto entre la realidad y sus productos en la conciencia y - entre ellos la religión, existen innumerables mediaciones.¹⁷ La religión, en resumen, es un fenómeno multideterminado y no puede explicarse en su génesis, reproducción y cambios, al estilo iluminista o del estrecho ateísmo, a partir de un solo factor o de un reducido número de ellos, como la ignorancia, el temor a condiciones sociales o las contradicciones clasistas, sino de un complejo conjunto que opera en un sistema de relaciones causales.

En buena medida, los marxistas contemporáneos contrajeron una deuda con el pensamiento cristiano revolucionario, en forma destacada con la teología de la liberación latinoamericana, al no advertir con celeridad su justeza, y desestimar inicialmente sus críticas a los errores de los modelos teóricos y políticos europeos con su énfasis ateísta y el alejamiento de los clásicos por parte de un marxismo «divulgado» y «aprendido».¹⁸

La opción por el análisis marxista de la sociedad, en general, y de la religión en particular, no comporta una sujeción absoluta a los postulados iniciales ni es excluyente respecto a los aportes de otras corrientes teóricas. Tampoco debe suponerse un relativismo extremo que invalide la perdurabilidad de principios teóricos y la vigencia del análisis. Por otra parte, son innegables los aportes, por ejemplo, de los estructuralistas a los estudios antropológicos; del análisis semántico a las técnicas de análisis de contenido y de los métodos empíricos de corte positivista a las investigaciones concretas. Su utilidad reside en la combinación con análisis más amplios que permitan relacionar los fenómenos en la riqueza de sus interconexiones dialécticas. Con esta proyección se han orientado las investigaciones sociorreligiosas cubanas en los últimos tiempos, lo que ha comportado un proceso de reflexión y superación de esquemas teóricos estrechos.

En Cuba, diversas circunstancias coyunturales afectaron la comprensión de la religión. De una parte, la oposición política abierta de algunas jerarquías y élites cristianas al proceso revolucionario que se inicia a principios de los años 60, la lentitud en la aceptación de valores positivos en el proyecto socialista por parte de sectores eclesiásticos conservadores y la manipulación de sentimientos, ideas y hasta estructuras religiosas, según intereses políticos e ideológicos contrarios a las relaciones sociales que emergían. De otra parte, una aceptación acrítica de modelos socialistas establecidos con sus esquemas de pensamiento, deficiencias en la enseñanza, divulgación y actividad creativa en la reproducción del marxismo-leninismo. Estas causas, entre otras, permitieron trasladar y no

extender la versión de los clásicos, sino por tanto, la del ateísmo científico con sus consiguientes errores, prejuicios y discriminaciones, que han requerido de un proceso rectificador, aún no concluído a nivel mundial, en particular por la relativa evolución de los cambios en la conciencia social y en la individual.¹⁹

La concepción teórica general acerca de la religión que venimos argumentando, tiene específicamente en Cuba, tres fuentes principales. La primera de ellas es práctica: los resultados de los estudios empíricos sociorreligiosos en la realidad cubana, reflejados en los anteriores y siguientes datos y reflexiones. Las otras dos son teóricas: el marxismo y los aportes metodológicos de otras vertientes, según acabamos de explicar, y la tradición del pensamiento revolucionario cubano, que muy brevemente pasaremos a exponer.

Con la conformación de la nacionalidad cubana en el pasado siglo, especialmente forjada en la lucha anticolonialista, se gestó un pensamiento cubano que en lo referente a los intereses nacionales, al progreso y a la convivencia ciudadana, tiene un carácter transformador, revolucionario. Este pensamiento sentó una tradición cuyos rasgos fundamentales son el patriotismo, la defensa de la soberanía nacional y la unidad del pueblo. Respecto a lo propiamente religioso, hay dos elementos a destacar. En primer lugar, este pensamiento es crítico de los modos religiosos hegemónicos establecidos, legitimadores de sistemas injustos, lo que se revela en un prevaleciente antidogmatismo, el anticlericalismo, el librepensamiento, el deísmo y, en menor medida, el ateísmo. En segundo lugar, no es antirreligioso y en muchos de sus exponentes se advierte una tendencia religiosa más bien espiritualista y, por lo general, no identificada con un sistema doctrinal determinado. Este pensamiento tiene una manera de enfocar lo religioso a partir, sobre todo, de los intereses populares. Constituye la forma más influyente de enfocar la realidad y alcanza sus momentos cimeros en coyunturas de lucha, como es el caso de los presbíteros Varela y Caballero, precursores de una conciencia nacional y de sentimientos independentistas, de Sanguily, Mestre, Martí -que es síntesis de las ideas surgidas en una época de guerras libertadoras- y de Varona, último exponente de aquella hornada; de Mella, Villena y otros que componían la combativa Generación del 30; y de la Generación del Centenario, integrada por lo más radical y patriótico de la juventud de su época, a los que se unieron representantes de la anterior. Esta tradición, enriquecida en la contemporaneidad, es a su vez heredera de una cultura en constante cambio que identifica lo cubano, de la que lo religioso no es ajeno. El problema radica en

precisar de qué modo, en qué medida y por qué la religión ha estado y está presente en la cultura y en la vida social cubana.

Religión, transculturación y relaciones sociales

El primer hecho que se constata al examinar el comportamiento religioso en la sociedad cubana es la heterogeneidad del conjunto de formas religiosas surgidas o establecidas históricamente en el territorio. Esta diversidad responde a tres aspectos principales: 1) el origen diferente de esas formas; 2) el variado grado de elaboración de las ideas religiosas, y 3) los distintos modos de incidencia en la vida nacional, aunque dentro de un nivel relativamente bajo de significación social.

Lo primero está asociado a los modelos culturales implantados en unas y otras etapas históricas. El primero de ellos es el modelo cultural aborigen, con sus formas tempranas de religión, caracterizado por un bajo desarrollo social en un estadio de organización gentilicia muy distante de las altas culturas mesoamericanas e incaicas de las que -por el nivel alcanzado culturalmente, la extensión de la población, la pervivencia de comunidades étnicas y el tipo de explotación a que fueron sometidos esos pueblos por los conquistadores españoles- ha sido posible una trascendencia de la religiosidad aborigen, con sus mitos, símbolos, representaciones y sacralizaciones, más evidente que la que podía lograr la cultura arauaca en Cuba y el Caribe,²⁰ a la vez que lo religioso en general alcanzaba en el continente más altos niveles de significación.

El segundo modelo es el hispano, que se situó en una posición dominante, con el catolicismo como forma hegemónica. En realidad, la cultura española era diversa, dada su heterogeneidad étnica. El catolicismo implantado, a su vez, difería del tipo místico más ortodoxo y hasta inquisitorial. Importado por aventureros en una empresa de ocupación, portadores de lo que ha sido denominado catolicismo popular español, influido al mismo tiempo por tendencias moriscas y judeizantes, esa religiosidad sentó las bases de una tradición religiosa utilitaria, de bajo contenido teórico y expresada en primer lugar en sentimientos y exteriorizaciones en actos y objetos.²¹

El tercer modelo, que, junto al español, es el más influyente en la cubanía, es el africano. Conformado a su vez por múltiples etnias representadas por portadores de sus culturas y religiosidades correspondientes, de las que se derivaron las expresiones religiosas surgidas en las condiciones cubanas de ruptura cultural, distanciamiento del medio social y natural de origen, bajo el sometimiento esclavista e influencias de otras religiones, sus versiones criollas, aun conservando

elementos primigenios, se distancian de las religiones africanas, por lo que constituyen un nuevo producto.²²

El cuarto modelo cultural es el occidental en su versión norteamericana, influyente a partir de finales del siglo XIX y más aún en el actual, debido a la fuerte penetración estadounidense y su dominio económico y político por más de media centuria en condiciones de neocolonialismo. Su componente típico es el protestantismo, con un fraccionamiento en denominaciones y organizaciones religiosas, junto al empirismo filosófico y cotidiano, que tiene su manifestación religiosa en una teología, primero de justificación del hegemonismo y expansión imperialistas, y después de respaldo del modo de vida capitalista norteamericano, de forma más peculiar en el pentecostalismo, con variadas iglesias; y el espiritismo, que en Cuba se manifiesta tanto en una versión próxima a la elaboración teórica kardeciana, como en las más difundidas y cubanizadas de contenidos sincréticos. El pentecostalismo y el espiritismo tienen un origen común -pese a sus notables diferencias- en el empirismo, y constituyen su forma religiosa por la necesidad de búsqueda de experimentación de lo sobrenatural.²³

Otros modelos se han establecido con menos posibilidades de difusión, como es el chino, sostenido por braceros de esa nación, practicantes de religiones de comunidades rurales; el occidental judío de nacionales hebreos procedentes de Europa y Norteamérica; el caribeño, con una relativamente destacada presencia del vodú, portado también por braceros importados de Haití. Influencias culturales aún menos visibles las trasladaron otras personas del Continente, como los yucatecos, igualmente traídos como mano de obra, y latinoamericanos, sobre todo del área próxima a la cuenca caribeña.

La mezcla de tales culturas, interconectadas, aunque con disparidad de posibilidades entre unas y otras, produjo un mestizaje racial y cultural en un proceso que Fernando Ortiz llamó sabiamente transculturación. Adviértase que estos nexos están mediados por la dominación, que sitúa en posiciones ventajosas al modelo occidental, tanto el hispano, que ha conservado rasgos que inicialmente lo distanciaban del resto de Occidente, como el norteamericano, en buena medida separado de lo europeo; mientras, en desventaja quedan las culturas dominadas, cuyas formas religiosas eran tenidas por imperfectas, primitivas, paganas, demoníacas, y sus portadores, por su origen social y muchos a veces racial, eran discriminados.

Las formas religiosas dominadas, al tiempo que no podían legitimar el orden social injusto, eran en cierta medida un modo de resistencia a la cultura y también a la religión dominantes. Aunque tal vez esto no ocurriera de la forma consciente y sobredimensionada con que

se presenta en algunos análisis, posiblemente movidos, cuando no por simpatías confesionales, por el entusiasmo que normalmente suscita colocarse del lado de las que estuvieron prolongadamente desvalidas. Este es un aspecto que la investigación debe profundizar. Por otra parte, la visión peyorativa de las formas religiosas popularizadas (en especial las valoraciones acerca de expresiones de origen africano y las formas con ellas sincretizadas del espiritismo) que aún subsisten incluso en personas que practican otras creencias, sobre todo por considerarlas amorales, apoyándose en el real menor desarrollo teórico doctrinal y ético de éstas, en comparación con los complejos sistemas teológicos cristianos, responde, con independencia de posiciones de defensa de ortodoxias eclesiales, a la aplicación de esquemas prevalecientes sobre la base de modelos culturales occidentales.

La cultura africana, de la cual el cubano es heredero en esa mezcla cultural -de innegable influencia en el modo de ser de la población, su manera de representarse la realidad, enfrentar y solucionar los problemas, es notablemente diferente a la occidental. Son otros sus valores, su concepción del mundo, el sentido que le otorga a lo sobrenatural. Esto no puede perderlo de vista el analista de la religiosidad cubana. Seguramente este mismo razonamiento es aplicable al criterio de los observadores que han afirmado que, en materia de religión, el cubano es característicamente indiferente, lo que el análisis racional y la experiencia investigativa desmienten, como veremos más adelante.²⁴

Las investigaciones, desde otro ángulo, han constatado que ninguna expresión religiosa en específico ha logrado prevalecer sobre las restantes de modo que tipifique la religiosidad del cubano.²⁵ En esto han incidido, en nuestro criterio, tres elementos fundamentales que se conectan con raíces histórico-culturales-sociales: 1) la real ausencia de hegemonía espiritual absoluta de una expresión religiosa y su correspondiente agrupación, con una notable diversidad de formas religiosas extendidas en la población en diferentes etapas históricas; 2) el comportamiento social y en especial sociopolítico de instituciones eclesiales con mayores posibilidades de hegemonismo, lo que las ha situado en posiciones no respaldadas por el pueblo y hasta antipopulares, así como sus deficiencias y competitividad en la actividad de captación, y 3) sobre todo, el tipo de relaciones establecidas en cada uno de los sistemas socioeconómicos que han convivido y prevalecido en el decursar histórico cubano.

El trabajo investigativo permite afirmar que la religiosidad cubana se manifiesta en tres niveles fundamentales de elaboración, organización y estructuración de las ideas de lo sobrenatural: uno eminentemente espontáneo, de escasa o ninguna

sistematización; otro intermedio, que llega a la personificación de figuras consideradas milagrosas, sin formar parte de complejos sistemas religiosos; y un tercero, de más alta elaboración, correspondiente a sistemas de ideas propios de expresiones religiosas organizadas o influidos por ellas.²⁶ En este último, que subsume a los otros dos, es característico el pensamiento religioso a nivel ideológico.²⁷ Se sitúan aquí principalmente las teologías cristianas, las teorías del espiritismo kardeciano y los sistemas de ideas, representaciones y mitologías de las expresiones de origen africano. Un rasgo de interés en este pensamiento religioso es su diferencia en niveles de organización, por cuanto recorre teologías y doctrinas ético-filosófico-político-religiosas de variada elaboración y abstracción, hasta sistemas de ideas apegadas al mundo natural y a la cotidianidad. Los niveles bajo e intermedio, de los que es típica la conciencia religiosa cotidiana, no se exteriorizan en agrupaciones religiosas cohesionadas, sino se dan en creyentes individuales o en grupos familiares.

De lo anterior se deriva una conclusión práctica: la diversidad religiosa expresada en diferentes modos de idear lo sobrenatural y de manifestarse en actividades y elementos organizativos, conlleva una heterogeneidad de formas, de modo que no es objetivo suponer la religión sólo en las formas organizadas, como corrientemente se hace. Metodológicamente, ésta es la base para organizar tipologías de creyentes que permiten una medición objetiva de la incidencia religiosa en la población. En el plano teórico conduce a comprobar que la religión es un fenómeno variable en su contenido y en su forma.

Una explicación más interna del fenómeno y en sus interrelaciones consiste en advertir que la religión es una representación ideal de la realidad a partir de la peculiaridad de la aceptación de lo sobrenatural. De igual modo que en toda forma de la conciencia se manifiestan las relaciones de los hombres con la naturaleza y entre sí. Como estas varían al sustituirse unas relaciones sociales por otras y al modificarse el nexo con la naturaleza -la cual además se culturaliza al recibir la acción humana- las representaciones religiosas cambian al mismo tiempo que intervienen en la práctica social y en el pensamiento en su conjunto. Esa incidencia religiosa alcanza, por tanto, grados diversos de significación, según se lo permitan las relaciones sociales, en la medida en que éstas y sus justificaciones ideológicas necesiten en mayor medida de la presencia de la religión. Eso explica que en determinados sistemas las relaciones sociales tengan en su fundamento a la religión; la sociedad se reproduce con recurso de lo sobrenatural; las instituciones religiosas deciden en la organización y dirección de la sociedad, y la ideología

prevaliente se sustenta ante todo en argumentos religiosos. En otros, por el contrario, las relaciones sociales se desarrollan según mecanismos de reproducción no religiosos, las estructuras de poder no requieren imprescindiblemente de organizaciones religiosas y las ideas predominantes tienen una fundamentación principalmente laica. Este nexo lo determinan las relaciones sociales según su naturaleza, con una menor o mayor suficiencia en la reproducción de la sociedad concreta.

En los primeros casos el nivel de significación religiosa es alto y en los segundos no lo es. Aplicando este esquema teórico a la sociedad cubana se observa que ni en la etapa colonial, ni en la republicana neocolonial, ni en la etapa revolucionaria la reproducción de cada uno de estos sistemas concretos se fundamentó ante todo en la religión, sino en mecanismos como el enriquecimiento, el castigo del esclavo, la represión, la concertación de grupos, la ganancia, la movilidad social, la movilización de las masas -en la última etapa a partir de grandes conquistas sociales. En tales condiciones la religión no constituía el fundamento impulsor de la sociedad, aun cuando algunos sistemas doctrinales justificaran el *statu quo* injusto, mientras que otros, por el contrario, se opusieran críticamente; que algunas agrupaciones religiosas se beneficiaran con las estructuras de poder y otras fueran subestimadas. Las creencias y prácticas religiosas, en fin, esto están en la cultura y en la vida cotidiana de las personas, si bien el nivel de significación sociopolítico de la religión no fuera ni es alto.²⁸

Otro hecho de importancia que constatan las investigaciones es que, existiendo condiciones para la generación, reproducción y transmisión de la religión como en etapas anteriores, actualmente existen elementos de religiosidad en la conciencia de la mayoría de la población cubana a modo de convicción o de duda, tanto en un alto nivel de elaboración como, mayoritariamente, en una estructura intermedia y también baja de la idea de lo sobrenatural. Estos dos últimos niveles determinan las características de la religiosidad predominante, la más extendida, que pudiera también denominarse religiosidad popular, y que resulta más bien espontánea, asistemática, relativamente independiente de expresiones organizadas.²⁹ Las membresías regulares de las instituciones cristianas son reducidas; las de expresiones de origen africano y las del espiritismo, aun cuando no pueden ser precisadas por las irregularidades que se derivan de su agrupamiento sin estructuras centrales, son también minoritarias respecto al total de la población y de los creyentes, aunque son influyentes, al igual que aspectos popularizados del catolicismo, en la religiosidad en general. Los creyentes participan en la

actividad social y son elevadas las proporciones de los que pertenecen a organizaciones de masas. Hay entre ellos quienes tienen militancia política, por lo que puede afirmarse que, pese a obstáculos de un tipo u otro que se hayan presentado o se presenten, las creencias y prácticas religiosas en sí mismas no impiden la incorporación a la práctica sociopolítica de un proyecto revolucionario. El ateísmo no es una condición del socialismo.

Retos y proyecciones

Las condiciones de crisis en el llamado período especial afectan prácticamente a todos los campos de la vida social, y exigen una mayor importancia y necesidad de aportes de las investigaciones sociales. Hay razones para que en estas circunstancias se produzca un notable incremento de la religiosidad. Esto no es exclusivo de esta coyuntura específica, pues en momentos de crisis anteriores ha habido igual efecto. La intensidad religiosa a nivel macrosocial en Cuba ha tenido un movimiento pendular de sucesivos aumentos temporales y reducciones estables.

Lo importante de este fenómeno, en orden a conducir los procesos sociales hacia la búsqueda de soluciones eficaces, no reside en el reavivamiento religioso -aun cuando es obvia la necesidad de conocerlo-, sino en los factores que lo caracterizan y aun más en los que lo determinan. El hecho de que adquiera formas religiosas de expresión responde en especial a que al quebrarse el equilibrio normal que la crisis desencadena, aumenta en la población la necesidad de buscar alternativas de protección, seguridad, esperanza, consuelo, respaldo, fuera de la sociedad y sus mecanismos; y lo sobrenatural, inverificable en sí mismo, a lo que se le concede estabilidad y facultades independientes, por encima de las leyes naturales y de las variaciones humanas, resulta atrayente. Consecuentemente, se apela a las formas religiosas existentes, en especial a las que más se vinculan a lo cotidiano con un sentido utilitario, lo que es más claro en la religiosidad preferenciada popularmente, y también en general en las ideas religiosas que presentan un sentido de espiritualidad. No se trata de una tendencia exclusivamente escapista, aunque haya rasgos de ello en alguna medida, ni constituye una manifestación de oposición política, aunque se produzcan manipulaciones que así lo presentan y estimulen actitudes con tal orientación.

Estas condiciones excepcionales requieren que se aceleren los estudios que permitan a las ciencias sociales explicar los mecanismos psicológicos que intervienen en la incidencia religiosa en los individuos, su significación y repercusiones hacia la sociedad. El

enfoque psicológico de la religión, profundizarlo y perfeccionar sus métodos, es uno de los retos principales que tienen ante sí las investigaciones sociorreligiosas. Ello no está ajeno al requerimiento de proporcionar a los científicos de otros campos los elementos que contribuyan a esclarecer las vías que conducen a situaciones sugestivas y de intensidad emotiva extrema, que se revelan en el trance, y otros estados que con frecuencia se atribuyen a la religión. Recurrir a la religión en este y otros campos es una posibilidad de opción para cada cual, pero el científico tiene el compromiso de las explicaciones objetivas, a partir del instrumental a su disposición, además de los nuevos que la actividad investigativa permita generar.

En el mundo moderno han adquirido una peculiar importancia los problemas relativos a la identidad nacional, los factores que estimulan contradicciones étnicas, las diferencias y semejanzas en modelos culturales diversos, y otros de este carácter, que en algunas teorías se pretende representar desvinculados de cuestiones estructurales en lo económico, a veces con la intención de contrarrestar la influencia marxista en tanto supuestamente superada, anacrónica y en crisis irrecuperable. Lo religioso no está ni puede estar desvinculado de estas temáticas globales y se precisa definir su papel en ellas. Algunos de estos problemas son fundamentales en la situación cubana -por ejemplo el referido mestizaje y la eliminación de específicas comunidades étnicas han desasociado la religión de rasgos e intereses étnicos particulares, lo que sí ocurrió en épocas anteriores.

Queda claro que la religión ocupa un espacio en la conformación de la identidad cubana, latinoamericana y caribeña, pero aún quedan incógnitas por despejar, básicamente las que se desprenderían de estudios de religiosidad comparada. Hipotéticamente, consideramos que la religión en la emigración cubana actual, a pesar de modificaciones por mutuas influencias en los nuevos contextos sociales y culturales, es un elemento de importancia en la conservación de la identidad cultural del cubano. Otra cuestión de interés en este terreno consiste en delimitar los efectos de las manipulaciones políticas y por intereses de grupos que se advierten en la proyección religiosa del emigrado.

También parece importante analizar las derivaciones de tendencias en los intelectuales estudiosos de la influencia africana, incluyendo babalawos y santeros con un nivel profesional de preparación, partidarios de una africanización de la santería, por lo que buscan en las raíces africanas no tanto el antecedente que explica el presente con la connatural unidad de la continuidad y discontinuidad, sino la autenticidad en su forma más estrecha. No resulta consecuente, por otra parte, aceptar la tendencia, presente en agentes de la cultura

especialmente, de insistir unilateralmente en la ascendencia africana en la cultura, el folclor, o ciertas manifestaciones artísticas, desconociendo otras raíces y la síntesis de ellas que es la cubanía.

Es de interés fomentar el estudio de las particularidades de las manifestaciones religiosas territorialmente, aspecto que abordan algunos grupos, en su mayoría de docentes, aún en fase inicial. Esto incluiría investigaciones en comunidades, en algunas de las cuales determinadas tradiciones religiosas o de origen religioso, contribuyen al surgimiento de un sentimiento de pertenencia.

El espacio social que ocupan las agrupaciones religiosas y sus efectos en una línea amplia de orientación ética, al fomentar valores y conductas responsables, de participación ciudadana, y además en la realización de proyectos concretos locales, en cuanto a su promoción y que resuelvan problemas determinados, son de indudable importancia, reconocida oficialmente, y deben entrar en la óptica de las investigaciones.

Los resultados científicos en el campo sociorreligioso están convocados a contribuir a que personas con diferencias en sus concepciones del mundo superen prejuicios mutuos y criterios estrechos, para encontrar coincidencias, como las que se evidencian en valores comunes del proyecto socialista y la ética cristiana. Hay mucho aún por descubrir y aplicar para transformar la sociedad hacia un modelo que permita una real posibilidad de elección de las personas en cuanto a las creencias, o de optar por la incredulidad, y extender la convicción de que el progreso social no responde al predominio de una confesión religiosa o de convicciones ateas en la población.

Notas

1. Es así como se presenta, por ejemplo, en los documentos de la IV Conferencia General de Obispos de América Latina celebrada en Puebla, México, en 1979. (Cfr. «La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina», CELAM, Puebla, 1979.)
2. Las narraciones de los cronistas que acompañaron a los colonizadores españoles son imprescindibles para conocer las manifestaciones religiosas aborígenes. Las evidencias, sobre todo las aportadas por arqueólogos cubanos contemporáneos, tanto del Centro de Antropología como de Holguín y otros grupos, complementan estas informaciones y también el tipo de catolicismo del conquistador. Además, ayudan los informes de visitas eclesiales. (Cfr., por ejemplo: Morell de Santa Cruz, *La visita eclesial*, selección e introducción de César García del Pino, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.)
3. Ortiz penetra las manifestaciones de origen afro y las desentraña, y a ello dedica una parte fundamental de sus obras, como *Los negros esclavos*, *Los negros curros*, *Los cabildos afrocubanos*, *Los negros brujos* y otras; además, introduce elementos para caracterizar el catolicismo y la religiosidad que en realidad se fue conformando. (Cfr.: *Historia*

de una pelea cubana contra los demonios, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 y *Las fases de la evolución religiosa*, Tipografía Moderna, La Habana, 1919.) Seguidores suyos han desarrollado estudios, en especial sobre la influencia africana en la religiosidad en Cuba, como Rómulo Lachatañeré, con una rica obra; José Luciano Franco, principalmente acerca del aporte negro a la historia y a la sociedad cubanas; Pedro Deschamps Chapeaux, cuyo trabajo sobre los ñañigos, al igual que el de Enrique Sosa, es de particular interés; Lidia Cabrera, cuyo libro *El monte*, editado varias veces, es un clásico; Rafael López Valdés y otros.

4. *Encuesta Nacional sobre sentimientos religiosos en el pueblo de Cuba*, Buró de Información de la Agrupación Católica Universitaria (ACU), La Habana, 1954. Aunque con algunas limitaciones metodológicas, esta investigación concreta permite alcanzar una idea del nivel de religiosidad en la población cubana en la etapa republicana neocolonial, necesaria para comprender la contemporaneidad. Otros estudios han dado estimados sobre la distribución religiosa en la población con cifras próximas a los de la ACU, aunque no iguales.

5. Para la Iglesia Católica es clásica la historia eclesiástica de Leyseca. Ha habido otros trabajos posteriores, algunos inéditos; para las iglesias protestantes son de interés los de Marcos A. Ramos (*Panorama del protestantismo en Cuba*, Ed. Caribe, San José, Costa Rica, 1986), y otros, publicados o no, como tesis y ensayos, algunos conservados en los seminarios (en particular el Seminario Evangélico de Teología, SET, de Matanzas). El Seminario Católico «San Carlos» tiene algunos trabajos de corte histórico y dispone de una bibliografía considerablemente rica. En una perspectiva histórica son de interés los esfuerzos de la Comisión para el Estudio de la Iglesia Latinoamericana (CEHILA) de Cuba, con una orientación ecuménica amplia, la cual convoca al esfuerzo de estudiosos de diferentes confesiones, no creyentes y académicos dedicados profesionalmente a la investigación o la docencia. Hay ya una relación de trabajos presentados en encuentros convocados por CEHILA que comienza a ser extensa. Para la comprensión de la incidencia histórica de la Iglesia Católica en Cuba desde posiciones objetivas no eclesiásticas son importantes los estudios de Eduardo Torres Cuevas, historiador y profesor de la Universidad de La Habana. Sobre el protestantismo hay trabajos de varios teóricos e historiadores, entre los cuales se halla el pastor presbiteriano Rafael Cepeda.

6. El Instituto de Etnología de la Academia de Ciencias sistematizó por varios años estudios sobre la religión en Cuba, principalmente acerca de las expresiones de origen africano, aspecto que aún se mantiene en cierto modo en el Centro de Antropología. En la Universidad de La Habana funcionó, aunque por poco tiempo, un equipo que realizó investigaciones sociológicas concretas dirigido por Aurelio Alonso, quien desde el Centro de Estudios sobre América (CEA) continúa abordando la temática religiosa en varios ensayos, del mismo modo que, con una perspectiva más latinoamericanista y teórica, lo hace Fernando Martínez Heredia. En la actualidad se desarrollan estudios en la Universidad de La Habana y en organizaciones interesadas en estos temas, entre éstas el Centro de Estudio de Alternativas Políticas (CEAP), que tiene un tema de investigación sobre la religión en la emigración cubana; el Grupo de Antropología, que realiza estudios en comunidades; y profesores que, de modo individual, investigan al respecto, como Enrique López Oliva y Vivian Sabater. En otras universidades del país e institutos pedagógicos, se realizan investigaciones sobre manifestaciones específicas de la religión. Entre las más conocidas, las dirigidas por Carlos Córdova en Holguín y las de colectivos de Villa Clara y Matanzas. Instituciones culturales como el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana (CIDMUC) y el Centro «Juan Marinello», este último en especial acerca de las

tradiciones populares, inscriben en sus estudios cultorológicos la temática religiosa.

7. En 1982 se creó el Departamento de Estudios Sociorreligiosos (DESR), el que inicialmente formó parte del Instituto de Ciencias Sociales (ICSO) de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC), y al desmembrarse éste, fue incorporado al Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, al que actualmente pertenece. Los datos que expondremos y analizaremos en este trabajo corresponden en su mayoría a resultados del DESR, en parte expuestos en el Equipo de Religión del Polo Científico de Humanidades (creado por interés de esta institución investigativa) constituido por investigadores y estudiantes de diferentes instituciones. El DESR desarrolla un sistema programado de investigaciones, además de actividades docentes, divulgativas, asesoramientos y publicaciones. Posteriormente se creó también en la Academia de Ciencias de Cuba, un equipo en el Instituto de Filosofía, que ha venido realizando estudios, en particular sobre la religión en América Latina.

8. Cfr. F. Houtart, *Religión y modos de producción precapitalistas*, Ed. IEAP ALA, Madrid, 1989, p. 219. De hecho, Houtart construye una teoría que él anuncia desde una perspectiva sociológica, y lo logra, pero en realidad sobrepasa los estrechos marcos de una teoría particular sociológica y en ello va su mérito. Con apoyo de concepciones marxistas, estructuralistas y de otras corrientes, elabora una concepción general de la religión de carácter sociológico, filosófico, ético, muy influyente en los medios académicos y religiosos europeos y en especial en los latinoamericanos. Su contribución a las investigaciones sociorreligiosas en Cuba es valiosa, como también lo son los trabajos de Giulio Girardi y, en general, las concepciones teóricas de la mayor parte de los teólogos de la liberación latinoamericanos, entre ellos Frei Betto, muy conocido por su *Fidel y la religión*, Leonardo Boff, Pablo Richard, Enrique Dussel, Franz Hinkelammert, Elio Gallardo Y otros. (Cfr.: J. Berges, P. Bonne, J. Ramírez, G. Véliz, A. M. Díaz y G. Montagne, *La teología de la liberación desde una perspectiva cubana*, Editorial Academia, La Habana, 1994. Los primeros autores laboran en el DESR y el último en el Instituto de Filosofía.)

9. «Levi Strauss -afirma Eliseo Veron- se interesa por aquellos sistemas de regulación de la conducta social coincidiendo con la teoría marxista de la ideología y sus muchas derivaciones en el plano sociológico.» Eliseo Veron («Prólogo», en Claude Levi Strauss, *Antropología estructural*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. XX). Edmund Leach (*As ideas de Levi Strauss*, Ed. Cultrix, Sao Paulo, 1970, p. 14) recuerda que el propio Strauss en su libro *Tristes tropiques* reconoce su inclinación al marxismo.

10. El psicoanálisis, en el que su fundador, S. Freud, parte de examinar la conciencia como un todo y de encontrar su estructura básica. En autores del marxismo posclásico se tendía a un rechazo prácticamente absoluto del psicoanálisis, oponiéndole los valiosos aportes de la escuela soviética con Visovski, Leontiev, Rubinstein y otros, como exponentes principales. Pero otros autores, en especial neopsicoanalistas, algunos latinoamericanos influidos por esta escuela, insistían en destacar los puntos coincidentes.

11. Resulta un absurdo una ciencia que tiene la negación en su objeto de estudio (negación de la existencia de lo sobrenatural) y por vías racionales de su finalidad (negación de la religión).

12. En *La ideología alemana*, Marx y Engels resumieron su oposición a aquel modo de filosofar: «Toda la crítica filosófica alemana desde Strauss hasta Stirner se limitaba a la crítica de las ideas religiosas... Partíase como premisa del imperio de la religión.» (Cfr. Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, Editora Política, La Habana, 1979, pp. 16-17.)

13. En diversos trabajos Marx y Engels señalaron el carácter revolucionario del cristianismo primitivo en la condiciones del imperio romano decadente, de la reforma religiosa, en oposición al clericalismo feudal, y de las guerras campesinas en Alemania contra la opresión de la nobleza en las que Tomás Münzer, desde la óptica de una utopía socialista religiosa, desempeñó el papel central.
14. El párrafo comienza así: «El sufrimiento religioso es, por una parte, la expresión del sufrimiento real y, por la otra, la protesta contra el sufrimiento real...» (Cfr. Carlos Marx, «Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel». En: *Sobre la religión*, Ed. DOR, La Habana, 1976, p. 37)
15. El carácter contradictorio de la religión, y en general el análisis de la concepción teórica de los clásicos sobre la sociedad y en ella la religión, lo abordamos más detenidamente en varios trabajos del DESR, entre ellos Jorge Ramírez, «Introducción». En: *La religión en la cultura*, Editorial Academia, La Habana, 1990, y *La conciencia religiosa, características y formas de manifestarse en la sociedad cubana actual*, DESR, La Habana, 1993, (inédito), ambos escritos por colectivos de autores, y en Jorge Ramírez *Religión y relaciones sociales: un estudio sobre la significación sociopolítica de la religión en la sociedad cubana*, La Habana, 1994, (en proceso editorial por la Editorial Academia).
16. Cfr. Federico Engels, «Carta a Bloch del 21-22 de septiembre de 1890», en *Sobre la religión*, Ed. DOR, La Habana, 1976, p.235.
17. Cfr. Federico Engels, «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana», *Sobre la religión*, op. cit., pp. 184-230.
18. Así lo clasifica, por ejemplo, Enrique Dussel en *Ética comunitaria; liberad o pavo*, Ed. Vozes, Petrópolis, 1986, pp. 96-97.
19. Persisten prejuicios de una parte y otra sobre las creencias y las no creencias y hay incomprendiones o resistencia en admitir los cambios en las condiciones objetivas y los novedosos enfoques; se mantienen manifestaciones en primer lugar de sectores notoriamente reaccionarios desde el exterior y aún algunas dirigencias eclesiásticas se proyectan con nostalgia al pasado donde sus estructuras religiosas ocupaban posiciones favorables desde el poder y hegemonizaban en ciertas áreas y sectores. En la práctica los cambios han sido importantes como declaraciones y acciones de agrupaciones religiosas en favor del proyecto social, los acuerdos del IV Congreso del Partido en especial aceptando el ingreso de creyentes en sus filas, modificaciones en el texto de la Constitución para definir el carácter laico, no precisamente ateo, del Estado y precisar la no discriminación por creencias, todo lo que incide en la conciencia y en la eliminación de los métodos restrictivos sobre los creyentes.
20. Para profundizar en la religión de los aborígenes cubanos y explorar la trascendencia de sus huellas religiosas en la religiosidad del cubano actual, recomendamos el libro *Formas tempranas de la religión en Cuba*, de María Daisy Fariñas Gutiérrez, DESR, La Habana 1994, (en proceso editorial por la Editorial Academia).
21. Cfr. P. Bonome, G. Véliz y Z. Sánchez, «Social functions and evolution of catholicism in the Cuban society», en *Social Compass*, vol. 41, no. 2, june 1994, pp. 255-272.
22. Cfr. A. Argüelles Mederos e I. Hodge Limonta, *Los llamados cultos sincreticos y el espiritismo*, Editorial Academia, La Habana, 1991.
23. Para los aspectos referidos del protestantismo se puede consultar: Rafael Cepeda, *La herencia misionera en Cuba*, DEI, San José de Costa Rica; J. Berges, R. Cárdenas y E. Carrillo, «La pastoral du protestantisme historique a Cuba», *Social Compass*, vol. 41, no. 2, june 1994, *La religión en la cultura*, op. cit., tercera y cuarta partes; y acerca del espiritismo, además del anterior de Argüelles y Hodge, el resultado de I. Hodge, y M. Rodríguez, *El espiritismo en Cuba: percepción y exteriorización*, DESR, La Habana, 1993 (inédito).
24. En esta valoración de indiferentismo religioso coinciden distintos comentaristas y visitantes de diferentes épocas, incluyendo a Fernando Ortiz en una de sus obras tempranas. Cfr. Fernando Ortiz, *Los negros brujos*, Ed. América, Madrid, 1917, p. 25. Otros razonamientos guardan cierta relación al enfocar una débil religiosidad institucionalizada, en especial la de tipo católico, lo cual en realidad es otro fenómeno que apunta a las condiciones sociales que en este artículo argumentamos, así como a debilidades en la actividad pastoral católica. (Cfr. Jorge Ramírez, «Elementos para una definición de la llamada religiosidad popular», I Forum de Equipos de Opinión del Pueblo, Ed. DOR, La Habana, 1984; y *Religión y relaciones sociales*, op. cit. cap. 3).
25. *La religión en la cultura*, op. cit., primera parte.
26. Ibidem.
27. Por supuesto que nos referimos a la ideología en cuanto reflejo sistematizado de la realidad. Es en ese sentido que concebimos la ideología religiosa y no vinculándola de forma estrecha sólo a la ideología política, como es corriente que se exprese en el lenguaje conversacional y en el discurso político. Cfr. Jorge Ramírez, *Ideología y religión*, DESR, La Habana, 1993 (mimeografiado).
28. Una argumentación más profunda y detallada de este tema se encuentra en Jorge Ramírez, *Religión y relaciones sociales*, op. cit. Allí se explica la razón por la que las relaciones sociales en cuanto a la reproducción de la sociedad, determinan un mayor o menor recurso a lo extrasocial, metasocial como lo llama Houtart, es decir, a lo sobrenatural.
29. Jorge Ramírez, *La conciencia religiosa en la cultura*. cap. III.

La psicología en Cuba. Apuntes para su historia

Fernando González Rey

Psicólogo. Universidad de La Habana.

Antes de la creación de las escuelas de Psicología en las universidades de Las Villas y La Habana, en 1961 y 1962, respectivamente, la psicología en Cuba se caracterizaba por la labor aislada de unos pocos profesionales, la mayoría de ellos graduados de Filosofía y Letras, algunos con estudios posgraduados en los Estados Unidos.

Sin embargo, existía una fuerte tradición en la práctica de la psiquiatría, en la que se manifestaba una marcada influencia de la escuela psicoanalítica.

El comienzo de la enseñanza de la psicología en las universidades cubanas se produce en un momento de profundos cambios políticos y sociales en el país, resultantes de la Revolución que triunfa en 1959, determinante para todo el desarrollo ulterior de la psicología cubana.

Los primeros grupos de estudiantes que ingresaron en estas escuelas, junto a sus intereses e inquietudes profesionales, mostraban profundas motivaciones políticas y sociales, las que constantemente se reforzaban en el ambiente de la lucha política que caracterizaba al país, y que se manifestaba en el debate desarrollado prácticamente en todas las esferas de la sociedad cubana

y al que las recién creadas escuelas de Psicología no fueron ajenas. Vale recordar que en las confrontaciones que en ellas tuvieron lugar resultó vencedor el sector mayoritario de los profesores y estudiantes comprometidos con el proceso revolucionario, tal como ocurrió en todos los sectores de la sociedad cubana en aquel momento histórico.

Aquellos estudiantes y profesores expresaron su implicación en el proceso revolucionario que se desarrollaba en la nación con su temprana vinculación a tareas profesionales concretas. Así, tanto unos como otros, pasaban largos períodos en centrales azucareros, comunidades, escuelas y otras instituciones, durante los cuales la actividad académica descansaba en el autoestudio y en esporádicos encuentros docentes.

La situación descrita determinó una serie de características en el desempeño ulterior de aquellos jóvenes, que tuvieron una significación importante en el comportamiento de los más destacados, muchos de los cuales se convirtieron en profesores de las escuelas de Psicología. Entre las más significativas por su peso en el desarrollo personal y profesional de los futuros psicólogos, cabe mencionar las que siguen:

- Desarrollo de un nivel de responsabilidad individual, estimulante de la seguridad personal e independencia.
- Adquisición de habilidades profesionales tempranas.
- Conocimiento y sensibilización en cuanto a los problemas políticos y sociales más acuciantes para el país.

Todo lo anterior permitió identificar con rapidez a quienes representaban la vanguardia de entre aquellos estudiantes. Así, de ella salieron muchos jóvenes que se integraron tempranamente a la docencia, combinando sus deberes académicos con la responsabilidad de impartir docencia (enseñaban a los alumnos de los cursos que ya ellos habían vencido uno o dos años antes). Muchos de esos estudiantes eran profesores principales de las asignaturas que impartían.

No es mi interés en este trabajo presentar una periodización acabada del desarrollo de la psicología en Cuba en las décadas posteriores a la institucionalización de su enseñanza en las universidades, sino la presentación e interpretación de un conjunto de hechos que en mi opinión resultaron relevantes en la constitución y evolución de la psicología como ciencia y profesión en el país.

En el plano académico, los años 60 fueron de un eclecticismo «saludable», pues las recién creadas escuelas, al no haber nacido a la sombra de ninguna de las corrientes dominantes del pensamiento psicológico, pudieron entrar en contacto con posiciones diferentes, lo cual resultó muy significativo para el desarrollo de una actitud flexible de los estudiantes hacia la psicología.

En aquellos tiempos, la psicología tenía una orientación esencialmente empírico-profesional en Cuba, definida por su énfasis en la intervención y los estudios empíricos, más que por sus preocupaciones teóricas, aun cuando un grupo importante de profesores fundadores de las escuelas de Psicología tenían una formación teórica que se reflejó tanto en la elaboración de artículos propios, como en la traducción de valiosos materiales que pasaban a nutrir los cursos de la carrera. En este sentido se destacaron A. Bernal del Riesgo, E. González Puig, A. Rodríguez, D. González Martín, J. J. Guevara y A. San Juan.

Por aquel entonces, se produjo en el país un importante acercamiento académico y cultural a Francia. Este fue aprovechado también en el campo de la psicología. Nos visitaron importantes figuras de la psicología europea, entre quienes se destacaban P. Fraisse, J. Nuttin y R. Zazzo. En esos años y hasta principios de los 70, también viajaron a estudiar en centros europeos, principalmente en Francia, un

número importante de profesores cubanos, la mayoría de ellos jóvenes (B. Díaz, L. Morenza, D. González Serra, M. Manzano, D. Zaldívar, G. Pineda, entre otros).

La publicación en Cuba, en la década de los 60, de varios libros de importantes autores soviéticos, como S. L. Rubinstein y L. S. Vigotsky, entre otros, así como también de G. Allport, constituyó un hecho importante. Las *Obras escogidas* de Freud aparecieron a principios de los 70. Sin embargo, el libro de Allport fue recogido en la Escuela de Psicología por contener una alusión al lavado de cerebro en los campos de concentración de Stalin. Las *Obras escogidas* de Freud tuvieron una circulación limitada. Estas decisiones, que no respondían a una política oficial, pero que, sin duda, eran expresión de la atmósfera que comenzaba a ceñirse alrededor del debate ideológico, la cual no se manifestaba de igual forma en todos los sectores del país.

Lo anterior fue percibido como un error -sobre el cual no escasearon las críticas-, por el estudiantado predominantemente revolucionario que dominaba totalmente el escenario de las escuelas de Psicología. Sin embargo, eran decisiones que, aunque desacertadas, no tenían fuerza para provocar un conflicto político, en momentos en que tanto los profesores como los estudiantes estaban enfrascados en tareas políticas y sociales que para ellos tenían una prioridad mayor.

En la Escuela de Psicología de la Universidad de La Habana, la que, sin duda, ya en la década del 60 lideraba el pensamiento psicológico en el país, se produjeron notables avances en casi todas las ramas de la psicología, incluso en la psicología social, cuyo departamento, bajo la dirección de A. Rodríguez, desplegó un intenso esfuerzo profesional y de investigación que, en mi opinión, fue más rico y fructífero que el desarrollado en la década del 70. Algo similar, aunque más modestamente, ocurrió en la psicología industrial, campo donde el tema institucional comenzó a dar sus primeros pasos, pero que no tuvieron continuidad posteriormente.

En el campo profesional, las primeras promociones rápidamente comenzaron a conquistar un espacio en la esfera de la salud, lo cual estuvo influido por una multiplicidad de factores, entre los cuales deseo destacar los siguientes:

- La atención priorizada dedicada a este campo en el país.
- La sólida formación en esta rama, tanto en La Habana, como en Las Villas. La Habana contaba con un grupo de experimentados profesores que fueron precursores de la clínica psicológica en el país (J. J. Guevara, N. Pérez y R. Vega), mientras que en Las Villas se contaba con el profesor A. San Juan, cuya experiencia contribuyó decisivamente en esta esfera.

· La formación de un grupo muy activo de jóvenes psicólogos que supieron conquistar un espacio profesional dentro del campo de la salud (L. García, A. Casal, N. Calvo, F. Morales, G. Rodríguez, entre otros).

En el campo de la educación también comenzó el trabajo de los psicólogos, más en funciones de investigación y asesoría, que en el trabajo profesional en la escuela.

Sin que sea mi pretensión llegar a establecer conclusiones en los diversos y complejos problemas que analizo, quiero destacar algunos elementos que en mi opinión son importantes al hacer un balance de las tareas de la psicología en nuestro medio en los años 60. Estos son:

1. El establecimiento de un estrecho vínculo entre la psicología y la realidad nacional.
2. El desarrollo de cuadros capaces, con iniciativa, creatividad y una sólida motivación profesional.
3. La orientación esencialmente empírica de la investigación y la práctica profesional.
4. El comienzo de los estudios de posgrado de psicólogos cubanos en el exterior.
5. Los avances en el desempeño profesional de los psicólogos en el campo de la salud.

Los anteriores logros y limitaciones marcaron el desarrollo de la psicología cubana en los 70, aun cuando, como en cualquier otra ciencia, éste estuviera afectado no sólo desde adentro por la evolución de la ciencia misma, sino también por factores exógenos resultantes de fenómenos muy diversos de la sociedad en cada uno de sus momentos históricos concretos.

En la década del 70 creció considerablemente, en el medio académico, la preocupación por el vínculo entre la psicología y el marxismo. Esta fue una expresión espontánea de la implicación ideológica del claustro, la que, unida a las concepciones dominantes acerca de la relación entre ciencia e ideología, alentó un definido interés entre los psicólogos cubanos en cuanto a la necesidad de elaborar una psicología congruente con las posiciones ideológicas consciente y personalmente asumidas en el plano político.

A principios de la década del 70, se produjo un nuevo acercamiento a la URSS, lo que trajo aparejado un intercambio creciente de especialistas y estudiantes, así como una reorientación política hacia las posiciones dominantes en el marxismo y en las ciencias sociales y pedagógicas soviéticas. Este cambio condujo a un tutelaje particular de la esfera ideológica del Partido sobre las ciencias sociales y las humanidades que, en mi opinión,

tuvo consecuencias negativas para el desarrollo de dichas especialidades en el país.

El hecho de que la Escuela de Psicología perteneciera entonces a la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana adquirió en esa coyuntura una significación muy particular, que le permitió seguir avanzando, debido, básicamente, a la madurez de su claustro y a otros factores de carácter esencialmente interno, tanto en la definición de la relación entre la psicología y el marxismo como sobre las propias tendencias a seguir dentro del pensamiento psicológico. Creo que ésta ha sido una de las razones importantes del desarrollo de un pensamiento propio dentro de esta especialidad en el país, así como del hecho de que nuestra ciencia mantenga una continuidad creativa en su asimilación del marxismo.

A principios de la década del 70 se graduó un número importante de los estudiantes que, prácticamente desde su ingreso a la carrera, habían impartido docencia simultáneamente con sus propios estudios, muchos de los cuales permanecieron como profesores de la Escuela y le imprimieron una nueva energía a la institución (A. G. Rodríguez, R. Corral, O. Kraftchenko, T. Sanz, G. Fariñas, C. de la Torre, M. Manzano, M. Fuentes, M. Febles, G. Martínez, E. Cairo, A. Mitjans, G. Pineda, D. Zaldívar). Este grupo de nuevos profesores representó un salto importante en el desarrollo de la docencia y la investigación de la Escuela de Psicología de la Universidad de La Habana.

Por entonces, en los primeros años de la década del 70, visitaron el país algunas figuras relevantes de la psicología soviética (L. Venguer, V. Mújina), quienes permanecieron un tiempo en Cuba como asesores del entonces recién creado Instituto de la Infancia. Su fundación fue apoyada y dirigida por Vilma Espín; quien prestó un particular interés a la participación de los psicólogos cubanos en aquellos programas, a los que se vincularon distintos profesores de la Escuela de Psicología, junto a psicólogos del Ministerio de Educación y del propio Instituto de la Infancia. También estuvieron en aquellos primeros años de los 70 en La Habana, E. Shorojova, V. Asev y Ya. Ponomariov, quienes brindaron cursos y conferencias en la Escuela de Psicología de la Universidad de La Habana.

La presencia de los investigadores soviéticos en esos años fue significativa, no sólo por lo que representaba por sí misma, sino también por lo que reportó en términos de bibliografía y de relaciones con las instituciones de la psicología soviética. Este hecho fue decisivo, tanto en la motivación de nuestro interés por aquella psicología como para la profundización de nuestros conocimientos sobre ella. Estos vínculos se estrecharon significativamente debido al elevado número de profesores e investigadores cubanos que

vijaron a la URSS para la realización de sus estudios de doctorado, quienes ampliaron sus relaciones con los psicólogos soviéticos y asimilaron la diversidad de enfoques coexistentes en su psicología.

Como señalamos anteriormente, las tendencias que se expresaban en la psicología cubana representaban más la expresión particular de la esfera o institución donde este desarrollo se iba produciendo, que una tendencia oficial impuesta a la psicología desde fuera, lo cual en Cuba no ocurrió. Así, en el campo de la salud, la psicología siguió otros derroteros. Se concentró más en una práctica profesional muy influida por el modelo norteamericano de la psicología comunitaria. En los años 70 se celebraron importantes eventos internacionales organizados por los psicólogos de la salud.

La psicología de la salud se desarrolló ampliamente en todos los niveles de atención en esta esfera. Se crearon departamentos de psicología en casi todos los hospitales e institutos de investigación de la salud. En el caso de los hospitales, los departamentos de psicología eran independientes de los de psiquiatría, lo que permitió una importante autonomía a los psicólogos, tanto en el aspecto asistencial como en la investigación.

En el campo educativo también cobró gran importancia el papel de la psicología, pero, a diferencia de lo ocurrido en la salud, tuvo mayor desarrollo en la investigación que en la práctica profesional. Un joven psicólogo, G. Arias, fue nombrado Director Nacional de Educación Especial. Fue en esa enseñanza donde los psicólogos tuvieron una mayor participación en el trabajo profesional a nivel de escuela. En el área de la educación, al igual que en la académica, fue notable la influencia soviética, tanto en lo teórico como en lo metodológico.

En el campo de la psicología laboral se destacó el papel de los psicólogos en el Instituto de Medicina del Trabajo, donde se formó un fuerte grupo de investigación bajo la dirección de P. Admirall, así como en los institutos de Protección e Higiene del Trabajo, en el de Investigaciones del Trabajo y en el de Investigaciones del Transporte.

La psicología social tuvo en estos años una expresión profesional menor que las restantes ramas de la psicología aplicada a las que hemos hecho referencia. Pienso que eso se debió a un conjunto de factores, entre los que quisiera relacionar los siguientes:

- La no existencia de instituciones orientadas de forma específica a la investigación social.
- La existencia de concepciones muy estrechas sobre las funciones de la investigación social en la sociedad socialista, sobre la cual se importó un conjunto de prejuicios ideológicos desde la URSS, entre ellos la

necesidad de que la investigación social fuera controlada desde el Partido.

· El debilitamiento de la psicología social en la propia enseñanza de la psicología. Se abandonó el esquema anglosajón sobre cuya base se había desarrollado el departamento de psicología social en la década anterior. Este hecho, unido a que la psicología soviética no brindaba un marco de referencia realmente fecundo en este campo, también afectó el desarrollo progresivo de esta esfera en el sector académico.

En la década de los 70 se avanza considerablemente en la institucionalización de la psicología en Cuba. Se crearon las bases para el despegue de la psicología como ciencia, el que se produciría en la década de los 80. Esta institucionalización se reflejó en el plano académico en la atención que se dedicó a los planes de estudio, la que condujo a la homologación nacional de los planes de estudio en 1974. En este proceso se concretó la intención de desarrollar programas coherentes con una psicología marxista.

A mediados de aquella década, la influencia creciente de la psicología soviética fue tal que se adoptaron actitudes miméticas en algunas áreas de la enseñanza de la psicología, proceso que, ante la ausencia de una visión propia suficientemente elaborada, condujo en algunas asignaturas a la eliminación de determinados contenidos e instrumentos considerados como no marxistas.

A finales de la década de los 70 y principios de los 80 regresó la mayoría de los profesores que habían viajado a la URSS para obtener sus doctorados. Este hecho tuvo una importante significación para el desarrollo de la psicología en Cuba, así como para el análisis de sus características en la década de los 80.

En el plano académico, el retorno de ese grupo significativo de profesores permitió darle énfasis a los contenidos teóricos y meto do lógicos de las asignaturas del plan de estudio. Pero esta tendencia condujo a un debilitamiento en los aspectos relacionados con la formación profesional, lo que dio lugar, por consiguiente, a que se le diera al estudiante una mejor preparación para la investigación que para la práctica profesional.

La presencia de los nuevos doctores implicó también la introducción en las ahora facultades de Psicología de una valiosa cantidad de material bibliográfico que permitió una profundización real en diferentes posiciones de la psicología soviética. Esta situación tan particular, que sin duda condujo a un importante salto teórico y meto do lógico de la psicología en Cuba, tuvo, al igual que ocurre en la mayoría de los procesos humanos, varias consecuencias negativas, entre las cuales quisiera destacar, además del ya señalado debilitamiento de la actividad profesional,

la desmedida sobrevaloración de la significación de la psicología soviética.

Con la sobrevaloración de la psicología soviética se cometió el error, por muchos psicólogos, de identificarla con la psicología marxista, con lo cual perdían legitimidad otros enfoques que, de hecho, serían considerados como superados e inadecuados. Esta concepción, sin embargo, no condujo a la supresión del estudio de ninguna de las escuelas tradicionales de la psicología en los planes de la enseñanza. Sus principios se les presentaban a los alumnos en la asignatura Historia de la Psicología.

Esta etapa de gran influencia de la psicología soviética representó también un momento en la legitimación de un enfoque marxista en nuestra psicología, que facilitó la consolidación de nuestra identidad en medio de las múltiples afiliaciones a las distintas escuelas del pensamiento que caracterizan a la psicología contemporánea. A esta etapa me gusta denominarla como de un dogmatismo «necesario», en el sentido de que respondía al intento de consolidar nuevas posiciones, imprescindibles para el desarrollo de una producción científica propia. El énfasis en los postulados de la psicología soviética no representó un proceso monolítico exento de contradicciones. Por el contrario, representó un momento de fecunda polémica, antecedente importante en la maduración de las distintas tendencias que caracterizan a la psicología cubana hoy. Hubo psicólogos cubanos que adoptaron posiciones miméticas en cuanto al papel asignado a la categoría actividad, desarrollada dentro de la teoría de la actividad, que lideró el importante psicólogo soviético A. N. Leontiev.

Ese mimetismo condujo a la consideración de la categoría actividad como depositaria del carácter marxista de la psicología, lo cual motivó importantes polémicas, tanto en la URSS como en Cuba. Sólo que esa polémica tuvo orígenes y consecuencias diferentes en ambos países. En la URSS comenzó con una reflexión orientada por el carácter social de la psique, profundamente inspirada en los planteamientos de la psicología social (B. F. Lomov, K. Abuljanova), que llevaron a una reflexión de valor epistemológico general, así como a nuevas líneas de investigación empírica dentro de la psicología social. Mientras que en Cuba, por el contrario, dicha polémica estuvo muy asociada a las necesidades del desarrollo de una psicología de la personalidad que, como teoría de la subjetividad individual, representaba uno de los puntos más vulnerables de la psicología soviética. Sobre todo en el marco de la psicología de la actividad, la que dominaba en aquel momento en el quehacer de la psicología soviética, y que, a su vez, fue la corriente de

pensamiento que más fuertemente había influido en nuestro país.

La concepción de la actividad expresaba un profundo sentido «objetal», y se centraba en los vínculos que desarrollaba el hombre con los objetos del mundo material a través de su actividad con ellos. Esta concepción provenía del objetivismo positivista que tanto marcó el desarrollo del marxismo en la URSS, con sus terribles consecuencias, tanto en la vida política como en el desarrollo institucional y social en general.

En nuestro país, la anterior polémica representó un momento de legitimidad en el análisis de la significación de la subjetividad para la psicología, cuyo reconocimiento se manifestó por diferentes vías dentro de las investigaciones ejecutadas en el país, lo que marcó, sin duda, una de las coordenadas importantes en la identidad de nuestra psicología actual.

La década de los 80 representó un momento crucial en la consolidación de la psicología en nuestro país, lo que se debió, además de ya lo señalado, a:

- La reactivación de la Sociedad de Psicólogos de Cuba en 1983, año en el que se creó un comité gestor, presidido por J. J. Guevara. En el primer proceso electoral de la institución, en 1984, resultó electo al frente de ella D. González Serra, quien fue sustituido en las elecciones de 1985 por F. González, reelegido en los congresos de la Sociedad de 1986 y 1990. Esta sociedad integra diversos sectores de los psicólogos cubanos, y tuvo una orientación más científica que profesional, la que comenzó a cambiar en su último congreso. La Sociedad de Psicólogos de Cuba se desarrolló en estrecha relación con la Sociedad de Psicólogos de la Salud, presidida por N. Pérez Valdés.

- El incremento creciente de los intercambios internacionales, sobre todo por parte de los psicólogos del medio académico y del sector de la salud, lo que ha permitido que nuestra psicología aumente su prestigio internacional, particularmente en América Latina.

- Que, como resultado de la participación activa y creciente de nuestros psicólogos en la Sociedad Interamericana de Psicología -donde se produjo una participación estable de los psicólogos de Salud Pública desde finales de los 70, unido al creciente prestigio de los psicólogos cubanos en esos foros y a las simpatías por la Revolución cubana, se determinó, en lo que fue una decisión histórica de la Junta Directiva de esa institución: asignar a Cuba la sede del XXI Congreso Interamericano de Psicología, efectuado en 1987.

- La continuación del sólido desarrollo de la psicología en las esferas de la salud y la educación. En la salud, junto a las tendencias ya descritas, las cuales se continuaron desarrollando en la década que analizamos, apareció una tendencia a la investigación de aspectos

comprometidos con la constitución subjetiva de un conjunto de alteraciones psicológicas (E. Cairo, J. Grau y otros). En el campo educativo se produjo una tendencia similar a la descrita en el sector académico. Se observó un notable desarrollo de la investigación educativa, en la que ya existía una tradición en la década anterior, que se consolidó con la culminación de los estudios de doctorado de un importante grupo de psicólogos especializado en este campo (A. M. Siverio, M. T. Burke, G. Roloff, A. Lavarrere y G. Arias, entre otros).

· La publicación de obras escritas por autores cubanos que expusieron, junto a los resultados obtenidos en investigaciones realizadas en el país, con una amplia utilización en la docencia, una serie de elaboraciones teóricas propias que comienzan a definir importantes líneas de investigación, las que han logrado mantener una importante continuidad en el desarrollo de nuestra psicología. Simultáneamente aparece la *Revista Cubana de Psicología*, la cual, junto con el *Boletín de Psicología*, editado por el Hospital Psiquiátrico de La Habana, constituyen vías importantes para las publicaciones de nuestros psicólogos.

Los límites de espacio del presente artículo, que espero estimule nuevos trabajos de mis colegas en tan difícil terreno, no me permiten analizar otros importantes tópicos de los períodos transitados, ni adelantar algunas de mis expectativas sobre el futuro desarrollo de la psicología en Cuba, lo que espero desarrollar en un próximo trabajo.

Quisiera destacar una característica que considero ha sido constante a lo largo del desarrollo de nuestra psicología: su extraordinaria plasticidad para adecuarse a los cambios que ocurren con gran rapidez en el tiempo. Dicha característica quiero ilustrarla en el presente período a través de dos hechos a los que atribuyo una importante significación.

El primero fue la realización del Primer Encuentro de Psicología Marxista y Psicoanálisis; organizado por la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, lo cual refleja el justo calificativo de «necesario» que utilicé para definir al dogmatismo que caracterizó a los primeros años de esta década, el cual rápidamente evolucionó hacia posiciones propias y consolidadas que permitieron el desarrollo exitoso de un encuentro de esa naturaleza que ya avanza hacia su séptima realización.

El Primer Encuentro, realizado en 1986, comenzó a organizarse en 1984. La proposición, traída a Cuba originalmente por dos psicoanalistas brasileños, J. Broide y F. Landa, había sido rechazada por otras instituciones del país. Negativa que no fue casual, sino debida a la valoración ideológica dominante en el país en cuanto

al tema, tomada de las concepciones dominantes en los países socialistas de Europa Oriental.

Con posterioridad a la decisión de realizar aquel Primer Encuentro, conocimos de una intención similar de un grupo de psicólogos argentinos (M. Languer, J. C. Volnovich y S. Werstein), quienes se habían puesto en contacto con la Casa de las Américas con este fin. Estos psicoanalistas argentinos, en el marco de un encuentro de intelectuales realizado en el país, donde M. Languer fue elegida para un cargo directivo, tuvo la oportunidad de conversar informalmente con el comandante Fidel Castro, quien le expresó su interés por el tema, lo que, además de representar un estímulo para la organización del Encuentro, reflejó que el prejuicio hacia el psicoanálisis no era una expresión orgánica de la dirección política cubana.

La realización de estos encuentros en Cuba ha dejado un saldo positivo, que se expresa en los siguientes aspectos:

· El reforzamiento de la identidad de nuestra psicología, la que se legitimó con la confrontación de nuevos problemas e ideas que resultaron estimulantes para nuestro desarrollo, tanto en el plano académico como profesional.

· El establecimiento de relaciones con un sector profesional con el cual no habíamos tenido prácticamente ningún vínculo: el de los psicoanalistas.

· El enriquecimiento de la imagen de la revolución cubana en el exterior, respecto a un tema tan sensible como el del debate de las ideas acerca de un tópico que era tabú en los países socialistas de Europa Oriental. Los reportajes de prensa sobre el Encuentro recorrieron no sólo América Latina, sino también Europa, al publicarse en periódicos tan prestigiosos como *Le Monde*.

El otro hecho que deseo comentar, y que a pesar de su coincidencia en el tiempo, no tuvo nada que ver en sus inicios con el anterior, fue la reorientación hacia la práctica profesional que se produjo en la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana en estos años. Esta estuvo estrechamente asociada con la intervención del entonces ministro del interior, el general José Abrantes, en el Primer Congreso de la Sociedad de Psicólogos de Cuba, celebrado en 1986, quien solicitó allí el apoyo de los psicólogos en el estudio de los factores sociales y subjetivos relacionados con el delito en el país. Con posterioridad a ese Congreso, la Facultad de Psicología asumió la decisión de comenzar un conjunto de estudios integrales de comunidades con bajo desarrollo social. Estos se iniciaron en el barrio de Los Pocitos, en Marianao, con la participación de un nutrido grupo de profesores y estudiantes de la Facultad

(13 profesores y 73 estudiantes). A este trabajo le siguieron otros, cuyos resultados fueron de un importante valor conceptual y práctico para nuestra psicología.

La realización de las intervenciones comunitarias referidas anteriormente tuvieron un impacto particular en la psicología social, en la que comenzó a desarrollarse un enfoque de la psicología comunitaria desde la psicología social, esencialmente diferente al enfoque predominante en América Latina, el de la psicología comunitaria norteamericana (M. Sorín y M. de los A. Tovar).

En esas experiencias de intervención en las comunidades participaron profesores de todas las ramas de la psicología, lo que permitió un estudio integral de las comunidades y sus instituciones, con una presencia activa en las mismas (escuela, policlínico, médico de la familia, así como de la propia familia). Los resultados de estas experiencias también tuvieron un importante impacto en el plan de estudios.

En esta década se destacan también en la investigación social el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas de la Academia de Ciencias (CIPS), bajo la dirección de A. Casaña, quien había sido jefa del Departamento de Psicología Social de la Facultad de Psicología, así como el Centro de Estudios de la Juventud, bajo la dirección de otra psicóloga, M. A. Ramos. En ambas instituciones se formaron equipos interdisciplinarios orientados hacia la investigación social.

El desarrollo vertiginoso de la psicología en esta década permitió también un análisis más maduro acerca de la relación entre el marxismo y la psicología. Este

condujo a una comprensión bastante generalizada de que la relación entre el marxismo y las ciencias particulares no era directa y lineal; y que no puede monopolizarse por ninguna categoría o método concretos. El marxismo no puede expresarse en forma de límites del conocimiento concreto, sino que, por el contrario, sus propios principios y su valor epistemológico deben estimular el permanente desbordamiento de los conocimientos particulares sobre los principios intencionales que los estimulan.

La psicología en Cuba, en el momento actual, despliega una notable actividad en las distintas esferas aplicadas, tanto en la práctica profesional como en la investigación. Se destacan, además, de las ramas a que ya hemos hecho referencia, la psicología deportiva, la investigación interdisciplinaria en problemas sociales, educativos y de la salud, etc. En todas estas esferas se destacan muchos psicólogos cuyos nombres aparecerán en el desarrollo ulterior de este tema que me propongo realizar y que de forma tan apretada se presenta aquí.

Pienso que la psicología en Cuba, a través de la diversidad que toda ciencia implica, está en condiciones de continuar el proceso creativo de una identidad que la distingue hoy dentro de las ciencias sociales cubanas.

Mujer cubana: problemas de estudio

Mayda Álvarez Suárez

Psicóloga. Centros de investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS.

Si se le preguntara a cualquier cubano cuáles han sido los cambios fundamentales acaecidos en nuestra sociedad a partir del triunfo revolucionario en 1959, sin duda entre ellos mencionaría la incorporación masiva de la mujer al trabajo y su creciente participación social.

Con la incorporación al trabajo, un gran número de mujeres alcanzó su independencia económica y también su autonomía y libertad psicológicas. Las políticas y medidas adoptadas en relación con la mujer, encaminadas a garantizar la igualdad de derechos y oportunidades con el hombre, han repercutido en las esferas económica, política y social y por supuesto, en la vida familiar. Por citar sólo algunas cifras, la mujer en Cuba constituye hoy día el 56,5% de los graduados universitarios, el 39,7% del total de la fuerza laboral del país, el 61,1% de los técnicos de nivel medio y superior, y el 28,8% de los dirigentes.

Estos y otros importantes cambios en la posición social de la mujer han planteado numerosas interrogantes a la investigación social. ¿Cómo han sido asimilados por la población cubana los conceptos más avanzados acerca de la igualdad de la mujer? ¿Cuál es la situación de la mujer trabajadora en los diferentes sectores de la economía? ¿Qué repercusiones ha tenido la condición de

ser trabajadora asalariada en la vida familiar y específicamente en la formación de los hijos? ¿Qué factores han limitado un mayor acceso de la mujer a cargos de dirección? ¿Cuál ha sido la presencia de la mujer en los distintos medios de difusión masiva y qué imagen de ella se proyecta?

En modo alguno el presente artículo pretende abarcar todos y cada uno de los estudios e investigaciones sobre la mujer realizados en Cuba. Mi esfuerzo consiste en presentar algunas de los principales temas tratados y citar las instituciones fundamentales que han trabajado en éstos, tanto las de Ciudad de La Habana, como las efectuadas en otras provincias del país. Cualquier omisión ha sido involuntaria.

El fin último de este trabajo es brindar mi visión personal sobre de lo que se ha avanzado en este campo y lo que a mi juicio constituyen deficiencias, vacíos y retos en el desarrollo de este tema.¹

Los estudios sobre la mujer

Ofrecemos a continuación un intento de agrupar las investigaciones realizadas en líneas temáticas y de

hacer referencia a algunos de los trabajos contemplados en ellas.

Investigaciones históricas. Estudios e investigaciones que comparan la situación económica, social y jurídica de la mujer en la Cuba prerrevolucionaria con la alcanzada a partir de 1959. Tratan también la participación activa de las mujeres en el derrocamiento de la tiranía batistiana. Algunos analizan el carácter multifacético y contradictorio del proceso de emancipación de la mujer en nuestra sociedad. (FMC, FLACSO-UH, Facultad de Derecho-UH; Instituto de Historia).²

Concepciones acerca de la igualdad de géneros en la población cubana. Con el propósito fundamental de conocer el grado de interiorización sobre la igualdad de derechos y oportunidades de la mujer y el hombre en la sociedad y la familia, así como los cambios en las formas de pensar y actuar en personas de diferentes edades y ocupaciones; contemplan diferentes esferas de la realidad: trabajo, familia, sexualidad. (FMC).³ Se investiga también la representación social del rol femenino. (Facultad de Psicología-UH).

La mujer en la actividad económica. Analizan de forma objetiva la evolución de la participación de la mujer en la actividad económica y los factores que la condicionan. Ventajas legales de la mujer trabajadora y las dificultades que subsisten en el cumplimiento de estas normas jurídicas. (Facultad de Derecho-UH, Instituto de Investigaciones Estadísticas, CEDEM-UH).⁴

Se investiga la situación de la mujer en diferentes sectores de la economía. Se destacan las realizadas en la industria textil. (FMC y Facultad de Sociología-UH).⁵

Otro grupo de investigaciones trata sobre la relación entre trabajo asalariado y trabajo en el hogar y relaciones familiares. También se analizan las relaciones entre la condición de mujer trabajadora y algunos de los fundamentales cambios demográficos.

Merecen destacarse también aquellos trabajos que caracterizan a la mujer rural. Tanto a través de la utilización de encuestas, como de estudios de casos, se ha indagado sobre el modo de vida de la mujer campesina individual y de la cooperativista, sus creencias, sentimientos, valores, aspiraciones. (Facultad de Sociología UH y FMC) Se ha profundizado también en las causas de la baja incorporación de la mujer a las cooperativas de producción agropecuaria. (FMC y CIPS). El impacto de los proyectos de desarrollo rural sobre la mujer en la montaña ha sido, por otra parte, objeto de investigación en esta área. (CEDEM-UH).⁶

Mujer y salud. Analizan los problemas de salud inherentes a la mujer cubana y sus causas. Se abordan

determinadas enfermedades y problemas de salud con un enfoque de género: cardiopatía isquémica, consumo de psicofármacos, trastornos del sueño, cáncer de mama y cérvico-uterino y el SIDA. (Centro de Estudios de Ciencias Naturales-UH; FMC; Facultad de Psicología-UH).⁷

La mujer, su sexualidad y sus relaciones de pareja. Investigan los roles e identidad de género en las relaciones de pareja, las expectativas e ideales de ambos, la comunicación, entre otros aspectos (Departamento de Familia-CIPS, Facultad de Psicología y Facultad de Derecho-UH).⁸

Otros estudios tratan sobre las disfunciones sexuales femeninas más frecuentes y las implicaciones de la salud sexual femenina en la dinámica familiar y viceversa. (Instituto de Investigaciones Médicas y Terapia Sexual «Carlos J. Finlay»).

Se trabaja además en la educación y formación de una identidad genérica libre de estereotipos culturales sexistas. (Centro Nacional de Educación Sexual e Instituto Superior Pedagógico «Enrique José Varona»).

Cabe destacar también los estudios sobre la nupcialidad femenina cubana que muestran, desde un enfoque demográfico, sus características fundamentales y su evolución. Las variaciones en la nupcialidad se relacionan con procesos económicos y otros procesos sociales (CEDEM-UH).⁹

Mujer y familia. Investigaciones acerca de la división de los roles en el hogar según el sexo, y el tiempo que se invierte en las tareas domésticas, que ocupan un espacio importante cuando se trata de caracterizar la posición de la mujer en el hogar.

El papel del hombre y de la mujer en la realización de las tareas del hogar y en la formación de los hijos han sido objeto principal de atención. (Departamento de Familia-CIPS, Facultad de Psicología-UH, FMC e INSIE-CEE).¹⁰

Las relaciones entre la condición de la mujer y la estructura y composición familiar, y acerca de las condiciones que han propiciado el aumento de los hogares con jefatura femenina, han sido aspectos también tomados en cuenta. (Facultad de Sociología-UH y CEDEM-UH).

Otros estudios han vinculado la condición social de la mujer (trabajadora o no) con su participación en el ejercicio de las diferentes funciones familiares. (Departamento de Familia-CIPS y Cátedra de la Mujer-UH).¹¹

Cómo son vistos los roles de madre y padre por hombres y mujeres y su relación con la comunicación que establecen con sus hijos, ha sido otro aspecto abordado. (Departamento de Familia-CIPS).¹²

La violencia familiar o doméstica, aunque poco investigada, cuenta con algunos estudios. (Cátedra de la Mujer-UH, FMC y encuesta realizada por la Revista Bohemia).¹³

Han sido analizados los impactos de la situación económica actual sobre la familia cubana, incluyendo algunos de sus efectos sobre la situación en la mujer. (Departamento de Familia-CIPS) y sobre los impactos del bloqueo económico de los Estados Unidos en la mujer cubana. (FMC).¹⁴

La maternidad soltera en Cuba ha sido otro de los asuntos abordados, tanto en un estudio de carácter nacional en el cual se compara la situación de las madres solteras y casadas (Departamento de Familia-CIPS), como con grupos de madres solas que solicitan ayuda social (Comité Estatal de Trabajo y Seguridad Social y Facultad de Derecho-UH). Se estudian los factores condicionantes de este fenómeno y la situación de las madres solas en la sociedad y en el hogar.¹⁵

Mujer y fecundidad. Estudian la evolución de la fecundidad cubana y sus condicionantes socioeconómicos. Se presentan evidencias y reflexiones en torno al comportamiento de la relación entre el nivel escolar, el tipo de actividad de las mujeres cubanas y la transición de la fecundidad. Se analizan también los cambios operados en la fecundidad de las mujeres jóvenes y sus factores asociados. (CEDEM-UH e INSIE-CEE).¹⁶

Mujer y poder: El acceso de la mujer a cargos de dirección. El objetivo fundamental de estas investigaciones, ha sido conocer los factores que limitan un mayor acceso de la mujer a cargos de dirección.

Análisis estadísticos (INSIE-CEE y FMC), indagaciones sobre la representación femenina en las diferentes instancias del Poder Popular (FMC, INSIE y CIPS), caracterización de las mujeres parlamentarias cubanas (FMC), estudios de casos de mujeres dirigentes y caracterización de las funciones familiares en aquellas familias donde las mujeres ocupan cargos de dirección (CIPS), son las principales investigaciones contempladas en este grupo.

Se han llevado a cabo también estudios acerca de las características de las mujeres que ocupan responsabilidades en la Federación de Mujeres Cubanas y la evaluación de su desarrollo como dirigentes, a partir de la preparación que proporciona su Escuela de Cuadros «Fe del Valle». (FMC).¹⁷

La mujer en los medios de difusión masiva. Investigaciones sobre la imagen de la mujer en los distintos medios de difusión masiva, la atención que se brinda al tema de la mujer en los mismos, el reflejo o

no de la vida y obra de las mujeres destacadas en diferentes sectores de la economía y de la sociedad en general. (FMC, Cátedra de la Mujer-UH e ICAIC).

La mujer y la literatura. Se trata de investigaciones sobre la imagen de la mujer en la literatura cubana y otros trabajos en los que se resalta su papel como escritora, poetisa, etc. Se han estudiado, además, los posibles rasgos característicos de la escritura «femenina» y «masculina», en biografías y autobiografías. (Instituto de Literatura y Lingüística y Casa de las Américas).¹⁸

Investigaciones comparadas, fundamentalmente entre países latinoamericanos. Han ocupado un importante espacio en los estudios sobre la mujer. Los efectos en las mujeres de las crisis económicas y sociales y de la industrialización orientada hacia la exportación, la situación de la mujer latinoamericana, en cifras; la cuestión femenina dentro de las relaciones población-desarrollo en los países subdesarrollados. (FMC-Equipo Internacional de Investigaciones Comparadas sobre la Mujer y CEDEM-UH).¹⁹

Dos temas: familia y poder

Imposible sería comentar todos y cada uno de los resultados obtenidos en las referidas investigaciones. Sin embargo, cuando se analizan los indiscutibles avances que han tenido lugar en la condición de la mujer en Cuba, se identifican dos esferas en las que aún no se han alcanzado los objetivos deseados, en relación con la igualdad entre mujeres y hombres: la familia y el poder. Por esta razón, me atrevo a pensar que resultaría interesante para el lector el comentario de algunas de las conclusiones en estas dos áreas.

Las investigaciones efectuadas han constatado que con la incorporación de la mujer al trabajo, ella contribuye no sólo a elevar los ingresos y a mejorar las condiciones de vida de su familia, sino que la elevación de su nivel cultural y profesional le ha posibilitado formas más enriquecedoras de asumir el papel de madre y esposa, facilitándole un mayor intercambio y comunicación familiar y una participación más activa en la toma de -decisiones familiares.²⁰ Las relaciones con su pareja son más plenas al estar basadas mucho más en lazos afectivos que económicos, y en los casos en que esta relación pierda su sentido, puede ser de la mujer la libre determinación de su disolución.

Los cambios y objetivos que han tenido lugar en la posición económica y social de la mujer han repercutido en la vida familiar. Ellos han favorecido que la mujer cubana pueda ser hoy más libre en la selección de su pareja y en el disfrute de su vida sexual. Ella tiene

también la posibilidad de decidir el número de hijos que desea tener y el momento oportuno para ello.

Por supuesto, todo este proceso ha estado matizado de contradicciones. En muchos casos ni la familia ni la propia mujer han estado preparadas para tan rápidos cambios. En el ámbito doméstico, le ha sido muy difícil compartir las tareas del hogar con otros miembros de la familia: ha adquirido nuevas responsabilidades fuera de su casa sin poder prescindir de las que ya tenía dentro de ella.

Cocinar, limpiar, arreglar la casa, lavar y planchar son las tareas en las que se invierte más tiempo y son obligaciones típicamente femeninas. Si bien se reconoce que los hombres participan hoy en día más que años atrás, realizar las compras y «otras tareas» son sus obligaciones fundamentales.²¹

Es decir, se ha constatado que en muchas familias se mantiene la tradicional división por sexo del trabajo doméstico. El peso principal de éste recae sobre las mujeres, sean o no trabajadoras. Por otra parte, la desigual participación en el hogar según el sexo se reproduce también en las nuevas generaciones: los hijos varones dedican muy poco tiempo a estas actividades.²²

La situación descrita en la familia ha influido en otras esferas del desarrollo de la mujer al limitar, sobre todo, el empleo de su tiempo libre en actividades de recreación y disfrute personal y la posibilidad de ocupar cargos de dirección en diferentes esferas de la economía y de la sociedad.

Las investigaciones acerca del acceso de la mujer a cargos de dirección muestran cómo los factores objetivos de índole socioeconómica, relacionados fundamentalmente con la sobrecarga de la mujer en las tareas del hogar y en la responsabilidad con sus hijos y otros familiares, es la limitante para ser promovida a cargos de dirección más señalada por la población.²³ Entre estas limitaciones objetivas se encuentra también la escasez de recursos materiales y de servicios de apoyo al hogar agudizada por la crisis económica actual.

Por supuesto, si analizáramos las cifras de mujeres dirigentes en Cuba, con la de otros países por ejemplo su participación como parlamentaria nuestra posición sería ventajosa. Sin embargo, en relación con el nivel cultural, técnico, profesional y político alcanzado por la mujer cubana, estas cifras resultan aún bajas. No sólo inciden en esto condiciones objetivas, sino también creencias, prejuicios y estereotipos en cuanto a la mujer. Entre los más frecuentes están:

- Las mujeres tienen hijos o los van a tener y no pueden cumplir con otras funciones sociales porque les corresponde atender la casa, al esposo y a los hijos.

- La costumbre de ser dirigidos por hombres. La posibilidad de ser dirigido por una mujer, por lo general

no resulta grato ni para los hombres ni para las propias mujeres.

- Algunos consideran que las mujeres son menos eficientes, están menos preparadas, mientras que los hombres son más capaces y tienen mayor poder de gestión.

- No se elige a las mujeres para no sobrecargarlas más. Esta falsa protección se manifiesta en las argumentaciones que se ofrecen al proponer a los candidatos para puestos de dirección y en la preferencia por el hombre en el momento de la votación.

- En algunas zonas del país, caracterizadas por un menor desarrollo económico y social, todavía se argumenta la desautorización del esposo o del novio. Se han evidenciado también manifestaciones de autolimitación en las propias mujeres: temor a no poder cumplir con las funciones de dirección y, a la vez, con la atención a los hijos y al esposo; no sentirse con la capacidad o el nivel necesarios; no gustarles dirigir (aunque nunca lo hayan hecho).²⁴

En algunas investigaciones realizadas se constataron formas concretas de discriminación, tales como:

- Incomprensión e inflexibilidad por parte de instituciones del Estado o de organismos de dirección a la hora de abordar y dar tratamiento a las dificultades y problemas que afrontan las mujeres.²⁵

- Alto nivel de exigencia que se les impone a las mujeres para su selección, mediante el cual las que resultan elegidas poseen regularmente capacidades muy superiores a la media de los hombres en igual condición. Estas exigencias están relacionadas con las cualidades reconocidas como óptimas, permeadas, por supuesto, por el patrón patriarcal.²⁶

- En las investigaciones acerca de la representatividad femenina en los órganos del Poder Popular, además de las condicionantes ya señaladas, se constató la influencia de factores relacionados con las características concretas del proceso electoral y del trabajo de los órganos del Poder Popular hasta la etapa actual de su desarrollo. Entre ellos:

- En la de exposición pública de resúmenes biográficos - mecanismo concebido para asegurar la equidad en las posibilidades de los candidatos- la información ofrecida tiende a privilegiar a las personas adultas y del sexo masculino, pues son precisamente las que pueden mostrar una trayectoria de participación política y social más rica.

- Dentro de las comisiones de candidatura municipales las organizaciones sociales y políticas (entre ellas, la FMC) cumplen en la práctica tareas como supervisar la calidad de las actividades programadas, u otras funcionales, pero no de representación, de ahí

que la movilización electoral que impulsan es poco diferenciada.

- Ausencia de una campaña de promoción femenina. Los propios entrevistados señalan que se les da poca propaganda a la posibilidad de elegir mujeres y a la valoración de sus cualidades.²⁷

- El trabajo de los órganos locales del Poder Popular, hasta la etapa actual de su desarrollo, posee características concretas de trabajo, mecanismos, estilos y funciones marcados por el carácter de las tareas que tiene que enfrentar. En este sentido, la función del delegado está influida por su condición de gestor de soluciones a los problemas inmediatos y perentorios de la población que representa; esto condiciona una visión de éste que coincide muy poco, en la mente de los electores, con la figura de la mujer. A esta última se le supone menos movilidad y menos posibilidades que al hombre, de resolver los problemas que comúnmente se le plantean al delegado.

Es decir, la visión social predominante del delegado tiene un carácter masculino.²⁸

Balance y perspectiva

El recorrido hasta aquí realizado por las principales investigaciones sobre la mujer muestra con claridad la atención brindada a este tema en nuestro país. Los resultados obtenidos no sólo han servido para el diagnóstico de la situación de la cubana, sino que han sido útiles en el diseño y ejecución de políticas orientadas a mejorar su condición.

Un balance de logros, deficiencias, vacíos y nuevos retos en la investigación me permite, al mirar al futuro, hacer algunas consideraciones.

Aún son escasos los estudios que aborden críticamente las diferentes corrientes teóricas en torno al problema de la mujer. Valoraciones teórico-metodológicas acerca del feminismo y del enfoque de género, por ejemplo, no abundan entre los especialistas dedicados al tema.

La aplicación de métodos como la encuesta y los análisis estadísticos predominan sobre la utilización de los métodos cualitativos de investigación social, como los estudios de casos y las historias de vida, por citar sólo algunos. Mucho menos se realizan estudios de carácter longitudinal que puedan evaluar los cambios ocurridos en el tiempo.

Algunos temas han sido poco investigados, como la violencia contra la mujer. No son tampoco muchos los trabajos acerca de su subjetividad. Son muy recientes los estudios que, con un enfoque de género, abordan los problemas de su salud.

Los proyectos y experiencias que se ponen en práctica con el objetivo de mejorar la condición de la

mujer, rara vez son evaluados científicamente. Nunca he tenido la oportunidad de leer la sistematización de dichas experiencias, para su generalización.

La evaluación de los impactos de políticas, programas y medidas de desarrollo económico y social sobre la mujer no es aún una práctica sistemática.

Los cambios que se producen en la actualidad en la esfera de la economía cubana nos alertan sobre la necesidad de profundizar en la investigación de la mujer de manera diferenciada, según su inserción en las diferentes clases, capas, grupos y sectores de la sociedad.

Fenómenos como el incremento del turismo y el aumento de las personas de la tercera edad y sus repercusiones en la situación de la mujer requieren también de una mayor atención de los investigadores.

Los avances alcanzados en los estudios sobre la mujer y los nuevos retos que la realidad impone a la investigación en esta área ameritan la existencia de un Centro de Estudios sobre la Mujer, que se encargue además de la coordinación científica de los estudios que distintos organismos e instituciones están realizando sobre el tema y que, trabajando estrechamente con la organización popular de las mujeres, pueda encauzar y dar respuesta a sus principales demandas. Resulta impostergable, además, trabajar por agrupar en un sólo lugar toda la información referida a las investigaciones que se llevan a cabo en todo el país sobre la mujer, para lo cual el Centro de Documentación de la Federación de Mujeres Cubanas presenta las condiciones necesarias.

Una última reflexión: preocupa a los especialistas que, en contraste con la movilidad ascendente y los logros alcanzados por la mujer, se registre un movimiento inverso en los hombres. Un ejemplo de ello se evidencia en la esfera de la educación, en la cual el desempeño de las mujeres es mejor que el de los hombres.

No recuerdo donde oí o leí que los hombres de hoy buscan a una mujer que ya no existe y las mujeres a un hombre que aún no existe. Estoy segura de que la realización de estudios dirigidos también a comprender la subjetividad masculina allanaría el difícil y tortuoso camino hacia la emancipación de ambos sexos.

Notas

1. Las fuentes consultadas para su elaboración fueron las referencias registradas en el Centro de Documentación de la Federación de Mujeres Cubanas, una Base de Datos existente en la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana, así como la modesta experiencia acumulada en mis propias investigaciones y en el contacto directo con personas preocupadas y ocupadas en el tema. El impulso fundamental a los estudios sobre la mujer parte precisamente de su propia organización, la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). Esta organización, en colaboración con otros organismos e instituciones científicas, ha diseñado y ejecutado una

parte importante de las investigaciones realizadas en esta área, y apoyado el desarrollo de otras con recursos materiales y humanos. Otras instituciones tienen también valiosos trabajos sobre el tema: el Departamento de Sociología y las facultades de Derecho y Psicología y el Centro de Estudios Demográficos (CEDEM) de la Universidad de La Habana; la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Cuba (FLACSO), con sede también en la Universidad de La Habana; el Instituto de Investigaciones Estadísticas; el Instituto de Historia; el Instituto de Literatura y Lingüística, y el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) de la antigua Academia de Ciencias de Cuba, hoy Ministerio de la Ciencia, la Tecnología y el Medio Ambiente. Recientemente, los estudios sobre la mujer han cobrado mayor fuerza con la creación de las cátedras de la mujer en universidades e institutos superiores pedagógicos, y de las casas de Orientación a la Mujer y a la Familia en todo el país, coordinadas por la Federación de Mujeres Cubanas.

2. De las investigaciones registradas en la Base de Datos de la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana, hemos tomado los siguientes para ejemplificar el tipo de trabajo que se realiza en esta línea temática. Cfr. Elena Díaz González, «La mujer cubana: garantías y deficiencias en la participación femenina. Universidad de La Habana, FLACSO, La Habana, 1988; Yolanda González Plasencia. «Las mujeres martenas en la lucha revolucionaria (1952-1958)», Instituto de Historia, La Habana, 1991; Olga Mesa Castillo «Posición jurídico-social de la mujer en Cuba», Universidad de La Habana, Facultad de Derecho, La Habana, 1983. Importantes referencias en este sentido se encuentran en el libro *La mujer en Cuba: historia*, Editorial de la Mujer, La Habana, 1990, el cual contiene documentos, entrevistas y discursos de Vilma Espín Guillois.

3. Cfr. Yolanda Ferrer Gómez y Carolina Aguiar Ayerra, «La igualdad de la mujer en el proceso revolucionario cubano: pensamiento y práctica social», Federación de Mujeres Cubanas, La Habana, 1988. Es la investigación más importante con una muestra representativa nacional de 4 865 personas. Puede ser consultada en el Centro de Documentación de la Federación de Mujeres Cubanas.

4. Algunos ejemplos de este tipo de investigaciones son: Instituto de Investigaciones Estadísticas, Encuesta Nacional de la Mujer Trabajadora en el Sector Estatal Civil, La Habana, 1984; Marta Núñez, «La mujer y el empleo en Cuba en el período de la crisis económica y social del mundo», Centro de Documentación FMC, La Habana, 1993; Gloria Valle Rodríguez, «La participación femenina en la producción social», Universidad de La Habana, Centro de Estudios Demográficos, 1992; Olga Mesa Castillo, «La mujer cubana en la actividad económica», trabajo de diploma, Facultad de Derecho, Universidad de La Habana, 1986.

5. Se refiere, sobre todo, al conjunto de investigaciones realizadas en la Empresa de Confecciones de Punto de Ciudad de La Habana, la industria textilera «Ariguanabo» y la «Celia Sánchez». En ellas se indagó acerca del pleno ejercicio de la igualdad de la mujer en el empleo, la comunidad y la familia. Participaron estudiosos de la organización femenina cubana, de la Universidad de La Habana e investigadoras norteamericanas. Pueden consultarse en el Centro de Documentación de la Federación de Mujeres Cubanas.

6. Entre los principales trabajos que abordan la temática de la mujer rural se encuentran: Mariana Ravenet Ramírez; Niurka Pérez Rojas y Marta Toledo Fraga, «La mujer rural y urbana: estudio de casos». Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989; Tamara Columbié; Lucy Martín y otros, «La incorporación y permanencia de la mujer campesina en las cooperativas de producción agropecuaria», Centro de Documentación FMC, La Habana, 1991; Gloria Valle Rodríguez, «Características de la participación de la

mujer en una región de montañas en desarrollo», Universidad de La Habana, Centro de Estudios Demográficos, 1990, e «Impacto de un proyecto de desarrollo rural sobre la mujer en la montaña: Sabaneta», Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

7. Ilustran este tipo de estudios los trabajos: «Salud, mujer y desarrollo: marco conceptual», del Centro de Estudios de Ciencias Naturales (1992), y «Salud, mujer cubana y cardiopatía isquémica», de Radamés Fernández y Jorge Aldereguía, publicado en 1992 en la *Revista Cubana de Cardiología y Cirugía Cardiovascular*.

8. Sobre este tema pueden consultarse trabajos como el de Alicia Puñales, «Relación de pareja y divorcio: algunos resultados de investigación», (1992); los de Mayda Álvarez sobre comunicación familiar (1989, 1991 y 1994), todos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, y los de Lourdes Fernández sobre personalidad y relaciones de pareja (1994), de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana.

9. Al respecto pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Sonia Catusús Cervera «La nupcialidad de los jóvenes en Cuba» (1989), «La nupcialidad cubana en el Siglo XX» (1991) y «La nupcialidad de la década de los 80 en Cuba» (1992), del Centro de Estudios Demográficos de la Universidad de La Habana.

10. Referencias a la división de roles en el hogar y el tiempo empleado en las tareas domésticas pueden ser encontradas en: INSIE-CEE, Encuesta Nacional sobre el Presupuesto de Tiempo de la Población Cubana, La Habana, 1987; Yolanda Ferrer Gómez, y Carolina Aguiar Ayerra, Op. cit.; Marla del Carmen del Caño, «Función económica de la Familia», En: Inés Reca; Mayda Álvarez y otros, *La familia en el ejercicio de sus funciones*, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1991.

11. Entre estos estudios pueden citarse: Niurka Pérez Rojas, «Algunos aspectos de la composición familiar en América Latina», *Universidad de La Habana*, La Habana, 1986; Rosa María Cartaya, «La mujer asalariada cubana frente a la doble jornada: trabajo en la calle, trabajo en la casa», Centro de Documentación FMC, La Habana, 1991; Mayda Álvarez, «La mujer trabajadora en la familia cubana hoy», En: *Acerca de la familia cubana actual*. Editorial Academia de Ciencias, La Habana, 1993; Maritza Sosa y Clotilde Proveyer, «The Cuban woman as a social subject: relations on a case study», *National Women's Studies Association Journal*, 1993.

12. El enfoque de género en el estudio de las expectativas de los roles materno y paterno puede encontrarse en Mayda Álvarez, «La comunicación familiar: su papel en la formación de adolescentes y jóvenes», Tesis de Doctorado, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1994.

13. Sobre el tema de la violencia doméstica se han registrado como concluidos los siguientes trabajos: Clotilde Proveyer, «La violencia doméstica y la subordinación femenina: una aproximación a su estudio», Universidad de La Habana, Cátedra de la Mujer, s/f; Mirta Rodríguez Calderón, «Violencia cotidiana: ¿cómo anda su carácter?», *Revista Bobemia*, La Habana, no. 36, septiembre 17, 1993.

14. Análisis sobre los impactos de la situación económica cubana actual sobre la familia y la mujer se encuentran en: «Posibles impactos del Período Especial en la familia cubana»; Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Departamento de Estudios sobre Familia, La Habana, 1992; Carolina Aguiar Ayerra y otros, «El Período Especial y la vida cotidiana: desafío de las cubanas de los 90», Federación de Mujeres Cubanas, Área de Estudios de la Mujer, La Habana, 1994.

15. La investigación de mayor alcance sobre la maternidad soltera en Cuba fue la realizada en 1986-87 con una muestra representativa

nacional de madres solteras y casadas, llevada a cabo conjuntamente por el equipo del Departamento de Estudios sobre Familia del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas y el Ministerio de Justicia. El Comité Estatal de Trabajo y Seguridad Social realiza investigaciones de manera sistemática sobre las madres solteras que acuden a la asistencia social.

16. Muy conocidos en esta área son los estudios de investigadores como Luisa Álvarez, Alfonso Farnós, Fernando G. Quiñones, Sonia Catasús y Juan Carlos Alfonso, entre otros. Ejemplifican algunos de los aspectos abordados los siguientes trabajos: R. Hernández, Sonia Catasús y Alfonso Farnós, «Cuba aspectos socioeconómicos de los diferenciales de la fecundidad: un estudio de casos», Universidad de La Habana, Centro de Estudios Demográficos, La Habana, 1988; Sonia I. Catasús Cervera y Juan Carlos Alfonso Fraga, «La transición de la fecundidad en Cuba», Universidad de La Habana, Centro de Estudios Demográficos, La Habana, 1990; Fernando González Quiñones, «Mujer, trabajo y transición de la fecundidad en Cuba», Centro de Estudios Demográficos, Universidad de La Habana, 1994.

17. La integración y el análisis de los resultados de los principales estudios relacionados con el acceso de la mujer a cargos de dirección puede encontrarse en: Mayda Álvarez y Carolina Aguiar, «Mujer y poder: las cubanas en el gobierno popular», Federación de Mujeres Cubanas, Ciudad de La Habana, 1994.

18. No son muchos los trabajos que en las líneas temáticas «mujer y medios de difusión» y «mujer y literatura» aparecen registrados en centros de documentación y bibliotecas. Mencionaremos cuatro de ellos sólo a modo de ejemplo: Carolina Aguiar Ayerra «La prensa femenina en Cuba: su papel en la elevación del nivel ideológico, político y cultural de la mujer y en la incorporación a todos los ámbitos de la vida en la sociedad», Centro de Documentación FMC, La Habana, s/f; Mayra Vilasis, «La mujer y el cine: apuntes para algunas reflexiones latinoamericanas». Cinemateca ICAIC, La Habana, s/f; Maritza Sosa y Clotilde Proveyer, «¿Se ven por dentro las mujeres cubanas en sus telenovelas? Reflexiones en torno a "El naranjo del patio"», Universidad de La Habana, Cátedra de la Mujer, La Habana s/ f.; Zaida Capote Cruz, «Vidas de mujeres. Biografía, autobiografía y relaciones de género». Academia de Ciencias, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 1992.

19. Los análisis realizados por la FMC en coordinación con otros organismos e instituciones sobre la situación de la mujer cubana y que han formado parte del proyecto dirigido por FLACSO, «Mujeres latinoamericanas en cifras», resultan de obligada referencia: Yolanda Ferrer Gómez; Ester Velis y Carolina Aguiar Ayerra, «Crisis, sociedad y mujer: estudio comparativo entre países de América (1950-1985)», Centro Documentación FMC, La Habana, 1988; FLACSO-FMC, «Mujeres latinoamericanas en cifras (Cuba)». Instituto de la Mujer y FLACSO, Madrid, 1992. También se han llevado a cabo otros valiosos análisis comparativos. Entre ellos pueden citarse: Eramis Bueno Sánchez y Gloria Valle Rodríguez, «La fuerza laboral femenina en América Latina», Universidad de La Habana, Centro de Estudios Demográficos, 1984; Helen Safa y Marta Núñez, «El examen del impacto que ha ejercido la industrialización orientada hacia la exportación sobre el empleo femenino en América Latina y el Caribe y su comparación con las trabajadoras industriales en Cuba», Centro de Documentación FMC, La Habana, s/f; Gloria Valle Rodríguez,

Utilización de la fuerza laboral femenina en los países subdesarrollados, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

20. Cfr. Inés Reca, Mayda Álvarez y otros, «La familia en el ejercicio de sus funciones», Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Departamento de Estudios sobre Familia, La Habana, 1991.

21. Cfr. Yolanda Ferrer y Carolina Aguiar, «La igualdad de la mujer en el proceso revolucionario urbano: pensamiento y práctica social», Federación de Mujeres Cubanas, La Habana, 1988.

22. Estos resultados pueden encontrarse en Inés Reca, Mayda Álvarez y otros, Op. cit., 1992.

23. Resultados coincidentes en este sentido fueron obtenidos por las siguientes investigaciones, entre otras: Federación de Mujeres Cubanas, «Investigación sobre las mujeres y los Poderes Populares en Matanzas», Matanzas, 1975; Federación de Mujeres Cubanas-INSIE, «Encuesta Nacional de la Mujer en el Poder Popular», La Habana, 1984; Yolanda Ferrer Gómez y Carolina Aguiar Ayerra Op. cit. 1988. Federación de Mujeres Cubanas, «Sobre el acceso de la mujer a cargos de dirección en la provincia de Pinar del Río», Dirección Provincial FMC, Pinar del Río, 1990.

24. La existencia de creencias, prejuicios, estereotipos con relación a que la mujer ocupe cargos de dirección y las manifestaciones de autolimitación en las propias mujeres se constataron en varias de las investigaciones anteriormente mencionadas. La sistematización de estos elementos en las que se basa el artículo fue tomada de Mayda Álvarez, Carolina Aguiar y otros, Op. cit., 1994.

25. Este dato fue tomado de la investigación de la Federación de Mujeres Cubanas sobre el acceso de la mujer a cargos de dirección en la provincia de Pinar del Río, ya referido.

26. Cfr. Ángela Casaña y otros, sobre «La mujer dirigente en Cuba: algunas particularidades sociopsicológicas», Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1987. En este estudio de casos los autores ofrecen testimonios al respecto. Coinciden en esta apreciación la investigación de A. Della y otros (1994) y de J. L. Martín (1985). También en la caracterización de las mujeres diputadas realizada por la FMC se evidenció el alto nivel de preparación cultural, técnica y profesional de estas mujeres dirigentes.

27. La investigación de H. Dilla y otros autores sobre la participación popular en municipios cubanos (Centro de Estudios de América, La Habana, 1994), aunque no tenía como objetivo específico la representación femenina en los cargos del Poder Popular, nos brinda estas interesantes informaciones.

28. Esta interesante reflexión está contenida en José Luis Martín, «La representación política femenina en los órganos locales del Poder Popular», En: *Estudios sobre aspectos de la lucha ideológica en Cuba*, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1985.

Las investigaciones sobre la juventud

María Isabel Domínguez

Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS.

Las reflexiones sobre la formación de la juventud y su papel en la sociedad cuentan con una amplia tradición en el pensamiento social cubano que se remonta a las reformas pedagógicas de Félix Varela y a las concepciones éticas de José Martí. En el presente siglo aparecen vinculadas al quehacer político de Mella y Martínez Villena y, más recientemente, al pensamiento del Che y Fidel, por sólo citar grandes hitos en ese largo recorrido.

A partir del triunfo revolucionario, el tema adquirió una gran relevancia y formó parte del debate de ideas de la primera década, por el papel que desempeñó la juventud en el proceso de renovación social de toda esa etapa. Esas reflexiones aparecieron en ensayos, artículos periodísticos y formaron parte del discurso político.

La importancia que el proyecto de la Revolución concedía a la educación de las nuevas generaciones condicionó la temprana aparición de dispositivos institucionales para analizar el tema y el inicio de los estudios empíricos sobre la juventud antes que muchos otros de relevancia social. Sin embargo, los nuevos enfoques abandonaron el carácter integral de la primera

década y se desligaron de la concepción generacional, al quedar reducidos por un largo período a dar respuesta a requerimientos políticos de corto plazo y de carácter operativo.

Así se inició, a partir de 1968, el tratamiento de la temática de forma sistematizada y desde la óptica de las investigaciones sociales, entendidas como conjuntos de estudios de distintas disciplinas científicas, especialmente la pedagogía y la psicología.

Un análisis de las investigaciones sobre la juventud en Cuba tiene la virtud de mostrar desde una óptica particular -aunque no puede desconocerse que se trata de una de las áreas a las que más atención se ha brindado- aspectos más generales del desarrollo de las ciencias sociales cubanas en los últimos 25 años.

Algunas de esas tendencias generales podrían resumirse esquemáticamente como el predominio en teoría de un marxismo-leninismo manualista y dogmático, copia acrítica de la interpretación euroriental, que pretendía encontrar las leyes generales en cada uno de los fenómenos concretos. Y, a su vez, como la prevalencia de un enfoque metodológico funcionalista que fragmentaba la realidad y potenciaba los análisis

parciales de categorías específicas, desconectadas de la totalidad social, las cuales sólo conducían a estudios descriptivos. Por otra parte, los estudios sobre la juventud han evidenciado la debilidad de los enfoques interdisciplinarios y el retraso en el inicio de una perspectiva sociológica frente a los enfoques de la psicología social o la pedagogía.

Pero también la evolución de los estudios sobre la juventud muestra las potencialidades de avance en el plano teórico-metodológico, la acumulación de información sobre la realidad concreta y en la elaboración de propuestas, cuando un tema es debidamente jerarquizado y organizado.

Un intento de periodización

Desde 1969, las investigaciones sobre la juventud en Cuba han recorrido tres etapas. La primera podría enmarcarse entre 1969 y 1980. Se inició con la creación de un Equipo de Investigaciones en la Unión de Jóvenes Comunistas, con el objetivo de estudiar aspectos del desarrollo ideológico de los jóvenes y su incidencia en el cumplimiento de las tareas. Con el avance de esta actividad, el Equipo fue transformándose y en 1973 se constituyó como Comisión de Investigaciones Sociales, adjunta al Buró Nacional. Su marco se ha ampliado, por lo que, además de investigar los aspectos concernientes a la vida y educación interna de la militancia, estudia también otros aspectos de la juventud en general.

De forma paralela a la actividad de este grupo, se desarrollaron estudios e investigaciones en diferentes organismos y centros docentes, algunos de los cuales se destacaron por su constancia y por el gran número de trabajos que llevaron a cabo, como por ejemplo, la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana y el Instituto Central de Ciencias Pedagógicas del Ministerio de Educación. En 1977 se organizó la I Reunión de Investigadores de la Juventud, que continuó efectuándose cada dos años.

El rasgo fundamental de esta etapa fue la gran dispersión. Los estudios muchas veces se concentraron en temas muy específicos o en universos demasiado pequeños y localizados, con fuerte predominio del empirismo y muy pocos esfuerzos por desarrollar una concepción teórica. Algunos intentos llevados a cabo en este sentido se limitaron a la repetición de categorías y leyes generales del marxismo, desconectadas de los estudios empíricos que se realizaban.

Se produjo una cierta identificación entre juventud y estudiantes, pero no como resultado de una concepción teórica, sino más bien por su ausencia, y condicionada por el gran peso de ese sector dentro del grupo juvenil, debido a la estructura de edades que se

había conformado en la población después de la explosión demográfica de la década del 60. En estos años predominaron en la investigación los enfoques psicológicos y psicopedagógicos, y en esas áreas se obtuvieron algunos avances, pero la sociología apenas estuvo presente.

La segunda etapa abarcó el período comprendido entre 1981 y 1985. En ella se dieron los primeros pasos para eliminar la dispersión existente a partir de la constitución de nuevas formas organizativas («Problemas de investigación») que reagrupaban los esfuerzos en torno a aspectos importantes de la problemática juvenil. Así, por ejemplo, se organizaron «Problemas» acerca de la formación y desarrollo de la personalidad del joven; de la combinación estudio-trabajo como principio fundamental de la formación del hombre nuevo; de la utilización de los egresados de la educación superior, y del uso del tiempo libre y sus formas de empleo más cultas. Muchas de estas investigaciones trabajaron con muestras nacionales, para brindar una imagen menos local y circunscrita que la de los estudios anteriores, aunque mantuvieron el énfasis en el grupo de los estudiantes.

En 1981, la Comisión de Investigaciones Sociales se transformó en el Centro de Estudios sobre la Juventud, y participó en los diferentes «Problemas». De forma simultánea, se produjo un crecimiento del número de instituciones e investigadores que abordaron problemas relativos a los jóvenes, por lo que, a pesar del esfuerzo integrador de los «Problemas» no pudo superarse la dispersión y el reducido alcance de una parte de ellos.

Un análisis de las investigaciones realizadas a lo largo de estas dos etapas¹ arrojó la cifra de 301 estudios, de los cuales casi las dos terceras partes se realizaron entre 1981 y 1985. Un buen número de ellos se concentró en el grupo de los estudiantes, y predominaron los análisis sobre aspectos psicológicos de los jóvenes y el proceso de «educación comunista». En menor medida, se trató el tema de la delincuencia y los grupos de conducta desviada. Sin embargo, las investigaciones sobre otros grupos juveniles (obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, desmovilizados del Servicio Militar y deportistas) tuvieron muy escasa presencia y menos aún aquellas que abordaron la problemática juvenil en el marco de procesos más generales (estructura social, generaciones, modo de vida).

En resumen, los rasgos principales de estas dos etapas fueron el elevado número de estudios, centrados en la conducta y en rasgos de la conciencia de los jóvenes, generalmente orientados hacia el grupo de estudiantes, y sin considerar la acción de las instituciones, que condujeron poco a la reflexión teórica y a las interpretaciones globales. Su valor fundamental fue el

papel que desempeñaron en la acumulación de información y en la preparación de profesionales.

La tercera etapa se inició en 1986 y se extendió hasta 1994. Su característica fundamental fue la integración de los distintos estudios en proyectos más amplios, organizados como programas de investigación.²

En un primer momento, entre 1986 y 1990, las investigaciones se encaminaron a completar un diagnóstico de la juventud en dos direcciones fundamentales: una caracterización de su estructura social en términos socioclasistas y generacionales, profundizando en cada uno de los grupos que la conforman, tanto en sus características objetivas como en rasgos de conciencia, y una caracterización del proceso de socialización, analizando la influencia de cada una de las instituciones socializadas fundamentales.

Sobre la base de estos resultados, se pasó a un segundo momento, que se extendió entre 1991 y 1994, cuyos esfuerzos se concentraron en superar la tendencia al carácter descriptivo de las investigaciones y desarrollar las funciones interpretativas y de pronóstico, incrementar la utilización de métodos y técnicas cualitativas en la recopilación y análisis de la información, diseñar y desarrollar métodos y técnicas de cambio, y potenciar la reflexión teórica sistemática sobre el papel de la juventud y la formación de valores en la sociedad cubana contemporánea.

Algunas reflexiones conceptuales

Desde los primeros estudios realizados, hubo diversos intentos de definir la categoría *juventud*, pero durante las dos primeras etapas, en la mayor parte de los casos, no se trató de esfuerzos teóricos, sino operacionales, vinculados a la realización de investigaciones empíricas, por lo que el objetivo fundamental se encaminaba al establecimiento de los límites de la edad juvenil.

Algunos textos de carácter más general reconocían un conjunto de principios esenciales, sustentados en un enfoque materialista-dialéctico, que superaban algunas de las limitaciones de las definiciones elaboradas en el pensamiento occidental. Por ejemplo, concebían a la juventud como grupo sociodemográfico, resultado de la combinación de criterios biológicos, psicológicos y sociales; reconocían su carácter histórico-concreto; consideraban su vínculo con la estructura socioclasista de la sociedad.

Pero ese enfoque teórico no siempre guió una adecuada operacionalización. Fue común que se considerara a la juventud sólo por sus rasgos etéreos, se extrapolaran definiciones de otros lugares o momentos históricos o se consideraran inmutables, se evaluara al grupo juvenil como un todo homogéneo al

margen de sus diferencias socioclasistas, o se identificara con uno solo de sus sectores.

Por esta razón, las investigaciones sobre la juventud no lograron ser consecuentes con la utilización de la dialéctica materialista como base teórica, y la relación entre lo teórico y lo empírico no marchó como una unidad: por una parte se realizó un conjunto de investigaciones para resolver problemas prácticos, sin insertados en una concepción teórica al efecto, desarrollando un estilo de investigación muy empirista y, por otra, un conjunto de trabajos «teóricos», que brindaron criterios generales sin aportar nuevos elementos, porque no se apoyaban en el análisis concreto del movimiento de la sociedad.

La falta de esa guía teórica integradora para abordar la investigación también condujo al desbalance de los temas y los grupos juveniles estudiados, por lo que se produjo el sobre tratamiento de algunos, como la educación y el estudiantado, y el subtratamiento de otros, como los obreros y los campesinos.

En general, predominó un enfoque de la juventud como una fase del «ciclo de vida», cuya función es la preparación para la vida adulta, vista como un período de transición en el que se potencia la posición de receptor con relación a la sociedad y se crean las condiciones para reproducir la vida social.

La consideración de la juventud como una fase del ciclo de vida ha sido tratada en el plano biológico, en el psicológico y en el social, y se ha definido como una de transición entre la niñez y la adultez, una fase de preparación en esas tres direcciones para asumir los roles del mundo adulto. Esa transición ha sido considerada como transición objetiva, es decir, el paso de la dependencia a la independencia, a la adquisición de los deberes y responsabilidades de los mayores y también como una transición subjetiva, como una etapa de definición del rumbo posterior. La concepción de la juventud como un ciclo de preparación ha estado en la base de las posiciones que la han identificado con el estudiantado.

Ya en la segunda etapa comenzaron a aparecer algunas definiciones que intentaban superar ese enfoque reduccionista de la juventud.³ Pero, en sentido general no se le dedicó mucha atención a los criterios teóricos de la definición de juventud ni a sus límites etéreos. Las investigaciones trabajaron, o bien con los límites oficiales establecidos con un criterio político, o bien con subconjuntos en función de los objetivos particulares de cada estudio.⁴ Apenas se prestó atención al conocimiento de las distintas corrientes teóricas que han abordado el tema en el mundo y en América Latina. La mayor parte de las veces se limitaron a extrapolar acríticamente las verdades generales de la sociología de la juventud del ex-campo socialista.

Tal y como ocurrió en las ciencias sociales eurorientales, los estudios sobre la juventud en Cuba no se enmarcaron en una concepción más general acerca de las generaciones. El tema generacional, que había estado presente en diferentes momentos del pensamiento social cubano, en particular a partir de la década del 30, y que incluso constituyó un elemento de debate durante la década del 60, dejó de ser considerado tanto en el plano académico como en el discurso político. Se desconoció el papel de las generaciones y sus diferencias en la sociedad, al absolutizar el papel de las clases, por lo que ese tema recibió poco impulso, tanto desde el punto de vista teórico-conceptual como metodológico y, consecuentemente, en el orden de los resultados concretos.

Así, no hubo producción científica en ese campo a lo largo de años. Las pocas experiencias se centraron en reconocer la existencia objetiva de las generaciones y su sucesión, en refutar las teorías del conflicto generacional, así como en destacar el carácter armónico de la sucesión en el socialismo. En este caso se absolutizó uno sólo de los dos polos del proceso: la continuidad y no las diferencias, dentro de la tendencia general a minimizar la permanencia de desigualdades sociales, lo que constituyó en cierta medida el abandono de principios esenciales del marxismo para enfocar el tema, al no reconocer el carácter de contradicción dialéctica, de la negación de lo viejo por lo nuevo, que entraña la sucesión, a la vez que se interpretó la subordinación de los procesos generacionales -en última instancia- a los clasistas, como su anulación.

De forma paralela, apenas hubo algunas reflexiones dirigidas a definir la categoría y a fundamentar su importancia metodológica. Mucho menos aún se intentó identificar la estructura generacional concreta de la sociedad. Incluso, el concepto de generación se redujo sólo a su sentido demográfico, basado únicamente en la edad de los individuos; o se limitó al plano de la familia, es decir, como la generación de los abuelos, los padres y los hijos.

El otro elemento conceptual que ha estado presente a lo largo de todas las etapas ha sido el de la socialización, como mecanismo de apropiación de valores y normas de conducta que garanticen la inserción del joven en la vida social. Para este análisis se trabajó con la categoría *educación comunista*, entendida como un proceso social encaminado a formar en las nuevas generaciones una concepción científica del mundo, desarrollar en toda su plenitud las capacidades físicas, espirituales y morales del hombre y fomentar en él elevados sentimientos y gustos estéticos, de manera que los principios ideológicos y morales comunistas se convirtieran en convicciones personales y hábitos de conducta diaria

hasta alcanzar una posición activa y consciente del sujeto en la construcción de la nueva sociedad.⁵

La principal insuficiencia de esos enfoques fue el haberse quedado en un nivel demasiado general, que no permitió precisar los objetivos particulares de la *educación comunista* para cada etapa de la construcción del nuevo proyecto, con una objetiva adecuación a las características de esta sociedad concreta. De ahí que los trabajos elaborados en Cuba se plantearan la consecución de objetivos similares a los de cualquier otro país socialista, sin tomar en cuenta las diferencias económicas, sociales y culturales existentes entre ellos. Por esa razón, no pudieron constituirse en una guía objetiva y cumplible que permitiera evaluar los logros obtenidos y los problemas no resueltos.

Hay que añadir que en el plano metodológico hubo una sobrevaloración de la encuesta, así como una escasa selectividad y adecuación de los métodos y técnicas en función del contenido del estudio y sus objetivos. Ello introdujo el peligro de las respuestas estereotipadas en áreas tan sensibles como las referidas al desarrollo político-moral de los jóvenes y su escala de valores.

Ya en 1983, en la III Reunión de Investigadores de la Juventud, se alertaba acerca de la necesidad de lograr una adecuada imbricación entre la reflexión teórica, ajustándola a nuestras condiciones, y las investigaciones concretas, de manera que pudieran constituirse en un instrumento válido y efectivo en la formación de la juventud, y se adelantaban algunas propuestas en tal sentido.⁶

Para esa fecha, comenzaron a aparecer un conjunto de investigaciones, sobre todo psicológicas, que buscaban una mayor concreción en el estudio de la personalidad socialista⁷ pero que aún eran insuficientes al enfocar el problema de la socialización juvenil en su conjunto.

La etapa que se inició en 1986, aun cuando no dispuso en sus comienzos de un inventario exhaustivo de los logros y las insuficiencias acumuladas sobre los cuales diseñar la nueva estrategia de investigación, tuvo entre sus principales virtudes el establecimiento de una perspectiva sistémica para tratar el tema de la juventud y su socialización.

Para ello se partió de una definición de juventud que, aunque reconocía su carácter de etapa del ciclo de vida y tenía que recurrir al establecimiento de límites etáreos para poder operacionalizarla, ponía el énfasis en las relaciones sociales de que es portador el grupo en su conjunto, así como cada una de sus subdivisiones, ya fueran etáreas o de otra naturaleza.

Por tal razón, no era posible su estudio sin ubicarla en el contexto de la estructura social, al tener en cuenta sobre todo su doble pertenencia a la estructura generacional de la población y a la estructura clasista.

Así se creó la necesidad de emprender, por una parte, un estudio sobre las generaciones en Cuba, definir la estructura generacional actual, sus rasgos comunes y principales diferencias, el carácter de las relaciones intergeneracionales; y por otra, un análisis pormenorizado de los diferentes sectores sociales que conforman la juventud: jóvenes obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, dirigentes, estudiantes, militares, desvinculados del estudio y el trabajo, y antisociales y delincuentes. Ambos enfoques permitirían obtener una visión del fenómeno juvenil en su conjunto y enmarcarlo en el proceso de evolución histórica.

A su vez, se enfocó la socialización del joven cubano como el resultado de la acción conjunta de un grupo de instituciones propias de la organización social predominante (la escuela, el colectivo laboral, las organizaciones políticas y de masas, los medios de comunicación masiva, el arte, el deporte, la recreación, las fuerzas armadas y la familia), cuyos objetivos debían ser la transmisión de normas y valores que garantizaran la continuidad -en lo esencial- del proyecto social de la Revolución. Y, simultáneamente, de otro grupo de instituciones contrarias, o al menos ajenas, a dicho proyecto (la propaganda enemiga, la delincuencia organizada y el turismo extranjero). Se concibió, además, que ese proceso tenía un carácter diferenciado, en correspondencia con la pertenencia a la estructura social (socioclasista, racial, territorial, sexual), tanto en términos de la extracción como de la pertenencia socioestructural que va adquiriendo el propio individuo.⁸

Esa concepción teórica permitió superar el carácter general y abstracto que había guiado las formulaciones anteriores y convertirla en una guía para diseñar las investigaciones y, posteriormente, interpretar sus resultados a la luz de las circunstancias reales donde tenía lugar la formación de la juventud cubana. Ello permitió avanzar notablemente en los estudios sobre el tema y acumular gran cantidad de información acerca del funcionamiento de los procesos particulares, es decir, de cómo se produce la socialización en los marcos de cada una de las instituciones, así como de numerosas reflexiones referentes al proceso en su conjunto.

Sin embargo, la crisis en que se ha visto sumergida la sociedad cubana a partir de 1990, con sus implicaciones desde el punto de vista social y político, tiene un conjunto de efectos sobre toda la vida de la sociedad y cada uno de los grupos que la conforman. Particularmente, tiene un reflejo en los jóvenes, por el momento de la vida en que se encuentran, lo que los convierte en unos de los principales receptores de los impactos actuales y potencia sus repercusiones futuras.

De ahí que pasaran a convertirse en objetivos claves la evaluación de los efectos que tiene la situación de crisis económica y el proceso de reestructuración de la

sociedad sobre los diferentes grupos de la juventud; sin dejar de considerar su significado a la luz de la evolución anterior, así como el análisis de las nuevas circunstancias que traerá aparejadas la superación del Período Especial y el grado de preparación de los grupos juveniles para enfrentarlas.

Estos análisis se encaminaron en dos direcciones básicas: los procesos objetivos que tienen lugar en la sociedad, y cuyas manifestaciones se expresan a nivel de la estructura social, y los procesos subjetivos, estrechamente interconectados con los anteriores, pero también relativamente independientes de aquéllos, y que se expresan a nivel de la conciencia social en su conjunto -expectativas, orientaciones de valor, representaciones sociales, valoraciones sociopolíticas.

Los resultados de la tercera etapa, como conjunto, permitieron realizar por primera vez una interpretación socio política de los cambios demográficos;⁹ caracterizar los principales grupos sociales que conforman la juventud cubana, -tanto en el plano cuantitativo como cualitativo; argumentar la necesidad de su tratamiento diferenciado por la política social y el trabajo ideológico; alertar sobre algunas tendencias negativas en la evolución de la estructura social de la juventud que evidenciaban la falta de correspondencia entre su evolución casi espontánea y los requerimientos económicos y sociales del país: el déficit de obreros calificados y el superávit de profesionales, la falta de preparación y de motivación de los jóvenes obreros, el envejecimiento del campesinado, la desproporción entre la magnitud numérica de la joven intelectualidad científico-técnica y sus resultados, así como entre la fuerza de trabajo técnica ocupada en la esfera productiva y la no productiva, el desbalance entre el nivel de escolaridad formal y real de los estudiantes y la concentración de la desvinculación laboral en los jóvenes.¹⁰

Al insertar el análisis de la juventud actual en una caracterización de la estructura generacional del país, de las relaciones intergeneracionales y de las relaciones entre la estructura de clases y la generacional, fue posible identificar la persistencia del predominio de las diferencias socioclasistas y la tendencia al incremento de los factores generacionales; la reproducción de diferencias socioclasistas en los jóvenes; la disminución de la movilidad social y la tendencia a la autorreproducción de las clases, en particular de la capa de los trabajadores intelectuales, junto a la reproducción residual de la clase obrera con los jóvenes que no completaban su instrucción general; la tendencia al aumento en los niveles de instrucción y a la disminución de la actividad social en cada generación respecto a las anteriores.¹¹

Cada una de las áreas estudiadas aportó un cúmulo de información sobre sectores particulares de la juventud o sobre el funcionamiento de cada una de las instituciones socializadoras, imposibles de reseñar en este breve espacio. Baste citar sólo algunas direcciones y los resultados de los estudios efectuados a manera de ejemplo.¹²

Jóvenes obreros. Evaluó los factores que condicionaban los elevados índices de fluctuación, accidentes e insatisfacción laboral.¹³

Jóvenes profesionales. Reveló que la educación superior del país generaba una orientación mayor hacia la investigación y la docencia que hacia la producción. Mostró el rechazo de los jóvenes a ocupar cargos de dirección y los factores que en aquellos momentos producían el subaprovechamiento de los egresados de ese nivel de enseñanza.¹⁴

Jóvenes estudiantes. Demostró el estancamiento del sistema estudio-trabajo en su forma actual y en particular el de las escuelas en el campo. De igual modo, reveló las percepciones de los estudiantes sobre la institución educacional y la sociedad.¹⁵

Jóvenes delincuentes y de conductas antisociales. Alertó, en 1987 y 1988, en cuanto a las relaciones existentes entre el delito organizado y la economía sumergida. Caracterizó la estructura del delito en los jóvenes y realizó una proyección que los años posteriores confirmaron.¹⁶

Perfeccionamiento de las organizaciones juveniles. Caracterizó la expansión de los grupos informales y contribuyó a fundamentar el cambio de política de la UJC (1988) hacia éstos. Reveló la duplicidad de funciones entre la UJC y las organizaciones juveniles de masas, por lo que se promovieron los cambios en la división de tareas entre ellas.¹⁷

Familia. Aportaron elementos en torno a la maternidad soltera, la caracterización de las parejas jóvenes y la tendencia al incremento de la consensualidad. Demostraron la tendencia a la hipertrofia de la función económica de la familia, la sobrecarga de la mujer y la reducida atribución de responsabilidades a los hijos, la tendencia a la reducción de la comunicación interpersonal y pronosticaron los impactos del Período Especial sobre la institución familiar.¹⁸

Sistema Educativo. Brindaron por primera vez la caracterización del escolar cubano (hasta 1989 se utilizó la caracterización de los escolares alemanes en la preparación de planes y programas). Realizaron la caracterización del maestro que sirvió de base a los cambios de política educacional implementados en 1988 y diseñaron las modificaciones en el método de enseñanza oficializadas por el MINED en 1991.¹⁹

Medios de comunicación social. Caracterizaron el acceso, recepción y asimilación por los jóvenes de los contenidos transmitidos por la prensa, el cine, la radio y la televisión. Revelaron los desbalances en la estructura de la programación y la tendencia a la hipertrofia en la transmisión de música. Evidenciaron el reducido número de programas juveniles, su carácter estereotipado, el subaprovechamiento de los recursos humanos disponibles, el carácter fragmentario de los métodos de evaluación y la ausencia de acceso a la información de guionistas y directores.²⁰

Arte y recreación. Mostraron los desbalances en la utilización del tiempo libre de los jóvenes y su concentración en cuatro actividades: televisión, cine, conversación y descanso pasivo.²¹

Juventud y zonas de desarrollo. Demostraron el impacto del proceso inversionista sobre la migración rural-urbana, el debilitamiento de la producción agrícola y las repercusiones en cuanto al crecimiento de barrios insalubres en el caso de Holguín. Propusieron correcciones a la política tecnológica, basadas en la combinación en diferentes intensidades del uso de fuerza de trabajo, y en evitar la concentración de las inversiones en determinadas áreas. Caracterizaron la actividad educacional y la deserción escolar, así como el impacto del proceso de desarrollo sobre la divorcialidad y la nupcialidad.²²

Conciencia jurídica de los jóvenes. Mostraron la reducida difusión y comprensión de las normas jurídicas, el subtratamiento de este tema por la escuela, los medios masivos y las organizaciones de masas. Se pudo conocer el comportamiento del trabajo de prevención y el tratamiento de las contravenciones en las provincias Santiago de Cuba y Guantánamo.²³

Turismo y juventud. Analizados a través del caso Varadero, los resultados aportaron elementos sobre la magnitud y el flujo real de la *propina*, el flujo sumergido de divisas y su magnitud, y el desarrollo de la prostitución y el delito.²⁴

Efectos del Período Especial para los jóvenes. Caracterizaron los impactos de esta etapa, tanto en el nivel objetivo (empleo-calificación-movilidad social) como en el subjetivo (expectativas y valores). Determinaron la existencia de tres grupos según el grado de identificación con el proyecto social y su dinámica. Pronosticaron el carácter de las relaciones generacionales en las nuevas condiciones y propusieron cambios en el proceso de socialización.²⁵

La naturaleza y diversidad de los resultados obtenidos permitió conectar de manera directa la labor investigativa con la acción de las más diversas instituciones que tienen que ver con los jóvenes. Realizar un inventario exhaustivo de las aplicaciones prácticas

que han tenido las investigaciones sobre la juventud desarrolladas en el marco de los programas para la política social dirigida a ese sector es una tarea aún inconclusa. En un plano muy general podrían señalarse sus aportes a los cambios de enfoque en la política educacional, a las nuevas direcciones del trabajo de la UJC a partir del V y VI Congresos, al proceso de renovación de cuadros iniciado a partir de 1989, a las modificaciones realizadas al Código de Familia también en 1989, a los cambios en la política del Partido y la UJC con relación a los creyentes y otros.

También han producido una cantidad de conocimiento de alto valor para la docencia, que han contribuido a preparar, desde asignaturas para la Licenciatura en Enseñanza Primaria como Educación Cívica y Maestro y Sociedad, así como el curso monográfico Sociología de las Generaciones y la Juventud, para la Licenciatura en Sociología de la Universidad de La Habana. Así mismo, han permitido organizar cursos o ser utilizados como textos en universidades latinoamericanas.

Por lo tanto, con todo lo hasta aquí expuesto, hacer un balance del estado actual de las investigaciones sobre juventud en Cuba deja necesariamente un saldo favorable que podría resumirse en tres direcciones claves.

La primera es haber ofrecido una imagen amplia y realista de la problemática juvenil, de las características de los jóvenes, tanto objetivas como en el plano de la subjetividad, de la acción de las instituciones socializadoras y del estado de las relaciones intergeneracionales, así como la posibilidad de establecer algunas comparaciones con la situación de la juventud latinoamericana. La segunda, es haber logrado un vínculo relativamente estrecho entre los resultados de esas investigaciones y su utilización en la práctica social, que ha servido para actuar en múltiples direcciones. Y la tercera, haber desarrollado -aun cuando queda mucho camino por recorrer- la reflexión teórica particular acerca de las generaciones y la juventud en las condiciones de Cuba e insertada en el marco de reflexiones más generales sobre la evolución de la sociedad en su conjunto y sus procesos de cambio, teniendo en cuenta que la dialéctica entre continuidad y ruptura en la sucesión generacional es uno de los elementos más decisivos en el futuro de la nación.

No obstante, la experiencia de los últimos años en la investigación juvenil no está exenta de insuficiencias también en diferentes planos.

Desde el punto de vista de su organización, la conformación de los programas, si bien cumplió su función de aglutinar esfuerzos, también actuó como un megaproyecto, que no siempre logró imbricar suficientemente todos los aportes parciales, a la vez que las instituciones participantes no lograron equilibrar de

una manera adecuada las demandas del proyecto como conjunto y sus intereses más particulares. A su vez, la magnitud del esfuerzo hizo necesario que se involucraran colectivos y especialistas de diversos niveles de desarrollo científico, por lo que todos los temas no aportaron un nivel de conocimiento similar. De ahí que, al realizar las interpretaciones globales, aparezcan «baches», constituidos por las ausencias o las insuficientes informaciones o interpretaciones.

Por otra parte, se intentó desarrollar un enfoque interdisciplinario. A nivel del proyecto general y de sus interpretaciones integradoras, se alcanzó en gran medida ese objetivo. A nivel de los temas particulares no se logró suficientemente, a pesar de la presencia en la mayor parte de ellos de especialistas de diversas disciplinas. En la práctica, esa presencia no garantizó la integración disciplinaria, sino que primó el enfoque de una u otra en función de la disciplina dominante, cuantitativa o cualitativamente, o en función de la especialidad de quien dirigía el tema.

Y, por último, a pesar de todo lo que se logró en materia de introducción de los resultados a la práctica, aún resulta insuficiente el impacto que todo ese conocimiento obtenido ha producido sobre la política social y el proceso de socialización de la juventud.

Ello se debe a dos razones. Una es la aún insuficiente capacidad de la investigación para transformar sus resultados en propuestas concretas de políticas, materializables a diferentes niveles. Esa fue una de las metas claves planteadas en 1991 y que no llegó a desarrollarse suficientemente. La otra razón es que aún predomina, a nivel de la política, una visión reproductiva de la socialización juvenil que tiende más a promover los elementos que garantizan la estabilidad, entendida como repetición acrítica de valores y formas de hacer ya instauradas, que los que propician el cambio. Esa visión es la que ha favorecido un aprovechamiento mayor de los resultados parciales que apuntan hacia fragmentos de la realidad juvenil, que los de aquellos que brindan lecturas más integradas y de mayores implicaciones para el proyecto social en su totalidad.

El reto mayor de las investigaciones sobre la juventud en estos momentos radica en revertir esta situación, afinando sus mecanismos de elaboración de propuestas y promoviendo un amplio debate sobre el papel de la generación joven en la continuidad -que incluye las necesarias rupturas- del proyecto revolucionario cubano.

Notas

1. Cfr. María Isabel Domínguez, y María Victoria Valdés, «Principales investigaciones sobre la juventud en Cuba 1969-1985», informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1992.

María Isabel Domínguez

2. Se refiere a los «Programas Científico-Técnicos sobre la Formación de la Juventud (1986-1990 y 1991-1944)», coordinados por la Academia de Ciencias de Cuba, con la participación de numerosos centros de investigación y del Ministerio de Educación Superior.

3. Por ejemplo, Gaspar Jorge García Galló, en una segunda definición aparecida en su trabajo «La juventud como categoría a la luz del marxismo-leninismo», enfocaba la juventud haciendo énfasis en las relaciones sociales de las que es portadora y así superaba su propia definición de 1978 en «Naturaleza y función de la juventud en las actuales condiciones históricas».

4. Cfr. María Isabel Domínguez, «Propuesta de reajuste de los límites de edades de la juventud. Informe de investigación», Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1991.

5. En este sentido se realizaron numerosos estudios, tesis de diploma y otros trabajos encaminados a abordar los objetivos de ese proceso, las vías y los métodos. Por ejemplo, de las 301 investigaciones antes mencionadas, el 15% se refería sólo a la educación comunista de los jóvenes.

6. Cfr. Angela Casaña, y J. L. Martín, «Contenidos, vías y métodos para la educación política de los jóvenes», ponencia presentada a la III Reunión de Investigadores de la Juventud. La Habana, 1983.

7. Cfr. Fernando González Rey, *Motivación moral en adolescentes y jóvenes, 1982; Algunas cuestiones del desarrollo moral de la personalidad, 1982, y Motivación profesional en adolescentes y jóvenes, 1983*; M. A Ramos, *Diagnóstico del desarrollo alcanzado en 1a educación moral de la joven generación, 1985*.

8. Juan Luis Martín, *Programas de Investigaciones sobre la formación de la juventud; diseño general*, Academia de Ciencias de Cuba, Dirección de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

9. Cfr. Colectivo de autores, *Proyección de indicadores estadísticos seleccionados en relación con la población joven de Cuba hasta el año 2005*, Comité Estatal de Estadísticas, INSIE, La Habana, 1987.

10. Cfr. María Isabel Domínguez, «Tendencias del desarrollo de la estructura social de la juventud cubana», informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1987.

11. Cfr. María Isabel Domínguez, «Las generaciones en la sociedad cubana actual», Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, 1989 y 1990.

12. Cfr. Juan Luis Martín, *Informe de Balance Final de los Programas Científico-Técnicos sobre la Formación de la Juventud*, Academia de Ciencias de Cuba, Dirección de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.

13. Ángela Casaña, «Elevación de la influencia positiva del medio laboral sobre los jóvenes obreros». Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1990.

14. Cfr. E. Íñigo. «Problemas de la correspondencia entre la formación y la utilización de los egresados de nivel superior». Informe de investigación, Centro de Estudios para el Perfeccionamiento de la Educación Superior (CEPES), La Habana, 1989, y B. Tristán, «La disposición de los jóvenes profesionales para ocupar cargos de dirección.» Centro de Estudios para el Perfeccionamiento de la Educación Superior (CEPES), La Habana, 1990.

15. Cfr. M. Perera, «Orientación hacia el aporte social a través de las actividades laborales-estudiantiles y hacia el consumo», Informe de investigación. Centro de Investigaciones Psicológica y Sociológicas, CIPS, La Habana, 1990, y P. Arenas, «Percepción de los estudiantes de la sociedad y la escuela.» Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1990.

16. Cfr. F. Barral, «Determinación de las causas y condiciones de la delincuencia en Cuba por sectores de la juventud», informe de investigación, La Habana, 1989.

17. Cfr. Marta Alejandro, «La juventud y los grupos informales.» Informe de investigación, Centro de Estudios sobre la Juventud, La Habana, 1987.

18. Cfr. I. Reca, y M. Álvarez, «Características del modo de vida de familias obreras y trabajadores intelectuales con hijos adolescentes y jóvenes.» Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1990; M. Álvarez, «La madre soltera y la atención que recibe el hijo durante su primer año de vida.» Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de Justicia - Federación de Mujeres Cubanas, La Habana, 1987, y M. Álvarez, «Posibles impactos del Período Especial en la familia cubana.» Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, CIPS, La Habana, 1992.

19. Cfr. «Caracterización del escolar cubano.» Informe de investigación, Ministerio de Educación, Instituto Central de Ciencias Pedagógicas, La Habana, 1990.

20. Cfr. M. Alonso, «Análisis de la gestión actual del ICRT relacionada con la programación para jóvenes.» Informe de investigación, Instituto de Investigaciones de la Radio y la Televisión, La Habana, 1988.

21. Cfr. R. Roque, «El tiempo libre de los jóvenes cubanos.» Informe de investigación, Ministerio de Cultura, Centro Juan Marinello, La Habana, 1989.

22. Cfr. «La situación de la juventud en Holguín.» Informe de investigación, Instituto Superior Pedagógico de Holguín, Holguín, 1990.

23. Cfr. A. Mariño, «La conciencia jurídica de los jóvenes.» Informe de investigación, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1990.

24. Cfr. R. Paz, «Turismo y juventud en Varadero.» Informe de investigación, Poder Popular de Matanzas, Area de Investigación-Desarrollo, Matanzas, 1992.

25. Cfr. María Isabel Domínguez, y M. E. Ferrer, «Efectos del Período Especial sobre los jóvenes.» Informe de investigación, Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, La Habana, 1993.

© TEMAS, 1995

Controversia

Nación e identidad

*Natalia Bolívar
Rafael Hernández
Consuelo Martín
Graziella Pogolotti
Pedro Pablo Rodríguez
Joaquín Santana
Enrique Ubieta
Miren Uriarte*

Rafael Hernández (moderador). Quisiéramos abrir una discusión, lo más viva posible, en torno a los temas de la nación y la identidad cultural, cuya significación contemporánea es obvia. Empecemos por el principio, por el problema mismo de la nación. Quisiera sugerirles, a manera de introducción, un comentario acerca de un asunto controvertido: en qué medida el componente popular en marca la construcción nacional. En otras palabras, hasta qué punto entre los ingredientes de la nación se encuentran elementos que pudieran considerarse negaciones del nacionalismo, no solamente políticas e ideológicas, sino culturales en un sentido integral, y que de cierta manera resultan contradictorias con una concepción de defensa de lo nacional. En qué medida los representantes de sectores antinacionales son parte legítima, aunque negativa, de la nación. Y en qué medida la nación misma es una construcción histórica que los involucra o los segrega.

Pedro Pablo Rodríguez. Habría que considerar primero, por un problema metodológico, que la nación es una categoría histórica. Creo que identidad es un término más abarcador, también en el sentido histórico. Y para hablar de nación habría que establecer la relación entre identidad y nación. Este es un término, la identidad, tomado de la psicología. Es algo que existe en toda agrupación humana desde que pretende autoidentificarse a sí misma frente a otra. Por tanto, desde el surgimiento de la humanidad aparece la identidad en el individuo y también en los grupos sociales. La nación, por consiguiente, para decirlo en el lenguaje de los sociólogos, es una forma moderna de manifestarse las identidades o ciertas identidades, que no existieron así en otras épocas anteriores. Tu pregunta va muy dirigida a Cuba. Pero habría que plantearse el problema en términos más genéricos.

En la medida en que se van conformando esas identidades, en un proceso que no se acaba, emerge esta categoría histórica. Posiblemente, habrá un momento en que no tenga sentido hablar de naciones. Históricamente, la nación o las naciones no han estado ni tienen que estar siempre vinculadas con las luchas populares. Cada formación social ha asumido sus propias maneras de irse desarrollando con este proceso. La cuestión para los historiadores cubanos, o para la historia que se ha hecho en Cuba a partir de los años 60, y sobre todo desde los 70, es que se ha planteado como una verdad absoluta que la nación cubana la formaban las luchas populares en el siglo XIX. De ahí que exista casi una relación de identidad entre la formación y el desarrollo de la nacionalidad en el siglo XIX y los de las luchas populares. Con esto no quiero decir que esté errado ese razonamiento tan repetido de que el proceso de la independencia, que iniciaron los cubanos de Oriente y Camagüey, fue extendiéndose y a la vez transformándose en un movimiento liderado por sectores cada vez más populares. No objeto esta idea. Pero si partimos del criterio de que la Guerra de los 10 Años fue el crisol de formación de la nacionalidad, no se debe ignorar, como hace buena parte de la historiografía marxista cubana después de los años 70, que este no es un proceso que arranca en el siglo XIX, sino en el siglo XVI.

La historiografía marxista cubana partió, al igual que la positivista -en particular, Ramiro Guerra- de aceptar la verdad que nos había inculcado Francisco de Arango y Parreño, es decir, que la historia de Cuba comenzó en 1792. En Arango, esta era una manera de decir que la historia de su grupo oligárquico comenzó en 1792 -aunque esto tampoco es absolutamente cierto. En consecuencia, los siglos XVI y XVII han sido prácticamente olvidados por la historiografía cubana. Sólo hay dos, entre los numerosos cultivadores de la historia de Cuba, que han tratado los últimos años del siglo XVI. Este es un proceso bastante complicado, pero que arranca desde el propio choque cultural, histórico, de la conquista española con la población aborigen y la relativamente rápida desaparición física de esa población aborigen. De manera que se inició la formación de un pueblo nuevo en la Isla, producto de una población fundamentalmente migrante, que se va estableciendo en el país. No se trata de desconocer el proceso que cuaja y culmina en la lucha por crear un Estado nacional en el siglo XIX. Pero es hora de superar ese esquema, según el cual la nación es igual al Estado nacional. Otras disciplinas, consciente o inconscientemente, han seguido mucho a los historiadores en el criterio de identificar nación con Estado nacional. Este es un momento importante en el proceso de desarrollo de la nación y de la identidad nacional en muchos lugares, pero no necesariamente ni siempre ha sido así. En el caso cubano, la lucha por la creación de un Estado nacional ha tenido una significación decisiva en este proceso, pero la nación no se puede reducir a ese momento. En la formación de la nación cubana tienen un papel decisivo los sectores de la oligarquía cubana, que aportan en primer término el propio reconocimiento de una identidad nacional, lo que se ha tendido a olvidar. Aunque a partir del final de la Guerra de los 10 Años, y sobre todo en el siglo XX, la burguesía azucarera cubana tendiera a jugar un papel antinacional, su huella quedó impresa en la nacionalidad cubana, así como ésta se permeó de rasgos de los elementos populares. La burguesía cubana nunca fue aristocrática como la argentina en el siglo XX. Era populachera, como la burguesía venezolana -porque un país que vivió las guerras sociales que vivió Venezuela en el siglo XIX y en el XX, no puede tener una burguesía aristocratizante como la argentina, que es la que muestra David Viñas en sus novelas.

A veces hemos esquematizado, al afirmar que solamente el elemento popular ha sido el que ha conformado la nación a partir del siglo XIX.

Graziella Pogolotti. Estoy totalmente de acuerdo con Pedro Pablo en que estamos ante un proceso y que las categorías son discutibles. Me horripila, por esa razón, que a veces absoluticemos, dando una idea de nación que produce una cierta sensación de inmovilidad y permanencia. A menudo aludimos a un referente original, que desde mi punto de vista corresponde a una visión esencialmente idealista. La identidad empieza a manifestarse en el momento en que nos percatamos de una diferencia. En todos los países del mundo, tenemos documentos personales que se llaman carnés de identidad. ¿Qué contiene una carné de identidad? Una serie de datos, en primer lugar físicos. En segundo lugar, genealógicos. Y otros rasgos particulares, como el grupo sanguíneo. ¿Qué es lo que revela ese conjunto? Pues revela quién es una persona, teniendo en cuenta lo que tiene de particular, de diferente. Trasladado a lo nacional, se trata de un problema en cierto modo semejante.

Desde el momento en que el habitante de Cuba empezó a ser visto como criollo, cualquiera que fuera su origen, ya se estaba estableciendo y reconociendo una diferencia. En el plano de la literatura nosotros tenemos un primer documento en el que esto se revela, y es el célebre poema *Espejo de paciencia*. Es decir, ya en fecha tan temprana, el *Espejo de paciencia* cuenta una aventura en la cual aparecen, por un lado, ciertos rasgos de la naturaleza del país, ciertos rasgos concretos, geográficos y físicos, que particularizan, y por otra parte una conducta equivalente que también indica una particularidad.

Recuerdo haber leído, hace muchos años, cuando era estudiante en la Universidad, un libro de uno de los historiadores del siglo XVIII, Arrate, en una edición que hizo Julio Le Riverend, en El Colegio de México. En este texto también iban poniéndose de manifiesto los rasgos propios de esa diferencia. Estamos ante un proceso en el que esa diferencia, esa particularidad, eso que será después una conciencia nacional, se va configurando poco a poco. Y es a través del proceso de la historia que se va convirtiendo en un bien común, asumido por el conjunto de la sociedad.

Me impresionó mucho un texto testimonial escrito por una matancera de principios de este siglo, Lola María Jiménez, que trata de reconstruir la historia de Matanzas desde el momento de la fundación de la ciudad y de su desarrollo, a través de la historia de su propia familia. Esta familia transita la época de la Guerra de los Diez Años sin que aparentemente este fenómeno histórico la toque, salvo en el caso del fusilamiento de los estudiantes de medicina, por que hay un matancero fusilado. Es sólo cuando se llega a la Guerra del 95, a la reconcentración de Weyler, cuando verdaderamente se introduce al nivel de texto el cambio de perspectiva. Sólo entonces esa mujer, que está relatando su historia, empieza a hablar verdaderamente como cubana, como partícipe consciente del proceso. Es decir, que el proceso no se produce de una manera simultánea, sino que va creciendo poco a poco. Pienso que, en los orígenes, los componentes diversos de la sociedad cubana también tienen objetivos y actitudes diferentes. Era lo que repetía Bolívar al fraguar la idea de la independencia. El hablaba en nombre de aquellos que estaban preparados para asumir las tareas, los cargos de dirección, en sus territorios, y que no. estaban limitados por su falta de formación militar ni intelectual, ni por su carencia de

En otro texto de nuestra literatura -uno fundamental, a mi juicio- *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, se ilustra la superposición de estos grupos. Esto se manifiesta de una manera muy cruda. En esa sociedad, los objetivos de los esclavos no eran básicamente éticos, sino una elemental aspiración a alcanzar la libertad. Los diferentes intereses, las diferentes maneras de ser, las diferentes maneras de expresarse en el plano de la conciencia se van articulando poco a poco, van tomando fuerza al calor de la lucha, de los enfrentamientos que se producen progresivamente, a través de

los cuales estos intereses, aspiraciones y objetivos, estas maneras de reconocerse, se convierten en propósitos comunes, y por lo tanto se convierten en un bien común.

En su proceso de desarrollo, que se inicia al implantarse la colonización en el país, en esta isla distante de la justicia peninsular. se empieza, a pesar de la metrópoli, a tener relaciones con mucha otra gente con la cual no le estaba permitido tenerlas. Y estas relaciones significan contactos, intercambio de ideas conocimientos de otras maneras de ver el mundo. Y con el crecimiento estas relaciones va emergiendo la diferencia, hasta el momento de las guerras de independencias, y posteriormente, con lo que sucede en la república neocolonial. Finalmente, en el proceso de la propia Revolución, se incorporan nuevos factores a la conciencia nacional, en el plano de la ideología.

Rafael Hernández. Escuchando a Graciela, y antes a Pedro Pablo, pensaba que bajo las categorías de nación e identidad, definidas teóricamente de una manera u otra, se subsume la realidad de un proceso histórico concreto. Categorías que pueden estar muy bien definidas en un texto, como la de conciencia nacional pueden no estar abarcando la totalidad de las expresiones que esa conciencia nacional tiene en un momento determinado de la historia, en 1868 o en 1959. En cierto sentido, habría varias conciencias nacionales juntas, así como en la Revolución coexisten varias revoluciones, que funcionan en la imaginación colectiva al mismo tiempo. Ahora bien, ¿en qué medida la existencia de una estructura, de una estratificación o de una complejización de las formas de la conciencia nacional pueden hacemos entender de una manera más compleja y rica el problema mismo de la identidad? ¿Y hasta dónde esto nos permitiría, desde un punto de vista metodológico, entender mucho mejor estos problemas? Cuando planteaba inicialmente el problema de la integración de la nación, recordaba una pregunta que me hicieron una vez: ¿en qué medida los latifundistas y los delincuentes políticos que han estado en la historia de Cuba, son o no parte de la nación? Podría considerarse, formulada de esta manera, una pregunta escolástica. No es posible contar la historia de la nación cubana sin que ellos estuvieran presentes. Pero una cierta visión de depuración de la historia, a partir del sentimiento de independencia y la lucha por la soberanía nacional, sí hacen que, mentalmente, se segregue y se divida la nación de diferentes maneras, tratando de quitarle al grupo históricamente valorado como antinacional. Aunque la historia de la conciencia nacional no pueda contarse sin el anexionismo.

Enrique Ubieta. Tanto es así que, al cabo de 35 años de revolución, este anexionismo continúa siendo un problema real, no planificado por manos extranjeras, sino con raíces propias del país; por lo que, de alguna manera, sí forma parte de la nación.

Retornando los planteamientos anteriores, habría que empezar por comprender que la nación es algo que aparece con el desarrollo y surgimiento del capitalismo en el mundo y forma parte del proceso de definición de determinados mercados, de lenguas comunes, de posibilidades de transporte y acceso a los productos, que exige el incipiente mercado capitalista. En el caso de países como Cuba, que son colonias a las que se les ha amputado el pasado de forma violenta, pueblos nuevos al decir de Darcy Ribeiro, sucede un hecho paradójico. Determinadas relaciones de producción capitalistas anteceden al propio proceso de formación de la nación, no van juntos. Lo que ocurre primeramente es un proceso de diferenciación sustentado en el surgimiento de nuevas necesidades en un grupo dentro de la clase dominante, que ya empieza a considerarse diferente de lo criollo, aunque ha nacido en territorio cubano.

Retamar decía en uno de sus ensayos que si los negros y los indios se consideraban desde un inicio como otros, que ya tenían plena conciencia de su otredad, a los criollos les costó algunos años tomar conciencia de ello. Y ese proceso crea un cierto paralelismo en el proceso de autoconciencia. La identidad es un término que no sólo reconoce algo que existe en sí, sino cómo lo sentimos y lo asumimos colectivamente.

La identidad también tiene diferentes estadios y niveles. Desde el personal, que decía Graziella, pasando por el familiar, el colectivo, el regional, en fin, el de género, hasta el nacional, el latinoamericano y, finalmente, la identidad de saberse uno un ser humano. Y todos estos niveles, en sus diferentes sus tratos, son una manifestación cultural. Por tanto, el término de identidad cultural engloba todo.

La identidad nacional no es más que un nivel de esa identidad cultural del hombre.

Miren Uriarte. Esta discusión me recuerda mucho la obra de Franz Fanon. El contexto en que todo esto tiene lugar es el del coloniaje, en la diversidad ideológica de identidad que ese proceso trae. Se está forjando una identidad nacional, y su contrario. A través de todo ese proceso, de la primera formación inicial que ha recibido la persona, la toma de conciencia de ser cubano, de ser diferente a lo español, va predominando. Más tarde, el proceso de conciencia se convierte en algo colectivo, ya podemos decir que es una conciencia nacional. Y más adelante priman otros intereses sobre los intereses de los españoles, la idea de que sí se pueden realizar, aparece el choque, y es en esa interacción de contrarios como se va produciendo la lucha en el tiempo.

Esto me lleva a la cuestión de si se incluye o no a ese contrario, que puede ser nacional, en esa nueva definición de quiénes somos. Yo diría que, por extensión, sí se incluye, porque si no hubiera el contrario se acabaría esa lucha, como se ha acabado la lucha con el español, y ya no hay discusión sobre qué quiere decir ser o no ser. Constantemente a través de la historia, existe ese contrario, y en cierta medida tiene que existir, mientras sea un proceso en el cual no haya una completa independencia de ideas y de acción.

Siempre me ha llamado la atención cómo, a pesar de que la lucha anticolonial fue contra los españoles, quedan pocos rasgos de esa lucha anticolonial en la conciencia nacional cubana de hoy. Ya eso no es una parte importante de la lucha que se forja alrededor del contrario. En 1902, se produjo una frustración de esa formación nacional, que en cierta manera sumerge la lucha anterior y la convierte en algo distinto, en términos de la conciencia nacional.

Me he preguntado cómo no ha continuado eso en Cuba, al igual que en otros países, en Brasil o en los que fueron colonizados por los ingleses, donde esa lucha continúa siendo el foco de la lucha por la nación.

Consuelo Martín. Quería aportar unas ideas en línea con la pregunta de Miren. Creo que la identidad cubana, como proceso, siempre ha crecido bajo el influjo de la dependencia. Incluso todo lo que hemos estado analizando aquí revela que no sólo existió ese contrario, sino que es imprescindible para la identidad. Desde el punto de vista psicológico, no puede haber identidad, si no hay actividad; si no hay otro, no hay yo: quién soy y por qué no soy el otro. En esa medida, a nivel personal, que puede ser extendible al sujeto individual y a través de este al sujeto social, el contrario es un elemento imprescindible.

Ahora bien, el hecho de que ese otro, ese contrario, se convierta en el enemigo, visto como ese otro que me está haciendo dejar de ser yo, es lo que permite una lectura de esa historia, que revela justamente haber crecido bajo el influjo de la dependencia. Vaya tratar de casar esta idea con la aspiración de Bolívar de ser

latinoamericanos. Esta aspiración de ser latinoamericanos tuvo un momento histórico en el cual nosotros, aquellos que -como explicaba la doctora Pogolotti- estuviésemos preparados, íbamos a dejar de ser venezolanos, bolivianos, colombianos, peruanos, cubanos. ¿Y quién era el contrario, en el caso cubano? Era España, porque éramos un país colonizado. Pero cuando estamos a punto de consolidar la independencia, se frustra. Entonces, para nosotros, ese latinoamericanismo, que puede ser anticolonialismo se traduce en antimperialismo, porque aparece éste nuevo elemento, y quizás eso sea lo que solape la posición de España, sustituida por el neocoloniaje. Y entonces España, por otros elementos culturales de afinidad, que no tenía la otra cultura nueva anglosajona, se queda como la madre patria, por la aparición del antimperialismo como nuevo elemento contrario. Ese nuevo elemento nos hace crecer otra vez bajo el influjo de la dependencia, al frustrarse la independencia, y se convierte en el elemento que entorpece la identidad. Cuando triunfa la Revolución, ¿cuál sería el nuevo patrón de la dependencia? ¿Cuál sería desde la identidad? ¿Cómo pensar ese nuevo contrario que se traduce en antimperialismo? Y la dependencia está en el conflicto que es ya un conflicto más allá de lo que pudiéramos querer, y que se plasma en esa tensión política y militar con Estados Unidos. Es palpable que el contrario ahora es justamente este conflicto con los Estados Unidos.

No estoy de acuerdo en que la identidad cultural engloba todas las demás. Sin sujetarme a ninguna estructura categorial, creo que la identidad nacional es un proceso complejo, que integra otros e involucra una serie de elementos aportadores y creadores. Es decir, que no es una identidad producida, sino productiva en sí misma y que produce al otro, en tanto se define a sí misma. Desde el punto de vista de la psicología, los niveles serían somáticos. Comparándolo con el individuo, en ese proceso que empieza antes de nacer el individuo. Qué nombre le vamos a poner o por qué lo quiero tener. El individuo es todo lo que su familia, sus padres directos, su historia, su país, quiere que sea. Ese individuo va a empezar a formarse a sí mismo a otro nivel, al nivel personal, que integra todo lo que le toca como hijo, hermano, nieto, y luego como padre, como abuelo, en los distintos momentos de su historia. La identidad integra el nivel social porque ese sujeto, en un cuerpo somático, predeterminado, está sujeto por los elementos de la sociedad en que nació, es decir, por la historia de esa nación, incluso por los límites impuestos. Y así podría verse también su identidad nacional. Me gustaría quizás discutir si la identidad cultural es la que engloba la identidad nacional; o si una expresión de la identidad nacional es la identidad cultural.

Graziella Pogolotti. Yo sí creo que la identidad cultural es una síntesis de todo lo demás. Evidentemente, hay que partir de qué es lo que se entiende por cultura. La cultura es algo que va más allá de la cultura artístico-literaria. En el sentido más amplio, la identidad cultural tiene ese valor de síntesis en la medida en que nos estamos moviendo, en el terreno de la conciencia, en el cual interviene, entre otros factores, algo tan importante como la memoria. La memoria, con toda su carga de subjetividad. La memoria no es la historia en sus casos objetivos, sino tal y como la vivimos, como nos ha sido transmitida por los distintos caminos de la tradición, entre ellas la tradición oral.

Volviendo a la pregunta de Miren -por qué España pasa tan rápidamente a un segundo plano- vaya referirme a anécdotas que tienen que ver con esa memoria. Tuve la posibilidad de conocer a muchas personas que habían vivido el momento del inicio de la República, el tránsito de la colonia a la República. Y lo que todas esas personas me referían, de una manera casi obsesiva, era un hecho simbólico, que había sido el cambio de las banderas en el momento de la intervención americana.

Cuando se arrió la bandera española, no subió la bandera cubana, sino la bandera norteamericana. Y eso quedó grabado en el recuerdo de gente que tenía 15, 16, 18 años, y que lo siguieron contando después. Detrás de esa imagen simbólica, vino todo lo demás, lo que nosotros conocemos. La Enmienda Platt y la forma en que se impuso, la violencia de la irrupción económica norteamericana. Vino también la instauración de modelos de poderes que se desarrollan y están presentes en la República, por distintas vías. Y que son una expresión diferente de ese otro al que nos tenemos que enfrentar para reafirmarnos. Esto hace que el proceso de la república, desde el punto de vista cualitativo, adquiera una complejidad aún mayor. Y por eso el español pasa a un segundo plano. El español desaparece con las autoridades españolas y queda aquí el español trabajador, el inmigrante nuevo que se mezcla con el pueblo. La cicatrización en ese aspecto es rápida porque el contrario, el enemigo, el que se levanta rápidamente con una fuerza, una presencia y una cercanía que el español no había tenido, es el norteamericano.

Rafael Hernández. Quiero retomar algunos hilos que se han ido trenzando en la conversación. Hemos dicho que la identidad es anterior a la nación. Y que se trata de una categoría más amplia, que emerge primero, frente a la identidad del otro, tanto en términos históricos como socio psicológicos. A propósito, quisiera recordar una expresión que ha estado presente en la memoria oral de que hablaba Graziella, la fórmula *negro de nación* para referirse a los oriundos de África. Ahí está también la nación, otra nación. Pero otra nación que no entra aquí por donde mismo entran los españoles, y que no es la nación a la que corresponde el criollo. El negro, el de nación, que se convierte en cubano, se cubaniza, se asimila a una sociedad a la que ha ido incorporándose progresivamente. Pero sobre todo, en el cambio del siglo XVIII al siglo XIX, irrumpe y llega a ser, en un momento determinado, una cantidad demasiado grande de la población para el sentir de los criollos, de los patriarcas. El proceso de integración y de identidad del africano a la nueva nación, ¿se produce a partir de los mismos procesos que aceleran la formación de la conciencia y de la identidad nacional a mediados del siglo XIX y que se relacionan con las luchas por la independencia?

Natalia Bolívar. Cuando los africanos empezaron a venir aquí como esclavos en las minas de cobre, que fueron los primeros que trajeron, se empezaron a cimarronear con los indios. Ahí aprendieron las propiedades de nuestra tierra. Ahí se identificaron con todo lo que les rodeaba, adonde ellos habían sido traídos como esclavos. A partir de cimarrones, palenques y más tarde, en las cofradías y los cabildos, se fue forjando la identidad de ellos como negros traídos de nación, pero ya absorbidos al medio ambiente de aquí. Los negros y los mestizos libres trabajaban en el sector artesanal y se conformaron en gremios, llamados cofradías. Todo esto era una forma de subsistencia. Por eso adaptaron la religión, aunque no la adaptaron realmente, sino a su forma. Como me decía una vieja esclava, mis orishas tienen un nombre en yoruba y otro en español. Pero eso era una forma de conservar lo que habían traído de sus bailes, música, comidas, formas de actuar. Como tú dices, a partir del siglo XVIII, hay un gran crecimiento africano por el *boom* azucarero, porque nada de esto puede verse de espaldas al desarrollo socioeconómico del país. El *boom* azucarero se produce a finales del siglo XVIII, con una gran inyección de esclavos, casi medio millón, que entran a Cuba, sin contar los que entran ilegales. Y empiezan a readaptarse y a convertirse en negros cubanos, y algunos en esclavos libertas. Muchos pudieron obtener su libertad. Y empiezan a conformar la nacionalidad cubana. Muchas negras se casaban con blancos -con apellidos como Bolívar, Aróstegui, González de Mendoza. Es muy difícil decir que nosotros tenemos una sangre

española. Es muy difícil de» distinguir. Estos negros, que tanto aportaron a la cultura cubana, son parte de nuestra cultura cubana, en una forma nueva. Somos una isla, una síntesis de distintas vertientes, sin dejar fuera a los chinos ni a los judíos, ni a los americanos que se establecieron en el siglo XVIII aquí en distintas fincas de recreo. Todo eso ha formado parte de nuestra cultura.

El negro es fundamental. En la música cubana es insoslayable la parte nacida de la música negra y religiosa. Al igual que la pintura. Y esto ha influido en lo que viene a ser nuestra identidad nacional, donde siempre tenemos algo latente que produce formas religiosas. Después de más de 300 años y de una descendencia, ya el africano es parte de la nación. La religión afrocubana no es afrocubana, es cubana, porque ha sido readaptada a nuestra fértil imaginación. Han acogido tanta cosa que es nuestra, producto de nuestra tierra y de nuestra imaginación, que ya casi no tienen nada que ver con lo que es su madre patria, África. El negro no tiene nada que ir a buscar a África. Al contrario, los africanos tienen que venir a buscar aquí, donde subsiste lo que ellos tenían hace 500 años, y que se ha preñado allá de distintas influencias musulmanas. Aquí se conserva hasta la lengua intacta.

Miren Uriarte. Me pregunto por qué el proceso del negro en Cuba no lleva a un proceso separatista, no necesariamente en referencia a África, sino en referencia a él mismo. Y aunque mantiene una lengua y una cultura verdaderamente significativa, no busca un proceso separatista.

Rafael Hernández. Es decir, por qué no ocurre como en el caso de los negros norteamericanos.

Natalia Bolívar. El negro norteamericano no tuvo las condiciones de esclavitud que tuvo el negro aquí en Cuba; allá hubo una separación total. Es interesante ver que la emigración cubana en los EE.UU. ha influido en la búsqueda de las raíces de los norteamericanos. Conozco a negros en los EE.UU., que están adoptando la religión nuestra. Ellos fueron desarraigados completamente, mientras aquí en Cuba no fue así. La esclavitud aquí tuvo otra significación. En los EE.UU., a las mujeres las mandaban, digamos, para Louisiana y al marido para otro estado, los alejaban. Aquí les dejaban tocar sus tambores. Aunque el español pensara que estaban divirtiéndose, ellos estaban haciéndole rezos a sus deidades. Los españoles no los obligaron a que se deshicieran de sus piedras y caracoles, que es el fundamento del santo, una cosa muy sencilla, que puede hacerse en el lugar de cada cual, se trata de una adoración que no requiere de un templo. Esa es una gran diferencia.

Pedro Pablo Rodríguez. Creo que debemos dejar de llamar genéricamente negros a los africanos. No es lo mismo un nigeriano, que un individuo del Calabar; es la diferencia entre una cultura agrícola y una recolectora. Y los esclavistas, que conocían a los negros mucho mejor que nosotros, sabían perfectamente por qué preferían un esclavo de una determinada región a otra. El reglamento de negros esclavos de 1840 es un gran estudio sociológico, que nos demuestra que conocían muy bien las etnias africanas.

Natalia Bolívar. Quisiera hacer un comentario más. Por qué los africanos del Calabar se establecieron en las zonas portuarias, Matanzas, Cárdenas y La Habana, y por qué hubo la sociedad secreta abakuá, por qué trajeron a esos negros. Eran los negros que mejor servían para la estiba, los más fuertes, que más aguantaban el trabajo de la estiba y por eso es que se forman, en esos tres puertos, las sociedades secretas abakuá, El español, como dice Pedro Pablo, hizo un estudio de las

características de cada africano y de cada región. Y los primeros esclavos que vinieron a Cuba fueron del Congo y de Angola, no de la zona de Nigeria.

Pedro Pablo Rodríguez. Este es un factor importante, porque aporta culturas distintas. También hay que recordar otros elementos. En primer lugar, Cuba sufre un corte violento en su evolución histórica en los finales del XVIII, el *boom* azucarero del que habla Natalia. La sociedad cubana hasta 1790 era una sociedad mucho más equilibrada, de una evolución mucho más «natural». Se va desarrollando a partir de factores internos, no sufre violentas oleadas migratorias ni de España ni de África, y en buena medida tiene un lentísimo crecimiento vegetativo y muy pequeñas cantidades de población inmigrante. Eso va conformando los principios de una identidad cultural. Comparto totalmente lo que dice la doctora Pogolotti. En 1790 no hay una aplastante mayoría de esclavos en el país, hay una población negra libre, cubana, nacida en Cuba, desde hace dos o tres generaciones, que tiene un peso social tan significativo. Nos olvidamos de que la aristocracia, la oligarquía, la sacarocracia -como dice Moreno Fragnals- los Arango y Parreño y su gente se dedicaron a exterminar a este grupo, lo que cumplieron muy bien el Capitán General Tacón y sus sucesores, luego de la famosa sublevación de la Escalera. Este sector de la población sencillamente fue absolutamente reprimido, perseguido y casi exterminado, en la medida en que eran portadores conscientes de una identidad cultural y en lo que podían aportar a una identidad nacional. No por gusto quedó la frase de «ser más malo que un Aponte», porque Aponte era cabeza de un cabildo y jefe del Batallón de Pardos y Morenos. Ese Batallón de Pardos y Morenos fue distinguido por el Rey de España, por haber tomado Pensacola y ayudado en la lucha en La Florida contra los ingleses, lo que mantuvo a La Florida del lado español. Estos no eran unos analfabetos, sino que tenían propiedades, y una conciencia que ya pesaba en la memoria histórica de la sociedad, que empezaban a escribir y tenían sus poetas, como Plácido. Este es un sector que es parte integral de la formación de la cultura y de la nación cubana y que comienza a ser echado a un lado muy conscientemente, y reprimido físicamente, con violencia, a partir de los años finales del XVIII, al igual que sucedió con el campesino blanco de La Habana. Esta oligarquía lo empezó a perseguir. Por esa razón el mejor tabaco de Cuba fue el de Pinar del Río y no el de La Habana, que fue siempre la zona veguera, de campesinos blancos. Cuando empieza el gran desarrollo esclavista, aquí hay dos grupos significativos, sociológicamente hablando, de esclavismo, el ingenio y la esclavitud doméstica. Tenemos un gran estudio de Moreno acerca del ingenio, pero no lo tenemos sobre la esclavitud doméstica, que es el que más nos aporta en la formación nacional, porque es el esclavo que convive con el amo, que puede ser un señor riquísimo, pero también podía ser un hombre de relativamente modestos ingresos, no necesariamente un hacendado, porque aquí esclavos tenía todo el mundo, para que les hicieran las labores caseras. La historia de la esclavitud en Cuba difiere, por eso, de las otras Antillas y también de los Estados Unidos.

Joaquín Santana. Pedro Pablo y Natalia apuntaban que hay un factor compuesto por negros y mestizos, en el *boom* de la industria azucarera, y que se hace presente desde entonces en la cultura cubana. Ese negro de nación que llega en oleadas sucesivas, se va aclimatando y asimilando, y dejando de ser un negro de nación. El término de *criollo* originalmente proviene de ahí, de la cría del negro. Después se va generalizando en un proceso de identidad del blanco, hasta que el término *criollo* llega a utilizarse única y exclusivamente para los blancos, olvidándose su origen. Este proceso de asimilación y reproducción de esclavos en Cuba, que ya no son de nación, sino nacidos en el país, es un elemento a evaluar. El colonizador español,

como el colonizador portugués, no venía acompañado de sus mujeres, y se mezclaba con las esclavas. No es como la colonización de América del Norte, las trece colonias, a la que emigraban familias completas. El colonizador español es un cruzado, porque América es la nueva cruzada, es el que viene solo, a *hacer la América*, incluso hasta el siglo XVIII y el XIX, con la idea de regresar a España. Pero aquí tiene que buscar con quien vivir y al final termina haciendo familia, y no regresa a España. Este es un elemento que hay que analizar al evaluar por qué aquí no se mantiene el sentimiento antiespañol con esa fuerza. En otros países de América Latina, a pesar de estar mucho más distantes las guerras de Independencia, el sentimiento antiespañol es muy grande. Hay otros factores que influyen en esto, como la diferencia de proyectos nacionales. Nosotros consideramos primordialmente al independentismo y la separación de España, pero no hay que olvidar que a lo largo de todo el siglo XIX, que es un período muy grande de nuestra historia, se mantienen proyectos que no contemplan la separación de España, sino sólo una cierta independencia, una cierta autonomía, bajo la tutela española. Estos proyectos alternativos a la independencia son tan fuertes que en la primera Guerra de Independencia no se logra la incorporación de todos los elementos de la Isla, porque todavía actúan estos proyectos alternativos, hasta que, posteriormente, por la prédica de Martí y por las propias condiciones de la lucha, el papel de España decayó demasiado. Esto determina que no haya una posición de total rechazo con respecto a España, a pesar de que la guerra que se sostuvo en Cuba fue mucho más cruel que la de cualquier otro país de América Latina. Otro hecho que también hay que considerar es que la emigración española sigue llegando a América, sobre todo a la Argentina y a Cuba, en el siglo XX, y en esta última etapa, la emigración gallega y asturiana, especialmente, es altísima.

Por otra parte, los términos *nacional* y *nacionalismo* no son equivalentes. Cuando analizamos los proyectos que hay en Cuba a lo largo del siglo XIX, cada uno de ellos puede ser evaluado como un proyecto nacional, aunque no necesariamente nacionalista. Afirmar que Cuba no tenía burguesía nacional resulta un contrasentido. La burguesía cubana, la burguesía nacional, no era nacionalista, porque nacionalismo presupone un proyecto económico, ideológico, político, de total separación e independencia del país con respecto a una metrópoli, económica o política como el caso de España. Definiendo estos conceptos podemos ganar un poco en claridad para esta discusión. En la historia de América Latina, nos vamos a encontrar proyectos nacionales y proyectos nacionalistas. El populismo en América Latina, como por ejemplo el de Perón o Cárdenas, apuntan a proyectos nacionalistas, aunque no todos los que se integran a ese proyecto estén pensando en los mismos términos.

Por último, la influencia norteamericana se refuerza en el siglo XX, pero existe desde mucho antes, desde el momento en que Cuba prácticamente se convierte en el principal socio comercial de los EE.UU., de los plantadores, de los productores de azúcar, miel, pieles, del país. El hecho mismo de que buena parte de los cubanos que trabajan en la industria tabacalera vaya a Tampa, a Cayo Hueso, formen núcleos tan grandes, repercute también culturalmente. Y que sectores de la burguesía o la pequeña burguesía no manden a estudiar a sus hijos a España, sino a los EE.UU. Esto marca la influencia, por ejemplo, de la escuela de medicina norteamericana en Cuba, junto con la francesa que también es muy fuerte. Recordemos que Finlay estudia buena parte de su vida en Estados Unidos.

Rafael Hernández. Las últimas intervenciones tocan asuntos que nos permiten salir del siglo XVIII y XIX y entrar en el XX, en la contemporaneidad, incluyendo la república y la sociedad revolucionaria. Aquí mi pregunta es: ¿qué significa la presencia de los EE.UU? Más allá de la crítica al *american way of life*, hay un grupo de elementos

definitivamente incorporados al modo de ser, a la cultura y a la conciencia del cubano, que no necesariamente son negativos, en el sentido de un proyecto social ni en el de la propia revolución socialista. Cuba resulta, a mi modo de ver, una de las sociedades de este hemisferio más cercana a la de los EE.UU. en términos culturales. Países y culturas como, digamos, la mexicana carecen no sólo de un nivel de integración nacional, sino de cercanía a valores culturales norteamericanos que pueden ser considerados elementos de la modernidad, y que contribuyen a explicar el surgimiento de un proceso como el de la revolución, en un país tan estrechamente ligado a los norteamericanos y tan dependiente económica y políticamente de los EE.UU. Ese efecto de exposición, desde la propia colonia, pero sobre todo durante toda la república, interactúa con el nacionalismo, que se define como antagónico con los EE.UU. a nivel de la conciencia social. El nacionalismo -o mejor sería decir, los nacionalismos- incluye elementos heterogéneos e incluso espúreos, de las dictaduras y sus ideólogos. La dictadura de Machado y también la de Batista tenían determinados proyectos que no llegaron a integrarse como proyectos nacionales, pero cuya arquitectura no está exenta de intereses alternativos con determinados intereses norteamericanos. Algunos confunden este nacionalismo de grupos o sectores de la burguesía cubana, que defendían sus intereses, con un nacionalismo revolucionario auténtico, antimperialista en el sentido de Martí. El proyecto de turismo de la dictadura de Batista es un ejemplo interesante, si queremos entender hasta dónde llegaron determinados sectores de la burguesía y de esa dictadura respecto a construir un marco de política en su relación con los EE.UU. y a preservar ciertos intereses de sectores fundamentales de la oligarquía cubana. ¿Cómo todo eso nos ayuda a problematizar el presente?

Graziella Pogolotti. Esa presencia norteamericana está en la república y forma modelos, como el del *american way of life*, esa especie de sueño americano. El problema más grave es que esos modelos arrastran valores que socavan otra dimensión de la identidad que forma parte de un cierto bien común, aceptado aunque no practicado, que tiene que ver con una determinada eticidad.

Quería referirme a los proyectos turísticos de la década del 50. Entonces se configuró uno de los más agresivos proyectos desnacionalizadores a través del turismo, el engendro llamado Canal Vía Cuba, que se paralizó porque produjo una gran conmoción nacional. Este consistía en dividir en dos la isla de Cuba, crear una especie de zona libre en ambos márgenes y en cierto modo panameñizar este país, con todas las consecuencias que semejante plan podría tener. Fue una expresión del grado de violencia que tenían algunos de esos proyectos que iban tomando cuerpo en esa década. Otro que también se conformó consistía en cerrar la curva del malecón habanero, y construir una plataforma sobre la cual se establecería toda una línea de hoteles para gran turismo. Es decir, destruyendo la imagen, la belleza de la ciudad de La Habana, sacrificando todos estos valores acumulados en aras de la expansión turística, que tal como se anunciaba iba a resultar en una violenta penetración.

Rafael Hernández. Les pediría ahora que pensáramos en la identidad nacional del presente, en relación con todo ese pasado que arrastramos. Que es la identidad nacional hoy. Qué factores la afectan, no sólo desde el punto de vista de la conciencia social, sino de la estructura social, de las formas culturales, de las generaciones, de las diferencias o de las relaciones interraciales, que tienen que ver con esta conciencia de la identidad nacional. Si la identidad implica necesariamente una forma de autoconciencia, en qué consisten los problemas que se relacionan con esta autoconciencia.

Pedro Pablo Rodríguez. Hay muchos elementos que podrían empezar a discernirse en relación con los problemas que afronta la identidad nacional cubana en estos momentos. Un problema englobador general es si existe un proyecto alternativo para el desarrollo de la identidad nacional cubana, por oposición al tradicional que nos ofrecen las posiciones anexionistas o declaradamente pro norteamericanas y de regreso a un capitalismo dependiente. Pienso que Cuba ha tenido un poderío extraordinario en la modernidad, porque ha dispuesto de tres grandes proyectos de modernización. Uno fue el de la generación de 1790 a 1820. Cada día que pasa encuentro a ese grupo más reprobable -pero a la vez, más admirable. Salieron a conquistar el mundo para esta isla; y en cierto modo lo lograron para su grupo social, a costa de muchas cosas. Otro proyecto, grande y practicado, ha sido el de la Revolución Cubana. Fue también una generación arrastrando detrás a un pueblo, que lanzó un gran proyecto, que ha tenido sus virtudes y sus defectos. Hay un tercero, que no se llegó a poner en práctica, el que centramos en Martí. Quizás fue el más equilibrado, en el sentido de que trató de encauzar al país en las corrientes de su contemporaneidad y de su futuro inmediato, sin desconocer elementos propios nacionales, ni la necesidad de insertarse en ese mundo. Pienso que el problema del proyecto de finales del siglo XVIII, su gran problema, como algunos de sus propios protagonistas empezaron a darse cuenta hacia 1810 o 1815, fue que para entrar en esa modernización, tenían que recurrir a cosas tan arcaicas como la esclavitud, que terminó por tragárselos. El gran problema del proyecto antimperialista socialista cubano después del 59 es que nos ató a un modelo, justamente en la época histórica en que éste empezaba a manifestar tales elementos de crisis -sobre todo a partir de los años 70, que es cuando realmente Cuba entra en serio en este modelo- que no fue capaz de superar. No creo que el socialismo fracasara en Europa por sus errores, sino porque enfrentó crisis que no pudo superar. El capitalismo ha podido superar algunas. El mundo está entrando en nuevas formas de organización dentro del capitalismo, puesto que parece ser casi lo único que hay, y está afrontando una nueva fase de su desarrollo, igual que se le dio entre 1890 y 1914. El mundo capitalista, que es el mundo de hoy, está entrando en esta nueva fase de su desarrollo, mientras que, lamentablemente, los revolucionarios del mundo no han sabido darse cuenta de que hay una crisis. Toda fase de desarrollo es al mismo tiempo una fase de crisis. La cuestión es cómo aprovechada para subvertir el sistema. Eso es algo singular que pasa en nuestra época. Al mismo tiempo, nuestro país no está pudiendo ofrecer un verdadero modelo, un plan, de cómo insertarnos en este mundo, conservando no sólo los rasgos nacionales que históricamente se han podido ir acumulando, sino los más recientes que se han incorporado en el sentido de afianzamiento de la nación, de componentes elementales de la modernidad y de una sociedad más justa. Este es el reto mayor que enfrentan las generaciones actuantes en Cuba hoy. No se trata de un problema del gobierno, ni de algunos ideólogos, ni de un individuo -es el principal problema de los cubanos, de la intelectualidad cubana contemporánea. En otras palabras, se trata de cuáles son las maneras en que, sin perder rasgos nacionales ni la independencia política, y manteniendo conquistas de justicia social elementalísimas que ha logrado el proyecto de modernidad que se puso en ejecución en los años 60 y 70, el país logra insertarse en su camino histórico. El mundo futuro, de los próximos diez o quince años, no va a ser ni siquiera el que estamos viviendo hoy. Estamos muy asustados porque vivimos el mundo unipolar, pero estoy convencido de que en el 2020 los EE.UU. ya no van a ser la gran potencia que son hoy. El mundo va hacia otras formas, hacia el multipolarismo. La actual revolución científico técnica está transformando las relaciones sociales a un grado aceleradísimo; al mismo tiempo, las injusticias sociales

se profundizan, y los conflictos sociales del llamado Tercer Mundo se hacen cada vez más violentos y alcanzan a sectores del llamado Primer Mundo. Luego, el capitalismo entra en nuevas fases de su desarrollo. En esta llamada posmodernidad, en este posimperialismo o imperialismo de no sé qué tipo, es necesario preguntarse de qué manera esta nación, que ha recorrido determinados caminos histórico y ha logrado hoy resolver problemas que no pudo resolver en su proyecto de modernidad del siglo XIX, ni en lo que fue el proyecto del siglo XX republicano, logra desenvolverse, no a expensas de lo que se disponga de afuera, sino de un proyecto propio. En estos momentos no tenemos un proyecto nacional elaborado, que nos mueva, ni importado, ni exportable, ante estas nuevas realidades que cada vez más se están imponiendo en el mundo de hoy. Esto es lo más grave, más allá de los problemas que nos trae el turismo, las relaciones con los EE.UU. o con la comunidad cubana. Es necesario englobar todo esto en un proyecto de mucha mayor amplitud, como lo hizo la generación de 1790. Y como lo hizo Martí, que se dio cuenta de que el mundo andaba en una nueva época, y aunque fue un seguidor de los hombres del 68, era un hombre de finales del siglo XIX. Este es el gran problema de la nación cubana actual.

Enrique Ubieta. Los que meditan sobre el futuro de Cuba, empiezan por reconsiderar la historia de Cuba, la historia del pensamiento cubano. Cuando la Revolución Cubana triunfa, arrastra a su seno a pensadores no marxistas que aceptan, asimilan y se integran de alguna manera al socialismo, porque obviamente creo que hay algo en la trayectoria de estos pensadores y en la tradición histórica de Cuba, que hace que no hayan sido totalmente ajenos a los principios proclamados por la Revolución cubana, aun con los principios que esa tradición sustentaba desde posiciones no marxistas. En estos momentos se plantea la tesis de que ha habido en la historia de las ideas en Cuba un proyecto antimoderno, entendiéndose por modernidad la proyección liberal burguesa clásica. Se identifica el reto antimoderno en la historia del pensamiento cubano del siglo XIX con la oposición a las relaciones mercantiles, al avance del capitalismo. Más que un proyecto antimoderno, pienso que ha existido -no sólo en Cuba, sino en la tradición del pensamiento latinoamericano- un antiproyecto de la modernidad, que también es moderno y que se nos impuso. No era una modernidad por alcanzar. Nosotros, los latinoamericanos, hemos pertenecido siempre a la modernidad. La modernidad no radica en las zonas metropolitanas, sino que abarca al metropolitano y al colonizador, al rico y al pobre, al explotador y al explotado, es un sistema, aunque nosotros hemos vivido en el lado oscuro de la modernidad, le ha tocado a América vivir en el lado oscuro de la modernidad. En su seno ha surgido, como consecuencia de ello, un antiproyecto moderno. Este antiproyecto moderno coincide en alguna medida con los postulados de la Revolución Cubana. Por eso nosotros, cuando el ideal del socialismo europeo se derrumbó, nos hemos quedado mirando hacia nuestras propias raíces, y hemos encontrado cierta tradición. En este mundo de hoy, los conflictos de clases no se han eliminado en lo absoluto, sino que se han internacionalizado. Al globalizarse la economía a un nivel planetario, existen zonas altamente desarrolladas y otras muy empobrecidas, donde la conciencia nacional puede expresar posiciones revolucionarias. Cerrar filas en tomo a un proyecto nacional no implica aislarnos del mundo, sino un acrecentamiento de nuestra relación con América Latina y el Tercer Mundo en general.

Rafael Hernández. ¿Tú dirías que la inmensa mayoría de la gente que en Cuba tiene menos de 40 años vive su autopercepción de la identidad como algo que los

vincula con América Latina o con el destino de otros pueblos, como totalidad, como nación?

Enrique Ubieta. En mi formación en Cuba, yo he sentido el discurso latinoamericanista de la dirección de la revolución, pero no he recibido, como era debido, la historia de América Latina, ni me han dado los elementos para que yo realmente me sienta un latinoamericano. Como cubano, vivo en una isla que no tiene tradición indígena, cuyo pasado está absolutamente roto en ese sentido. Mi mirada y la de los cubanos siempre ha tendido a dirigirse más hacia Europa y los Estados Unidos.

Graziella Pogolotti. Me parece que el matiz no se encuentra precisamente en el grado de conocimiento que se tenga acerca de América Latina, sino en el campo de los valores. En los últimos años, el cubano ha tenido una alta valoración del latinoamericano, que no le viene a partir de su conocimiento, sino de la presencia de América Latina entre nosotros. En la república había cierto grado de información política sobre la actualidad latinoamericana. Cuba era una tierra de exilio para intelectuales latinoamericanos, algunos de ellos dirigentes políticos. El cubano tenía una buena valoración de sí mismo, pero también una valoración respetuosa de los latinoamericanos. En el plano de la conciencia, éste me parece un factor importante y compensatorio, generador de otras presencias que se están moviendo en el plano de los valores. Hay dos planos, uno que se adquiere mediante el conocimiento académico; y otro que es una especie de bien común que circula en la sociedad por distintas vías y que es tremendamente influyente. Es el plano de las influencias indirectas, que pueden ir desde el discurso político hasta el cine que se proyecta, que también ejerce una influencia.

Además de lo latinoamericano, quisiera mencionar otros aspectos de interés en lo interno, como las relaciones entre el blanco y el negro, el problema racial. No creo que todos los vestigios del racismo se destruyan de un día para otro, sobre todo cuando tienen orígenes tan complejos. Es necesario verlo como un proceso, un modo también de asimilar los valores culturales. Hace un tiempo yo leí un libro cuyo título, en el primer momento no me gustó, pero que he acabado por entender. Es un libro de la pintora Zaida del Río, que se llama *Herencia clásica*. Contiene un conjunto de láminas y oraciones populares, que vienen de las creencias. Cada lámina está acompañada de un breve texto donde se comenta, a partir de la tradición oral, quién es el santo a que está dedicada cada una de esas oraciones. Esas historias las asimilamos como una gran herencia clásica, son las mismas historias de la mitología griega. Esas historias de los santos forman parte del bien común de todos nosotros. Seamos o no practicantes, de la misma manera que yo sé quién es la Virgen María y Jesucristo, sin ser tampoco practicante católica. Es que se ha asimilado como una cultura de todos nosotros. Esto ha sido un proceso, porque fue la cultura separada, históricamente menospreciada, subestimada, que se consideraba una expresión de atraso. Y tuvieron que venir los investigadores, los estudiosos, Don Fernando, los creadores musicales, Alejo Carpentier, para ir colocándola en su lugar y logrando una integración cada vez mayor.

La identidad va asumiendo un territorio mucho más integrador en el plano de la conciencia y en el de los valores. Si seguimos por esa vía podemos encontrar otras cosas en las cuales esas confluencias, ese reconocimiento de ser cubano se va profundizando y enriqueciendo. Este país nunca ha tenido fronteras separadas. Yo no tengo complejo de insularidad. Pienso que las islas tienen puertos, y que los puertos son vías de comunicación por excelencia. Yo viví muchos años en una calle que se llamaba Peña Pobre. Y aunque las novelas de caballería estaban prohibidas

en América, Peña Pobre sale de *Amadís de Gaula*. Y así mismo el contacto, la comunicación, el intercambio. Cuba fue un país de flota. El gran intercambio de aquí hacia allá y de allá hacia acá. Y una de las cosas que nos ha caracterizado es la capacidad de sintetizar, de tomar un poco de todas partes y darle forma, de producir un cierto eclecticismo de acuerdo con nuestras condiciones concretas. Esto ha ocurrido a lo largo de los años; así como la tendencia a deslumbramos y por lo tanto a mimetizar. La tendencia de mayor fuerza ha sido, en general, la de integrar, la de asimilar.

Rafael Hernández: Quiero pedirle a Miren y a Consuelo que se refieran a la cuestión de la identidad contemporánea, desde el ángulo de la autopercepción social. Y de cómo esta percepción se ve afectada en Cuba y fuera de Cuba, en los cubanos emigrados que se identifican como cubanos. Cómo se vive desde estos dos ángulos, esta doble dirección de la identidad, desde aquí y desde allá, en la relación mutua.

Miren Uriarte. Me pregunto si la visión que hay aquí sobre América Latina y la percepción de Cuba en América Latina es verdaderamente una percepción real. Una de las cosas que más me ha impactado en el tiempo que llevo viviendo aquí es cómo se van formando las ideas sobre el exterior, sobre la base de quiénes visitan Cuba y de quiénes son las personas que podrían ayudar a formular una perspectiva balanceada de lo que es América Latina. Si entrevistamos hoy a jóvenes cubanos en Cuba sobre su visión del otro, yo me pregunto si esa visión está conformada sobre unas bases que asumen que no todo el mundo que llega a Cuba de América Latina son los amigos. Hay un esfuerzo muy serio por parte del gobierno cubano de resaltar la solidaridad con Cuba; pero eso no es necesariamente todo lo que hay en América Latina, ni siquiera la mayoría de lo que hay en América Latina con relación a lo que Cuba significa. Mi opinión honesta es que América Latina, con muy pocas excepciones, ha abandonado a Cuba en los últimos 30 años. Ha habido excepciones, como México, o Brasil recientemente. Pero la posición de la mayoría de las sociedades latinoamericanas ha sido «Yo no me quiero meterme en líos». Eso es parte de la cultura y de cómo esos países nos ven. Los venezolanos o los colombianos que nosotros vemos en Cuba son muy diferentes a los que tienen poder en esos países, a los que forman la opinión en esos países. Puede ser que nos adelantemos a grandes conclusiones sobre cómo puede pensar una juventud cubana en contacto con esos sectores que verdaderamente no son solidarios con ella. Habiendo vivido en el exterior, opino que en América Latina ha habido sectores solidarios, pero no han constituido el bastión de la solidaridad con Cuba.

Consuelo Martín. Los estudios a los que la doctora Pogolotti hacía referencia iban a buscar una expresión de identidad vista desde la autoimagen del cubano, de cómo se concibe a sí mismo. No se basaban en una expresión conductual, sino en cómo considerábamos nosotros mismos, los cubanos, qué éramos, qué imagen teníamos de nosotros mismos y de otros. Esos otros eran los latinoamericanos en sus distintas nacionalidades. Ese no es necesariamente un estudio de identidad, sino de percepción y auto percepción, de imagen y autoimagen. Esos estudios muestran que no existe un sentimiento de subvaloración del cubano. En la perspectiva que aporta la literatura desde Don Fernando Ortiz, se puede apreciar cómo los adjetivos cualitativos que caracterizaban al cubano van evolucionando. La generación de la Revolución lo que tiene más bien es una sobrevaloración de sí misma -que quizás, para los momentos de crisis, no sea algo tan bueno, porque puede esconder inseguridad. Este elemento se manifiesta tanto en el cubano en Cuba como en el cubano emigrado. La cuestión sería estudiar la conformación de esta sobrevaloración

y su relación con no subvalorar al otro. En Cuba no se expresa el desprecio ni el trato despectivo en adjetivos negativos, peyorativos, hacia el latinoamericano -a diferencia de lo que ocurre en el cubano emigrado. Eso no necesariamente quiere decir que nosotros conocemos al latinoamericano. Por ejemplo, en el año 92, cuando las celebraciones propuestas por España tuvieron un eco espantoso en América Latina, los cubanos de esta generación nos preguntábamos por qué. Desconocemos esas realidades latinoamericanas, que yo no circunscribiría solamente a si apoyan o no, si son mas o menos solidarios con Cuba. Ciertamente, nosotros no despreciamos a los latinoamericanos que vienen aquí. Puede venir un latinoamericano turista, que esté absolutamente en contra de nuestro proyecto social, y el cubano puede mantener un diálogo. En los valores de nuestra generación hay una apropiación del latinoamericanismo. Pero para que eso perdure, se requiere el conocimiento de las contradicciones, las nuestras y las de los países latinoamericanos. Algunos otros estudios de autoimagen, de cómo nos valoramos los cubanos, están empezando a aportar valoraciones más positivas del otro. Hay estudios que valoran al norteamericano o al español, que, en determinadas cualidades, los considera superiores. No pasa así con el cubano que vive en España. Esta autopercepción es el eco de la realidad que estamos viviendo. Para la generación más joven que se está conformando, el momento más importante desde el punto de vista del desarrollo ontogenético de la autoconciencia es la adolescencia. Para esa generación adolescente, el español que está «enseñándonos» a desarrollar el turismo, «enseñándonos» a desarrollar la economía, tiene necesariamente que ocupar un lugar muy diferente al español de la mulata y la alpargata. Viendo la identidad como proceso y momento de síntesis de esos modelos con los cuales uno se identifica, al identificarme, me diferencio del otro, me pregunto quién soy, qué soy, a dónde voy. La identidad conduce, en los momentos de crisis, a un proceso donde estas cosas se vuelven a enjuiciar, desde la posición que nos ha tocado vivir. Quizás al adolescente le cueste hoy más trabajo y tenga una mayor confusión. Pero como adulto, estoy enjuiciando que una serie de cosas de la realidad están cambiando, las estoy viendo o las estoy sintiendo, a veces no a nivel racional. Hay contradicciones que nosotros estamos viviendo. El deterioro económico hace una vida cotidiana más contradictoria, donde uno tiene que darse una explicación a sí mismo como ciudadano, como pareja, como padre o como hijo, como actor social, como un grupo o clase a la cual pertenezco, que existe, o se está forjando, desde la relación económica, política y social.

En este momento, dadas todas esas condiciones históricas concretas en que estamos viviendo, la identidad sufre una impresión de angustia y de pérdida -aunque no necesariamente esto tiene que llevar a una pérdida de identidad. En un proceso donde se difunde la síntesis de nuestra identidad, ésta se ha venido consolidando sobre determinados presupuestos durante 35 años de Revolución. No podría explicar que esta identidad se perdiera de un día para otro. Ahora bien, sí está siendo realmente cuestionada por individuos y por actores sociales determinados. La relación con el otro, sea el latinoamericano, el europeo o el norteamericano, debe verse también afectada. Hasta qué punto se afectaría es algo que tiene que ver con la pregunta que hacía Miren.

Joaquín Santana. Los cuentos populares son una de las vías que nos dan el estado de ánimo de la gente. Recuerdo uno de un grupo de muchachos que están en la escuela y la maestra les pregunta, «Niños, que quieren ser cuando sean grandes?». Uno dijo que quería ser cosmonauta, otro quería ser maestro, otro médico. Finalmente, uno dijo que quería ser extranjero. Pero ese «yo quiero ser extranjero» indica que a nivel popular hay un sector de la población cuya autoestima ha variado.

Y varió a partir de las condiciones especiales que nosotros estamos teniendo. Pero también por la política, compulsiónada por la situación económica que se está sufriendo. Hay quienes piensan que el negocio del siglo en Cuba es ser extranjero. A esto se une quizás una visión idealizada de lo que el extranjero representa, incluido el latinoamericano. Por un lado, pudiera decirse que se trata de la interiorización de un ideal latinoamericano; por otro lado, por la condición insular de Cuba. En el caso de los mexicanos, cuando tienen un problema fronterizo con el sur, ya hay una razón para denigrar al otro. Chile y Argentina se pelean a menudo. Y lo mismo pasa con Perú, Bolivia, Ecuador, con problemas que arrastran del pasado. En el caso de Cuba, no ocurre así. Esa confrontación, a veces cotidiana, que tienen otros pueblos de América Latina, no la hemos experimentado. El latinoamericano que llega aquí es el huésped, la persona a la que hay que darle o brindarle lo mejor.

Rafael Hernández. Pero no sólo hay una relación de confrontación. Cuba es, en cierto sentido, un país fronterizo de los Estados Unidos. La porosidad de nuestra relación con los Estados Unidos tiene mucho más de 2 500 kilómetros de frontera, que es la que tienen los mexicanos. En esa relación, por una parte, hay un rechazo a los amagos hegemónicos constantes de los Estados Unidos; pero al mismo tiempo una fascinación por ciertas cosas, y por el modo de hacer de los norteamericanos que a nosotros nos parece bueno. Por ejemplo, la idea de la eficiencia económica, cómo debe conducirse un negocio para que sea rentable, los usos sociales de la ciencia y la técnica. En una ocasión el historiador Louis Pérez me comentaba admirado un artículo publicado por Leví Marrero en el año 1958, en el periódico *El Mundo*, donde Leví hablaba de los grandes problemas nacionales y de lo mal que estábamos nosotros los cubanos. Pero su término de comparación no era Costa Rica -como está de moda ahora en algunas partes- sino los propios Estados Unidos. Era normal que se utilizara como patrón aquello que se consideraba bueno de los Estados Unidos.

Miren Uriarte. Esta es una cuestión clave. A veces la población en Cuba protesta por los apagones. y si uno le empieza a explicar a alguien que en Colombia y en República Dominicana hay apagones, me ha respondido sencillamente: «Yo no soy de República Dominicana, yo no soy de Colombia». Es decir, que hay una separación de experiencias muy marcada. Yo, que he vivido en los EE.UU., me encuentro muchas veces defendiendo lo que hay aquí, y tratando de explicar cómo es la situación real de la sociedad norteamericana. Hay mucha idealización de la sociedad norteamericana; o por el contrario, una completa negación de lo que puede ser bueno en esa sociedad. Se pierde la complejidad de lo que quiere decir vivir en un país como los Estados Unidos, con toda la panoplia de contradicciones y problemas de ser un latino. Por ejemplo, yo le he explicado a mucha gente aquí que en los Estados Unidos no importa el color de la piel, uno no es blanco si nació en un país de América Latina. Quisiera contar mi experiencia con el comportamiento de mi hijo en una escuela en Cuba. El nació y creció en los Estados Unidos. Ahora asiste a una escuela cubana. Un día me dijo: «Mami, aquí todos los niños son negros o latinos». Porque él usa las categorías raciales que aprendió en el mundo en que nació. Allá ningún latinoamericano se definiría como blanco, aunque fuera rubio y de ojos azules. Ese tipo de explicación acerca de la vivencia cotidiana y de la lucha por quién es uno en los Estados Unidos, es algo que aquí no se imaginan.

Cuando uno viene de una sociedad más homogénea, es difícil imaginario. Para mí fue profundamente triste la experiencia de los balseros. Por delante de mi casa pasaban montones de muchachos hacia lo que ellos creían que era una situación mucho mejor. No puedo decir la cantidad de veces que lloré, no por razones políticas,

sino humanas. Esas personas nunca habían contemplado la contradicción de lo que iba ser su existencia en otro país.

Quisiera comentar lo que considero el proceso de la comunidad cubana en los EE.UU. No veo a la comunidad cubana como algo tan *sui generis* ni especial. Hemos tenido muchas discusiones sobre eso. Hay que verla dentro de un proceso, que es el proceso de la emigración latinoamericana hacia los Estados Unidos. Pienso que no hay un solo proceso de asimilación, sino varios, se trata de un proceso que ocurre a varios niveles. Algunos se complementan; otros nunca se completan. Los estudiosos de este tema en los Estados Unidos los separan en varias áreas: cultural, económica, su participación social, su capacidad de penetrar las estructuras sociales, organizativas, de esa sociedad; y la política, la participación y la inserción política. Finalmente, su absorción de los valores norteamericanos y de identidad. En el caso de los cubanos, yo creo que en cierto sentido ha habido asimilación parcial en casi todas esas, aunque muy diferente a la que ha ocurrido en otros grupos. Si vemos la inserción estructural de la comunidad cubana en los Estados Unidos, no se trata de una inserción estructural a la economía general, sino comienza por su propio enclave, por la construcción de su propio enclave étnico y económico. Y eso lo ayuda a desarrollar toda una esfera social y cultural que apoya ese enclave económico. Es lo que conocemos hoy como la Pequeña Habana o el Miami cubano. Pero esa inserción estructural verdaderamente se apoya sobre la existencia de una estructura económica en la ciudad de Miami, que se va penetrando por los cubanos emigrados de antes del año 1959. Sus conexiones de clase, sus capacidades, sus relaciones de clase, en relación con la sociedad norteamericana, los ayudan a crear esa estructura económica que apoya todo lo demás. Se ha visto su capacidad de defender culturalmente el idioma. La cultura cubana ha sido muy fuerte, quizás de las más fuertes en comparación con otros grupos latinoamericanos. La razón de eso es la existencia de este enclave económico. Prácticamente ningún otro grupo ha tenido eso, salvo ciertos sectores de los mexicanos, Los puertorriqueños nunca lo han podido lograr. Otros grupos que han logrado este tipo de proceso han sido los judíos, que sí han desarrollado enclaves económicos, los coreanos, los chinos. En comparación con los demás grupos latinos, los cubanos tienen otra experiencia cultural. Por eso proliferan en Miami, desde las escuelas cubanas hasta las organizaciones sociales. A nivel social se aprecia verdaderamente esa separación. Es ahora, desde los años 80, que vemos a los cubanos empezar a penetrar las estructuras sociales de la ciudad de Miami, las estructuras blancas, como diríamos nosotros allá; asociaciones como la Liga Americana contra el Cáncer, la Liga Cubana contra el Cáncer. A nivel político, esto lo ha logrado el grupo que más afinidad ideológica ha tenido con el sistema dentro de los emigrados, que a la vez ha tenido un proyecto propio, que siempre han sido el vehículo de la implementación de la política norteamericana hacia Cuba y su hilo conductor. En ese sentido, no es difícil definir el problema de la asimilación política, porque han tenido un proyecto propio en coincidencia con el de la sociedad receptora. Ese no es el caso, por ejemplo, de un independentista puertorriqueño o de los mexicanos, con otro tipo de relación política con su país de origen.

La identidad es el último paso en ese proceso de asimilación. Esta ha ido evolucionando a través de la historia. Para el cubano que vive en Cuba, no es el mismo proyecto de identidad nacional que había en el año 59. Ha habido una bifurcación. En la comunidad cubana, esa bifurcación es fundamental. En la oposición al nuevo proyecto predominante en Cuba es que se forma el exilio cubano en Miami. Yo no diría que todos los cubanos que viven en Miami o en los EE.UU. incluso los cubanos contrarrevolucionarios, tienen una actitud plattista. Existe un nacionalismo de derecha dentro de la comunidad cubana. Es un nacionalismo enfermo, dada su situación y en dónde se ubica, pero no es un proyanquismo ni un

plattismo. Los que estudian este tema deberían definirlo. Esto se traduce, por ejemplo, en la oposición que afronta Jorge Más Canosa en su alianza con los norteamericanos acerca de las medidas de agosto y la reclusión de los balseros en Guantánamo. Esta oposición proviene de un sector de extrema derecha, que no necesariamente es siempre proyanqui, aunque haya sido una derecha promovida por los yanquis.

Hay que diferenciar entre la identidad nacional y la identidad cultural. Cuando alguien de aquí llega a Miami se maravilla por lo similar y por lo diferente. Igual que cuando alguien viene para acá. Yo me maravillo por la cantidad de cosas por las cuales me siento aquí completamente en casa y por las cuales no. Ha habido una evolución cultural diferente de ambos lados. Una forjada por la Revolución y otra por la presencia en otro país. No creo que sea la experiencia única de los cubanos que viven en los Estados Unidos, sino también de los que están en Venezuela o Puerto Rico. En una gran proporción, son biculturales. Yo me considero una persona que puede funcionar en ambas culturas. Y en estos momentos siento que estoy forjando una tercera, viviendo aquí, es casi una tercera cultura dentro de mí. La primera se expresa en ser cubana de Miami, por haber crecido allí, ya que salí de Cuba con nueve años. La segunda, la de poder funcionar dentro del sistema norteamericano, de la vida cotidiana, como una persona norteamericana. Eso me lo ha posibilitado el biculturalismo. Esta tercera fase cultural de mi vida consiste en que me estoy adaptando a una sociedad diferente a la que yo dejé. Es un proceso de aculturación, igual al que puede haber experimentado alguien que llega a los Estados Unidos. Naturalmente, en mejores condiciones, porque hay muchos puntos de referencia comunes.

Rafael Hernández. ¿Tú sientes que la identidad cultural predominante en Miami, o en los enclaves cubanos, rechaza a la identidad cultural de los cubanos que llegan ahora, de esos balseros que pasaron por delante de tu casa?

Miren Uriarte. Se trata de un rechazo de clase, más que cultural. Fue lo que pasó durante el Mariel. Sin embargo, un pintor o un intelectual cubano no tienen ningún problema, ni sufre el mismo rechazo que un obrero.

Rafael Hernández. Una persona representante del sector popular, un trabajador, un joven cubano, que llega a Miami ahora, ¿se puede sentir desajustado en relación con la identidad cultural predominante allí?

Miren Uriarte. Seguramente. Podría suponerse que Cuba es culturalmente la misma del año 59 y que los que se fueron son los que cambiaron. En realidad, todos cambiaron, en diferentes direcciones. Tenemos muchos puntos de cercanía, pero en otros hay que reconocerse, que volver a conocerse.

Consuelo Martín. Quisiera añadir algo que Miren no ha dicho, quizás porque lo debe haber dado por descontado. Los cubanos que emigran no sólo van a los Estados Unidos, sino a otros países. Y los que van a los Estados Unidos, no sólo lo hacen a Miami, sino a muchos otros lugares de los Estados Unidos. Entre los que se radican en Miami, no todos son iguales. Hay que reconocer la heterogeneidad de la emigración, con sus raíces anteriores a 1959, sus contradicciones históricas desde el siglo pasado. En el enclave de Miami, distintos grupos sociales pueden insertarse a diferentes niveles en la estructura de la sociedad receptora. La emigración cubana posterior a 1959 era la primera que portaba desde su origen determinados modelos norteamericanos. Llegó allí y se insertó rápidamente. Cuando pasó la etapa en que

se dio cuenta de que no iba a regresar a Cuba, se colocó psicológicamente en un tiempo pasado. Empezó a insertarse económica y políticamente, a recrear sus organizaciones, a desarrollar el enclave y a solidificar elementos de identidad despectivos hacia el latinoamericano, e incluso despectivos hacia el norteamericano. Esa etapa se extiende hasta el año 73. Esa representación de la comunidad como los que tienen el poder, en particular el poder económico, se ha conformado sobre una identidad cuyo *otro* somos los cubanos que vivimos en Cuba. Su alteridad es su propia negación. Ellos son cubanos en tanto son diferentes de nosotros, los cubanos de aquí. Cuando llega el grupo del Mariel, la visión de clase los identifica: «No parecen cubanos.» Se parte de desconocer la evolución histórica de la nación cubana. Los del Mariel eran muy negros, muy pobres, muy cooperativos para ser cubanos, y no despreciaban a los otros latinos. No sabían inglés, ni habían estudiado en los Estados Unidos para ser cubanos. Es la imagen del cubano de la clase alta de la década del 50, Y que incluye una serie de características que todavía hoy predomina, en esa imagen de éxito de la emigración. Y en esa imagen los balseiros que están llegando ahora no pueden entrar.

Aunque resulte una lectura clasista de la identidad, a los de allá les puede parecer que no es cubano ese que no se les presenta como tal. Se trata de una percepción ahistórica, que se basa en una relación social, económica, política, y que varía según los distintos países y lugares de asentamiento. Ese primer grupo tuvo características de exilio originalmente, y se sigue llamando así. Pero cuando en el 80, en un período muy breve de tiempo, llegó un gran número de personas que llevaban 20 años viviendo en Cuba, ese grupo del exilio se siente por primera vez fracturado. Y es que Cuba ha evolucionado, de manera que ha producido a otra gente, que, aunque no les parezcan cubanos, vienen de Cuba. El estigma del Mariel habría que estudiarlo un poco más. Aunque los marielitos, finalmente, se han ido insertando dentro de las reglas del juego. Como los pintores, llegan a ser reconocidos, en la medida en que nieguen al enemigo. ¿Y quién es el enemigo? Ellos mismos. Desde la psicología de la identidad del emigrado, ellos están negándose a sí mismos. La síntesis de la identidad del cubano en esta definición de cubano-americano habría que estudiarla, qué elementos la componen y la definen. Los niños que salieron en el 59 no se sienten en el exilio, no tienen por qué vivir sobre la base de una retórica política, sino quieren una definición personal, una autoimagen de cubano. Por otra parte, los que llegaron después, en sucesivas emigraciones, se han insertado en esa sociedad y se siguen definiendo como cubanos. Esta síntesis identificatoria del cubano-americano tiene de las dos culturas, la norteamericana y la cubana. Posteriormente, en los 90, se abre una nueva etapa. En el marco de la confrontación entre Cuba y los Estados Unidos, la realidad de Cuba está asumiendo el problema de la nación y la emigración, como parte de nuestra historia. Y a pesar de nuestras diferencias, las relaciones tienden -y veremos si la historia lo confirma- a normalizarse, así como las expresiones de identidad de ambos países. Si realmente al cubano se le otorga un lugar normal en la política inmigratoria de los EE.UU., la excepcionalidad se cuestionará considerablemente. Esa excepcionalidad hace al cubano diferente, por el lugar que le da la política inmigratoria. Si se va hacia la flexibilización de la política de las regulaciones migratorias cubanas desde 1991, si hay acuerdos que sustentan y normalizan las relaciones con los Estados Unidos, y esto se hace extensivo a las personas que van hacia otros países, se podrá entrar en un proceso de desideologización de la emigración cubana posterior a 1959. Esta será la real fractura de la imagen del cubano de Miami. ¿Sobre qué se va a sustentar esa representación del exilio? ¿El emigrado podrá seguir diciendo que su enemigo es Cuba? O dirá que ahí está Cuba y yo soy cubano; y se podrá dar cuenta, algún día, de que ese cubano que él cree que es nunca existió, el de la década del 60, salvo

quizás la representación histórica de lo que él pudo haber sido desde aquí, viviendo aquí -y no pudo lograr allá. Puede sobrevenir una verdadera fractura detrás de un proceso de normalización de las relaciones migratorias cubanas hacia los países de destino y de la relación de la nación cubana con su emigración.

Rafael Hernández. Parte de esa historia integral es la evolución de la percepción acerca del cubano que vive afuera, del que se va y de las motivaciones que lo animan desde el punto de vista de sus relaciones con la sociedad actual. Seguramente, los cubanos que salen ahora están mucho más cerca de los valores de la sociedad cubana. No sólo por las razones fundamentales que tú apuntabas, sino también por la manera en que mentalmente se relacionan con el país que dejan atrás. Quizás también esto sea parte de la normalización de la migración en comparación con otros países de América Latina.

Finalmente, aunque no hemos resuelto todo el problema que plantea la cuestión de la nación, ni las implicaciones de la identidad, estamos mucho más cerca de entenderlos. Les agradezco que hayan estado aquí.

Participantes

Natalia Bolívar. Especialista en religiones cubanas. Miembro del Consejo editorial de TEMAS.

Rafael Hernández. Politólogo. Centro de Estudios sobre América. Director de TEMAS.

Consuelo Martín. Psicóloga. Centro de Estudios de Alternativas Políticas de la Universidad de La Habana.

Graziella Pogolotti. Profesora y crítica de arte y teatro. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Pedro Pablo Rodríguez. Historiador. Centro de Estudios Martianos.

Joaquín Santana. Filósofo. Universidad de la Habana. Miembro del Consejo editorial de TEMAS.

Enrique Ubieta. Filósofo. Centro de Estudios Martianos.

Miren Uriarte. Socióloga. Universidad de Massachussets, Boston.

Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba

Oscar Zanetti Lecuona

Historiador. Instituto de Historia de Cuba.

Las dos primeras décadas de existencia de LADHILAC han sido testigos de una paradójica evolución en la historiografía mundial. Iniciadas bajo la impronta científicista del análisis estructural y la cuantificación, están concluyendo en medio de la atmósfera -sin duda pasajera- de un retorno a la historia narrativa enmarcada en los cánones de la posmodernidad.

En Latinoamérica, donde las modas suelen llegar con cierta demora y sufrir pintorescas adaptaciones, la historiografía ha seguido un curso que, si bien no ha sido diferente, exhibe indiscutibles peculiaridades. Pasado el debate en torno a la «dependencia» y los «modos de producción» -en el cual la participación de los historiadores fue relativamente pobre-, el movimiento historiográfico latinoamericano, en algunas de sus manifestaciones más vitales y avanzadas, enrumbo hacia ese territorio de inciertos límites que se ha dado en llamar «historia social».

La complejidad social de la historia latinoamericana presenta una problemática de riqueza extraordinaria. Animados por intereses tan variados y difusos como el propio concepto de «historia social», los investigadores han irrumpido en este campo acumulando resultados de una calidad muy diversa, pero de cuya relevancia testimonian obras como las de Alberto Flores Galindo y María Luisa Marcilio en América Latina, o Walter Rodney y Richard Price en el ámbito caribeño.

Cuba no resulta una excepción en este contexto, si bien el desarrollo de la historia social en la Isla plantea interesantes problemas de inserción dentro de su tradición historiográfica. Las largas décadas de combate por la independencia y la igualmente prolongada lucha posterior contra el dominio norteamericano, hicieron del problema nacional el verdadero eje de la historiografía cubana, de un modo probablemente más acentuado que en otros países de Latinoamérica. Desde José Martín Félix de Arrate hasta Emilio Roig de Leuchsenring, los historiadores cubanos exaltaron los valores de la patria mediante el análisis de los procesos y acontecimientos, casi siempre políticos, que jalaron

* Ponencia presentada al VI Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), Amealco, Querétaro, México, 30 de mayo al 3 de junio de 1994.

la contienda secular contra los opresores extranjeros. Aunque no faltaron los interesados por el contenido social de dichos procesos, como lo indican los significativos estudios que Don Fernando Ortiz dedicó a la formación de la identidad social y cultural del pueblo cubano, lo cierto es que hasta años relativamente recientes la imagen de la historia de Cuba ha estado esencialmente modelada por la historiografía política.

El triunfo de la Revolución en 1959 tuvo para la creación historiográfica -como en tantos otros órdenes- muy notables implicaciones. Expresión exitosa de la voluntad de afirmación nacional, la Revolución develaba también un vasto contenido social y comportaba una ideología entre cuyos fundamentos se hallaba toda una teoría científica del desarrollo de la sociedad -el marxismo. Afianzada en su tradición nacionalista, la historiografía se vio, al mismo tiempo, impelida a una reconsideración del pasado cubano en términos mucho más amplios y sobre nuevas bases metodológicas.

En una primera fase -los años sesenta- el quehacer historiográfico se materializó sobre todo en síntesis generales o parciales que, aprovechando el material factual heredado, se proponían una reinterpretación de la historia nacional. La introducción de categorías analíticas marxistas apuntaba hacia una remodelación de la imagen del pasado, pero las insuficiencias de su base empírica y una asimilación en ocasiones dogmática del aparato conceptual, dio lugar a algunas obras de acentuado esquematismo. No sería sino hasta finales de esa década que comenzarían a percibirse las primeras evidencias relativamente maduras de un profundo movimiento renovador.

El estudio de los procesos económicos ocupó entonces, como es fácil comprender, un lugar preferente. La existencia de algunos notables antecedentes en este campo, junto a la frecuencia y calidad de las obras publicadas, posibilitaron la rápida consolidación de la historia económica como una disciplina especializada. Pero la historiografía económica cubana no ha revestido la especificidad analítica y conceptual que caracteriza a las tendencias contemporáneas en esta esfera. Sus trabajos más sobresalientes dedican, por lo general, amplio espacio a la consideración de los procesos sociales imbricados en los fenómenos económicos, de modo tal que han realizado aportes muy significativos al conocimiento de la historia de la sociedad.

Los primeros frutos de lo que en un sentido más estricto podría considerarse como una historiografía social comienzan a producirse también a finales de los 60 y se propagan en las décadas subsiguientes en un amplio espectro temático. Lo variado de esta producción, así como la propia indeterminación del

objeto de la historia social, hacen aconsejable examinarla agrupándola en grandes áreas, siguiendo la línea que perfiló Eric Hobsbawm en su artículo ya «clásico» de 1971, que tan señalado aporte realizó a la sistematización de esta esfera de los estudios históricos.¹

Historia de la población

País de inmigración y, aún más, de esclavitud, los problemas de población han despertado siempre el interés de los estudiosos de la historia de Cuba. Sin embargo, rara vez los fenómenos histórico-demográficos habían sido objeto de análisis específico, sino que se les consideraba en el contexto de indagaciones más amplias y generalizadoras. La historia demográfica cubana es así resultado del quehacer de las décadas recientes, y su aparición se asocia íntimamente a la obra de Juan Pérez de la Riva.

Las migraciones y, particularmente, los movimientos inmigratorios han tenido la primacía en este terreno, tanto por su importancia como factor del crecimiento de la población, como desde el punto de vista de la composición sobre todo étnica- de ésta y de la formación de su identidad cultural.

La trata esclavista, forma fundamental de la inmigración forzada ha recibido la atención que amerita su trascendencia histórica. La cuestión del monto de los esclavos introducidos fue replanteada de modo crítico por Pérez de la Riva, quien aportó sus propios estimados basados en las técnicas del análisis demográfico, los que han sido corregidos posteriormente por otros historiadores a la luz de nuevas fuentes y publicaciones internacionales sobre este tema.² Desde otro ángulo, José Luciano Franco desarrolló un estudio histórico general sobre el siniestro tráfico negrero, fijando su atención en los factores involucrados en dicho comercio, sus procedimientos y nexos con la política colonial, así como su condicionamiento internacional.³ Una investigación recientemente concluida sobre el mercado de esclavos cubano, basada en el análisis estadístico de miles de transacciones, aporta nueva luz sobre la composición y otras importantes características demográficas de la población esclava.⁴ Los culíes chinos, corriente migratoria igualmente forzada de gran importancia a mediados del siglo XIX, ha sido también objeto de diversos estudios, entre los que se cuenta una voluminosa monografía de Pérez de la Riva, de la cual sólo han visto la luz algunos capítulos y secciones.⁵

Numerosos investigadores han dedicado su atención a otra corriente migratoria de importancia capital: la española. En el plano estrictamente histórico-demográfico aparecen dos trabajos, también pioneros, de Pérez de la Riva, que analizan el fenómeno en la

encrucijada de los siglos XIX y XX, labor que ha tenido distintos continuadores, algunos de ellos alentados por el impulso que dieran a este tema las actividades conmemorativas del V Centenario. Se han realizado así esfuerzos por esclarecer el volumen -difícil de precisar- de la inmigración española en los primeros siglos coloniales, pero la atención se ha concentrado sobre todo en el período de la inmigración masiva (1880-1930), cuyos efectivos parecen haber quedado bien establecidos mediante el análisis crítico de las fuentes españolas y cubanas. Algunos investigadores se han interesado por la composición de la corriente migratoria hispana, intentando determinar la contribución a ésta de distintas regiones de la Península, mientras que otros han examinado los factores condicionantes y las modalidades de la inmigración, como es el caso del reciente estudio de Moreno Fragnals sobre el papel de los contingentes militares como vehículo migratorio durante las guerras de independencia.⁶

La inmigración de braceros antillanos, decisiva para el crecimiento azucarero de las primeras décadas del presente siglo, ha sido igualmente objeto de diferentes pesquisas, entre las cuales debe destacarse, nuevamente, una de Pérez de la Riva, «Cuba y la inmigración antillana», verdadero clásico en su género, no sólo por el virtuosismo con que elabora los aspectos demográficos de esta corriente migratoria, sino por la profunda y esclarecedora consideración de sus determinantes y de sus implicaciones socio culturales. Problemas tales como los efectos de esta inmigración sobre los salarios, los intereses que se movieron en torno a su desarrollo, así como sus consecuencias culturales, han sido igualmente atendidos, incluyendo indagaciones sobre la política y las regulaciones migratorias.⁷

Corrientes menores como la de los franceses durante la revolución haitiana, yucatecos, japoneses, indostanos y los propios colonos norteamericanos han captado la atención de historiadores y otros científicos sociales, tanto desde el punto de vista histórico-demográfico como antropológico.⁸ Por todo ello puede afirmarse que prácticamente ninguna corriente migratoria significativa ha permanecido ignorada en las décadas recientes. El tema, sin embargo, dista de estar agotado, y espera tanto por monografías más exhaustivas como por un esfuerzo de síntesis que establezca en toda su dimensión histórica el papel de los componentes inmigratorios en la formación del pueblo cubano.

El tema central de la demografía histórica -el régimen de población y la evolución de los patrones demográficos- ha sido, sin embargo, menos atendido. Aunque las estadísticas vitales del período republicano resultan muy poco confiables y algunos registros parroquiales han desaparecido, la investigación ha

permanecido por debajo de las posibilidades que brindan las fuentes. Se registran muy escasos trabajos dedicados a definir el antiguo régimen demográfico a partir de la información de los registros parroquiales, y el único -que conozcamos- que aplicó el procedimiento de reconstrucción de familias ha permanecido inédito. En los últimos años, los investigadores han acudido a los registros para establecer el peso del factor inmigratorio en los siglos coloniales tempranos, así como algunas pautas del comportamiento familiar, pero importantes rasgos del régimen demográfico de ese período -dimensión de la familia, edades medias del matrimonio, patrones de mortalidad, etc.- permanecen virtualmente ignorados.⁹

Los cambios en el régimen demográfico han despertado mayor atención entre los demógrafos, con trabajos que generalmente se enmarcan entre la segunda mitad del siglo pasado y la primera del presente, los cuales se basan, por lo general, en la crítica de las estadísticas vitales disponibles y la construcción de estimados mediante técnicas del análisis demográfico. El creciente interés de los demógrafos -una comunidad científica ya consolidada en el país- por los problemas históricos de la población y su acercamiento al trabajo de los historiadores prometen mayores frutos en este terreno.¹⁰ Similares expectativas despierta el actual desarrollo de la historiografía regional y local, algunos de cuyos cultivadores han comenzado a aproximarse a los archivos parroquiales para lograr una más completa comprensión de sus objetos de estudio, aunque aún no muestren el dominio de la metodología apropiada para su mejor explotación.

Los problemas del *poblamiento* y el *habitat* han sido objeto de un tratamiento muy desigual. La historia de la distribución física de la población vinculada con la explotación del medio geográfico está todavía en pañales. Un ambicioso proyecto de Pérez de la Riva en este sentido quedó trunco en una fase temprana de realización.

Aunque la idea ha despertado interés, no se perciben esfuerzos que acusen la comprensión de esta problemática de un modo totalizador.¹¹ Claro está que el desarrollo de la historiografía regional ha ido acumulando un importante material en este terreno, pero se requiere de propuestas capaces de articularlos y proyectarlos en una más vasta perspectiva.

Los estudios sobre el *habitat*, aunque todavía incipientes, permiten percibir la promisoriosa gestación de una historiografía urbana. Resultado de la confluencia de arquitectos, historiadores y algún que otro geógrafo, estos trabajos han tenido a la ciudad de La Habana como tema preferente, pero no han descuidado enteramente las ciudades y poblados del interior. Aunque en algunos de ellos se aprecia un

comprensible acento en los tipos arquitectónicos y otras cuestiones estéticas, el análisis históricossocial ocupa siempre un amplio espacio.¹² Existen algunos estudios -en su mayoría tesis universitarias inéditas- sobre el habitat rural, entre los cuales predominan los análisis de sus peculiaridades en asociación con la producción azucarera -los *bateyes* de ingenio-, si bien el tema no recibe todavía la atención que merece.¹³

Estructuras, clases y grupos sociales

Verdadero corazón de la historia social, el estudio de las estructuras sociales registra un desarrollo más consistente, no sólo por el volumen, sino también por la calidad de las contribuciones. Los problemas de las *estructuras sociales* son aludidos con mayor o menor penetración en muchas obras, aunque los esfuerzos sistematizados resultan todavía escasos. Los mayores avances se han registrado en el estudio de la estructura de la sociedad capitalista, tomando como base estadísticas censales y otras fuentes de datos masivos; pero el trabajo de mayor aliento entre los realizados hasta el presente -debido a Jorge Ibarra- permanece todavía inédito.¹⁴ En la época en que predominan las relaciones esclavistas, donde las diferencias económicas se entrelazan con las raciales y legales para conformar un abigarrado cuadro estructural, hay realmente mucho por hacer y se requiere de un notable esfuerzo tanto en el plano empírico como en el teórico.

Bastante más numerosos son los estudios sobre *clases sociales*. La clase dominante en la colonia esclavista -terratenientes, burguesía esclavista o sacarocracia, entre otras denominaciones al uso- permanece aún pendiente de esclarecimiento conceptual, pero se ha progresado sensiblemente en la definición de sus rasgos económicos, identidad social y proyecciones políticas e ideológicas.¹⁵ Los estudios sobre la condición social del esclavo y las formas de esclavitud se presentan, en cambio, mucho más fragmentados, no obstante el impulso que recibieran en ocasión de conmemorarse el centenario de la abolición de la esclavitud.¹⁶ La situación del campesinado y las capas medias de las ciudades en esta época apenas ha sido explorada, si se exceptúa la notable contribución de Pedro Deschamps al conocimiento de la pequeña burguesía urbana negra que, entrelazada con breves estudios de Pérez de la Riva sobre los culíes y otros grupos preteridos de la sociedad esclavista, ofrecen un vívido -y, en ocasiones, patético- testimonio de la trayectoria histórico-social de esta «gente sin historia».¹⁷

Un buen número de autores -Jorge Ibarra, Alejandro García, Oscar Zanetti y Francisco López Segrera, entre otros- han desarrollado indagaciones sobre las clases sociales en la república neocolonial.¹⁸

Las características de diversos sectores de la burguesía, las proyecciones de esta clase ante problemas económicos y políticos e incluso sus peculiaridades regionales, se han dado a conocer como resultado de algunos de sus trabajos.¹⁹ Pese a todo, queda aún bastante por hacer para establecer la identidad social de esta burguesía y esclarecer los fundamentos de su conducta.

El proletariado ha sido el conglomerado social más tratado en las últimas décadas. Los estudios sobre temas obreros contaban con una cierta tradición, sobre todo en la obra de José Rivero Muñiz, y recibieron un lógico impulso en el marco de una revolución socialista. Pero, conviene advertirlo, lo que realmente se ha trabajado es el movimiento obrero, sus avances organizativos, sus luchas, sus proyecciones políticas y tendencias ideológicas, por lo que hasta el momento han resultado comparativamente pobres los estudios del proletariado como clase social. Muy poco se sabe de la estructura de la clase obrera, su distribución sectorial, la evolución de sus condiciones de vida, sus peculiaridades culturales y psicológicas, etc.²⁰ Las autobiografías obreras y otras publicaciones de carácter testimonial, que recibieron un notable impulso como resultado de su promoción por los sindicatos y otras instituciones, no han logrado compensar ese desbalance, pues aún entre ellas ha sido muy acentuada la tendencia a enfatizar las luchas sindicales.²¹ El predominio de un claro reduccionismo político en el análisis histórico del proletariado alcanzarla su clímax en la década de 1970, cuando las ciencias sociales cubanas enfrentaron una corriente dogmatizadora que, obsesada por la demostración de las «regularidades del socialismo», exageró el papel de la clase obrera en la historia nacional, intentando conceder a esta un protagonismo que en ocasiones no desempeñó. En años más recientes se ha ido perfilando una tendencia hacia el ensanchamiento de la perspectiva que ya empieza a arrojar sus frutos.²²

Los trabajos sobre otras clases sociales resultan más escasos. El campesinado se halla prácticamente huérfano de estudios; apenas unos pocos títulos sobre las luchas campesinas y algunas aproximaciones a las peculiaridades socioeconómicas de esta clase -generalmente dispersas en artículos de revistas- es todo lo que puede encontrar quien se interese por tan importante asunto.²³ Un cuadro similar presentan las pesquisas sobre las capas medias urbanas, prácticamente abandonadas con excepción del sector estudiantil. Sobre este último tema si se han publicado algunos títulos relevantes, pero aquí -como en el caso del proletariado- el énfasis se ha puesto también en los aspectos organizativos y políticos.²⁴

La estratificación étnica y, en particular, el problema de la condición social del negro en las diversas etapas

de la historia cubana -materia de larga tradición historiográfica- han tenido sus cultivadores en años recientes, si bien la mayoría de éstos han privilegiado los aspectos antropológicos del problema. Se deja sentir, sin embargo, la escasez de estudios sobre la proyección social del negro, sobre sus motivaciones y expectativas al integrarse en los grandes movimientos nacionales y otras peculiaridades de su desarrollo social. En este sentido, la pujanza de una ideología igualitaria y antirracista ha contribuido, paradójicamente, a obviar el estudio de asuntos de gran importancia para la comprensión de las modalidades de participación del negro en el proceso de formación nacional.²⁵

La historia de la mujer, de tan notable auge en las últimas décadas en Cuba, ha carecido de un desarrollo equivalente. No es que falten estudios, pero éstos se han encaminado a destacar el protagonismo femenino en los grandes procesos de nuestra historia, predominando incluso el género biográfico. Aliado de esta literatura relativamente nutrida, son muy escasos los trabajos dedicados al papel de la mujer en la vida social y la familia, a la cuestión de la condición femenina o, aún más, a los movimientos feministas, temas en los cuales las realizaciones más sobresalientes se deben a investigadoras extranjeras.²⁶ En los años más recientes se aprecia una tendencia renovadora, tanto por la realización de algunas conferencias y reuniones sobre aspectos poco investigados de este asunto, como por la formulación de proyectos animados por una más amplia concepción de los problemas, pero en todo caso, los frutos de estos esfuerzos aún están por venir.

Salta a la vista que las publicaciones sobre estructuras y agrupamientos sociales no han sido escasas, pero se han producido de manera dispersa y con muy desigual distribución temática. Cualquier progreso ulterior en este terreno requiere de una mayor coherencia y sistematicidad, sin dejar de lado la necesidad de incorporar nuevos conceptos y técnicas de trabajo.

Las mentalidades colectivas

Sin duda, el sector menos desarrollado dentro de la historiografía social cubana es el de las mentalidades. No le faltan antecedentes ni en el prolongado debate científico sobre el «carácter cubano», ni en obras tan relevantes y singulares como la maravillosa *Historia de una pelea cubana contra los demonios* de Don Fernando Ortiz.

Sin embargo, solo un trabajo, debido a Jorge Ibarra, se ha propuesto abarcar con cierta amplitud este problema en las primeras décadas republicanas siguiendo los patrones de la «histoire des mentalités».²⁷ Los restantes esfuerzos se enmarcan en áreas específicas, como las creencias populares y los fenómenos asociados a éstas, una cuestión que, sobre todo en los cultos de

matriz africana, resulta un tema ya consagrado dentro de las ciencias sociales cubanas.²⁸ Por contraste, en el estudio de las religiones fuertemente estructuradas, como el catolicismo y las diversas denominaciones protestantes, el enfoque institucional ha predominado sobre el análisis ideológico y el estudio de las especificidades de su religiosidad.²⁹

La cultura popular, natural objeto de estudios multidisciplinarios, registra algunos acercamientos de perfil histórico, particularmente en los análisis de fiestas populares tradicionales cuyas raíces han sido rastreadas bien atrás en el tiempo.³⁰ Desde otro ángulo, no es posible pasar por alto la original indagación de Reynaldo González sobre las radionovelas y su impacto en la cultura popular de las décadas de los 40 y los 50.³¹ Las pesquisas en este campo se desplazan hacia el amplísimo espectro de la historia cultural, examinando tanto las características generales de la cultura cubana en etapas específicas de su desarrollo, como su componentes formativos o los movimientos socioculturales, para terminar por adentrarse en el ámbito, francamente diferenciado, de la historia intelectual.³²

Aunque no puede afirmarse que la historia de las mentalidades colectivas constituya terreno completamente virgen, quedan amplios sectores por explorar -y explotar para una mejor comprensión de las ideas populares sobre el mundo natural y sobrenatural, de los fundamentos subjetivos de práctica y actitudes, así como de otros muchos problemas cuya dilucidación tiene importancia vital si se pretende discernir y explicar de un modo más profundo los factores de la identidad nacional.

Movimientos y conflictos sociales

He aquí un área cuyos imprecisos límites suelen entremezclarse con la historia política. Su importancia, qué duda cabe, es inmensa, pues en ella se expresa, muchas veces con intenso dramatismo, la dinámica de la estructura social, el comportamiento de sus clases y grupos. Desde las formas más imperceptibles de resistencia hasta las revueltas y las llamadas patologías sociales, los fenómenos que se registran en esta esfera suelen sacar a la superficie -y plasmar en las fuentes-sentimientos, convicciones y actitudes de la gente común que en otros ámbitos escapan al historiador.

La historiografía social cubana presenta en este sector tanto temas muy bien establecidos, como otros prácticamente ignorados. Entre los primeros figura en posición prominente la problemática de la resistencia y rebeldía de los esclavos. Este es un asunto cuya entidad historiográfica cubana -sin desconocer antecedentes- debe, sobre todo, a la labor pionera de José Luciano

Franco.³³ Estudios posteriores han explorado la variada gama de manifestaciones de la resistencia esclava, aunque sus formas pasivas rotura de instrumentos, abandono del trabajo, suicidios, etc.- han sido menos trabajadas que las activas, las cuales incluyen tanto los distintos tipos de cimarronaje, como el apalencamiento y las rebeliones.³⁴

El bandolerismo, asociado o no a fenómenos de resistencia social, es un asunto de larga data en la historia cubana. Considerado por algunos autores como un fenómeno endémico del siglo XIX, el bandolerismo rural, sobre todo en sus manifestaciones más agudas durante la década de 1880, ocupó la atención de autores contemporáneos y animó algún que otro trabajo posterior. Sentados tales precedentes, sorprende un tanto que la relevancia alcanzada por el tema del «bandidismo social» en la historiografía internacional haya tenido escasa repercusión entre los historiadores cubanos. Unos pocos artículos dispersos en las revistas especializadas y algunos trabajos presentados en reuniones de historia regional -los cuales se mantienen casi todos inéditos- es la magra cosecha del rastreo bibliográfico de un tema interesante, sobre el cual las contribuciones más amplias y significativas se deben a autores extranjeros.³⁵ Otras importantes manifestaciones de este fenómeno como el «gansterismo», esa suerte de bandolerismo urbano que en la década de 1940 devino una plaga y mantuvo significativas conexiones políticas, se mantienen vírgenes en cuanto a publicaciones, aunque no en la investigación.³⁶ El problema del bandidismo como expresión asociada a una resistencia contrarrevolucionaria entre los años 1960 y 1965, en cambio, sí ha producido un cierto número de trabajos, tanto monografías históricas como literatura de corte testimonial.

Buena parte de la bibliografía histórica generada por el estudio de los movimientos sociales ya ha sido referida en páginas anteriores, al examinarse los trabajos realizados sobre el proletariado, los campesinos e, incluso, el propio movimiento estudiantil. Pero, en general, estos fenómenos han sido investigados una vez que alcanzan cierto grado de organicidad y permanecen virtualmente ignoradas sus muy diversas e interesantes manifestaciones embrionarias.

Balance y reflexión

La revisión temática muy rápidamente realizada en estas páginas podría extenderse más e incluir asuntos que, como el modo de vida, por ejemplo, apenas han sido aludidos, pese a contar con una incipiente literatura. Una búsqueda apresurada en territorio de contornos tan imprecisos, seguramente nos ha llevado también a ignorar cierto número de aportes, particularmente en

el caso de colegas cuyos esfuerzos no han conseguido plasmarse en letra impresa, algo lamentablemente muy común en los últimos años. Olvidos o desconocimiento implican sin duda un margen de error para estas apreciaciones, pero no al extremo de invalidar conclusiones de por sí evidentes.

La historiografía social cubana ha logrado un ostensible progreso en las últimas décadas, sobre todo si se tiene en cuenta su menguado punto de partida. Se trata, sin embargo, de un avance irregular que, si bien ha conseguido penetrar con profundidad en ciertos problemas, apenas bordea otros de enorme importancia. La dispersión del quehacer investigativo es, así mismo, notoria, y evidencia una falta de sistematización, que constituye quizás la nota dominante en nuestros estudios de historia social.

Existen sin duda problemas en la incorporación de métodos apropiados a los objetos de investigación. Las técnicas de historia oral, notablemente difundidas en estos años, se han aplicado sobre todo al análisis de los procesos objetivos, como un recurso informativo más aunque, en ocasiones, único- para el establecimiento de los hechos. Su utilización con el propósito de precisar el perfil psicosocial de los protagonistas comunes del acontecer histórico, para conocer el mundo de sus representaciones y las motivaciones de sus conductas, ha sido realmente escasa, principalmente entre los historiadores.³⁷ Resultan igualmente exigüos los estudios de la cultura material -salvo los empeños, ya mencionados, de algunos arquitectos interesados en la historia de la vivienda y el urbanismo- que tanto pueden decir sobre los cambios en la vida de los hombres mediante el análisis de sus artefactos, de la manufactura, forma y funciones de éstos, relacionándolos con las clases y grupos sociales que los crearon y emplearon.

Muchas de estas limitaciones metodológicas podrán superarse, en la medida en que se haga más frecuente el intercambio -y el trabajo en común- de los historiadores con antropólogos, lingüistas, demógrafos y sociólogos; sin que quepa esperar de esas disciplinas afines los elementos claves para una indagación que debe responder a la óptica totalizadora y la naturaleza dinámica de la historia. La asimilación de nuevos métodos habrá de contribuir también a la ampliación de la perspectiva acerca de las posibilidades de las fuentes, animando a la explotación de recursos informativos hasta ahora virtualmente ignorados.

El desarrollo coherente y multilateral de la historiografía social en Cuba es hoy una urgente necesidad, porque su variada y rica problemática puede introducir un aire renovador y vivifican te en las relaciones entre los historiadores y el público lector, logrando una mejor sintonía con los intereses y preocupaciones de las nuevas generaciones; algo que

difícilmente podría conseguirse sólo con el mejoramiento -también necesario- de los recursos expositivos. Esta nos parece una alternativa eficaz ante las propuestas de una historiografía narrativa, pretendidamente desideologizada, que al renunciar a la formulación de las bases teóricas de su análisis termina, con harta frecuencia, por construir imágenes simplistas que en la práctica constituyen un retorno al positivismo.

Pero, cabalmente entendida como una historia de la sociedad, la historia social es mucho más que el planteo de nuevos objetos de investigación, como pueden serlo la recuperación de la cotidianidad o de la dimensión subjetiva de los procesos. Resulta, sobre todo, una búsqueda de nuevas y mejores soluciones para la explicación de la realidad histórica, un esfuerzo transformador del discurso, tanto más necesario tras el hundimiento trágico, pero inevitable, de las formas catequísticas, doctrinarias, de un marxismo desnaturalizado. Y es que sólo reconociendo esa realidad en la plenitud de sus complejidades, puede abrirse paso a una reconstrucción teórica que ya resulta impostergable.

La cuestión del entronque de la historia social en las tradiciones historiográficas cubanas debe considerarse precisamente bajo este prisma. La historia social aporta, en primer término, una beneficiosa diversificación temática a la historiografía de Cuba, aunque algunos de los asuntos que introduce pudieran estimarse, por una apreciación superficial o pragmática, como una derivación hacia lo intrascendente. Pero una vez más el *quid* reside en la naturaleza de los problemas, en el sentido de su indagación. Los cambios en los hábitos alimentarios o las actitudes ante la muerte, podrían parecer trivialidades ante la historia de los «grandes hechos». Pero no lo son en modo alguno si el proceso a dilucidar es la gestación de un pueblo, donde la formación de su carácter, sus hábitos de vida y los factores de su idiosincrasia se inscriben junto a los magnos eventos de su epopeya.

La historia social no entraña, por tanto, una discontinuidad con la tradición nacionalista de la historiografía cubana, cuyo precioso legado debe conservarse. Corresponde a los historiadores, sin duda, contribuir al desarrollo de la conciencia nacional, pero no con discursos, tanto menos efectivos cuanto más ideologizados, sino con el análisis profundo de los movimientos sociales que han sustentado la existencia misma de la nación.

Hoy, cuando en las postrimerías de este siglo convulso ciertas tendencias globalizadoras parecen encubrir formas más sofisticadas de dominación, la historiografía social resulta en Cuba, más que provechosa, imprescindible, para la preservación de la identidad nacional.

Notas

1. A modo de ejemplo pueden verse: M. Moreno Friginals, *El ingenio*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978; J. Rivero Muñoz, *Tabaco; su historia en Cuba*, La Habana, 1965; O. Zanetti y A. García, *United Fruit Co.; un caso del dominio imperialista en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976; J. Le Riverend, *Problemas de la formación agraria de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1992; O. Zanetti y A. García, *Caminos para el azúcar*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
2. E. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, 100, 1971, pp. 20-45. Hay diversas versiones en español.
3. J. Pérez de la Riva, *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, y «El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana), año 65, no. 1, enero-abril, 1974. Indagaciones recientes de Gloria García y Mercedes García han ofrecido elementos de corrección de los estimados para el siglo XVIII, así como para etapas posteriores. Entre los autores extranjeros cuyas obras han tenido mayor impacto en estas reevaluaciones deben mencionarse Philip Curtin y David Eltis.
4. J. L. Franco, *Comercio clandestino de esclavos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
5. L. Bergard, M. del C. Barcia y F. Iglesias, *El mercado de esclavos en Cuba*, (en proceso editorial).
6. «Demografía de los culíes chinos en Cuba. Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba, 1853-1874», y «La situación legal del culí en Cuba», compilados todos en *El barracón y otros ensayos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. Véase también J. Jiménez Pastrana, *Los chinos en la historia de Cuba*. Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
7. J. Pérez de la Riva, «La población de Cuba, la guerra de Independencia y la inmigración del siglo XX» *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 62, no. 2, mayo-agosto, 1971, y «Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad», en *Anuario de Estudios Cubanos* 1, La Habana, 1975. Entre los trabajos sobre inmigración en la colonia temprana destaca I. Romero y A. de la Fuente «La inmigración en La Habana (1585-1645)», *La Rábida* (Huelva), no. 8, 1990. Fe Iglesias ha estudiado la inmigración masiva en «Características de la emigración española a Cuba. 1904-193», *Economía y Desarrollo* (La Habana), no 2, 1988, y en «El movimiento de pasajeros entre España y Cuba 1882-1903» (inédito), asunto al cual también han dedicado esfuerzos D. González, «La inmigración española en Cuba», *Economía y Desarrollo*, (La Habana) no 1, 1998, y S. Catasús en *La emigración a Cuba entre 1900 y 1950*, La Habana, 1971. Entre los estudios sobre los aportes migratorios regionales pueden citarse C. Alonso, «Estudio de la inmigración asturiana a Cuba a través de un pilotaje», *Boletín del Archivo Nacional* (La Habana), no. 6, 1991; J. Guanche, *El aporte canario a la formación étnica de Cuba*, La Habana, 1991, y N. Peraza, «Esclavos gallegos en Cuba». *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, no. 2, 1980. *Guerra, inmigración y muerte. El ejército español en Cuba como vía migratoria*, de M. Moreno Friginals y J. J. Moreno Masó fue publicada por el Archivo de Indianos (Ed. Júcar) en 1993.
8. J. Pérez de la Riva, «Cuba y la inmigración antillana», *Anuario de Estudios Cubanos* 2, La Habana, 1979; R. Álvarez, *Azúcar e inmigración 1900-1940*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1988; J. Ibarra, «La inmigración antillana ¿desproletarización del proletariado cubano...?», *IV Encuentro de historiadores latinoamericanos y del Caribe*, Bayamo, 1983; O. Zanetti, «Actitudes e intereses en torno a la

Oscar Zanetti Lecuona

inmigración antillana», *Conference on Migration and Cultural Contacts in the Caribbean*, Barbados, 1984. Entre los diversos estudios etnodemográficos sobre comunidades haitianas, el más reciente es de J. Guanche, *Caidije*, Ed. de Ciencias Sociales, 1990.

9. J. Berenguer Cala, *La inmigración francesa en la jurisdicción de Cuba*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1980; J. Pérez de la Riva, «La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto», en *El barracón...*, ed. cit.; R. López Valdés, «La inmigración indostana a Cuba», Santiago (Santiago de Cuba), no. 25, 1977; J. Sarusky, «Los fantasmas de Omaja», *Unión*, La Habana, 1986.

10. El primer estudio poblacional sobre la base de los registros parroquiales se debió a un historiador francés, Guy Bourdè, quien trabajó los registros de Santa María del Rosario por el método agregativo y publicó sus resultados en «Fuentes y métodos de la historia demográfica en Cuba», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 65, no. 1, enero-abril, 1974. Investigadores de la Universidad de La Habana trabajaron los libros de la parroquia de El Cano por el método nominativo, pero no publicaron sus resultados. Recientemente Jesús Guanche investigó en archivos parroquiales para profundizar en el conocimiento de la inmigración, *Contribución al estudio etnográfico de la inmigración hispana. Libros bautismales de blancos en el archivo parroquial de San Isidoro de Holguín*, CIDMUC, La Habana, 1989, y *Presencia canaria en tres archivos parroquiales de la Ciudad de La Habana*, CIDMUC, La Habana, 1989 y A. de la Fuente empleó estos recursos informativos en «Los matrimonios de esclavos en La Habana 1585-1645» (ponencia presentada a las Jornadas de la Ciudad de La Habana, 1990) y con un propósito más abarcador en «¿Decadencia o crecimiento? Población y economía en Cuba, 1530-1700», *Arbor* (Madrid), no. 547-548, julio-agosto, 1991.

11. R. Hernández Castellón, *La revolución demográfica en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988; O. Ramos, *Cuatro etapas de la transición demográfica en Cuba*, Instituto de Investigaciones Estadísticas, La Habana, 1993; J. C. Alfonso, *Bases institucionales del cambio de la fecundidad; el caso de Cuba*, Instituto de Investigaciones Estadísticas, La Habana, 1992. Un proyecto de investigación en curso, *La población de Cuba. 1862-1930*, agrupa un equipo de historiadores y demógrafos con prometedoras perspectivas.

12. El proyecto se denominaba «La conquista del espacio cubano»; algunas de sus ideas básicas pueden encontrarse en el conversatorio que con ese título fue publicado por *Universidad de La Habana*, no. 207, 1978, y en dos trabajos publicados en A. del Valle Hernández, *Sucinta noticia de la situación presente de esta colonia. 1800*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977. Entre los trabajos orientados de un modo u otro en esta línea, cabe mencionar, de Roberto Segre, *Las estructuras territoriales y urbanas de Cuba*, ISPJAE, La Habana, 1978.

13. C. Venegas, *Dos etapas en la colonización y la expansión urbana*, Ed. Política, La Habana, 1979, y *La urbanización de las murallas*, Letras Cubanas, La Habana, 1990. También en el plano urbanístico pueden verse C. Gavira, «La configuración del espacio colonial urbano», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 73, nos. 1-2, 1974, y F. Chateloín, *La Habana de Tacón*, Letras Cubanas, La Habana, 1989; Ll. Llanes, *La transformación de La Habana en su arquitectura 1880-1921*, Letras Cubanas, La Habana, 1993, y el excelente número -340- de la revista *Arquitectura/Cuba* dedicado a La Habana. Un buen ejemplo de esfuerzos sobre ciudades del interior lo constituye *Matanzas: desarrollo económico y demográfico*, Ed. Estadística, La Habana, 1993. Entre los estudios sobre la vivienda y el habitat cabe destacar los de R. Segre, *La vivienda. República y Revolución*, La Habana, 1985, y E. Álvarez Tabío, *Vida,*

mansión y muerte de la burguesía cubana, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

14. J. Pérez de la Riva, «El barracón de ingenio en la época esclavista», en *El barracón...*, ed. cit., y A. Diembiez «Poblamiento post-azucarero en Cuba», *Economía y Desarrollo* (La Habana), no. 34, 1976.

15. J. Ibarra, *Estructura social de Cuba republicana* (inédito), Academia de Ciencias, 1986. Análisis más breves presentan F. Iglesias en «Población y clases sociales en la segunda mitad del siglo XIX», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 74, no. 2, 1983, y O. Zanetti, «Las clases de la sociedad cubana en vísperas de la Revolución», *Arbor* (Madrid) no. 567, 1993.

16. A los aportes de Moreno Friginals en su ya citado *El Ingenio* y en otros trabajos posteriores como «El Conde Alarcos y la crisis de la oligarquía criolla», *Revolución y Cultura* no. 2, 1988, deben sumarse los realizados por M. del Carmen Barcia en *Burguesía esclavista y abolición*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1987; «La ley de Represión del Tráfico de Negros, los intereses de la burguesía esclavista de Cuba y la política del gobierno español», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 2, 1988, y otros artículos, así como E. Torres-Cuevas y E. Reyes, *Esclavitud y sociedad*, Ed. de Ciencias Sociales, 1986.

17. La mayor parte de estos trabajos aparecieron en un número especial de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, no. 3, 1980, Y en dos compilaciones publicadas por la Academia de Ciencias de Cuba bajo los títulos *La esclavitud en Cuba*, La Habana, 1986, y *Temas acerca de la esclavitud*, La Habana, 1988, los cuales recogen también otras contribuciones sobre la cuestión esclavista.

18. P. Deschamps Chapeaux, «El negro en la economía habanera del siglo XIX», *Unión*, La Habana, 1971 y P. Deschamps y J. Pérez de la Riva, *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

19. J. Ibarra, *Cuba 1898-1921; partidos políticos y clases sociales*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, aporta una caracterización de las clases en las primeras décadas republicanas, así como de los efectos que sobre la fisonomía y conducta de éstas tuvo la penetración imperialista.

20. A. García, *La gran burguesía comercial en Cuba (1899-1920)*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990; F. López Segrera, «Raíces históricas de la Revolución Cubana», *Unión*, La Habana, 1980; O. Zanetti, *Los cautivos de la reciprocidad. La burguesía cubana y la dependencia comercial*, ENSPES, La Habana, 1989; R. Duharte y R. de los Reyes, *La burguesía santiaguera (1940-1950)*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1983; M. A. Márquez, «Intereses y contradicciones de clase en torno al problema arancelario cubano (1920-1927)», *Santiago*, no. 72, 1989, así como la tesis aún inédita de la misma autora sobre la burguesía industrial no azucarera en las décadas de 1940 y 1950.

21. Mientras en los últimos ocho años se han defendido más de una docena de tesis doctorales sobre diversos aspectos del movimiento obrero, sólo una, M. C. Pacheco, *Análisis de los cambios en la estructura de la clase obrera cubana 1959-1961*, aborda la cuestión en un plano estrictamente socioclasista.

22. Véanse, entre otras: *Los obreros hacen y escriben su historia*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; A. Núñez Machín, *Memoria amarga del azúcar*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; U. Rojas, *Luchas obreras en el central «Tacajón»*, Ed. Política, La Habana, 1978; *Memorias de un viejo mundo azucarero*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

23. La secuencia ininterrumpida de los trabajos sobre movimiento obrero con un perfil esencialmente político, tuvo su culminación en la publicación en 1985 de la *Historia del movimiento obrero cubano del*

- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista, obra cuya pretensión totalizadora ponía al desnudo la estrechez de su enfoque. Los estudios sociales sobre el proletariado tuvieron un buen punto de partida con *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, La Habana, Arte y Literatura 1974, de Carlos del Toro, y encontraron continuidad en trabajos como los de E. Trimiño, «La clase obrera en vísperas de la Revolución», *Islas* (Santa Clara), no. 54, 1976; S. Chantez, «Condiciones de vida de la clase obrera en el periodo prerrevolucionario», *Islas*, no. 69, 1981; J. Cernicharo, «El movimiento obrero santiaguero: base demográfica y proyecciones políticas», *Santiago*, no. 68, 1988, y en distintas secciones de los libros de J. Dumoulin, *Azúcar y lucha de clases*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, y O. Cabrera, *Los que viven por sus manos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
24. A. Regalado, *Las luchas campesinas en Cuba*, Ed. Política, La Habana, 1979; G. Chailloux, «El movimiento campesino 1950-1975»; P. Rodríguez Frago, «Análisis de dos tipos sociopolíticos de organización agraria en Cuba prerrevolucionaria», y L. Oquendo, «Estudio de las transformaciones operadas en el campesinado entre 1898 y 1918», todos en la serie *Clases y lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; V. Akulai y P. Rodríguez Frago, «La situación socioeconómica del campesinado en vísperas del triunfo de la Revolución», *Islas*, no. 54, 1976; M. E. Beltrán Ravelo, *Los campesinos en la política del Partido Socialista Popular y el Movimiento 26 de Julio* (tesis doctoral inédita), y N. Pérez Rojas, *Historia del poblamiento de una comunidad rural cubana*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
25. L. González Carvajal, *El ala izquierda estudiantil y su época*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976; N. Pérez Rojas, *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, y J. Lupiáñez, *El movimiento estudiantil en Santiago de Cuba 1952-1953*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
26. Además de los trabajos ya apuntados de Deschamps, para la problemática social del negro en el periodo colonial pueden verse: R. Duharte, *El negro en la sociedad colonial*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1988, y R. Sarracino, *Los que volvieron a África*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988. En la república: T. Fernández Robaina, *El negro en Cuba 1902-1958*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, así como P. Serviat, *El problema negro y su solución definitiva*, Ed. Política, La Habana, 1986, han abordado tanto aspectos de la condición social del negro como de su lucha contra la discriminación. Entre los diversos estudios de corte etnohistórico deben citarse R. López Valdés, *Componentes africanos del etnos cubano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, así como *El carabalí*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, de E. Sosa, y *Los ararás en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, de G. Abreu.
27. Un excelente ejemplo del tipo de estudios predominante lo es N. Sarabia, *Ana Betancourt*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1970. Sobre la condición femenina y el feminismo las contribuciones de mayor alcance se deben a V. Stolcke, *Racismo y sexualidad en Cuba colonial*, Alianza, Madrid, 1992, y L. Stoner, *From the house to the streets*, Duke University Press, Durham, 1991. Figuran entre los trabajos de cubanos: R. González, *Contradanzas y latigazos*, La Habana, 1982; R. Álvarez, *La «reeducación» de la mujer cubana en la colonia*, Ed. de Ciencias Sociales, 1976, y E. Pavón «El empleo femenino en Cuba», *Santiago*, no. 20, 1975.
28. J. Ibarra, *Un análisis psicosocial del cubano*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
29. E. Chávez, *El crimen de la niña Cecilia: la brujería en Cuba como fenómeno social 1902-1925*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; L. Aruca, *La «milagrosa» del Cementerio de Colón*, Letras Cubanas, La Habana, 1993; E. Sosa, *Los ñáñigos*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, y J. Fuentes y G. Gómez, *Cultos afro-cubanos*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.
30. Por su amplia perspectiva, resulta interesante el acercamiento de Eduardo Torres-Cuevas al fenómeno del impacto social de la ideología católica en su *Obispo Espada. Ilustración, reforma y antiesclavismo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
31. N. Pérez Rodríguez, *El carnaval santiaguero*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1988; E. Chávez, «La quema del muñeco de San Juan», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, no. 3, 1984, y V. Feliú, *Algunas fiestas populares tradicionales: carnavales, parrandas y charangas*, (tesis doctoral inédita), La Habana, 1987.
32. R. González, *Llorar es un placer*, Letras Cubanas, La Habana, 1988.
33. A. García Álvarez, *Algunos aspectos de la vida sociocultural cubana en las tres primeras décadas del siglo XX*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; J. Guanche, *Antecedentes hispánicos de la cultura cubana*, Ministerio de Cultura, La Habana, 1985, y *El componente hispánico en la formación de la nación cubana*, (tesis doctoral inédita), así como A. Cairo, *El grupo minorista y su tiempo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
34. J. L. Franco, *Los palenques de negros cimarrones*, Departamento de Orientación Revolucionaria, La Habana, 1973; *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los cabreros*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; «Rebeliones cimarronas. y esclavos en territorios españoles», en R. Price (comp.), *Sociedades cimarronas*, Siglo XXI, México, 1981; más un utilísimo catálogo de las fuentes sobre el tema existentes en el Archivo Nacional.
35. Existen numerosos estudios de estos fenómenos en localidades o regiones específicas, entre los que cabe mencionar los de R. Vázquez, *Trinivirato, historia de un rincón azucarero*, La Habana, 1972; S. Vento, *Las rebeliões esclavas en Matanzas*, Matanzas, 1976; J. Sánchez Guerra y N. Guilarte, «Los palenques de Guantánamo en el siglo XIX», *Managuí* (Guantánamo), no. 2, 1986; Z. Danger, *Los cimarrones de El Frijol*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1977; R. Duharte, *La rebelión esclava en la región oriental de Cuba*, Santiago de Cuba, 1986. Los trabajos más recientes y completos sobre este tema se deben a Gabino la Rosa, particularmente, *Los cimarrones de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, y *Los palenques del oriente de Cuba; resistencia y acoso*, Ed. Academia, La Habana, 1991.
36. Julio Carreras, «El bandolerismo en Las Villas (1831-1853)», *Islas*, no. 52/53, 1976, y «Los bandoleros de la Tregua en Santa Clara», *Islas*, no. 60, 1978. Por ser más abarcadores, deben mencionarse los aportes de historiadores extranjeros: M. Poumier, *Contribución al estudio del bandolerismo social en Cuba, la historia y el mito de Manuel García «Rey de los campos de Cuba». 1851-1895*, París, 1986; Louis Pérez Jr., *Lords of the Mountains, social banditry and peasant protest in Cuba*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989; y R. Schwartz, *Lawless liberators: Political Banditry and Cuban Independence*, Duke University Press, Durham, 1989.
37. Un tema conexo, la actividad de la mafia en Cuba durante los años 40 y los 50 ha originado la publicación de *El imperio de La Habana*, de E. Cirules, Casa de las Américas, La Habana, 1993.
38. Hay, en cambio, excelentes muestras de su empleo, por profesionales de esferas afines, como son los casos de Miguel Barnet -Cimarrón, Gallego, *La vida real*, entre otros títulos que han sido objeto de múltiples ediciones- y Enrique Cirules, *Conversación con el último norteamericano*, Arte y Literatura, La Habana, 1973.

Urgencias y exigencias historiográficas

Joel James Figarola

Historiador. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

La confrontación de ideas sobre las distintas tendencias presentes en la historiografía cubana, y los rumbos que se estiman más calificados o pertinentes para los trabajos de indagación histórica sobre nuestra sociedad y país, no se encuentra distanciada de la discusión en torno a la realidad y perspectiva de la mayor de las Antillas en el difícil y contradictorio sistema de circunstancias en que se haya insertada en los días que corren.

En muchos casos, personas honestas, a contrapelo de sus más íntimos deseos y voluntades, llegan hasta el punto de cuestionar la viabilidad de Cuba como nación con posibilidades reales de llevar adelante un programa propio de soberanía, independencia y justicia social. Por ese camino, analistas y estudiosos de variadas especialidades han alcanzado una pretendida certeza, supuestamente avalada en términos científicos por la crisis económica y, hasta cierto punto, institucional, que sufre nuestro país. Las tendencias conservadoras que rectorean la casi totalidad del planeta hoy coinciden en la inevitabilidad de la condición de dependencia de Cuba, hacia una u otra gran potencia, y por ello en el carácter inútil, y hasta gratuito y arbitrario,

por voluntarista, de toda la historia del independentismo y los esfuerzos revolucionarios cubanos.

El debate, en términos historiográficos, no es otra cosa, en razón de verdad, que un episodio más en la especulación sobre nuestra propia razón nacional de ser. En un debate así planteado, lo primero que no podemos hacer es dejar de participar. Tampoco podemos hacerla con retóricas centradas en consignas y lugares comunes, de suyo, y de siempre, inconsistentes e inconvincentes.

El quehacer historiográfico prerrevolucionario estaba muy marcado por una hechología facilista y escolar, salvo expresiones de alto rigor investigativo como las representadas por las obras de Vidal Morales y Ramiro Guerra, y algunos reconocibles esfuerzos de carácter colectivo como la *historia de la nación cubana*; Sin embargo, no parece que la indagación dentro de la Revolución - obviamente también con algunas excepciones- pueda mostrar un expediente sostenido de mejores resultados en términos de integralidad, coherencia e incorporación de nuevas claridades al conocimiento de nuestro pasado, tanto republicano como colonial.

De una historia contada a partir de puntos de giro políticos o militares coyunturales -la divisoria

convencionalmente siempre utilizada de la toma de La Habana por los ingleses pudiera ser un ejemplo entre muchos pasamos sin solución de enlace aparente a un sedicente marxismo, mecanicista y repetitivo, engendrador de numerosas y largas sumas totalizadoras, desde los viajes de Colón a los días que corren, en las cuales se pretendía forzar los acontecimientos, situaciones, tendencias, costumbres, psicología, cultura y vida, a esquemas previos de leyes y categorías del materialismo dialéctico. Se construyó primero un molde supuestamente científico de las afirmaciones más elementales, apresuradamente leídas y memorizadas en textos recién llegados del entonces campo socialista. Luego se hacía coincidir con él, aprisionándolo por la fuerza, al complejo conjunto de batientes de nuestra historia que es, a no dudar, una de las más contradictorias y ricas del Continente. Precisamente por ello, nuestra historia hubiera exigido un tratamiento más serio, responsable y respetuoso, a la altura de un proceso que ha dado de sí, como parto natural, una Revolución que ha asombrado al mundo.

Los historiadores cubanos debemos reconocer que, debido a una débil formación teórica, a la ingenuidad, o al miedo político en el período del dogmatismo, cuando aventurábamos una idea propia, solíamos muchas veces buscar una cita de los clásicos del marxismo -entre los cuales no se acostumbraba a incluir a Gramsci- que se aviniese con la audacia en cuestión y que, con su vecindad, la santificase.

Tanto la historiografía burguesa como la revolucionaria, de manera general, han estado, en equivalencia claro está, aquejadas de los mismos padecimientos. Aunque siempre se ha dicho lo contrario, ambas han adolecido de un débil rastreo positivista; reticencia al trabajo anónimo y callado sobre fuentes primarias y sistemas de cotejamiento y comprobación derivados de ellas; fuerte pragmatismo expresado en tendencias a esquemas apriorísticos justificativos de las razones políticas o ideológicas que en cada caso se consideren válidas; relegamiento y hasta menosprecio hacia el valor científico y cultural de los estudios de casos y las historias locales; divorcio entre la historia y la sociología; insuficiencia en los análisis de las equivalencias funcionales y activas entre base y superestructura; ausencia de trabajos sobre cotidianidad, modalidades de familia, dinámica de grupos sociales. Todas esas carencias se mantienen dentro de las referencias una y otra vez repetidas de manera acrítica. No obstante, ha habido saludables esfuerzos de integralidad que salvan un tanto el honor del gremio, como los de Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fraguinal, Juan Pérez de La Riva y Jorge Ibarra. Sean bienvenidos.

Pero aun así, sigue siendo descomunal la desigualdad entre el inmenso tesoro histórico del pueblo cubano y lo que los historiadores hemos podido extraer y mostrar de él. Para superar los niveles actuales, muchas veces capciosos,

del debate en cuestión, lo primero es reconocer en su verdadera estatura este desequilibrio.

Parece aconsejable y hasta prudente adelantar, sólo en tanto que invitación a la reflexión, algunas consideraciones.

La referida pálida aproximación a un inventario de deficiencias e insuficiencias, el pragmatismo interesado de una impronta doctrinal u otra, la supeditación del ejercicio científico al oportunismo político de derecha o de izquierda, son, en el fondo, otras tantas evidencias de ciertas nocivas proclividades existentes entre nosotros, que ya he señalado en alguna ocasión anterior. Estas consisten en favorecer lo inmediato antes que lo importante; a supeditar la importancia de aquello que se considera -aunque no siempre con suficiente razón- urgente y perentorio.

Todo ello ha conducido, y en buena medida sigue conduciendo, a un alejamiento de nosotros mismos, a una suerte de extrañamiento de nuestra propia corporeidad histórica, a una voluntad de no buscar u olvidar razones y contingencias formativas de superior calado; a un distanciamiento de una posible y necesaria explicación profunda de nosotros, por nosotros mismos, desde nuestras propias perspectivas.

Hay que reconocer la nefasta influencia de un alto índice de dependencia intelectual al extranjero, de una latitud u otra. Esta dependencia es una relación inferiorizante y subdesarrollante en cualquier caso. La dependencia está en la raíz de toda pobreza de pensamiento.

La voluntad creadora de autorreflexión nacional de José Martí, su solicitud de utilización del mundo, pero conservando siempre nuestra específica naturaleza, no se ha visto correspondida en muchos momentos de nuestro quehacer teórico, y en numerosas coyunturas de nuestra práctica política. El facilismo imitativo siempre estéril, expresión de un utilitarismo pedestre e inmediato, ha impedido una lectura profunda de otras alternativas de expresión y de acción. Este ha dejado sus huellas en la historia y el recuento de lo que no se debe hacer, en muestras tan distanciadas en el tiempo, las intenciones y las ideologías, como el entorno platista de la Constitución de 1901, y la advocación e invocación a la inalterabilidad de nuestra filiación junto a una Europa del Este socialista, contenida en la Carta Fundamental de 1976. Habría sido preferible que ninguna de las dos situaciones hubiese ocurrido. Pero nada de lo que ya está en la historia se puede sacar de ella, por mucho que nos disguste. Un abordaje serio de reconstrucción y de ponderación ha de reconocer que, si en el primer caso fue una circunstancia impuesta por el entonces emergente imperialismo yanqui, en el segundo fue un gesto gratuito nuestro. Todo ello comporta, obviamente, implicaciones culturales.

Alcanzar una perspectiva en términos de teoría de la historia, a la altura de la historia factual que el pueblo cubano ha construido y construye, requiere del análisis desapasionado de todos nuestros vicios y errores, entre ellos la propensión al copismo y la repetición, al culto a la

mentira, a la inexactitud y al olvido interesados, aun cuando se amparen en supuestas razones políticas superiores.

Es necesario un sostenido esfuerzo interdisciplinario, en un contexto fraternal de permanente debate científico, que nos permita la estructuración de un cuerpo categorial capaz, a su vez, de facilitarnos el conocimiento recurrente de nosotros mismos en las complejíssimas concurrencias en que ese *nosotros* se ha venido dando a lo largo de cinco siglos y se sigue manifestando todavía. Para obtener esos instrumentos y esa metodología, hay que hurgar en todas las determinaciones, como decía a Martí, propias y naturales presentes, evidentes o no, en nuestro acontecer. Hay que utilizar la conceptualística de más alta precisión que nos pueda ofrecer el desarrollo de las ciencias sociales en todo el planeta.

No pueden continuar existiendo zonas o espacios tabúes para la investigación histórica, como en buena medida lo ha sido el carácter trágico de nuestra primera república. Entre estas zonas se encuentran la capacidad disolvente y paralizante de la dependencia y el chantaje intervencionista; las consecuencias y derivaciones de la esclavitud, su incidencia en una gama de prejuicios raciales al parecer más amplia de la que comúnmente se ha supuesto, y en los hábitos de consumo por encima de los productivos, la vagancia y la delincuencia; las inconsecuencias del Partido Comunista del 30 al 45 y lo que esto pudo significar para las izquierdas en general y el movimiento obrero en particular; los aportes de cada sector al proceso de la cubanía, desde la burguesía terrateniente del siglo XIX hasta los sectores medios intelectuales del XX. Sobre este último tema es necesario reconocer que Delmonte, Saco, Montoro, Giberga, así como Mañach y Santovenia, no sólo fueron representantes y portavoces de las clases explotadoras, como también pudieron ser Varona y Fernando Ortiz, sino al igual que estos últimos enriquecieron con su pensamiento y su prosa el conjunto de cualidades que nos definen como Nación. Aun hay mucho que decir del período entre el 4 de septiembre del 33 y el 14 de enero del 34, en que la violencia armada alcanzó en la capital niveles no cabalmente registrados; o la importancia que tuvieron dentro del proletariado cubano, durante varios años, las organizaciones trotskistas; o el peso de los movimientos migratorios de toda esa época sobre las posibilidades de radicalización social; o los gobiernos auténticos, el chibasismo, y las razones profundas del cuartelazo del 10 de marzo.

Los cubanos nos enfrentamos a un reto de tremenda responsabilidad: procurar responder a la pregunta de qué nos puede decir el pasado en relación con nuestro presente y con nuestro futuro. O, si se prefiere, ¿cómo hemos podido llegar a la situación en que nos encontramos hoy?

Salta a la vista que no puede haber intento de contestación alguna si la etapa revolucionaria, del 59 a la fecha, no se abre también al estudio sereno y riguroso. Esto no es una simple solicitud de recreación intelectual,

sino una condición indispensable para que el pueblo cubano salga, por sí mismo y de manera consciente, victorioso de la penosa encrucijada en que se encuentra hoy. Es, además, un justo reclamo de todas las fuerzas progresistas del mundo comprometidas con el destino de Cuba, porque ven en Cuba su propia esperanza.

Si no se asume de manera responsable ese análisis, sin cortapisas ni escamoteos, la sociedad cubana podrá salir del bloqueo y del período especial, pero no será en absoluto, cuando salga, una sociedad revolucionaria.

Si esas iniciativas no son tomadas por los historiadores cubanos residentes en la isla, las harán suyas -las están haciendo ya suyas- los cubanólogos del exterior.

Las reflexiones sobre las alternativas del proyecto revolucionario cubano, vistas con todas las contingencias con que en realidad se dieron, son las más importantes exigencias del trabajo historiográfico entre nosotros. Es difícil, por el papel protagónico de sectores y personas, por suerte aún vivos y actuantes en nuestro pueblo. Quizás esa dificultad pudiera trocarse en ventaja, de encontrarse una vía expedita, respetuosa y fraternal, de comunicación, de intercambios y de consulta, en ámbitos de garantía política y académica. La agenda de este intercambio sería muy amplia.

Entre otros aspectos, pudieran figurar las secuencias y modalidades del enfrentamiento revolución/contrarrevolución; la dinámica entre las alternativas reformistas y revolucionarias; la lógica en el dibujamiento de las clases sociales y su correspondencia con grupos de presión o de expresión; las relaciones entre economía y sociedad, entre productividad y justicia social; el peso de la confrontación exterior con los EE.UU. en cuanto a la velocidad y la eficiencia de los cambios internos en Cuba; las formulaciones reales de las relaciones con la antigua URSS; las expectativas en torno a cambios revolucionarios en otros lugares del continente y el mundo; la obligatoriedad de las específicas concreciones de medidas al parecer tan controvertibles como la segunda ley de reforma agraria y la ofensiva revolucionaria del 67-68; la ponderación de la existencia o no de cuadros técnicos y especialistas cabalmente calificados para sustituir a los que emigraban por rechazo a las leyes de nacionalización; las distintas variantes de anexionismo y la dimensión antimperialista, única quizás, del proceso en su conjunto.

Abordar esta nómina, y aun una mucho más amplia y detallada, puede resultar trabajoso y, a ratos, desagradable. Pero propongo que lo peor que puede suceder es no abordarla precisamente ahora, en que la guerra principal que se nos hace es una guerra de pensamiento.